



Universidad de Granada

**Proceso y consecuencias del cambio en la
cultura material de los pueblos fueguinos del
sur de Chile: el caso kawésqar.**

TESIS

**para obtener el grado de Doctora
en el Programa de Antropología Social y Diversidad Cultural**

Doctoranda: Nadia Chafei

Director: Ángel Acuña Delgado

Granada, 2015

Editor: Universidad de Granada. Tesis Doctorales
Autor: Nadia Chafei
ISBN: 978-84-1306-474-1
URI: <http://hdl.handle.net/10481/62204>

Agradecimientos. Al Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, al Departamento de Antropología Social, al profesor Ángel Acuña por su ayuda y su paciencia infinita, a Oscar y José. A todos los que han sabido y saben estar cerca.

ÍNDICE

INTRODUZIONE (en italiano).....	7
1. ASPECTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS.....	11
1.1. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN.....	13
1.2. OBJETIVOS.....	15
1.3. METODOLOGÍA.....	17
2. CONTEXTO AMBIENTAL, DEMOGRÁFICO Y ETNOHISTÓRICO.....	27
2.1. CONDICIONES GEO-AMBIENTALES.....	29
2.1.1. Aspectos geográficos.....	29
2.1.2. La climatología.....	34
2.1.3. La vegetación.....	36
2.1.4. La fauna.....	39
2.1.5. Puerto Edén y Punta Arenas.....	37
2.2. DEMOGRAFÍA.....	43
2.3. ETNOHISTORIA.....	55
2.3.1. Hipótesis sobre el origen de los canoeros nómadas.....	55
2.3.2. Las fuentes etnohistóricas.....	57
2.3.3. Los nombres de los canoeros.....	77
2.4. POLÍTICAS INDIGENISTAS.....	81
3. LA CULTURA MATERIAL KAWÉSQAR COMO INDICADOR DE ADAPTACIÓN Y CAMBIO.....	93
3.1. TÉCNICAS DE TRANSPORTE: LA CANOA.....	95
3.1.1. Evolución de la tipología de embarcación.....	95
3.1.2. La canoa en la actualidad.....	129
3.1.3. Navegación y funciones derivadas.....	136
3.2. TÉCNICAS DE PROTECCIÓN Y ABRIGO.....	133
3.2.1. El <i>At</i> , la vivienda kawésqar.....	133
3.2.2. Las formas de abrigarse: tradición y cambio.....	158
3.3. TÉCNICAS FÍSICO-QUÍMICAS: EL FUEGO.....	181
3.4. TÉCNICAS DE OBTENCIÓN Y PREPARACIÓN DE ALIMENTO....	192
3.4.1. La caza.....	193

3.4.1.1. Instrumentos de caza.....	193
3.4.2. Técnicas de caza.....	217
3.4.2.1. Pinnípedos.....	217
3.4.2.2. Aves.....	221
3.4.2.3. Nutria, huemul, coipo.....	225
3.4.2.4. Ballenas.....	230
3.4.3. Preparación de los alimentos de caza.....	227
3.4.4. Pesca y marisqueo: instrumentos y técnicas.....	232
3.4.5. Preparación de mariscos y peces.....	241
3.4.6. Recolección de vegetales.....	242
3.4.7. Conservación de alimentos.....	244
3.4.8. Dieta.....	245
DISCUSSIONE E CONCLUSIONI (en italiano).....	253
BIBLIOGRAFÍA.....	283
APÉNDICE.....	293

INTRODUZIONE (en italiano)

Il litorale pacifico del sud del Cile è stato abitato tradizionalmente da un popolo di nomadi marini: i kawésqar.

I loro antenati occuparono, circa 6.000 anni fa', questa zona della Patagonia cilena, caratterizzata da un territorio frammentato e amplissimo, costituito da un labirinto di isole, penisole, fiordi e canali.

L'ambiente terrestre presentava condizioni fisiche ostili, offrendo una quantità estremamente ridotta di alimenti. I kawésqar vincolarono la loro sussistenza alle risorse del litorale, le quali erano molto più abbondanti. Fabbricarono un complesso di oggetti semplici ed efficaci che gli permisero adattarsi all'habitat costiero e acquatico, soddisfacendo le loro proprie necessità.

Hanno vissuto come nomadi marini durante un lunghissimo arco temporale, dedicandosi alla caccia, alla pesca e alla raccolta.

La canoa è stata l'elemento basilare della loro sussistenza e del loro patrimonio materiale: era un mezzo di trasporto indispensabile per muoversi attraverso i canali australi, alla ricerca di alimenti e materie prime che si trovavano disperse lungo centinaia di chilometri.

Nell'anno 1520, Magellano solcò le acque dell'omonimo stretto; dopo di lui, numerose spedizioni europee arrivarono alle coste australi.

Naviganti come Juan Ladrillero, Louis Antoine de Bougainville, Antonio de Córdova, Robert Fitz Roy e molti altri descrissero i kawésqar nelle relazioni di viaggio. I contatti tra occidentali e nativi si mantennero sporadici e limitati fino al XIX secolo, quando si attiva un processo di cambio nel sistema di vita tradizionale autoctono.

Il risultato fu che attorno alla metà del XX secolo, sopravviveva solo un numero ridotto degli originari abitanti delle terre australi.

In questa tesi dottorale abbiamo voluto analizzare diversi aspetti della cultura materiale kawésqar, nel suo processo di trasformazione storica, evidenziando la strategia di adattamento e i cambi culturali prodotti dal contatto con gli agenti esterni.

Nel primo capitolo, dopo una breve presentazione del popolo kawésqar, definiamo gli obiettivi e la metodologia.

Nel secondo capitolo, illustriamo le condizioni ambientali del territorio kawésqar. Consideriamo gli aspetti geografici, la climatologia, la vegetazione. Esponiamo i dati demografici offerti dai cronisti nel corso della storia, considerando le possibili cause che provocarono la drastica riduzione della popolazione durante la prima metà del XX secolo; inoltre, esponiamo i dati demografici attuali. Nella parte dedicata all'etnistoria, centriamo l'attenzione sulle testimonianze riguardanti la vita dei nativi che i naviganti ci hanno lasciato, attraverso le relazioni di viaggio. Chiudiamo il secondo capitolo facendo un riepilogo delle politiche indigeniste messe in atto dallo stato cileno, dalla sua fondazione fino all'arrivo al governo del presidente Sebastian Peñera.

Il terzo capitolo è il più esteso e corposo. È dedicato all'analisi di quegli elementi della cultura materiale che permisero ai kawésqar beneficiarsi delle risorse disponibili nell'ambiente costiere e acquatico. In base alle informazioni bibliografiche, e ad alcuni dati etnografici, esaminiamo le differenti tipologie di artefatti tradizionali, considerando le tecniche di fabbricazione, le funzioni, i modi d'uso, i prestiti esterni, il cambio e la caduta indisuso. Il capitolo è diviso in quattro parti dedicate a: le tecniche di trasporto, le tecniche di protezione e copertura del corpo, le tecniche fisico-chimiche relative al fuoco e le tecniche di ottenimento e preparazione degli alimenti.

Nell'ultimo capitolo presentiamo la discussione e le conclusioni.

1. ASPECTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS

1.1. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

El pueblo amerindio kawésqar ha habitado tradicionalmente los archipiélagos, fiordos y canales ubicados a lo largo de las costas pacificas del sur de Chile, entre el Golfo de Penas y la península Brecknock.

Su origen se remonta a los pueblos canoeros australes, que desde hace aproximadamente 6.000 años, poblaron esta zona de la Patagonia chilena; en semejante espacio, tuvieron que enfrentarse a condiciones ambientales complejas y desafiantes, pero lograron un alto grado de adaptación biológica y cultural.

Debido a la hostilidad del medio físico terrestre, que les ofrecía productos alimenticios extremadamente reducidos, vincularon al mar la satisfacción de sus necesidades. Fabricaron un conjunto de instrumentos sencillos y eficaces que les permitieron aprovechar satisfactoriamente los recursos disponibles en el medio costero y acuático.

Han vivido como canoeros nómadas durante un larguísimo periodo de tiempo, dedicándose a la pesca, recolección de mariscos y caza marina, lo cual exigía una gran movilidad. La canoa destaca como pieza básica de subsistencia y eje axial de su patrimonio material: era el medio de transporte necesario para desplazarse a través de los canales australes en búsqueda de alimentos y materias primas.

En 1520, Magallanes navegó las aguas del homónimo estrecho; a partir de esta fecha, numerosas expediciones extrajeran llegaron hasta los canales australes, haciendo tan sólo esporádicas incursiones en tierra firme y teniendo con los indígenas contactos limitados, que no produjeron

cambios significativos en la cultural material y en la subsistencia física de estos últimos.

En el siglo XIX, se hace más frecuente la presencia de cazadores de mamíferos marinos; mediante la práctica del trueque, introducen artículos desconocidos para los aborígenes y les contagian enfermedades que contribuirán a reducir drásticamente el grupo.

Fue a partir de finales del siglo XIX, cuando se desencadenó un proceso metódico de alteración del sistema de vida tradicional de los kawésqar: agentes externos de cambio hicieron irrupción en el territorio indígena, imponiéndose como presencia constante y duradera.

El resultado fue que alrededor de la mitad del siglo XX, quedaba vivo sólo un número muy reducido de estos originarios habitantes de las tierras australes.

Fueron descritos por muchos navegantes que viajaron por el continente americano, a partir del siglo XVI.

Con este proyecto de tesis hemos pretendido estudiar a los kawésqar históricos en lo que más ha marcado su estrategia adaptativa: una cultura material extremadamente sencilla en un contexto ambiental especialmente complejo.

1.2. OBJETIVOS

Objetivos generales

Comprender el uso y el significado de los recursos tecno-económicos empleados por los kawésqar a lo largo de su historia.

Describir y analizar los fenómenos de continuidad y ruptura en su cultura material.

Reflexionar sobre el proceso de pérdida de la identidad étnica y sobre los eventuales intentos de reconstrucción de la misma.

Objetivos específicos

Considerar el impacto de las fuerzas externas en la trayectoria histórica del pueblo kawésqar.

Indagar sobre las diferencias y semejanzas con respecto a las estrategias adaptativas tradicionales y modernas.

Examinar la cultura material, estableciendo las causas fundamentales y los momentos principales del proceso de pérdida de los elementos tradicionales, a partir de las siguientes unidades de análisis:

- 1) Las Técnicas de transporte: la canoa. La canoa ha sido la pieza básica para la subsistencia de kawésqar durante larguísimo tiempo; fue objeto de varias reformas hasta su abandono. Actualmente de la canoa tradicional sólo quedan pequeñas miniaturas que se fabrican para vender a los turistas.
- 2) Las Técnicas de protección y abrigo: vivienda y vestimenta. La vivienda tradicional respondía satisfactoriamente a las exigencias de la vida nómada; cuando de nómadas se hicieron semi-nómadas y sedentarios

modificaron el uso y la función de su vivienda. A finales del siglo XIX, sus vestidos tradicionales se vieron remplazados por la introducción de los vestidos europeos, no adecuados al clima de los archipiélagos e innecesarios para el estilo de vida de sus habitantes tanto que contribuyeron a debilitar los cuerpos de los indígenas.

- 3) El Fuego. Fundamental en la vida de estos pueblos, lo trasportaban consigo en la canoa y lo colocaban en el centro de la vivienda cuando acampaban.
- 4) Las Técnicas de obtención y preparación de alimentos. Tomaremos en consideración las técnicas y las herramientas empleadas para la obtención de los alimentos, las técnicas de construcción de las herramientas, las formas de preparación de los alimentos, el tipo de dieta y los cambios en la dieta.

Describir e interpretar, para cada una de las unidades de análisis, el proceso que ha llevado a la desaparición, permanencia o reformulación de los elementos materiales tradicionales, considerando el impacto de las influencias foráneas.

Verificar los efectos del cambio material en la subsistencia biológica y cultural.

Investigar las causas de la aceleración del proceso de pérdida de la identidad étnica a lo largo del último siglo.

Relacionar la adopción de formas de vida de la sociedad no indígena, con la que estuvieron en contacto, con la formación de nuevos deseos.

Observar eventuales fenómenos de reconstrucción de la identidad étnica.

Contrastar los datos etnográficos resultados del trabajo de campo con los datos logrados de la revisión bibliográfica.

1.3. METODOLOGÍA

La población que ha sido sujeta a investigación durante el trabajo de campo está compuesta por los kawésqar urbanos de Punta Arenas -la mayoría de los cuales reside en el norte de la ciudad, en la villa Fresia Alessandri, el resto están repartidos por diferentes zonas- y por los kawésqar autóctono¹ (o rurales), residentes en Puerto Edén.

Nuestra investigación abarca diferentes aspectos de la cultura material de un pueblo que ha estado vinculado a un ambiente tan complejo como demuestra ser el del archipiélago patagónico.

En el caso de los kawésqar, la interacción con su entorno natural ha sido marcada por la hostilidad del medio y por respuestas culturales sencillas y altamente efectivas. Por tal motivo, enfocaremos este trabajo desde la perspectiva ecológica² cultural ideada por Julian Steward³.

La ecología cultural, como es conocido, se fundamenta en la interrelación -entendida como una causalidad mutua o retroalimentada (*feedback*)- que un determinado grupo humano establece, a través de su cultura, con un determinado medioambiente y con la presencia de otros grupos humanos.

¹ Es la CONADI (Corporación Nacional para el Desarrollo Indígena) quien reconoce a los kawésqar de Puerto Edén como autóctonos y al resto como urbanos.

²El concepto de ecología fue introducido por el biólogo alemán E. Haeckel haciendo referencia al comportamiento animal, basado en las relaciones con los otros animales pero también en la relación con el medio inorgánico ambiente (Hardesty, 1977).

³ Sigue una definición ofrecida por el propio autor en la que trata de esclarecer las diferencias de su enfoque: *“La ecología cultural difiere de la ecología humana y social en la búsqueda por explicar el origen de modelos y características culturales que caracterizan áreas diferentes más que en derivar principios aplicables a cualquier situación cultural y ambiental. Difiere de las concepciones relativista y neoevolutiva de la historia cultural en que introduce el entorno local como factor extracultural en la infructuosa suposición de que la cultura viene de la cultura. Así, la ecología cultural presenta un problema y un método”* (Steward, 1992 (1955): 339).

Fundamental para comprender semejante proceso de interacción es el estudio de la adaptación que para Steward es un concepto que implica persistente imperfección y dinamismo (Morán, 1993).

El enfoque de Steward se centra en el análisis del uso de la tecnología para explotar el entorno y de la organización de las técnicas de subsistencia, considerando prioritaria la investigación:

- de la interrelación de una determinada tecnología con el entorno natural,
- de los modelos de comportamiento asociado a la aplicación de tal tecnología,
- y de la relación de esa tecnología con otros aspectos de la cultura que se está tomando en consideración.

Aunque tal enfoque haya sido acusado de otorgarle una excesiva importancia a la tecnología, en este trabajo nos hemos centrado precisamente en la dimensión tecnológica y en su eficiencia con respecto al aprovechamiento de las “materias primas” ofrecidas por el entorno, sin el afán de restarle valor a otros aspectos de la cultura kawésqar que simplemente no han formado parte de la presente investigación.

Nos concierne el concepto de “estrategias de adaptación” que implica las diferentes opciones que una cierta cultura puede adoptar en los modelos de subsistencia y consumo.

De las tipologías culturales desarrolladas por Cohen, basadas en las correlaciones entre economía y características culturales, nos remitimos, obviamente, a la categoría del forrajeo, de carácter costero, en nuestro caso específico (Kottak, 1996).

Por otro lado, resulta fundamental para el análisis de la cultura material kawésqar el concepto de cambio cultural. Las culturas nunca son hechos estáticos, inmóviles, siempre están expuestas a procesos de cambio. El ritmo del

cambio puede ser más lento o más rápido, según el contexto y el momento histórico. Los grupos humanos modifican sus patrones culturales a consecuencia de factores propulsivos que pueden ser tanto endógenos (ligados a la innovación), como exógenos (ligados con la difusión e incorporación). Los cambios más recurrentes se verifican cuando se activan procesos de colonización y conquista de una sociedad por otra. En el continente americano en unos pocos siglos, tras la llegada de los europeos, desaparecieron decenas de culturas. En el caso de los kawésqar, se analizará el proceso histórico que ha llevado a la transculturación a la que han seguido los intentos de integración por parte de los agentes estatales.

Nos valdremos también de los conceptos de deculturación, aculturación, asimilación, sincretismo, neoindianidad.

Nos hemos valido también, en algunos casos, de algunas de las categorías que Marcel Mauss (1974) establece para ofrecer una taxonomía de las técnicas humanas, en su *Introducción a la Etnografía*.

Con *técnicas generales de usos generales* se refiere a aquellas técnicas ampliamente empleadas, prácticamente universales entre las cuales se encuentran las técnicas mecánicas, además de la técnica físico-química del fuego.

Bajo la rúbrica de *técnicas especiales de usos generales* encontramos, entre otras, la cestería.

En la macro-categoría *industrias especializadas de usos especiales* incluye:

- las *industrias de adquisición simple*, que es como Mauss define la caza, la pesca y la recolección;
- las *industrias del transporte*, de las cuales nos interesa el caso concreto
- del transporte por agua;

- el conjunto de técnicas destinadas a la fabricación de la vivienda y a la elaboración del vestido, definidas como *industrias de protección y confort*.

Hemos empleado el enfoque ideográfico centrándonos en lo específico del contexto local.

Nos hemos valido tanto de la perspectiva *emic*, centrándonos en captar la comprensión interna de los sujetos de la investigación, como de la perspectiva *etic*, atendiendo a los conceptos de análisis elaborados por la comunidad científica.

Hemos considerado el concepto de causalidad que Marvin Harris relaciona con las condiciones materiales (Harris, 1982).

Nos hemos referidos a algunos de los conceptos micro-sociológico relacionados con el enfoque del dramaturgo ideado por Goffman (Goffman, 2006).

Hemos tenido presente a Geertz y a algunos de los conceptos elaborados por él, como los conceptos de cercano y lejano de la experiencia del informante (Geertz, 1988). Conceptos que se insertan paralelamente con respecto a las perspectivas *emic* y *etic*.

El análisis de los documentos históricos y de los testimonios etnográficos existentes, sobre el objeto y sujetos de estudio, ha constituido el punto de partida y la base de la investigación.

Buscamos, revisamos y seleccionamos las publicaciones sobre los kawésqar conservadas en las bibliotecas de diferentes lugares e instituciones:

En Santiago de Chile:

- Biblioteca del Museo Chileno de Arte Precolombino (y Museo)
- Biblioteca Nacional de Chile
- Biblioteca Nacional Vicuña Mackenna (y Museo)

Nuestra intención era revisar también el material presente en el Biblioteca del Museo de Historia Natural de Santiago y en el propio Museo pero durante nuestra estancia estuvo cerrado.

En Valparaíso:

- Instituto Geográfico Militar
- Biblioteca Instituto de la marina
- Biblioteca del Congreso

En Punta Arenas:

- Biblioteca del Instituto de la Patagonia (Universidad de Magallanes)
- Biblioteca Universidad Magallanes
- Biblioteca del Museo Maggiorino Borgatello (y Museo)
- Biblioteca del Museo Regional de Magallanes (y Museo)

En esta ciudad visitamos también la sede de la CONADI y de su organismo ejecutor, FIDE XII.

No faltó una visita al Archivo General de Indias de Sevilla. En Roma, estuvimos investigando en la Biblioteca Museo Pigorini.

Solicitamos una estancia en París, para poder revisar el material presente en el Museo del Hombre, pero no nos fue concedida.

Empleamos una metodología etnohistórica, revisando críticamente los documentos que fuimos encontrando, teniendo en cuenta que estaban

escritos por navegantes, misioneros e investigadores que, bajo diferentes perspectivas, contaban la historia de un pueblo ágrafo que no había dejado documentos escritos con su propia versión de los hechos.

La perspectiva diacrónica, en nuestro caso, ha sido fundamental para relevar las continuidades y los procesos de cambios en la cultura material. Hemos procedido comparando los datos hallados en las diferentes fuentes.

La perspectiva sincrónica nos ha permitido acceder a una imagen en movimiento de los kawésqar actuales.

En cuanto a la fase del trabajo de campo, nuestras intenciones iniciales obviamente han tenido que lidiar con realidad con la que encontramos.

Para obtener los datos etnográficos, nuestro propósito era valernos de aquellos clásicos recursos técnicos de carácter cualitativo que venían al caso, cuales la observación científica, la conversación informal, la entrevista y la historia de vida, pero nos vimos muy limitados en su empleo por el contexto.

1) Observación científica, participante y no participante.

Empezamos escribiendo dos diarios de campo, uno técnico donde anotábamos las informaciones acordes con el tema de la investigación y otro, de carácter más personal, donde las emociones fluían libremente y cuya extensión acabó superando, con creces, la del primero. En el segundo adquirieron protagonismo los estados de frustración que experimentábamos frente a los encuentros que no se daban, las citas aplazadas hasta el infinito, la dificultad de acceder a los sujetos de estudio, circunstancias que se convirtieron en el *leitmotiv* de nuestra estancia, haciéndonos sentir cómo un

método (“*camino para llegar más allá*”) podía llegar a convertirse en una aporía (“*camino sin salida*”).

Tanto la comunidad kawésqar urbana de Punta Arenas, como la rural de Puerto Edén sufren conflictos de carácter intercomunitarios, intracomunitarios y con las instituciones, circunstancia que ha hecho que fuera extremadamente complejo moverse entre ellos, sin tropezar.

El papel de observador en ese contexto no ha sido cómodo casi en ningún momento, además ha encontrado un obstáculo evidente en la falta de situaciones cotidianas de carácter colectivo que facilitasen la reunión de los sujetos de estudio en una dimensión relajada, donde el investigador pudiera insertarse pasando, en parte, en segundo plano. El tipo de información que se puede obtener de una reunión colectiva informal tiene la ventaja de ser más confiable, los sujetos de estudio se suelen sentir más cómodos y el investigador también.

De las pocas reuniones (contadas) de la comunidad urbana, que tuvieron lugar durante nuestra estancia en Punta Arenas, no vinimos informados ni invitados, a pesar de haber manifestado nuestro interés en asistir. Recordamos como ejemplo una reunión de la comunidad indígena urbana en la CONADI y la presentación de un libro de una mujer kawésqar en Punta Arenas.

En Punta Arenas, un grupo de kawésqar reside en la villa Fresia Alessandri, mientras el resto vive disperso en diferentes barrios de la ciudad. Para poder quedar con las personas que nos interesaban para la investigación, solíamos llamarlas por teléfono y fijar un día para el encuentro. Nuestra flexibilidad en cuanto a días, horarios y lugar era total y así lo manifestábamos, no queriendo estorbar la rutina de nuestros informantes. Generalmente nos desplazábamos

hacia sus casas que constituyeron, en casi todos los casos, el espacio de la reunión.

Con muchos de los residentes en Punta Arenas, tuvimos sólo un encuentro. Fueron pocas las personas con las que conseguimos quedar en más de una ocasión.

Igualmente de difícil acceso ha resultado la comunidad kawésqar de Puerto Edén, a pesar de que las características del lugar deberían haber constituido una ventaja, tratándose de un sitio pequeño y aislado.

Aquí tampoco se generaron situaciones colectivas que pudiesen facilitar la observación. Hay que reflejar que, no obstante la cantidad reducida de personas que viven en esta localidad, existen conflictos abiertos entre ellas. Las reuniones que tuvimos acontecieron de nuevo en un espacio privado, en la casa de cada uno, donde se dieron algunas reuniones grupales que incluían a los miembros de una misma familia. En ningún momento de nuestra estancia pudimos contar con la presencia en la isla de todos las personas que conformaban la comunidad kawésqar: la mayoría viajaba a menudo a Punta Arenas y a Puerto Natales, para visitar a familiares y amigos, para solventar asuntos burocráticos y sobre todo para recibir atención médica. En el momento de nuestra estancia, un par de ellos se encontraban ingresados en el hospital.

2) Conversación informal y dirigida.

Las conversaciones informales se produjeron en los mismos contextos de la observación, es decir en las casas de los informantes. No llegamos a disfrutar de la fluidez que se produce durante la interacción en la vida cotidiana. Siempre había que “forzar” los encuentros. Durante las conversaciones nos centramos

en prestar atención a los detalles significativos para nuestra investigación y en la comprensión interna, tratando de captar la percepción, el punto de vista del interlocutor sobre los temas que se trataban. Sólo en pocas ocasiones pudimos ajustarnos al protocolo de entrevista que habíamos elaborado. La grabadora no era bien recibida, generaba tensión, se percibía como el objeto que marcaba la diferencia entre una simple conversación y una transacción financiera, así que estuvimos obligados a registrar, en un segundo momento los datos, que emergían del dialogo. Una sola informante, con la que pudimos establecer una relación más cercana, aceptó el uso de la grabadora en ciertos momentos.

3) Entrevistas e Historias de vida.

Las que son percibidas como verdaderas entrevistas, por su duración y por la presencia de la grabadora, están mercantilizadas: existen tarifas arbitrarias que las familias imponen. Hay una tarifa también para las fotos. Las familias ejercen una especie de monopolio intelectual sobre los mayores, especialmente sobre aquellos que, por su experiencia, la comunidad reconoce como autentico kawésqar, por mantener el recuerdo de su idioma y por haber vivido, por edad, los residuos de su cultura.

Estos mayores se encuentran de alguna manera “vigilado” por algunos miembros de sus familias, por el potencial económico que representan y que es motivo de algunos conflictos intrafamiliares.

Hay que decir que tanto la comunidad de Punta Arenas como la de Puerto Edén se han acostumbrado a trabajar con productoras, nacionales e internacionales, que tienen a disposición un presupuesto para pagar a todos aquellos que graban o entrevistan. Documentales y reportajes invaden sus vidas. Eso ha marcado una

pauta de actuación que las comunidades emplean también de cara a los investigadores, que cuentan con presupuestos reducidos y cuyos intereses van más allá del sensacionalismo la noticia no profundizada.

En nuestro caso, nos interesaba una persona mayor relevante por su experiencia en Puerto Edén, nuestra intención era hacerle una historia de vida pero su familia nos imponía un pago elevado para ello y no estuvimos dispuestos a aceptarlo.

Para compensar las personas que nos dedicaban un poco de su tiempo le llevábamos pequeños regalos cada vez que íbamos a sus casas, además en un caso en particular de una informante que estaba interesada en presentar un proyecto para crear un pequeño negocio, le ofrecimos nuestra ayuda con una parte de la burocracia relativa. Compramos objetos de artesanías a quienes los vendían.

El trabajo de campo lo llevamos a cabo, de forma intermitente, entre octubre de 2009 y marzo de 2011.

2. CONTEXTO AMBIENTAL, DEMOGRÁFICO Y ETNOHISTÓRICO

2.1. CONDICIONES GEO-AMBIENTALES

2.1.1. Aspectos geográficos

En el extremo sur del continente americano se encuentra una amplísima región geográfica, de alrededor de un millón de kilómetros cuadrados: la Patagonia. Comprende las áreas meridionales de Argentina, a partir del río Colorado y Barrancas, y de Chile, desde el seno de Reloncaví⁴. La cordillera de los Andes se encarga de dividirla en dos partes asimétricas.

La parte oriental está caracterizada por la meseta patagónica⁵, un paisaje escalonado de terraplenes que emerge de la costa atlántica y se expande hacia el oeste para terminar encontrándose y confundándose con la pre-cordillera andina. Depresiones y cañones van marcando el ritmo geomorfológico de esta enorme extensión (Emperaire, 1963).

La parte occidental presenta una geomorfología muy compleja. En el seno Reloncaví -mientras la depresión intermedia⁶ se hunde en el mar- la cordillera de la Costa se desmiembra dando vida a los archipiélagos de Chiloé, de las Guaitecas y de los Chonos, para luego desaparecer en el golfo de Penas. A la

⁴Existían otras convenciones según las cuales el límite norte de la Patagonia chilena se ubicaría más arriba, a la altura de la localidad de Villarrica, en los 39º de latitud sur. En la actualidad, se tiende a diferenciar esa zona más septentrional, denominándola Norpatagonia. En nuestros días el límite sur se ha extendido hasta cabo de Hornos, mientras anteriormente el estrecho de Magallanes era considerado su límite meridional (cfr. <https://es.wikipedia.org/wiki/Patagonia>).

⁵ Se definen como pampas las extensiones de tierra regulares como llanuras y mesetas (Quezada, 2011: 407).

La pampa patagónica es una estructura sedimentaria que ha sido erosionada por la acción del viento y de los glaciares, formando relieves llanos con algunos conjuntos montañosos los cuales no superan los 1500 metros. Es mucho más antigua que los Andes (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Geograf%C3%ADa_de_Chile).

⁶ También conocida como valle longitudinal, es un valle que se desarrolla entre la cordillera de los Andes al este y la cordillera de la Costa a oeste y cruza gran parte de Chile (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Depresi%C3%B3n_intermedia).

altura del golfo de Penas, la cordillera de los Andes se fractura en dos segmentos⁷:

- un primer segmento, de carácter continental, forma parte de los andes patagónicos meridionales. A esas latitudes la cordillera andina ha cambiado, se ha convertido en el sector que toma el nombre de Andes Patagónicos; lo que marca la diferencia con respecto al sector de los Andes Centrales es por un lado el descenso de las alturas -las cumbres se hacen más bajas, con altitudes medias de entre 1.500 y 2.000 metros- pero sobre todo el protagonismo de los campos de hielo, inmensas extensiones de masas de hielo que representan la mayor reserva de agua dulce del hemisferio sur, después de la Antártida. Más al sur de los campos de hielo, la cordillera sigue perdiendo altura hasta fragmentarse en el mar, constituyendo parte del archipiélago fueguino (Emperaire, 1963).
- El otro segmento, formado por la cordillera patagónica insular, se sumerge en el océano pacífico, originando un intrigado sinfín de abruptas islas que componen la estructura del archipiélago Patagónico, donde la llanura está ausente. Semejante conjunto de islas se despliega a lo largo de 620 km, desde la isla Wager hasta el golfo de Xaultegüa, en la parte occidental del estrecho de Magallanes (Martinic, 2004).

El pueblo amerindio kawésqar ha habitado tradicionalmente, durante miles de años, la amplísima región del archipiélago Patagónico y algo más allá de ella, adentrándose también en el estrecho de Magallanes y en el área occidental del archipiélago Fueguino, es decir, ha orbitado entre el sur del golfo de Penas y la península Brecknock , al sur del estrecho de Magallanes. Se trata de un territorio abrupto, enorme y complejo

⁷ Cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Geograf%C3%ADa_de_Chile#Relieve_Sur_Austral.

constituido por un número infinito de islas, penínsulas, fiordos, canales, bahías y estrechos. Es, sin duda, uno de los ambientes de nuestro planeta que más retos presenta para la adaptación de la vida humana (Empeaire, 1963; Martinic, 1989; Goiri, 1997).

No hay que olvidar que los kawésqar también frecuentaban dos regiones caracterizadas por grandes entradas de mar: una era el seno de Última Esperanza, donde, en la zona sureste, se asoma la ciudad de Puerto Natales; este seno comunica con los archipiélagos por el paso Kirke. La otra estaba formada por los senos Skyring y Otway⁸ -conectados entre ellos por el canal Fitz Roy-, ambos comunican con el estrecho de Magallanes, el primero mediante el canal Gajardo y el segundo mediante el canal Jerónimo. Aquí, donde la naturaleza montañosa y escarpada de los archipiélagos se diluye presagiando la meseta patagónica, los canoeros marinos se encontraban con el mundo de la pampa (Empeaire, 1963).

Conocemos tales límites en base a los datos arqueológicos, a los documentos históricos y a los relatos de algunos descendientes. Hay que incidir que se trata de una de aproximación y que eran límites flexibles, considerando que estamos hablando de una población con un patrón de vida fundado en el nomadismo marino (Ibid.).

En cuanto a las poblaciones vecinas (Empeaire, 1963; Goiri, 1997):

- los Chonos eran sus vecinos del norte, vivieron hasta finales del siglo XVIII, entre las islas meridionales del archipiélago de Chiloé y el golfo de Penas.
- los Yámana residían al sur del estrecho de Magallanes, siendo también un pueblo de canoeros nómadas, vivían entre el canal Beagle y el cabo de Hornos.

⁸ Ambos senos son aguas tributarias del estrecho de Magallanes.

- los Tehuelche o Aónikenk eran los cazadores terrestres que poblaban la estepa del sur de la Patagonia.
- los Selk'nam u Onas, también cazadores terrestres, eran los pobladores de las estepas septentrionales de Tierra del Fuego.

Desde el punto de vista administrativo, la parte más septentrional de este territorio forma parte del distrito meridional de la Undécima Región de Chile, conocida como Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo (Quezada, 2011: 455-456). El resto pertenece enteramente a la Duodécima Región, llamada Región de Magallanes y de la Antártida Chilena. Esta última tiene por capital la ciudad de Punta Arenas y sus provincias son (Ibid., 2011: 351-352).

- Última Esperanza, con capital Puerto Natales;
- Magallanes, con capital Punta Arenas;
- Tierra del Fuego, con capital Porvenir;
- Y por último, la Antártida Chilena, con capital Puerto Williams.

Ha sido muy complejo dibujar el mapa geográfico de la Patagonia occidental, hubo múltiples espacios en blanco en la historia de su cartografía. Los topónimos castellanos, ingleses, franceses, alemanes e italianos mantienen la memoria de las numerosas exploraciones que fueron necesarias para que los europeos pudieran acceder al conocimiento de ese enredado trozo de mundo. Muchos buques naufragaron en el intento (Empeaire, 1963).

Así Sarmiento describe el impresionante paisaje archipelágico que se abría delante de sus ojos: *“Y habiendo subido a lo alto con trabajo y riesgo de despeñarnos mil veces, se descubrieron muchas Canales y Brazos y Ríos y*

Puertos y pareció toda la tierra que alcanzamos a ver despedazada y luego la juzgamos por Archipiélago; y contamos Ochenta y cinco Islas grandes y chicas (...)" (Sarmiento, 1768: 80)

Las informaciones que siguen hacen referencia principalmente a la región del archipiélago patagónico que ha constituido la parte más extensa del antiguo territorio kawésqar.

Numerosos canales hacen posible la ruta marítima interior entre el estrecho de Magallanes con el golfo de Penas, bordeando numerosísimas islas y penínsulas. De sur a norte, esos canales son: Smyth, Collingwood, Sarmiento, Inocentes, Concepción, Ancho, Glapper y Messier (Martinic, 2004).

Los estrechos Trinidad y Nelson comunican las aguas del océano Pacífico con las aguas interiores del archipiélago Patagónico.

Entre los fiordos principales, diseñados por los glaciales del pleistoceno, se encuentran: Baker, Calén, Bernardo, Témpano, Eyre, Exmouth, Falcón, Ringdove, Penguin, Europa, Peel, Calvo, Staines y Taraba (Ibid.).

Islas y penínsulas, de tamaños muy diferentes, están caracterizadas por la predominancia de las rocas graníticas, batolíticas y andesíticas. Entre las islas que resultan relevantes por su extensión mencionamos: Wellington, Prat, Campana, Esmeralda, Mornington, Madre de Dios, Duque de York, Hanover, Chatham, Jorge Montt, Rennell, Diego de Almagro, Serrano, Manuel Rodríguez, Pedro Montt, Contreras y Juan Guillermo.

Entre las penínsulas continentales recordamos Wilcock, Staines, Muñoz Gamero, Exmouth, Swett. Las penínsulas insulares que se originan de las islas mayores (Ibid.).

Los kawésqar concebían el espacio que habitaban de este a oeste y lo dividía en dos macro-categorías etno-geográficas:

- 1) *Jáutok* que designaba la zona de los canales interiores, caracterizados por acantilados y pocas líneas de playa, las que hay sonde exigua extensión y de pedregales.
- 2) *Málte* se refería a todos aquellos lugares más cercanos al Océano Pacífico, aquí hay amplias playas de arena y las olas son más impetuosas y de mayor tamaño (Tonko, 2008).

2.1.2. La climatología

En los archipiélagos patagónicos, como en los distritos vecinos, reina soberana la inestabilidad atmosférica. Dos tipologías similares de clima caracterizan la región de la Patagonia occidental. A partir del golfo de Penas nos encontramos con un clima templado frío con gran humedad, hasta los 51º de latitud sur, debajo de este límite se impone un clima de tundra isotérmico⁹. Uno y otro implican una pluviometría exuberante, una alta tasa de humedad, nebulosidad densa y constante, la presencia casi permanente de los vientos y una temperatura prácticamente homogénea, además se caracterizan por la presencia de vastas zonas pantanosas (Martinic, 2004).

En septiembre comienza un débil verano, durante el cual aumenta la intensidad de los vientos, las lluvias son un fenómeno diario y el sol raras veces alcanza a romper la masa compacta de las nubes. Conforme vaya acercándose el invierno, las lluvias se vuelven torrenciales y las granizadas se hacen frecuentes. Nevazones abundantes, a nivel del mar, no son habituales y se dan a partir de mayo. En las cumbres, nieva durante todo el año, a partir de alturas relativamente bajas (Empeaire, 1963).

⁹ Ambas tipologías climáticas se basan en la clasificación de Köppen.

Pluviometría. En base a los datos pluviométricos, se trata de una de las regiones más lluviosa de la tierra. Lluvea durante todo el año. De promedio las precipitaciones anuales son superiores a los 2.000 mm. Hay zonas que llegan a registrar cantidades mucho más elevadas, en lugares como la isla Guarelo, en el archipiélago Madre de Dios, en el año 1960, se alcanzaron los 8.500 anuales (Martinic, 2004).

En los diarios de viaje de los navegantes se reflejan preocupaciones y dificultades vividas por la tripulación debido a las condiciones climáticas: *“Todos estos días tuvimos grandes y pesados aguaceros y grandes fríos, y de noche pasábamos mucho trabajo en hacer fuego, y por enxugarnos nos metíamos en el fuego sin sentirlo, y quemábamos la ropa y el calzado porque de otra manera no podíamos vivir (...)”* (Sarmiento, 1768: 145)

Humedad. El vapor del agua satura la atmosfera, con una tasa de humedad entre 80% y el 90%. En primavera y verano se produce un leve descenso.

“Es imponderable la humedad que se encuentra en todas estas partes y la abundancia de arroyos y cascadas, que precipitándose de lo alto de los montes forman al principio una vista agradable (...)” (Vargas y Ponce, 1788: 299)

Temperatura. Los archipiélagos patagónicos presentan una temperatura media anual de entre 7 y 8 grados centígrados (Martinic, 2004), pero la sensación térmica es bastante más baja debido al efecto del viento.

Viento. El viento es furiosamente constante tanto en la costa pacífica como en la costa atlántica de la Patagonia. En los archipiélagos dominan los vientos procedentes del Oeste-Noroeste y del Norte, los cuales al chocar producen repentinas y peligrosas ráfagas. A lo largo del año, la velocidad media de los vientos asume valores entre los 37 y 47 km. /h., las rachas máximas que se han registrado oscilan entre los 148 y los 183 km. /h. (Zamora y Santana, 1979). Se despliegan con mayor violencia en el litoral pacífico que en los canales interiores

del archipiélago, allí las olas son de gran tamaño. La marca de la fuerza de los vientos queda impresa en las siluetas retorcidas de la vegetación. El viento llega, a veces, a derrumbar secciones de glaciares, cuya atronadora caída, cuando sobreviene, rimbomba potentemente en el ambiente (Empereire, 1963).

2.1.3. La vegetación

La comunidad vegetal de los archipiélagos es típica de las aéreas dominadas por una gran humedad: una vegetación densa e impenetrable, compuesta por árboles, matorrales, arbustos, musgos y lianas, y caracterizada por un suelo pantanoso. A pesar de la gran extensión, el número de especies resulta limitado. Desde el nivel de mar hasta los 400 metros de altura, se desarrolla la espesura infranqueable del bosque; por encima, se extiende, a lo largo de unos 300 metros, una franja de rocas, líquenes y musgos; más arriba de ésta, hay nieve y hielo (Ibid.).

Nos encontramos principalmente con dos ecosistemas: el bosque patagónico mixto y el bosque patagónico perennifolio (Martinic, 2004).

El primero se corresponde con el área septentrional del archipiélago, por encima de los 48º de latitud, está caracterizado por la presencia de árboles como el coihue, el canelo, el mañío, el tepú, el roble y el tineo, entre los arbustos el huinque y el sauco cimarrón (Ibid.).

El segundo se desarrolla al sur de los 48º de latitud, hasta el estrecho de Magallanes. Domina el coihue, siguen el ciprés de las Guaitecas, el canelo; entre las especies arbustivas encontramos el coicopihue, la murtila, la chaura, la fucsia, el michay, el calafate, la parrilla y también helechos (Ibid.).

Entre el canal Cockburn y el estrecho de Nelson, se extiende una faja costera caracterizada por las mismas especies vegetales pero ocupan una línea costera

muy delgada, los ejemplares que la habitan son más débiles, se encuentran pocos los árboles sanos, derechos y de gran altura (Emperaire, 1963)

El coihue o coigüe (*Nothofagus betuloides*) es la especie dominante del territorio de los archipiélagos. Se trata de un árbol siempre-verde. Los ejemplares más desarrollados -cuyo diámetro alcanza los 50 o 70 centímetros- se encuentran en los valles resguardados a una altitud de entre 100 y 200 metros (Ibid.). Pertenece a la familia *Nothofagaceae*. Sus nombres comunes son: guindo, coihue blanco, coigüe de Magallanes¹⁰.

El ciprés que se desarrolla el sur de los 48º es conocido como ciprés de las Guaitecas. Va disminuyendo en cantidad y en altura conforme se avance hacia el estrecho de Magallanes (Emperaire, 1963). Se trata de una conífera perteneciente a la familia de las *Cupressaceae*. Su nombre científico oficial es *Pilgerodendron uviferum*. Entre sus sinónimos encontramos: *Libocedrus tetragona*, *Libocedrus uvifera*, *Juniperus uvifera*¹¹.

Generalmente escasa es la presencia del *Nothofagus antarctica*, el roble común de hoja caduca (Ibid.). Al contrario abunda, desde el nivel del mar hasta el límite de la vegetación, otro roble perteneciente al mismo género, se trata del *Nothofagus Pumilio* que se caracteriza por tener un follaje que se desarrolla en forma de parasol (Ibid.); sus nombres vulgares son lenga, roble de Tierra del Fuego, haya austral o roble blanco¹².

El canelo (*Drymis winteri*) es representado por numerosos ejemplares de gran tamaño hasta el estrecho de Magallanes. Avanzando hacia el sur de esa frontera se vuelve débil (Ibid.).

¹⁰ Cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Nothofagus_betuloides.

¹¹ Cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Pilgerodendron_uviferum.

¹² Cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Nothofagus_pumilio.

El mañío (*Podocarpus saligna*) es una conífera de la familia *Podocarpaceae*, muy apreciada por la dureza de su madera resulta más bien escaso¹³.

El tepú (*Tepualia stipularis*) es un arbusto siempre-verde perteneciente a la familia *Myrtaceae*¹⁴.

El tineo (*Weinmannia trichosperma*), es un árbol perennifolio de la familia de las *Cunoniaceae*, también conocido como tenio o palo santo¹⁵.

En cuanto a los arbustos mencionamos en calafate del cual se encuentran dos tipologías: el calafate espinoso (*Berberis buxifolia*) y el calafate de tronco liso (*Berberis ilicifolia*). Ambos pertenecen a la familia de las *Berberidaceae*. Crecen en las playas bajas y menos expuestas a los vientos (Ibid.).

El coicopihue (*philesia buxifolia*) y el voqui (*landizabalia ternata*) son dos tipos de lianas.

El testimonio de Sarmiento no puede ser más acertado para describir la dificultad de atravesar el bosque por la espesura de la vegetación y por el suelo pantanoso:

“De la demasiada humedad hay sobre las peñas un moho tan grueso y corpulento que es bastante a criar en sí y sustentar los árboles que se crían en aquellas montañas; y estos céspedes de este moho es esponjoso, que pisando sobre él se hunde pie y pierna y algunas veces el hombre hasta la cinta: y hombre hubo que se hundió hasta los brazos, y por esta causa son trabajosísimas de andar estas montañas; y también por ser espesísimas, tanto que algunas veces nos era forzoso caminar por las puntas y copas de los árboles y podiannos sustentar por estar los unos árboles con los otros fuertemente

¹³ Cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Podocarpus_salignus.

¹⁴ Cfr. <https://es.wikipedia.org/wiki/Tepualia>.

¹⁵ Cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Weinmannia_trichosperma

trabados y entretejidos, y teníamos esto por menso trabajoso que andar por el suelo” (Sarmiento 1768: 93-94).

2.1.4. La fauna

La fauna marina es mucho más abundante tanto en especies como en ejemplares con respecto a la fauna terrestre. Entre los mamíferos marinos se encuentran diferentes especies de pinnípedos como los lobos marinos de un pelo (*Otaria flavescens*¹⁶) y de dos pelos (*Arctocephalus australis*¹⁷), y también pinnípedos de mayor tamaño como el elefante marino (*Mirounga leonina*) y el leopardo marino (*Hydrurga leptonyx*), hay varias especies de ballenas y delfines. Entre las aves marinas: pingüinos, cormoranes (*Phalacrocorax*), gansos (*Chloëfaga picta*¹⁸), patos y gaviotas. Peces (cuales el robalo y el perrey), crustáceos y mariscos (Emperaire, 1963; Martinic, 2004).

La fauna terrestre cuenta con huemules (*Hippocamelus bisulcus*)¹⁹, nutrias (*Lutra felina*), coipos (*Myocastor coypus*²⁰) y ratones componen la fauna

¹⁶ Nombre científico del lobo marino sudamericano, se trata de una especie de mamífero pinnípedo de la familia de los otarios, el cual anteriormente había sido clasificado como *Otaria byronia*. Vulgarmente es conocido como lobo marino de un pelo, otario de la Patagonia, león marino del sur (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Otaria_flavescens).

¹⁷ Perteneciente a la misma familia de la *Otaria flavescens*, se le conoce comúnmente como lobo marino de dos pelos, se le llama también lobo marino, oso marino o lobo fino, este último nombre evidencia la calidad de la piel del animal (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Arctophoca_australis).

¹⁸ Es también conocido como “caiquén común”, “avutarda magallánica”, “cauquén magallánico” o “ganso de Magallanes”. Perteneciente al género *Chloëfaga* (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Chloephaga_picta).

¹⁹ El *Hippocamelus bisulcus*, perteneciente a la familia de las *Cervidae*, es un mamífero en peligro de extinción; se encontraba en el norte de la región de Última Esperanza y en algunas islas de la Patagonia occidental. El huemul fue declarado monumento natural de Chile mediante decreto el 30 de junio de 2006 (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Hippocamelus_bisulcus).

²⁰ El *Myocastor coypus* es un roedor de agua dulce parecido al castor (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Myocastor_coypus).

terrestres además de guanacos²¹, avestruces y pumas que se encuentran en las zonas de pampa (Ibid.).

2.1.5. Puerto Edén y Punta Arenas

En los años 40, los kawésqar se limitaban a frecuentar la zona central del archipiélago Patagónico. En ese entonces eran todavía visibles las huellas verticales de su paso por el resto del territorio: los esqueletos de las viviendas se mantenían de pie en los campamentos, guardando la memoria de la práctica del nomadismo.

En la isla Wellington, a 49º de latitud sur, se encuentra la localidad de Puerto Edén que se asoma al canal Messier. Aquí residen los pocos kawésqar que están considerados como autóctonos (o rurales).

Según los datos ofrecidos por el laboratorio de climatología de la UMAG (Universidad de Magallanes), esta localidad, en concreto, presenta una temperatura promedio de 7,2ºC; sólo durante tres meses las temperaturas medias superan los 10ºC: las máximas se registran en enero que es el mes más cálido con una temperatura media de 11ºC. Julio es el más frío con un promedio de 2,8ºC. La oscilación térmica resultante es de 8,8ºC²². Puerto Edén pertenece al área caracterizada por un clima templado frío con gran humedad y por el bosque patagónico perennifolio.

La mayoría de los kawésqar urbanos viven actualmente en Punta Arenas que se halla en la península de Brunswick, en la costa norte del estrecho de Magallanes, a unos 53º de latitud sur. Los antiguos canoeros frecuentaban esa

²¹A principio del siglo XX, rebaños de guanacos se encontraban todavía en las costas orientales de los mares de Otway y Skyring y en el seno de Última Esperanza. Con la introducción de la crianza del cordero, los guanacos, perseguidos por los colonos empezaron a desaparecer (Empereire, 1963).

²²Cfr. http://www.umag.cl/climatologia/clima_magallanes.htm

parte del estrecho, dejaron de hacerlo precisamente cuando se fundó la ciudad²³, en 1842 (Empeaire, 1963). Punta Arenas está ubicada en la estepa de Magallanes²⁴-planicie que se extiende al este de Puerto Natales-, siendo la prolongación natural de la meseta patagónica. Se encuentra en un área de transición entre el clima transandino con degeneración esteparia y el clima de estepa frío²⁵. Sus habitantes suelen decir que en un mismo día se pueden presentar las cuatro estaciones: lluvia, granizo, nieve, viento y un breve intervalo de cielo sereno. En el mes de enero las temperaturas máximas alcanzan los 15,3°C, en julio las mínimas tocan los -3°C. En cuanto a los vientos, aunque las medias anuales se mantengan alrededor de los 60 km. /h, pueden llegar a tomar una velocidad máxima superior a los 100 km. /h.

Benjamín Subercaseaux nos ofrece una eficaz descripción fotográfica del archipiélago Patagónico llevándonos de la mano por su geografía:

“(...) el canal Messier nos lleva a través de la región más desamparada y solitaria de este largo recorrido. Las islas que forman sus orillas no están pobladas; sólo de tarde en tarde algunos loberos vienen en la época de la caza y se establecen transitoriamente en las islas del océano. No hay una aldea, un refugio donde el hombre pueda sentir la cercanía del hombre. Puerto Edén, situado en la vecindad de la Angostura Inglesa, es una simple estación de emergencia. Se diría que en esta región volvemos a la noción primera del abandono en que se encuentra el hombre frente a la naturaleza todavía rebelde.” (...) “(...) el agua de

²³ Antes del apertura del canal de Panamá -en 1914-, Punta Arenas fue el principal puerto para el círculo de la navegación entre los océanos Pacífico y Atlántico

²⁴ La estepa es por definición una extensión pobre en formaciones herbáceas, alternadas con arbustos, característicos de zona semiárida (Quezada, 2011: 359). Esta área del territorio chileno, a diferencia de todo el resto del país, se encuentra al oriente de la cordillera de los Andes, está caracterizada por la pampa o estepa de Magallanes. El estrecho de Magallanes corta la pampa que sigue extendiéndose en el norte de Tierra del Fuego.

²⁵ Cfr. http://www.umag.cl/climatologia/clima_magallanes.htm

este canal se mantiene tersa y brillante sobre el abismo de sus profundas fosas, rodeadas por altas montañas. La luz disminuye a medida que se avanza hacia el sur: una penumbra opalescente cubre el paisaje y los contornos de las cosas como si estuvieran sumergidos en una atmósfera de ensueño.” (...)

“Contrariamente a la Moraleda, donde la vegetación lo cubre todo, los árboles aquí son más pequeños y sus formas más extrañas y atormentadas, debido a las rachas que los peinan en coup de vent. Las especies vegetales disminuyen también en número y variedad. Las altas cumbres se ven decrepitas, peladas por una calvicie que les ocasionan los vientos y las nieves (Subercaseaux: 1973: 235-238).

2.2. DEMOGRAFIA

En 1526 tuvo lugar el primer encuentro entre un europeo -fray García Jofre de Loayza- y miembros de la etnia kawésqar. A partir de ese momento, los navegantes que se adentraron en el territorio habitado por los nómades marinos cada vez que avistaban un indígena, iban anotando sus observaciones. Las relaciones de viaje ofrecen valiosos datos que permiten una reconstrucción etnohistórica de diferentes aspectos de la vida material de los kawésqar; en algunos casos hasta se atreven a brindar estimaciones relativas al número de individuos que componía la etnia, pero los datos al respecto no son dignos de fiabilidad, tratándose sobre todo de suposiciones arbitrarias.

A lo largo de cuatro siglos de navegación, aclarar el número de nativos que recorrían la Patagonia occidental austral, en tiempos históricos, ha sido un problema difícil de solucionar.

Lamentablemente no existieron informes fiables hasta la época en la que la población había menguado tanto que se encontraba ya al borde de la desaparición (Martinic, 1989).

Una misma familia kawésqar, a lo largo de un mismo año, podía acampar en sitios muy alejados entre ellos, hecho que, según Emperaire, falseaba los intentos de clasificar la etnia en subdivisiones geográficas que no reflejaban la flexibilidad de los desplazamientos de los canoeros (Emperaire, 1963). Respondían más bien a la voluntad y necesidad de los observadores de ordenar una realidad social que se escapaba a su ansiedad de conocimiento.

Las tripulaciones encontraron los canoeros nómades dispersos a lo largo de todo el extenso territorio que habitaban. Casi siempre se les veía reunidos en pequeños grupos (Ibid.).

Ladrillero fue el primer navegante en recorrer la costa de la Patagonia Occidental, ente 1557 y 1559, encontró un grupo de kawésqar en el canal de Fallos (Ladrillero, 1880: 464-465).

Drake avistó nativos en el canal Jerónimo y en las islas Ayautau²⁶ (cfr. Emperaire, 1963).

Sarmiento de Gamboa encontró indígenas en las riveras de ambos lados del estrecho de Magallanes y a lo largo de todo el recorrido entre el golfo de Penas y el cabo Pilar (Sarmiento, 1768).

Hay testimonios de misioneros, establecidos en la misión de Chiloé, que hicieron viajes exploratorios hacia la zona norte del territorio kawésqar encontrando muchos sitios habitados por los nativos. A este primer acercamiento, desde la misión de Chiloé, que acontecía en 1609, siguieron otros. Más de un siglo después, en 1779, el padre Benito Martín y el padre Julián Real se adentraron de nuevo en la zona más septentrional del territorio kawésqar y encontraron numerosos nativos de los cuales trajeron 33 de vuelta con ellos a la misión. No fue el único caso, otros misioneros, en otra ocasión, trajeron a la misión a 31 kawésqar. El padre Martí fue el último misionero en visitar el norte del canal Messier y del canal de Fallos, anotaba la presencia de viviendas en todas las bahías (García, 1889).

El diario de la *Santa María de la Cabeza*, cuyo recorrido exploratorio, estuvo limitado al área del estrecho de Magallanes, ofrece la siguiente información

“La otra especie de habitantes del estrecho es un reducido número de hombres, con quien solo son comparables, según el sentir de los viajeros, los míseros moradores de la Costa occidental de la Nueva Holanda” (Vargas y Ponce, 1788: 337). Más adelante añade: *“Es muy difícil asegurar el número de individuos de que consta cada Tribu ó Familia, y discernir si quando se juntan 60 ó 70, se*

²⁶ Se trata de un grupo de islas de diferentes tamaños que se encuentran al sur del golfo de Penas, muy cerca de la entrada del canal Messier (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Islas_Ayautau).

consideran todos parientes, formando una sola sociedad; pues solo se notó que cada 8 ó 10 viven en una choza y parece que aunque estén muchos mas unidos en un parage, cada familia se compone de este número, y cada una cuida particularmente de sus sustento, educación de sus hijos y de su choza y Canoa” (Ibid.: 348). “Se ignora como hacen sus matrimonios y si una muger es comun á dos ó tres hombres, ó hasta qué grado de parentesco observan para no contraerse: solo se notó, que no es proporcionado el número con el de los hombres, pues es el de estos en todas las Familias ó Tribus triplicado. Es muy difícil de explicar con las escasas luces que hay hasta el día de estas gentes tan enorme desigualdad, que es sin duda uno de los de la corta población” (Ibid.: 349).

Según Baldomero Pacheco, en los primeros años del siglo XX *“En la rejion occidental del estrecho quedan unos pocos representantes de la raza alacaluf, a la que parecen pertenecer también los indios que se encuentran en los canales occidentales de la Patagonia, con los cuales por lo menos viven en contacto y buena relación, observándose que a menudo individuos a quienes se ha visto en puerto Gallant, se les encuentra en seguida en bahía Fortuna o en el canal Messier (...)”*. Y sigue *“en general se les ve mui poco, siendo ya rara la vez que una canoa sale al paso de un vapor; pero es asombrosa la prontitud con que surge un centenar o mas de ellos al punto que un buque llega a naufragar”*(cfr. Gusinde, 1974: 77-78).

Censar una población nómada que se movía por un hábitat tan complejo, repleto de rincones ocultos e inaccesibles para la mayoría de los navegantes, era tarea prácticamente imposible. Los exploradores europeos tardaron mucho en conocer, comprender y traducir ese territorio en un mapa. Hay que añadir que tampoco se conocían con claridad los límites del área dentro de la cual los kawésqar se movían (Emperaire, 1963).

Gusinde recuerda que dependiendo de la estación -que constituía una variable a considerar- podían encontrarse más o menos nativos en las islas interiores del archipiélago patagónico: *“durante los meses de verano permanecían entre las islas situadas hacia el exterior, y por el contrario, en invierno, buscaban la protección contra el mal tiempo en los canales interiores”* (Gusinde, 1974: 158-159). Lo que está claro es que *“poco después del descubrimiento del estrecho de Magallanes, éste estaba poblado por un número mayor de indígenas que en la época moderna”* (Ibid.: 159)

Baldomero Pacheco volvió al territorio kawésqar en 1912 y tras pasar un año explorando los sectores del archipiélago de la Reina Adelaida y el estrecho de Magallanes, lanzó una voz de alarma: fue el primero en denunciar que el número de nativos estaba disminuyendo. Hay que recalcar que sus observaciones en esa ocasión estuvieron limitadas a los dos sectores mencionados (cfr. Empeaire, 1963).

Durante el siglo XIX, se dispararon cifras en base a las percepciones subjetivas de los avistamientos, sin dar el debido peso a la complejidad que implicaba ofrecer una estimación aproximativa para una población que se desplazaba constantemente por un territorio tan amplio.

A partir de las últimas décadas del siglo XIX, el contacto continuo con cazadores chilotes y blancos además de modificar profundamente la cultura material de los nativos contribuyó a acelerar el proceso de desaparición física de los mismos. Con los foráneos llegó el alcohol, se difundieron ciertas enfermedades, especialmente las venéreas y se abrió la puerta de la emigración (Ibid.).

En la tabla que sigue aparecen las estimaciones demográficas, recopiladas por Martinic, desde el siglo XIX hasta 1985 (Martinic, 1989: 44-45).

<i>Informante</i>	<i>Fecha</i>	<i>Cantidad</i>
Gusinde (1951)	Comienzos siglo XIX	6.000

Fitz Roy (1832)	1832	1.100
Furlong (1809)	1836	3.500 o más
Lothrop (1928)	1850	3.500/4.000 o más
Bridges (1892)	1869	3.500/4.000 o más
Bidges (1880)	1880	3.000 o más
Wieghardt (1869)	1882	500 o más
Laming-Empeaire (1972)	1884	949 o más
Laming-Empeaire (1972)	1885	490 o más
Censo Nacional (1895)	1895	500 o más
Empeaire (1963)	Principios siglo XX	1.000/2.000 o más 2.000/3.000 o más
Coiazzi (1911)	1900	500 o más
Dabbene (1902)	1902	200/800 o más
Pacheco (1907)	1903	800 o más
Barclay (citado por Skottsberg)	1904	800 o más
Skottsberg (1913)	1908	300 o más
Cañas Pinochet (1911)	1908	700 o más
Renzi (1910)	1910	200 o más
Empeaire (1950)	1910	1.000 o más
Coiazzi (1914)	1913	200 o más
Gasperi (citando a Bridges)	1913	100 o más
Cooper (1917)	1916	200/400 o más
Gusinde (1979)	1923	250 o más
Gusinde (1925)	1924	245 o más
Lothrop (1928)	1924-25	150 o más
Oyarzún (1925)	1925	250 o más
Schedl (1940)	1925	125 o más
De Agostini (1941)	1928	300 o más
Gusinde (1930)	1930	80 o más
Gusinde y otros (1939)	1939	90 o más
Torre (1943)	1943	136 o más
Empeaire (1950)	1946	99 o más
Empeaire y Laming (1954)	1946	101 o más
Empeaire (1955)	1946	150 o más
Lipschutz y Monstny (1950)	1946	80/1000 o más
Kahler (1955)	1946	100 o más
Fochler-Hauke (1956)	1947	90 o más
Empeaire (1950)	1948	88 o más
Empeaire y Laming (1954)	1948	89 o más
Empeaire (1955)	1948	105 o más
León-Portilla (1957)	1952	62 o más
Empeaire y Laming (1954)	1953	68 o más
Empeaire y Laming (1954)	1954	61 o más
Delaborde (1959)	1957	60 o más
Fuerza Aerea de Chile (1962)	1962	49 o más
Clairis (1972)	1971	47 o más
Carabineros de Chile (1985)	1985	28 o más

Empeaire estima que para finales del siglo XIX podía haber entre uno y dos millares de individuos kawésqar. Según el antropólogo francés habría que tener en debida cuenta los nativos que se habrían escapado a los recuentos de los observadores por encontrarse en zonas de campamento al margen de las rutas convencionales seguidas por los navegantes (Empeaire, 1963). La cifra que propone sería exagerada según otros investigadores. La hipótesis de Martinic es que el número de los canoeros fue más bien escaso en los tiempo históricos, considera que la cifra ofrecida por Fitz Roy de aproximadamente 1.100 personas, en 1830, es la que más se acercaría a la realidad de la época (Martinic, 1989). Martín Gusinde calculó que el número de kawésqar, en 1924, rondaba entre los 245 y los 250 individuos, cifra en la cual incluía también a los mestizos (Gusinde, 1974).

Para finales de los años 40 quedaba un número muy reducido de canoeros y las perspectivas de futuro eran desesperanzadoras. Residían agrupados alrededor del puesto militar de la Bahía Edén²⁷ o del faro custodiado de la isla de San Pedro²⁸, esperando recibir víveres, vestimentas y otros objetos tanto de militares y marinos como de los navíos (Empeaire, 1963).

Todos habían abandonado el nomadismo y las técnicas que ese modo de vida implicaba, menos dos familias, cuyos componentes cuando consideraban haber almacenado suficientes provisiones, emprendían un viaje de varios meses por los canales, en busca de presas, retomando las rutas tradicionales y parando en los sitios que durante siglos habían servido de campamentos.

²⁷Nació como punto de escala para una línea de hidroaviones, pensada para comunicar Puerto Montt con Punta Arenas. Los accidentes que marcaron los primeros vuelos hicieron que se suspendiera el proyecto; el puesto de Edén se convirtió entonces en estación meteorológica y, tras el decreto del presidente Pedro Aguirre Cerdo, pasó además a ocuparse de la protección de los indígenas kawésqar.

²⁸Estaban encargados de ello unos marinos chilenos.

Para esa fecha unos pocos grupos familiares o individuos sueltos se habían asimilado al estilo de vida chilote estableciéndose en Punta Arenas, Puerto Natales y Puerto Montt.

A lo largo de su estancia en Puerto Edén, Emperaire consiguió una serie de datos genealógicos confiables. Su investigación abarca un lapso de tiempo de entre 60 y 80 años, englobando a cuatro generaciones de kawésqar. No tomó en cuenta a los nativos que se habían “urbanizado”.

Llevó adelante la investigación demográfica entrevistando directamente a los miembros de la etnia y considerando como válida solo la filiación biológica demostrable, sobre la cual no existiese duda alguna. Una mujer y sus hijos fueron el comienzo de la reconstrucción de cada árbol genealógico. Incluyó sólo los grupos familiares de los cuales quedaba por lo menos un sobreviviente.

Afortunadamente el mestizaje no estaba mal visto, consecuentemente no venía ocultado, sin constituir una traba en las entrevistas.

En 1953 quedaban con vida 61 individuos de 396 que habían nacido en las últimas tres décadas del siglo XIX y finales de los años 40. Es decir 335 ya no estaban.

En base a los datos ofrecidos por aquellos sobrevivientes, el investigador francés pudo llegar a plantear la hipótesis que el 50% de los grupos familiares habían desaparecido en su totalidad, durante el transcurso de las ocho décadas anteriores. Hablamos de unos 400 individuos.

Emperaire pudo averiguar que en dos años, entre 1946, cuando empezó la encuesta y 1948 la población femenina había disminuido un 10%. En 1953 sólo subsistía el 50% de las mujeres con respecto a las que vivían en el año 1946.

En su encuesta tomó en cuenta 17 grupos familiares, en cinco de los cuales, en 1953, no quedaba ninguna mujer viva.

En 1953 el futuro biológico del grupo dependía de unas 10 mujeres entre adultas en edad fértil, adolescentes y niñas.

Emperaire trató de averiguar los factores que jugaron un rol clave en el proceso de extinción de los kawésqar, basándose en el análisis de las informaciones recopiladas durante la encuesta demográfica y en los datos ofrecidos por los exámenes médicos que se llevaron a cabo en Puerto Edén. Analiza como causas las emigraciones, los ahogamientos, los accidentes, los asesinatos y las enfermedades.

Las emigraciones. Emperaire evidenció la importancia que tuvo este fenómeno en la disminución del grupo. De los 335 individuos que habían desaparecido, 51 se habían marchado de forma definitiva. La mayoría de las partidas se verificaron antes de 1930, en las décadas más prósperas del comercio de pieles. Cazadores tanto blancos como chilotes escogían a los jóvenes de ayudantes y raptaban a jóvenes mujeres, seleccionaban los mejores elementos de su comunidad en base a su aspecto robusto, saludable y a su actitud despabilada; todos ellos acababan en Chiloé, Punta Arenas y Puerto Natales. Los que no morían de tuberculosis u otras enfermedades, que con facilidad contraían en la ciudad, se adaptaban a la vida urbana (al estilo de vida chilote) dejaban de practicar su cultura, abandonaban su lengua y si llegaban a reproducirse, sus hijos acababan siendo unos habitantes más en la ciudad (Ibid.).

Ahogamientos, accidentes y asesinatos. Ahogamientos y accidentes -que básicamente consistían en caídas de las rocas durante las actividades cinegéticas- habían sido una causa de mortalidad constante a lo largo de la historia del pueblo kawésqar, estaban relacionados con las condiciones geomorfológicas y climatológicas del entorno y con la forma de vida que practicaban. Emperaire se encontró con que ahogamientos y accidentes afectaban por igual a los diferentes grupos de edad y a ambos sexos: contó 41 casos de muertes por ahogamiento que constituían el 12% de las muertes.

Las muertes por asesinato sumaban 24, el 7% del total. En el caso de los hombres adultos representaban el 19%. El móvil principal era la venganza por algún robo. En el ámbito conyugal destacó también la incidencia de varios casos de feminicidios: la dinámica consistía en peleas de parejas que acababan con la vida de la mujer.

Asimismo, debido a las disputas que se producían entre foráneos e indígenas, en general por robos o mujeres, se verificaron episodios de violencia. Algunos salían a luz mientras otros tantos permanecían desconocidos en ese espacio de anomía que eran los canales patagónicos.

Emperaire cree que los casos de asesinatos que pueden considerarse verdaderos exterminio han sido muy pocos y aislados y no los incluye entre las causas de la desaparición de los nativos (Ibid.).

Enfermedades. Entre la población kawésqar la tasa de mortalidad de niños era elevada pero no se diferenciaba de la media nacional, según datos oficiales la mortalidad infantil en Chile en 1920 era de 250 por mil. Emperaire, en la encuesta que llevó a cabo, averiguo que de 396 nacidos, 89 habían muerto recién nacidos o meses después. Entre los individuos adultos, la tasa de mortalidad resultaba mucho más alta y preocupante. Ya los navegantes en sus informes de viaje habían evidenciado como un hecho llamativo la casi ausencia de individuos ancianos entre los canoeros.

Para averiguar la tipología de enfermedades que afectaron a los kawésqar, Emperaire se basó en las observaciones que pudo efectuar en primera persona entre 1946 y 1948 y en los reconocimientos médicos que, en ese mismo arco de tiempo, se les practicaron a los residentes en Puerto Edén.

Entre 1946 y 1948, el déficit demográfico parecía depender más de la falta de natalidad, el grupo no se renovaba. En esos dos años nacieron tan solo seis

niños, de los cuales 3 murieron al nacer, debido a su estado de heredo-sifilíticos, patología que afectaba también a los otros 3 que sobrevivieron.

Entre 1948 y 1953, aumentó la tasa de mortalidad, al contrario de la tasa de natalidad que fue prácticamente igual a cero. La tuberculosis tuvo, al respecto, una incidencia mínima, mientras que las enfermedades venéreas fueron la causa principal de la muerte de niños en edades tempranas y de todos los casos de esterilidad en adultos.

Empeaire, en 1953, remitiéndose a los resultados de la encuesta demográfica profetizaba que de los 22 niños vivos en ese año, solo uno o dos habrían superado el margen de los 50 años de edad.

Tabaco y alcohol, a principio del siglo XX, tuvieron gran difusión entre los indígenas, debido a que se los proporcionaban los cazadores de pieles cuando compartían sus juergas con los nativos. El alcohol, en ese entonces, se había convertido en el motivo principal por el cual los nativos aceptaban trabajar en las goletas. El atractivo que ejercía sobre ellos era tan fuerte que la expectativa de poderlo conseguir llegó incluso a constituir un impulso para emigrar.

El vestuario europeo fue en parte responsable de las enfermedades pulmonares: al mojarse, retenía la humedad, convirtiéndose en un catalizador de enfermedades pulmonares.

Las causas de degeneración fisiológica introducidas por los europeos como alcohol, tabaco, vestuario y enfermedades pulmonares demuestran haber tenido un papel secundario comparadas con el sífilis y la emigración, en el arco de tiempo que Empeaire toma referencia para la encuesta.

A partir del comienzo del siglo XX la convivencia con los foráneos, europeos y chilotes, propulsó cambios importantes en la vida de los canoeros, se introducen nuevos deseos, cambian los intereses, se modifican las prácticas cotidianas. Empiezan por entrar en poseso de herramientas que ya conocían

desde hace tiempo pero que ahora se generalizan. Mucho más nativos tienen acceso a muchas más herramientas de forma constante (Ibid.).

Martinic, con respecto a Empeaire, enfatiza el peso que tuvieron en el proceso de extinción las agresiones (ejercitada por los foráneos) y las bebidas alcohólicas, como agentes reductores de la población kawésqar, además de las enfermedades (Martinic, 1998).

Según el Censo Nacional del año 2002, un total de 692.192 personas mayores de 14 años²⁹, es decir un 4,6% de la población chilena, se declaró indígena y perteneciente a uno de los ocho grupos étnicos reconocidos en aquel entonces por la ley indígena de 1993³⁰. De éstos, el 0,4% se declararon kawésqar (INE, 2003). El criterio seguido fue el de la auto-identificación: 563 personas se auto-identificaron como kawésqar. El censo de la CONADI (Corporación Nacional para el Desarrollo Indígena) de 2008 reconoció 343 personas como kawésqar. Ángel Acuña, durante su investigación, comprobó esa cifra, en enero de 2009, valiéndose de un grupo de trabajo compuesto por seis kawésqar, comprobó que de los 343, sólo 225 individuos venían reconocidos como kawésqar, por tener algún lazo de filiación, a los que se sumaban 32 casos dudosos (Acuña 2015).

En cuanto a Puerto Edén, Martinic recoge las siguientes cifras (Martinic, 2004: 243):

<i>Año</i>	<i>Número</i>	<i>Informe</i>
1967	43	Rivas (inédito)
1971	47	Clair-Vassiliades (1972)
1981	31	Polloni-Aspillaga (1982)

²⁹ Existen varios problemas con respecto a las cifras que se presentaron, uno de los cuales es que, en ese censo, del mundo indígena sólo fueron considerados los individuos de los 14 años hacia arriba. Con estas cifras en Chile los indígenas serían sólo el 4.6% total. Pero hay que considerar que en el país el 60% de la población es menor de 29 años y de éste total, la mayor parte es menor de 15 años. Por lo tanto, se puede suponer que la población indígena equivale a un millón de habitantes aproximadamente.

³⁰La población mapuche ha resultado ser las más numerosas de todas con 604.349 personas (87,3%).

1995	12	Aylwin (1995)
2002	10	Matus (inéditos)
2003	14	CONADI

En enero de 2009, los kawésqar residentes en Puerto Edén eran 20 (9 varones y 11 mujeres) (Acuña, 2015). De éstos, 2 fallecieron sucesivamente, quedándose reducidos a 18.

2.3. ETNOHISTORIA

2.3.1. Hipótesis sobre el origen de los canoeros nómadas

Aunque nos ocupemos de los kawésqar históricos, creemos necesario empezar haciendo brevemente el punto de la situación con respecto a los estudios relativos a la prehistoria de los canoeros nómadas.

Huellas de la presencia de cazadores recolectores que ya estaban adaptados al ambiente costero, es decir que vivían de los recursos del mar y dominaban la técnica de navegación, se han encontrado en la región del mar Otway y del estrecho de Magallanes y están fechados por encima de los 6000 años de antigüedad: nos referimos a los sitios de Bahía Colorada (6.376-6.011 a.p.), en el sector de Otway, y a Punta Santa Ana (6.944-6.566 a.p.) y Bahía Buena (6.849-6.493 a.p.) que se encuentran en el estrecho de Magallanes, al sur de Punta Arenas (Legoupil y Fontugne, 1997).

En la actualidad todavía no se ha podido aclarar cómo se desarrolló el proceso de poblamiento de la región litoral occidental del extremo sur de América; a la espera de que nuevos datos arqueológicos arrojen luz sobre la cuestión, dos son las hipótesis que se barajan (Martinic, 2004):

- La primera considera que tal poblamiento haya sido el resultado de una migración costera por la vía del litoral pacífico de grupos humanos que desde el norte se desplazaron hacia el sur llevando consigo un bagaje cultural marino que ya poseían.
- La segunda considera la posibilidad de una llegada por tierra de grupos humanos con una economía inicial de cazadores terrestres que fueron adaptándose gradualmente al ambiente marino.

La primera hipótesis no puede ser descartada pero de momento no se dispone de los hallazgos arqueológicos necesarios para sustentarla.

En cuanto a la segunda, el estrecho de Magallanes y el mar de Otway, donde hasta el momento se han hallado los sitios más antiguos relativos a los primeros grupos adaptados a la vida en el litoral, constituirían un núcleo ecotonal es decir una zona de transición, entre la pampa continental y el territorio marítimo en este caso concreto. Es posible que en tales espacios de transición hayan funcionado como laboratorios experimentales de estrategias de subsistencia: aquí grupos de cazadores terrestres habrían ido generando respuestas adaptativas frente al ambiente costero, desarrollando una tecnología que se habría ido especializando en esa dirección. Solo más tarde poblarían los canales patagónicos y las islas exteriores del Pacífico (Legoupil y Fontugne, 1997). Según Dominique Legoupil y M. Fontugne *“en el arco exterior del archipiélago, a lo largo de la costa pacífica, la ocupación humana pareciera más reciente, como si el poblamiento hubiera sido progresivo y concéntrico a partir de algunos núcleos de base, situados en las zonas más favorables que colindan con el territorio terrestre: región de los mares interiores (Skyring y Otway), estrecho de Magallanes y canal Beagle, todos al límite entre pampa y archipiélagos (Legoupil y Fontugne 1997: 76)*

La hipótesis del poblamiento costero no viene desechada por Legoupil y Fontugne quienes proponen una variante: *“pequeños grupos haliéuticos de gran movilidad podrían haber descendido desde el norte -a partir de Chiloé- a lo largo de la costa pacífica, atravesando rápidamente las zonas más inhospitalarias de los archipiélagos para colonizar las regiones más acogedoras del Estrecho de Magallanes y del canal Beagle, hace 6 a 7.000 años. Bien instalados durante milenios, sólo posteriormente, hacia los inicios de nuestra era, bajo la presión de grupos de cazadores terrestres, éstos se habrían dispersado en los archipiélagos,*

explotando los múltiples nichos ecológicos de la región” (Legoupil y Fontugne, 1997: 85).

2.3.2. Las fuentes etnohistóricas

Los primeros que observaron y describieron los nómadas canoeros fueron los exploradores ya sea oficiales de la marina, aventureros o piratas, siguieron los misioneros y, sólo más tarde, ya entrado el siglo XX, le tocó el turno a algunos etnógrafos. Los diarios de a bordo además de ofrecer descripciones, brindan juicios de diferente naturaleza que fueron penetrando en el imaginario occidental.

Los encuentros iniciales entre los occidentales y los nativos estuvieron marcados por el miedo y la violencia. Durante los siglos XVI y XVII, en las relaciones de viaje se retrataron a los nativos como seres más cercanos a los animales que a los humanos, y se les atribuyó la práctica del canibalismo. Pasaron luego, en el siglo XVIII, a resaltar como atributo relevante el de la miseria, de la extrema pobreza material (Orquera y Piana, 1995).

Hemos retomado los listados de cronistas mencionados por J. Emperaire (1963), M. Gusinde (1974) y M. Martinic (2004), donde hemos consultado el texto original, citamos directamente la fuente.

Hernando de Magallanes fue el primer europeo en adentrarse en el homónimo estrecho que en aquel momento bautizó estrecho de Todos los Santos. Corría el año 1520. Al parecer, las únicas señales de presencia humana que observó fueron los fuegos encendidos de la costa. Llegado a la altura del golfo de Penas, salió al oeste y divisó el océano Pacífico (cfr. Gusinde, 1974: 21-22).

Casi seis años después, la expedición del capitán Fray García Jofre de Loaysa, encargada por Carlo V, salió de España en agosto de 1525. Tocó las aguas del

estrecho de Magallanes en abril del 1526. En la parte occidental del estrecho se dio el primer encuentro con unos nativos mientras navegaban en sus canoas: por la localización tenían que ser miembros de la etnia kawésqar. Así lo relata: *“esos indios blandían tizonas y algunos de nosotros pensaron que iban a incendiar las naves. No se atrevieron a avanzar y no pudimos perseguirlos en chalupa porque nos dejaban atrás con sus canoas”* (cfr. Emperaire, 1963: 2).

Tras dividir América Meridional en cuatro provincias, el rey entregó la provincia más austral³¹ al portugués Simón de Alcazaba y Sotomayor. Éste salió de Sanlúcar de Barrameda en septiembre del 1534 con dos naves, *Madre de dios* y *San Pedro* y alcanzó el estrecho de Magallanes a principio de 1535. Vio la cruz depositada por Hernando de Magallanes y restos de las embarcaciones de la expedición de Loaysa. No pudo proceder más allá de la entrada oriental del estrecho, donde halló algunos indígenas, antes de dar la vuelta atrás (Emperaire, 1963).

Diego Almagro, compañero de Pizarro en la conquista de Perú, protagonizó una primera incursión en Chile, entre 1535 y 1537. Atravesando la cordillera de los Andes y tomando el camino del valle del río Aconcagua, llegó hasta lo que es conocido como Chile central.

Pedro de Valdivia, tras fundar Santiago en 1541, quiso extender sus dominios más allá del río Bío-Bío. Empezó la conquista de la Araucanía. Con el objetivo de alcanzar el estrecho de Magallanes, envió, en 1553, una expedición compuesta de dos naves al mando de Francisco Ulloa y del piloto Francisco Cortés de Ojea. Salieron de Valdivia, desde el puerto de la Concepción en octubre (Ibid.). La expedición tuvo el mérito de descubrir el archipiélago Patagónico *“siendo muchas las islas que es segundo archipiélago; y todas pobladas y es gente de guerra, y andan en grandes canoas, y traen su fuego dentro”* (cfr. Martinic, 2004: 92). Fue el primero en recopilar informaciones sobre dicho mosaico de islas.

³¹ Se trata de la provincia llamada Nueva León.

Además reconoció el archipiélago de Guaitecas y el de los Chonos. Buscó la entrada del estrecho de Magallanes, algunos interpretan que efectivamente lo alcanzó, mientras otros afirman que se quedó muy lejos de éste (Ibid.).

En noviembre de 1557, cuatro años después del viaje de Ulloa, salió una pequeña flota del puerto de Valdivia, al mando del capitán Juan Ladrillero compuesta por dos naves, la *San Luis* y la *San Sebastián*, esta última capitaneada por Francisco Cortés de Ojea³². Su objetivo era reconocer y ocupar el estrecho de Magallanes. Así lo solicitó el Virrey de Perú, cuyo hijo cubría el cargo de gobernador de Chile. Llegaron a la costa occidental de la hoy conocida como isla Byron, donde encontraron algunos nativos kawésqar. Mientras seguían el viaje rumbo al sur, una fuerte tempestad hizo que los barcos se separasen y cada uno siguió por su cuenta. La embarcación de Ladrillero recorrió los enredados canales de los archipiélagos patagónicos, después de equivocarse dos veces -y descubrir la región de Última Esperanza- al tercer intento encontró la entrada del estrecho de Magallanes, exploró las dos orillas y tomó posesión del Estrecho y de las Tierras australes según el ceremonial oficial. Había dibujado la primera carta de los archipiélagos y descrito, con minucia, detalles geográficos e hidrográficos. Su derrotero cayó en el olvido durante tres siglos (Emperaire, 1963; Martinic, 2004).

Mientras Ladrillero cumplía su recorrido, Cortés de Ojea vivía terribles tormentas. Tuvo que varar el barco en una caleta del estrecho Trinidad, en las cercanías del canal Picton³³, desmontarlo y construir un bergantín para poder emprender el viaje de vuelta. Lograron llegar al puerto de Valdivia en octubre de 1558 (Emperaire, 1963).

³²Es el mismo Cortés de Ojea que anteriormente había acompañado a Francisco Ulloa en su misión.

³³Se encuentra en la costa occidental de la isla Wellington.

Existe una relación escrita por el mismo Juan Ladrillero que narra el viaje de la *San Luis* (Ladrillero, 1880) y otra redactada por el escribano Miguel de Goicueta correspondiente al viaje de la *San Sebastián*, al mando de Cortés de Ojea (Goicueta, 1879).

Ambos informe curiosamente describen a los indígenas que encuentra en la entrada del canal de Fallos:

“La jente que hai en esta ensenada susodicha, son indios pescadores de mediano cuerpo i mal proporcionados. No tienen sementeras; mantiénense de pescado, i marisco, i lobos marinos que matan; i comen la carne de los lobos i pescado cruda, o aves cuando las matan, i otras veces las asan. No tiene ollas, no otras vasijas; ni se ha hallado sal entre ellos. Son muy salvajes i sin razón. Andan vestidos de los cueros de los lobos i de otros animales, con que se cubren las espaldas, i caen hasta las rodillas, i una correa que les atan por el pescuezo a manera de las liquiras que traen las indias del Cuzco. Traen sus vergüenzas de fuera sin ninguna cobertura. Son de grandes fuerzas. Traen por armas unos huesos de ballena a manera de dagas, i unos palos, como lanzuelas mal hechas. Andan en canoas de cáscaras de cipreses i de otros árboles. No tienen poblaciones ni casas, sino que hoi aquí, mañana en otra parte, i donde quiera que llegan, llevan unas varillas delgadas, las cuales ponen en el suelo; i con corteza de árboles, que en las dichas canoas traen, hacen sus casillas chiquillas, a manera de ranchos, en que se meten i se reparan del agua del cielo i de la nieve (...)” (Ladrillero, 1880: 464-465).

“(...) las canoas que son así mesmo de las dichas cortezas cosidas con junquillos de barba de Vallena a las cuales fortalecen con barrotes delgados de baras de grosor de un dedo y aforranlas de paja ó espartillo entre los barrotes é la corteza como pájaro su nido. La hechura de ellas es como luna de cuatro días, con unas puntas elevadas, su bestir es cueros de lobos marinos é su comer según parecio solo marisco asado é lo demás que pescan, no les hallamos ningun género de

basijas de barro, ni en la tierra vimos disposicion de barro de que se pudiese hacer, y esta entendimos ser causa traer sus vergüenzas descubiertas casi ellas como ellos” (Goicueta, 1879: 484-485)

A lo largo de los meses que Cortés de Ojea y su tripulación pasaron en el canal Picton, recibieron varias visitas de los nativos:

“(…) los indios que vinieron fueron catorce hombres de razonable estatura: sus armas eran fisgas de palo de dos brazas é desta hechura é así mismo traian unos puñales de hueso de Ballena bien de dos palmos de largo é de esta forma³⁴ sus vestidos eran pellejos de lobos marinos é de corzos de montes no mas largo que hasta poco mas bajo de la cintura su hechura tal cual sal del animal, traen sus vergüenzas de fuera é sus cuerpos y cara salbigados de tierra colorada con algunos reveses de negro é de blanco y unas guirnaldas de plumas de pato sobre sus cabezas é desta manera vinieron (...)” (Goicueta, 1879: 504-505)

Francis Drake, corsario inglés, alcanza el estrecho de Magallanes en agosto de 1578. Se encuentra con varios nativos de los que menciona las canoas, la pintura facial, las viviendas y la práctica de usar piedras para afilar conchas queluego usaban como cuchillos (cfr. Gusinde, 1974: 25-26). Fruto de ese viaje es el mapa de Joan Martínez, de 1591, donde aparece el esbozo, obviamente lagunoso, de un archipiélago, al norte del estrecho de Magallanes, formado por unas treinta islas (Martinic, 2004).

La incursión de Drake en el estrecho de Magallanes provocó la preocupación de los españoles e impulsó el viaje de Pedro Sarmiento de Gamboa. El Virrey del Perú, Francisco de Toledo, puso a su mando dos fragatas, la *Nuestra Señora de la Esperanza* y la *San Francisco*. En la segunda embarcación, iba de capitán el almirante Juan de Villalobo. Salían del puerto de Callao el 11 de octubre de 1579 para viajar al estrecho con el objetivo de “descubrirlo”, tomar posesión de él en

³⁴En esta fuente aparece el dibujo esquemático de una punta de arpón de un solo diente.

nombre de la corona y averiguar la manera de bloquear el acceso al mismo. Durante el recorrido habrían tenido que anotar con detalle lo que iban descubriendo, asimismo observar y conocer a los nativos. Para la segunda mitad de noviembre, habían alcanzado el golfo Trinidad. Con una chalupa empezaron la exploración del archipiélago Madre de Dios. Prosiguieron el viaje y tras varios periplos encontraron la entrada del estrecho y por tercera vez lo tomaron solemnemente en posesión³⁵ (cfr. Emperaire, 1963: 6-10; Martinic, 2004: 98-100)

Del informe de Sarmiento, Martinic dice que es el primero en tener el mérito de ofrecer una descripción fidedigna de la geografía de los archipiélagos Patagónicos. Además de producir un inventario de la flora y de la fauna que tanto el capitán como sus compañeros iban observando. Se preocupó asimismo por describir el aspecto que tenían y los instrumentos que utilizaban los indígenas (Martinic, 2004: 100).

Otro corsario inglés Thomas Cavendish, financió su propia flota y, en enero de 1587, se dirigió al estrecho de Magallanes. Allí, en las cercanías del canal Jerónimo, vio diversos nativos. Sobre ellos ofrece una serie de noticias tendenciosas y exageradas. Debido a sus propios temores hacia los autóctonos ordenó a la tripulación abrir el fuego “*con lo que dimos la muerte a muchos de ellos*”. Es el primero en mencionar la práctica del canibalismo entre los indígenas, sin fundamento alguno, y la supuesta costumbre de comer carne cruda (cfr. Orquera y Piana, 1995: 189-190). Cavendish hace un segundo viaje al estrecho, en puerto del Hambre dice ver “*más de 1000 caníbales desnudos*”, además añade que durante esta segunda estancia en el estrecho de Magallanes,

³⁵Después de explorar el estrecho Sarmiento, según las instrucciones recibidas, fue a España a informar a Felipe II. En 1581, salió de nuevo rumbo al estrecho, con una flota de 25 naves. En el estrecho de Magallanes fundó una primera ciudad que bautizó *Nombre de Jesús*, siguió la fundación de la ciudad del *Rey Felipe*, que pasaría trágicamente a la historia como *Puerto del Hambre* (Emperaire, 1963).

en 1592, entre 4000 y 5000 nativos fueron al encuentro con su tripulación (cfr. Gusinde, 1974: 29).

Sigue la expedición del inglés Richard Hawkins que llega al estrecho en 1594. Estando en los alrededores del canal Jerónimo vio *“una canoa, que estaba muy bien trabajada, y en la costa vimos dos o tres indios desnudos (...) no nos atrevimos a acercarnos a ellos porque sabíamos que los salvajes son muy alevosos con todos los blancos, debido a que los españoles los han tratado cruelmente (...)”* (Ibid.: 30)

Sabald de Weert y Simón de Cordesal mando de la primera expedición holandesa, conocida como “la expedición de los 5 barcos de Rotterdam”, con la misión de saquear posiciones españolas, toca agua del estrecho en abril de 1599. Tuvieron varios desencuentros con los nativos que acabaron con bajas en ambos lados. Durante la estancia en aguas australes, retuvieron dos días a bordo una mujer nativa con sus dos hijos, al soltarlos les regalaron una chaqueta, una gorra y unas quincallas, cuales brazaletes y collares, un espejito, un pequeño cuchillo, un clavo y otros pequeños objetos. Donaron otra chaqueta para el niño más pequeño y se quedaron con la niña de unos 4 años que llevaron a Ámsterdam, donde finalmente moriría (Ibid: 30-34).

Olivier de Noort, almirante holandés, navega en el mismo año hacia la entrada del estrecho de Magallanes. Cuenta que desde la embarcación vio un nativo vestido con una chaqueta europea, debido al tipo de vestimenta que llevaba puesto, en un primer momento pensó tratarse de un occidental. Al acercarse pudo observar que presentaba la cara pintada de rojo. En el cabo Forland, los nativos lanzaron flechas y la tripulación les respondió abriendo fuego. Se consumió de nuevo una mutua masacre. Los episodios de violencia se repitieron en otros puntos. En el informe de esta expedición se vuelve a tachar a los nativos de caníbales sin tener la menor prueba (Ibid.:34-36).

Georges Spilberg zarpa rumbo al estrecho de Magallanes, al mando de una expedición de corsarios holandeses en 1613. La tripulación tuvo encuentros con nativos a los cuales regalaron cuchillos, otros objetos y vino; a cambio recibieron perlas de conchas. Refiere además que tenían canoas. Al parecer, perdió dos hombres de su tripulación a manos de los nativos (Ibid: 36-37).

Cuando llegó la noticia que Jacobo de Maire había descubierto, en 1616, el estrecho homónimo que desemboca en el cabo de Hornos, la corona española ordenó rápidamente una nueva expedición al mando de los hermanos holandeses Bartolomé y Gonzalo García Nodal. Esa expedición, al parecer, trajo por primera vez a la península documentos de historia natural y objetos de los nativos (cfr. Emperaire, 1963). Partieron de Lisboa el 26 de septiembre de 1618, tras circunnavegar el cabo de Hornos, alcanzaron la salida occidental del estrecho de Magallanes, donde desembarcaron cerca de un río. Aquí, 15 indígenas se les acercaron, casi completamente desnudos a parte de una piel - pintada de rojo- que llevaban sobre los hombros; también sus cuerpos estaban pintados de rojo, menos la cara que mostraba rayas blancas. Sigue el texto mencionando unas cincuenta viviendas que habrían compuesto el campamento nativo (cfr. Gusinde, 1974: 37-38).

Siguieron otras expediciones holandeses como la de Jacobo l'Hermite en 1624 y la de Brouwer (Emperaire, 1963).

Motivados por el temor a la intrusión de extranjeros en los territorios del extremo sur, los españoles organizaron dos expediciones de carácter militar. La primera, entre los años 1674 y 1675, al mando de Bartolomé Díaz Gallardo que partió de Chiloé, valiéndose de embarcaciones chilotas y de una tripulación compuesta por españoles e indígenas, y atravesó el istmo de Ofqui por la vía terrestre para seguir costeando el golfo de Penas rumbo al sur. A pesar de ser un viaje potencialmente interesante en cuanto a las posibles observaciones que habría podido ofrecer, la relación de Gallardo además de no ser clara, tampoco

resulta interesante. La expedición al mando de Antonio de Veá, entre 1675 y 1676, contaba con los mismos medios que la anterior y al igual que aquella se limita a ofrecer una serie de informaciones muy confusas (Ibid.: 16-17)

John Narborough fue enviado por el rey Carlos II a reconocer el estrecho de Magallanes, la costa patagónica y los puertos españoles. En su relación de viaje ofrece algunas informaciones sobre los indígenas hallados en la Isla Isabel y en Puerto del Hambre en los años 70 del siglo XVII. Describe las características somáticas y vestimentas de los indígenas y hace referencia a la pasta de color que usaban, hecha de una mezcla de grasa y pigmentos rojos. Relata un suceso interesante que presencié: al perecer algunos de estos nativos pidieron a la tripulación un trozo de lobo marino, los navegantes se lo entregaron y una vez que estuvo a su disposición, lo usaron para untarse el cuerpo (Gusinde, 1974: 38-40)

De Gennes quien viajó al estrecho de Magallanes con una flota de seis barcos, alcanzó cabo de Santa Inés en 1696. En Puerto del Hambre la tripulación observó el primer grupo de indígenas, entre ocho y diez individuos, ocupados en la tarea de construir canoas de corteza en la orilla. En la relación se señala que entre ellos había una mujer muy mayor, de unos ochenta años, a juicio del autor. Tras ofrecer una descripción de sus características somáticas, refiere que llevaban pintura blanca en la cara y en el cuerpo (Ibid.: 39-40).

Para mediados de 1699, llega al estrecho de Magallanes la flota de De Beauchesne-Gouin, acompañado por Jouan de la Guilbaudièrey Du Plessis. Los manuscritos de ambos acompañantes fueron incluidos en la relación oficial del viaje. Tuvieron repetidos contactos con los nativos del área del estrecho. Mencionan, entre otras cosas, el parto de una mujer indígena en una canoa. Las notas de Du Plessis son dignas de interés sobre todo en relación a las técnicas de construcción de la vivienda, a la división del trabajo y a las técnicas empleadas para remolcar las ballenas (Ibid.: 40-41).

Hay que abrir un paréntesis para recordar brevemente la acción desarrollada por los jesuitas, durante el siglo XVII a partir de su centro en Chiloé. Los misioneros de esta orden se establecieron, desde 1567, en la mencionada colonia de Chiloé, fundada por los españoles, con el propósito de evangelizar a los nativos. En 1609, empezaron la labor de catequesis entre la población de los chonos. Cuando vinieron en conocimiento de la existencia de indígenas que vivían más al sur, decidieron explorar su territorio. Mencionamos brevemente los misioneros que emprendieron viajes hacia el territorio kawésqar: los padres Melchor Venegas y Mateo Esteban, en 1613, llegaron al norte del canal Messier; de nuevo Melchor Venegas, entre 1617 y 1622; el padre Nicolás Mascardi, entre 1665 y 1665, parece que pudo llegar hasta el golfo de Trinidad y trajo de vuelta a Chiloé unos treinta indígenas (Martinic, 2004).

Solo nombramos: Coudrai-Perée, Amadeo Francisco Frezier, Gentil de la Barbinais y Johann Zedler quienes estuvieron navegando por el territorio que nos interesa, en los primeros años del siglo XVIII (Gusinde, 1974).

El navegante inglés John Byron participó, como guardiamarina, en un primer viaje, en las aguas australes, que empezó en 1740 y se alargó hasta 1744. En 1741 tuvo lugar el hundimiento de la embarcación donde viajaba, la *Wager*, al chocar contra una roca de la isla Guayaneco. La correspondiente relación ofrece una interesante descripción de los archipiélagos Chonos y Guayaneco y de sus pobladores, los Chonos y los Kawésqar (Byron, 2006; Emperaire, 1963; Martinic, 2004).

En un segundo viaje, veinte años más tarde, entre 1764 y 1766, Byron era quien dirigía la expedición al estrecho de Magallanes. Con el cargo de comodoro de la fragata *Dolphiny* de la corbeta *Tamar*, tenía el objetivo secreto de explorar las aguas del extremo sur para ocupar las islas Malvinas. A nivel etnográfico esta segunda relación tiene el mérito de mencionar por primera vez la diferencia entre la canoa de corteza y la canoa de tablas. En 1765, "(...) *al oeste del Canal*

San Jerónimo vimos tres o cuatro hogueras en la costa septentrional, y poco después vinieron hacia nosotros dos o tres piraguas. Al mediodía llegaron a nuestro buque las piraguas, dieron vueltas alrededor por algún tiempo, y de sólo una se atrevieron los que remaban a subir a bordo. Las piraguas eran de corteza de árboles, y de una construcción muy viciosa. Los americanos eran siete, entre ellos dos mujeres y un niño. Yo no había visto nunca criaturas tan miserables: no traían más vestido que una piel muy hedionda de lobo marino puesta sobre los hombros (...) (Byron, 2006: 184-185).

Algunas semanas más tarde, en el área occidental del estrecho, avistaron indígenas que poseían canoas de tablas cosidas: *“el oficial me informó de que había encontrado americanos, cuyas piraguas eran muy diferentes de las que habíamos ya visto en el estrecho. Estaban formadas de planchas unidas, mientras que las otras eran sólo de corteza de árboles unidas por los dos extremos, y con un palo por medio para que se mantuviesen abiertas, a la manera de los barcos que hacen los muchachos de vainas de guisantes”* (Ibid.: 196). En el cabo Froward, los tripulantes vieron un grupo compuesto por un gran número de indígenas, del cual describen las actividades. Byron tuvo algunos encuentros con los kawésqar en las regiones de Skyring y Otway, sobre los cuales expresó una opinión positiva. Al regreso de Byron, en 1766, el Almirantazgo puso la *Dolphin* bajo el mando de Samuel Wallis que volvió a navegar las aguas del estrecho de Magallanes (Empeaire, 1963).

En el siglo XVIII, la labor de los jesuitas tiene como objetivo evangelizar a los nativos del archipiélago Patagónico. El padre Pedro Flores alcanzó la isla Guayaneco donde entró en contacto con los nativos; en 1766 el padre José Martí tomó rumbo al sur, llegó hasta los canales Messier y Fallos, allí permaneció varias semanas, siguen sus anotaciones relativas a los nativos que encontró en la isla Campana: *“hallamos en la punta norte de la isla Cameleu en la boca norte del canal de Fayu, una ramadita con cuatro almas: un hombre con*

su mujer i un hijito i una soltera; al punto que nos divisaron salieron a la playa, pintado el hombre el rostro i con su plumaje en la cabeza, que eran dos alas de pájaros; el vestido así del hombre como de las dos mujeres se reducía a una sola manta de pellejitos de huillín o gato marino, que les cubre las espaldas y poco más debajo de la cintura, pero no por delante; mas ni el hombre ni las mujeres eché de ver aquel natural pudor que causa la desnudez ni ellos extrañaban cosa en que nosotros los viésemos desnudos (...)" (García, 1889: 28) y sigue "llegamos a su ramadita, cubierta de rama y pellejos de lobos marinos; su despensa se reducía a dos o tres montoncillos de pájaroslilis³⁶, algunos ya podridos por estar fuera del ranchito expuestos al sol i al agua" (Ibid: 28).

En 1779, el padre Benito Martín y el padre Julián Real se adentraron de nuevo en la zona más septentrional del territorio kawésqar y encontraron numerosos nativos de los cuales trajeron 33 de vuelta con ellos a la misión. No fue el único caso, otros misioneros, en otra ocasión, trajeron a la misión a 31 kawésqar (Empeaire, 1963). Tras la expulsión de los jesuitas de todos los reinos americanos, la orden de San Francisco tomó el relevo en Chiloé (Martinic, 2004).

En la segunda mitad del siglo XVIII se empieza a sentir la influencia de las ideas de la ilustración, las relaciones de viaje se hacen más rigurosas y metódica incluyendo descripciones más detalladas de los indígenas y de sus costumbres (Orquera y Piana, 1995).

Louis Antoine de Bougainville en 1764 fundó la colonia francesa de Port-Louis en las islas Malvinas. Al año siguiente viajó al estrecho de Magallanes para conseguir la madera necesaria para levantar las construcciones en la colonia que pronto fue reclamada por la corona española. En 1766 pasa una segunda vez por el estrecho, antes de dar comienzo a su viaje alrededor del mundo (Emepraire, 1963). En puerto Galante conoce a algunos indígenas kawésqar de los cuales nos refiere:

³⁶ Se trata de cormoranes.

“Por la mañana, habían aparecido cuatro piraguas en la punta del cabo Galante y después de permanecer detenidas allí durante algún tiempo, tres de ellas avanzaron hacia el interior de la bahía, en tanto una bogaba con dirección a la fragata. Tras vacilar durante media hora, finalmente atracó al insistente grito de pécherais. Allí dentro había un hombre, una mujer y dos niños. La mujer se quedó al cuidado de la piragua, el hombre, por su parte, subió a bordo solo, con bastante confianza y muy alegre. Otras dos piraguas siguieron el ejemplo de la primera, lo cual llevó que algunos hombres entraran a la fragata con los niños. Pronto se sintieron todos muy a gusto. Los hicimos cantar, bailar, oír algunos instrumentos y, sobre todo, comer, a lo cual se entregaron con gran apetito. Todo les sentaba bien: pan, carne salada, sebo; de hecho devoraban cuanto se les ofreciera. Con todo, hemos tenido serias dificultades para librarnos de estos repugnantes y molestos huéspedes: conseguimos que fuesen regresando a sus piraguas colocando ante sus ojos trozos de carne salada. No manifestaron ninguna sorpresa ni frente a los navíos, ni frente a los diversos objetos que se exponían a sus miradas: sin duda, para sorprenderse ante el producto de las artes se requiere de unas cuantas ideas elementales” (Bougainville, 2005: 192).

Y añade:

“Andan casi desnudos: lo único que llevan por vestimenta son unas inservibles pieles de lobo marino, demasiado pequeñas para cubrirlos, pieles que también sirven para los toldos de sus chozas o para las velas de sus piraguas. También llevan algunas pieles de guanaco, pero en pequeña cantidad. Sus mujeres son horribles y los hombres no les profesan mucho respeto. Son ellas las que bogan en las piraguas y quienes se encargan de mantenerlas, al extremo de ir a nado -a pesar del frío- para quitar toda el agua que pueda entrar en las enormes algas que sirven de puerto para estas embarcaciones, bastante antes de llegar a la rivera. En tierra, juntan leña y mariscos, sin que los hombres tomen parte alguna en el trabajo. Incluso, las mujeres con niños de pecho no están exentas de estas

faenas: los llevan sobre sus espaldas, envueltos en esas pieles que usan como vestimenta. Sus piraguas están hechas en base a la corteza de los árboles, aunque torpemente entrelazadas con juncos y musgo en las costuras” (Ibid.:193).

Antonio de Córdova en 1786 pasó quince semanas en el estrecho de Magallanes. Tuvo la posibilidad de observar los nativos especialmente en las áreas de puerto del Hambre y puerto Galante. El diario de a bordo de su fragata, la *Santa María de la Cabeza*, ofrece descripciones de numerosos aspectos de la vida de los kawésqar que fueron ordenados por Vargas y Ponce junto con las anotaciones tomadas por sus oficiales³⁷.

“Quando regresó el Bote traxo cinco Indios que había encontrado en la playa, cuya desnudez, hedor y estupidez hacían se mirasen con tanto horror como compasión, efectos naturales de la vista de estos infelices, que viven en la suma miseria, y en que ellos parece estan contentos, sin duda por la corta extension de sus ideas, pues careciendo de bienes que no conocen, no los echan de menos. Enviados á tierra se juntaron con otros que les esperaban en la orilla, y que siguieron a la Fragata hasta el Puerto del Hambre (Vargas y Ponce, 1788: 34-35).

Los nativos siguieron a la fragata *“y la acompañaron con toda su Tribu, que ascendería a 23 personas, durante toda la residencia en puerto del Hambre. Al principio dexaron su mansion como media legua al N del Puerto en la misma playa; pero visitados y regalados por los de la Fragata, hicieron varios cambios de pañuelos, gorro y otras cosas por sus armas y adornos, con lo que ganada su confianza, se transfirieron á varias chozas que había en el fondo del Puerto, idénticas á las muchas que se encontraban á lo largo de la Costa” (Ibid.: 36).*

La fragata se desliza 11 leguas y los mismos nativos siguen detrás *“Parece que no los traia otro motivo, que la codicia de aumentar sus riquezas con los regalos*

³⁷ Eran Alcalá Galiano, Belmonte, Churruca y Cervallo.

para ellos inestimables, que continuamente recibían, pues el corazón humano que siempre lo mueve algún resorte, no podía tener otro en estas circunstancias, una vez que por repetidas experiencias se conoció que la curiosidad, que parece innata en los racionales, no ha hallado hasta el presente lugar en estos hombres” (Ibid: 38).

En el siglo XIX, la marina británica se impone como principal potencia marítima, tras la disolución del imperio español.

La visión que domina con respecto a los nativos es la del primitivismo biológico y cultural (Orquera y Piana, 1995).

Parker King zarpa al mando del *Adventure* en mayo de 1826, desde el puerto de Plymouth y alcanza puerto del Hambre a principio de enero de 1827. Se trata de una expedición geográfica que se alarga hasta 1830. En la relación de viaje, de los nativos se describe: la estructura de sus viviendas, la manera de vestir, el consumo de carne de lobo marino, las experiencias de truques, las tipologías de pieles, el uso de algunas armas, la pintura corporal, además de ofrecer una descripción de las características somáticas (Parker King, 1839; cfr. Gusinde, 1974).

El gobierno inglés encargó otra expedición, al mando de Fitz Roy, destinada a explorar a fondo la parte meridional de Tierra del Fuego y el archipiélago de la Patagonia occidental. El *Beagle* salió en noviembre de 1831 (Fitz Roy, 1839; cfr. Gusinde, 1974). A bordo iba el célebre naturalista Charles Darwin, quien se ocupó de describir sobre todo a los yámana (Darwin, 1997). La relación de este segundo viaje se publicó junto a la del *Adventure*. En el diario del *Beagle* es donde se encuentra por primera vez la denominación *Alikhoolip* para referirse al pueblo kawésqar (Empereire, 1963). Aquí también se describen los aspectos principales de su cultura material y además se plantean algunos intentos de subdivisión étnica.

Richard Coppinger viajó en el *Alert* al mando de George Nares que salió de Plymouth en septiembre de 1878. En enero de 1879, el barco alcanzó la entrada oriental del estrecho. Pasó varios meses en los canales de la Patagonia Occidental. Al igual que John Byron, señala la diferencia entre las dos tipologías de canoa que los indígenas kawésqar poseían. Igualmente describe dos tipos de remos. Habla de la boga como un asunto femenino. Ofrece una cuidadosa descripción de la vivienda. Se detiene también en definir las características somáticas de los indígenas (Gusinte, 1974).

Franz Steindachner, director del museo de Historia Natural de Viena, encuentra un grupo de kawésqar en marzo de 1872, mientras navegaba hacia el archipiélago de la Reina Adelaida³⁸: *“llegó un bote lleno de auténticos salvajes fueguinos. Cinco hombres desembarcaron y vinieron hacia nosotros sin armas. Llevaban pieles de nutria y de foca en los hombros, y éstas estaban sujetas a sus espaldas con una correa. Igualmente vestidas estaban las mujeres, que tenían que remar y permanecieron en el bote con sus niños y perros. Los hombres fueron muy amistosos con nosotros y sólo nos pedían tabaco”* (cfr. Gusinde, 1974: 69).

En 1881, Johann Wilhelm Wahlen, marino alemán, capturó once nómadas marinos en las tierras australes y el capitán Schwers, al mando de la fragata *Tebas*, los llevó hasta Europa. Se trataba de cuatro hombres, cuatro mujeres y tres niños. Fueron llevados de gira para ser mostrados en varias ciudades del viejo continente. La primera etapa fue París, donde fueron exhibidos en el *Jardin d'Acclimatation*³⁹, en ese mismo año, durante algunos meses. La segunda

³⁸ El archipiélago Reina Adelaida es un archipiélago situado en el océano Pacífico en la región austral de Chile, al norte del estrecho de Magallanes (https://es.wikipedia.org/wiki/Archipi%C3%A9lago_Reina_Adelaida).

³⁹ En 1854, se funda en París la *Sociedad Imperial Zoológica de Acclimatación*, con el propósito de facilitar la aclimatación, domesticación y reproducción de animales exóticos. Formaba parte del proyecto, la creación de un espacio adecuado que se encontró en el *Bois de Boulogne*, donde se instaló el *Jardin d'Acclimatation*. Se incluyeron también elementos vegetales. A partir del 1860, se abrieron las puertas al

etapa fue Berlín, allí se quedaron algunas semanas en el recinto de avestruces del jardín zoológico de la Sociedad Antropológica. Las siguientes etapas fueron Leipzig, Múnich, Stuttgart y Núremberg. Algunos indígenas murieron y la salud general del grupo se fue debilitando, tanto que cuando llegaron a Zurich⁴⁰ hubo que anular las exhibiciones que ya se habían programado. Por decisión de Carl Hagenbeck, el empresario que había organizado el secuestro y que se había hecho responsable de los indígenas, depositando una fianza al gobernador de Punta Arenas, fueron enviados de vuelta al estrecho de Magallanes. Regresaron con vida tan solo cuatro de los once que habían salido. Su presencia en Europa dio lugar a estudios de diferente naturaleza, además de encender debates entre los académicos, sobre todo franceses y alemanes (Báez y Mason, 2006). En París se reunieron unos cuantos investigadores que se dedicaron a observar el grupo de indígenas, a medir sus cuerpos y a escribir los relativos informes. Entre esos estudiosos, destaca el protagonismo de Léonce Manouvrier, miembro de la *Société d' Anthropologie*, quien describió ampliamente las características somatológicas, preocupándose además de dedicar tiempo al estudio craneológico. Una detallada tabla antropométrica acompañaba la redacción final de su trabajo. Manifestó descontento por no haber recibido el permiso para inspeccionar y medir los genitales de los indígenas (Báez y Mason, 2006). Manouvrier no tardó en hablar de salvajismo para luego comparar los canoeros con los hombre primitivos (Manouvrier, 1881), en esto coincidía con los otros investigadores franceses que habían acudido a la exhibición. En base a los datos reunidos, los eruditos galos ratificaron la inferioridad de los nativos australes en la escala evolutiva, condición que atribuían a su miserable forma de vida (Ibid.).

público. Más tarde ese espacio se convirtió en *L'Acclimatation Anthropologique*, se empezaron exhibir seres humanos provenientes de las colonias (Osborne, 2000).

⁴⁰ Cuatro indígenas murieron en Zurich y el cadáver de uno de ellos -se trataba de una mujer- se quedó en el departamento de anatomía de la Universidad de esa ciudad (Báez y Manson, 2006).

En Berlín, Rudolf Virchow, fundador de la Sociedad Antropológica Alemana y de la Sociedad para la Antropología de Berlín⁴¹, fue quien se encargó de presentar el grupo de indígenas al público que acudió al jardín zoológico para verlos. Virchow tuvo la oportunidad de observar esos indígenas, medirlos y practicar autopsias a los que iban falleciendo. Tal experiencia le llevó a publicar, en 1881, "*Die Feuerländer*, donde presentó los resultados del estudio anatómico que había llevado a cabo y ofreció también algún detalle de carácter etnográfico, por ejemplo clasifica como "animaliana" la dieta seguida por sus sujetos de investigación (cfr. Gusinde, 1974).

En el barco de la armada francesa *La Romanche* viajaban Ferdinand Martial como capitán y Paul Hyades como científico, entre 1882 y 1883, con el objetivo de llevar a cabo una expedición multidisciplinar. En la parte occidental del estrecho de Magallanes se encontraban con canoas de tablas (cfr. Gusinde, 1974).

Durante tres siglos -desde mediados del siglo XVI hasta el siglo XIX- habían sido las naciones europeas quienes emprendieron viajes exploratorios en los mares del sur, a partir de la mitad del siglo XIX, la marina chilena empieza a tomar el relevo, con un marcado interés por ampliar los conocimientos náuticos (Martinic, 2004). Se deben a la iniciativa del gobierno chileno los viajes que se han llevados a cabo al mando de: Willians, Muñoz Gamero, Buenaventura, Martínez, Hudson, Vidal Gormaz, Enrique Simpson, o Latorre, entre otros (Gusinde, 1974).

Juan Latorre, en 1877, como capitán de fragata, efectuó exploraciones hidrográficas, llevando al naturalista Enrique Ibar por los mares del estrecho de Magallanes y por la región austral de la Patagonia. Inspirado en estos viajes,

⁴¹ Fundo ambas sociedades en 1869. Además de ocuparse de etnología, fue un célebre médico alemán, está considerado como uno de los padres de la patología moderna (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Rudolf_Virchow).

publicó, en 1878, *“Estudios sobre las Aguas del Skyring y la Parte Austral de la Patagonia”*. Cuenta: *“Se veían en la embarcación 4 personas: dos que bogaban con esfuerzo en las bancadas, uno o una sentada a popa que la dirigía con un canaleta i en el medio el que parecía el jefe de la familia, cuyo oficio se reducía a hacer desesperadamente señales, llamándonos con una piel o cosa parecida, i a intervalos solo con las manos, sintiéndose, a medida que avanzábamos, más que voces humanas, las vociferaciones de la partida. Entre el confuso griterío solo se percibía clara i distintamente las invariables expresiones de galleta tabacatabaca, significándonos de este modo sus deseos de que paráramos para poder surtirse de estos artículos, que saborean como manjares esquisitos”* (cfr. Ibid.: 72).

Robert Cunningham, entre 1866y 1869, viajaba como naturalista en la expedición de la *Nassau* al mando de Richard Mayne. Nos ofrecen descripciones de los encuentros que tuvieron con los Kawésqar: *“durante la mañana tuvimos a bordo más de cuarenta individuos, considerando el total de los que vinieron al costado del barco, incluyendo hombres, mujeres y niños, en cerca de sesenta personas (...). Hubo las usuales peticiones de “galleta y tabaca”, y eran muy indiscriminados en sus deseos por nuestra propiedad”* (cfr. Ibid: 74-75).

Otto Nordenskjöld, entre 1895 y 1897, llevó a cabo una expedición científica con el objetivo de estudiar la zoología, la botánica y la geología de la región de Magallanes, de paso brinda informaciones sobre los nativos (Ibid.).

Mencionamos brevemente: Martin Conway que viaja al territorio kawésqar en 1902; Baldomero Pacheco encargado de la exploración del archipiélago Reina Adelaida, llevó a cabo su misión entre enero y noviembre de 1904, a bordo de la *Magallanes* (Ibid.); Antonio Coiazzi, sacerdote salesiano, autor de *“Los indios Alacalufes”* (Coiazzi, 1914); Ricardo Latcham quien se dedicó a estudios

antropométricos comparativos, contrastando las medidas que el mismo tomó de cráneos kawésqar con las mediciones hechas por otros investigadores de cuerpos y cráneos de individuos de esta etnia (Gusinde, 1974).

Carl Skottsberg, botánico sueco, viaja a la Patagonia occidental, entre 1907 y 1909, con el objetivo de llevar a cabo una serie de investigaciones relacionadas con su profesión. Tuvo varios encuentros con los indígenas de los cuales ofrece descripciones referentes a su aspecto físico, a la vivienda que habitaban, a su medio de transporte y a algunos de los utensilios que utilizaban en la cotidianeidad. Lanza una voz de alarma, tratando de advertir del peligro de extinción hacia el cual los Kawésqar se iban aproximando (Ibid.).

Maggiorino Borgatello, misionero salesiano, relata la historia de la labor de su orden religiosa en una obra reeditada en 1924 con el título "*Nella Terra del Fuoco*", cuya primera edición es de 1921 (Borgatello, 1924). Dedicó algunas páginas a los Kawésqar, describiendo su estilo de vida, sus ocupaciones y sus utensilios. En 1928, además, publica lo que se puede definir como un primer acercamiento a la lengua kawésqar con el título "*Notizie grammaticali e glosario della lingua degli indi Alakaluf*" (Borgatello, 1928).

John Cooper recoge detalles de carácter somatológico y cultural sobre los Kawésqar y las otras etnias "fueguina", anotando todo lo que se había escrito sobre ellos, desde los primeros cronistas hasta los días en los que escribe el autor (cfr. Gusinde, 1974).

Junius Bird llevó a cabo una serie de investigaciones arqueológicas en el territorio de los canoeros entre 1935 y 1936 (Bird, 1993).

De Agostini misionero salesiano de la orden de Don Bosco, llega a Punta Arenas en 1910. En sus escritos nos entrega descripciones de los indígenas con los cuales entró en contacto (De Agostini, 1941).

Había que esperar el siglo XX, para poder tener dos monografías etnográficas que profundizaran en el estudio de la cultura de este pueblo, lamentablemente coincidían con el comienzo de una época en la que el proceso de cambio cultural estaba en un estado avanzado y numerosos aspectos de la vida material de los Kawésqar habían sufrido modificaciones irreversibles, haciendo, a menudo, anacrónica la voluntad de averiguar detalles que ya era imposible rescatar.

Martín Gusinde, investigador del Museo de Etnología y Antropología de Chile, interesado en estudiar el pueblo kawésqar, viajó, en 1923, a la península Muñoz Gamero, en la parte sur del territorio tradicional de la etnia, donde visitó la localidad de Puerto Ramírez. Aquí desarrolló la investigación en la que basó su etnografía (Gusinde, 1974).

Joseph Empeaire realizó sus estudios entre 1948 y 1953, centrándose principalmente en la zona de Puerto Edén, en el marco de las investigaciones desarrolladas por la primera Misión Científica Francesa destinada al sur de Chile (Empeaire, 1963).

Ambos trabajos etnográficos de Martín Gusinde y Joseph Empeaire han ofrecido descripciones bastante detalladas sobre la cultura material kawésqar en las que se han apoyado la mayoría, por no decir todas, las contribuciones científicas que siguieron.

2.3.3. Los nombres de los canoeros

Los antiguos navegantes que en diferentes momentos históricos recorrieron el territorio kawésqar pusieron a estos indígenas nombres distintos de una manera del todo arbitraria: algunos los nombraron empleando la palabra más repetida por los nativos durante el encuentro, otros en base a algún elemento de su entorno, como es el caso de Fitz Roy que denominó *Huemules* a los

nómadas marinos de las áreas de Otway y Skyring, debido a que los vieron cazar los homónimos cérvidos y abrigarse con sus pieles (Martinic, 1989).

Con el paso del tiempo y de los navegantes, las denominaciones se fueron sobreponiendo: *Pecherays*, *Cauchues*, *Taijatafes*, *Alikhoolip*, son sólo algunas de las que se pueden encontrar en la correspondiente literatura (Ibid.).

Para los kawésqar a menudo se ha considerado la existencia de diferentes grupos étnicos que se habrían correspondido con determinadas subdivisiones geográficas, sin aportar razones culturales de relieve que sustentasen semejante planteamiento.

Fitz Roy fue el primero que intentó trazar una división étnica de los canoeros patagónicos dando por obvia la diversidad racial:

- *Alikhoolip* los que orbitaban en la zona a suroeste de Tierra del Fuego;
- *Pecherays* aquellos que recorrían la parte central y occidental del estrecho *Magallanes*, incluyendo las aguas adyacentes;
- *Huemul*, como hemos visto, los que frecuentaban las aguas de Otway y Skyring;
- *Indios de los canales* o *Chonos* los que se movían entre la parte norte del estrecho de Magallanes hasta el golfo de Penas.

Los que vinieron después consideraron a los kawésqar como un único pueblo (Fitz Roy, 1839; Martinic, 1989).

Martin Gusinde durante su estancia en Muñoz Gamero reconoció la unicidad étnica del pueblo kawésqar y empleó el nombre *Alakaluf* o *Halakwulup* afirmando que se trataba de un endónimo, al mismo tiempo aseveró la existencia de formas dialectales, dentro de la misma lengua, que al parecer habrían estado relacionadas con tres parcialidades geográficas: la meridional, la central y la septentrional (Gusinde, 1974).

En oposición surgieron hipótesis revisionistas que apostaban por la multietnicidad: fue primero Harmely-Dupuy quien resucitó la idea de la división étnica propuesta por Fitz Roy, luego Samitier que, en 1967, desarrollando las ideas de Dupuy, llegó a plantear la existencia de seis grupos étnicos (Martinic, 1989), aunque poco antes Empeaire había confirmado, con su investigación, la tesis monoétnica defendida por Gusinde (Empeaire. 1963).

En 1973, quedó reafirmada por el investigador Casamiquela la veracidad de la tesis de la unicidad étnica de los kawésqar, validada también por Christos Clairis Vasiliades quien había llevado a cabo estudios de carácter lingüístico en esos mismos años entre los descendientes de los canoeros nómadas (Martinic, 1989).

El nombre *Alikhoolip* fue referido por primera vez por Fitz Roy y aparece en numerosos casos en la literatura y con diferentes estructuras alfabéticas: *alakaluf*, *alakulof*, *alikkolif*, *alakwulup*, entre otras. Empeaire emplea la variante *alacalufes*, puntualizando que los kawésqar nunca se referían a sí mismos con esa voz. El mismo investigador considera que derivaría de la deformación del verbo español “regalar” que los nativos en algún momento aprendieron y que emplearon para pedir a los navegantes de paso, los cuales a su vez emplearía tal palabra, ya doblemente deformada -por cómo la repetían los indígenas y por cómo la oían los occidentales- para nombrarlos (Empeaire, 1963).

kawésqar es el nombre con el cual se referían a ellos mismos los indígenas que residían en Puerto Edén en los años 40, su significado literal, según Empeaire sería “los que llevan la piel”: *kawes* “piel” y *kar* “materia dura” (Ibid.).

Clairis indicó que el nombre con el que esos indígenas se llamaban a sí mismos era *Qawashqar* cuyo significado sería “los hombres” (Martinic, 1989).

Oscar Aguilera afirma que el término kawésqar literalmente se debe traducir como “ser racional de piel y hueso” y revalida la forma gráfica empleada por Emperaire (cfr.<http://www.kawesqar.uchile.cl/cultura/portadilla.html>).

A lo largo de la historia se ha empleado el término “fueguinos” indistintamente para definir a los pueblos de cazadores y recolectores nómadas que habitaron el extremo sur del continente americano. En origen designaba los antiguos pobladores de Tierra del Fuego, pero se fue extendiendo sin tener en cuenta las diferentes líneas de desarrollo cultural, hasta perder su sentido. Se empleaba para nombrar tanto a los selk’nam y a los tehuelches, como a los kawésqar y a los yámana. Emperaire afirma que *“no corresponde (...) a ninguna realidad étnica precisa”* (Emperaire, 1963: 56).

2.4. POLÍTICAS INDIGENISTAS

En su periodo de formación, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, el estado chileno reconoce a los indígenas ciudadanos libres e iguales frente a la ley pero, bien pronto, se muestra interesado en vigilarlos y civilizarlos, intentando poner fin al cultivo de sus especificidades (Aylwin, 2005).

A partir de los años cincuenta del siglo XIX, la penetración incontrolada de colonos y los crecientes intereses económicos hacia los recursos del territorio nacional conllevan drásticas expropiaciones de tierra a los indígenas. El estado dicta varias normativas que tienden a reforzar esa dinámica de colonización y expropiación a la que se acompaña un discurso estigmatizador sobre el indio. En este periodo la doctrina que se impone mira a los indígenas como obstáculo a la modernización del país. Las autoridades y las elites sostenían que el contacto con gentes civilizadas europeas podía empujar hacia el cambio las bárbaras costumbres autóctonas. El proyecto era ocupar el espacio territorial indígena, entregándolo a los colonos -para incentivar una explotación “racional”- y fijar a sus habitantes originarios en reservas; estos espacios de aislamiento de las culturas autóctonas resultaron vitales para reproducirse y resistir. El evolucionismo era la ideología dominante de la época: consideraba sociedades políticamente organizadas sólo aquellas cuya estructura descansaba sobre las formas políticas modernas occidentales. La prensa contribuía a construir y difundir la imagen del indio salvaje frente a la República civilizada, mientras el estado convertía a los indígenas en objeto de sus leyes, ignorando la validez del derecho consuetudinario autóctono y negando toda especificidad cultural (Valenzuela, 2003).

El siglo XX está caracterizado por proyectos de homogeneización cultural. Desde las primeras décadas, la política indígena perfecciona su afán asimilacionista. La

educación monocultural y monolingüe se combina con programas sanitarios que pasan por encima de las ideas autóctonas sobre cuerpo y enfermedad. Los indígenas se veían afectados por un proceso de pauperización y de pérdida de visibilidad. Los mapuches, los ricos agro-pastores y comerciantes del periodo colonial y republicano temprano habían sido transformados en campesinos pobres, tras perder sus tierras. Muchos jóvenes indígenas migran hacia las ciudades para acabar formando parte de los estratos más humildes del proletariado urbano. La distribución desigual de los recursos culturales y del capital económico tiene el efecto perverso de acelerar el camino hacia la aculturación (Boccaro y Seguel-Boccaro, 2005).

En los años 60, bajo el gobierno Alessandri, se había puesto en marcha el proceso de reforma agraria que seguiría bajo el gobierno socialista de Salvador Allende interesando a la población indígena rural. La política indígena de Allende, sin estar libre de una visión etnocéntrica, se diferenciaba de la anterior perspectiva asimilacionista ya que reconocía la existencia en el territorio nacional de grupos culturalmente distintos y admitía la deuda histórica que el estado tenía para con ellos, además de enfocar el asunto indígena como un problema nacional. En la ley indígena aprobada en 1972, mientras se afirmaba la pluralidad cultural de Chile, se volvía a dar visibilidad a los indígenas, hasta ese momento ocultos a favor de la edificación de una imagen la nación como blanca, europea o criolla. La ley reconocía que se les había despojado y marginados, legitimando las reivindicaciones indígenas relativas a la usurpación de la tierra para dar impulso a su restitución; se crea el IDI, Instituto de Desarrollo Indígena, encargado de llevar a cabo una política que respetase las costumbres de los indígenas, promoviendo un desarrollo integral, económico, social y cultural (Ibid.).

La política desarrollada por el gobierno de Unidad Popular, entre 1970 y 1973, intenta establecer, por primera vez, los principios básicos para la estructuración de una nación pluralista (Aylwin, 2005).

El golpe de estado del 1973 trae consigo la implantación de una política económica neoliberal e inevitables pasos atrás en el reconocimiento de los derechos de los pueblos autóctonos. Los indígenas, a nivel legal, vuelven a desaparecer del territorio nacional. El Instituto de Desarrollo Indígena viene sustituido por el Instituto de Desarrollo Agropecuario; se acaba con las discriminaciones legales positivas que perseguían una igualdad formal para establecer una desigualdad real y se amplían las discriminaciones sociales, económicas y culturales ya existentes. El régimen dictatorial frena el proceso de reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas impulsado por la UP y aplaza en dos décadas el debate sobre la cuestión del etnodesarrollo, el pluralismo cultural y la autonomía interna (Boccaro y Seguel-Boccaro, 2005).

Las instituciones del estado, controlada por los militares y los grupos económicos de extrema derecha, llegan a negar la existencia de los indígenas o los problemas específicos relacionados con ellos, ejerciendo una política discriminatoria y racista que negaba la identidad indígena (Bello, 2002).

A fines de los años '70 y a principio de 1980 se crean numerosas organizaciones indígenas, en su gran mayoría mapuches, que establecen contacto con el movimiento político de lucha por la recuperación de la democracia, integrando así la cuestión de los derechos de los pueblos autóctonos a la plataforma de la Concertación de Partidos por la Democracia (Boccaro y Seguel-Boccaro, 2005).

En 1989, el candidato de la Concertación, Patricio Aylwin, firma un Acta de Compromiso con las organizaciones indígenas, el Acuerdo de Nueva Imperial, basado en tres demandas fundamentales: la recuperación de tierras, el reconocimiento de derechos (mediante el reconocimiento constitucional de los

pueblos indígenas y la ratificación del Convenio 169 de la Organización Internacional de los Trabajadores) y la creación de una institución pública para los asuntos indígenas. En 1990, el gobierno democrático crea la CEPI, la Comisión Especial de Pueblos Indígenas y con ella se realiza el Congreso Nacional de Pueblos Indígenas, cuyo propósito fundamental es la preparación de un proyecto de ley indígena (Ibid).

Tal proyecto viene aprobado en 1993 (mediante la promulgación de la ley n. 19.253), tras ser tramitado y discutido en el parlamento, quedando desmantelado de elementos que los indígenas consideran básicos como el reconocimiento constitucional y la aprobación del Convenio 169. La oposición derechista, además, rechaza el uso del término “pueblos indígenas”, considerándolo una amenaza en contra del carácter unitario del estado (Ibid).

La nueva normativa reconoce la existencia de etnias⁴² indígenas en el territorio nacional, afirmando el pluralismo cultural existente en Chile, establece las asociaciones indígenas, entendiendo por tal la agrupación voluntaria de por lo menos veinticinco indígenas que se constituyen en función de algún interés común; entre las actividades que estas pueden desarrollar, según la ley, se encuentran las educacionales y culturales, las profesionales comunes a sus miembros y las económicas que benefician a sus integrantes tales como agricultores, ganaderos, artesanos y pescadores. La misma ley dicta mecanismos tendientes a proteger las tierras indígenas y crea un Fondo de Tierras y Agua

⁴² Hablar de “etnia” y no de “pueblo” está relacionado con la reproducción del orden legítimo y dominante. Calificar a los indígenas de “etnias” es hacerlos existir en tanto como agrupaciones humanas pre-estatales, pre-modernas. Eso significa reafirmar de manera sutil que su identidad es pre-nacional. Muchos dirigentes indígenas, que conocen el papel fundamental del lenguaje y la importancia de nombrar las cosas, llevan a cabo una lucha permanente en contra de las representaciones dominantes con el fin de acabar con las categorías de percepción y oposiciones estereotipadas (educado/no-civilizado, biomedicina/brujería, rubio-bonito/moreno-feo, etc.) que hacen que el sistema de dominación pueda reproducirse sin violencia aparente e incluso con la complicidad de los mismos dominados (cfr. Boccara y Seguel-Boccara, 2005).

con el fin de adquirir tierras para personas o comunidades. Se crea un Fondo de Desarrollo Indígena dirigido a financiar programas especiales así como áreas de desarrollo entendidas, según la ley, como *“espacios territoriales en que los organismos de la administración del estado focalizarán su acción en beneficio del desarrollo armónico de los indígenas y sus comunidades”*. En el ámbito cultural y educacional la nueva ley entiende promover y proteger las culturas e idiomas indígenas y desarrollar, en las áreas de alta densidad indígena, un sistema de educación intercultural bilingüe, para que los autóctonos puedan *“desenvolverse en forma adecuada tanto en su sociedad de origen como en la sociedad global”*.

Crea la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), organismo *“dotado de personalidad jurídica y patrimonio propio, sometido a la supervigilancia del Ministerio de Planificación y Cooperación”* encargada de promover, coordinar y ejecutar la acción del Estado en favor del desarrollo integral económico, social y cultural de las personas y comunidades indígenas, cuyo órgano superior, el Consejo Nacional, prevé la presencia de ocho representantes indígenas, designados por el Presidente de la República a propuesta de las comunidades y asociaciones indígenas, de un total de diecisiete personas que lo conforman (Bello, 2002).

La ley n. 19.253 destaca el carácter pluriétnico de la nación chilena y pone énfasis en la necesidad de promover el *“desarrollo indígena con identidad”*, representando un avance en el reconocimiento de los derechos de los autóctonos. Desde su promulgación, el estado ha implementado novedosos programas interculturales en los ámbitos claves de la educación y de la salud. De acuerdo al artículo 39 de la ley, que estipula que la CONADI debe *“velar por la preservación y la difusión del patrimonio arqueológico, histórico y cultural de las etnias”*, se ha iniciado una reflexión sobre la gestión del patrimonio indígena

y se han asignado más recursos para la promoción de las culturas autóctonas (Ibid).

La ley sufre una serie de limitaciones: no contempla el asunto del derecho consuetudinario y sigue considerando el derecho oficial del estado como el único orden jurídico existente; define un sistema de educación intercultural bilingüe con carácter unilateral, es decir que designa sólo a los indígenas como beneficiarios de esos programas; no define con claridad una de las ideas centrales de la nueva política indígena, el desarrollo con identidad o etno-desarrollo (Ibid.).

Tras más de cien años de política asimilacionista, a principio de 1990 se abre una nueva época en las relaciones entre estado y pueblos autóctonos: el estado chileno avía una política pluralista, empeñada, en principio, en promover y proteger la cultura y el territorio de las etnias nacionales, reconociendo la pluriethnicidad del país. La inauguración de esa nueva política para con las organizaciones y comunidades indígenas se quiere reflejar en la promulgación de la ley n. 19.253 y en la creación de la CONADI para intentar hacer frente a los problemas históricos de los pueblos indígenas y avanzar hacia soluciones futuras. También la demanda, el discurso y la acción de los pueblos indígenas y de los mapuche en particular registra un cambio; de un discurso “reivindicacionista”, basado sobre todo en la demanda de tierras, se pasa a un discurso que comienza a incorporar, crecientemente, la idea de territorio y conceptos como autonomía, autogestión y autodeterminación (Aylwin, 2005).

A partir de finales de los noventa, la CONADI enfrenta problemas de legitimidad, por haber generado más expectativas de las que ha logrado cumplir; parte de la prensa nacional da a conocer que los indígenas ponen en duda esta institución como actor relevante en su desarrollo a nivel nacional. La Corporación ha contado con escasos recursos con respecto a las demandas crecientes de sus

usuarios, no logrando las metas fijadas en el plan de ampliación de tierras indígenas (Aylwin, 2002).

Entre 1997 y 1998, estallan diversos conflictos en la región de Araucanía por temas de tierra y territorio a raíz de los cuales, por iniciativa del gobierno, en enero de 2001, se constituye la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato presidida por el ex presidente de la República, Patricio Aylwin, y compuesta por intelectuales y dirigentes de todos los pueblos indígenas del país con el objetivo de elaborar un informe que examinara la historia de las relaciones entre los pueblos indígenas y el estado de Chile y hacer una serie de sugerencias para orientar la política de estado hacia un nuevo trato. La Comisión culmina su trabajo con la entrega de un informe al gobierno en octubre de 2003; entre sus propuestas y recomendaciones se encuentran el reconocimiento constitucional, el reconocimiento de derechos políticos y colectivos, de derechos territoriales, del derecho a la consulta y de derechos culturales. No obstante su importancia, la sociedad nacional y el estado chileno se desentienden del trabajo de la Comisión, hecho que lleva a las comunidades indígenas a interpretar la constitución de la comisión como una solución simbólica, una estrategia institucional para frenar sus demandas y aplazar el reconocimiento de derechos específicos (Boccaro y Seguel-Boccaro, 2005).

En 2008, todavía quedaba pendiente una de las principales y reiteradas demandas históricas de mundo indígena: la ratificación del Convenio 169 de la OIT. La Presidenta Bachelet lo ratifica ese año en forma íntegra y sin “ninguna interpretación”. El texto del Convenio establece un marco legal de protección de los pueblos tribales e indígenas en países independientes y fija normas especiales aplicables a las etnias en diversos ámbitos, tales como el laboral, el educacional, de salud y de procedimiento judicial, entre otros; lo que significa reconocerles derechos políticos, participación en el Congreso, en las municipalidades y gobiernos regionales, derechos consuetudinarios, derechos

sobre tierras, territorios y recursos naturales, consagrando el principio de la no discriminación (Brodsky, 2010).

El convenio 169 ha entrado en vigencia en Chile el 15 de septiembre de 2009, transformando los derechos indígenas en una tarea y responsabilidad efectiva del estado y de toda la sociedad. A partir de esa fecha el gobierno Bachelet ha enviado al Congreso los proyectos destinados a crear un Ministerio de Asuntos Indígenas, un Consejo Nacional de Pueblos Indígenas y al reconocimiento constitucional de los pueblos indígenas (Ibid.).

En el contexto actual de Chile, se puede afirmar que se han dado avances en la relación entre el estado, la sociedad nacional y los pueblos indígenas con respecto al camino del reconocimiento de los derechos humanos de estos últimos, pero mucho camino queda por recorrer.

Cabe subrayar que, al día de hoy, los pueblos indígenas todavía no han visto cumplida la antigua demanda de estar reconocidos en la constitución del estado y se les sigue limitando la participación en las instancias que toman decisiones que les implican, hechos que tienen como resultado obstaculizar una adecuada convivencia intercultural.

El presidente Sebastián Piñera anunció su intención de reactivar el reconocimiento constitucional de los pueblos originarios que los convertiría en sujetos de derechos colectivos, sin preocuparse de aclarar las modalidades de ejercicio y reclamo de tales derechos; tampoco estableció cómo los pueblos indígenas serían consultados sobre el contenido y alcance de los mismos (Ibid.).

El estado valoriza en su discurso la diversidad cultural del país pero, a parte el nombramiento en la dirección de la CONADI de un empresario mapuche (Paneipan, 2010), la multiplicidad étnica no queda reflejada en los órganos decisionales y administrativos.

Se está persiguiendo una política orientada preferentemente a la superación de la pobreza indígena mediante la inserción en el mercado laboral y se deja de lado la recuperación de las tierras y territorios ancestrales; es aquí, en el ámbito de la política de la tierra, donde se encuentra la discontinuidad más conflictiva con respecto a la política seguida por la Concertación.

La administración encabezada por Piñera se ha despreocupado de los compromisos de compras con las comunidades. Ha activado la modalidad de subsidio para la ampliación de mini parcelas familiares, como queda contemplado en el artículo 20 de la ley indígena, para dedicar el Fondo de Tierras a cubrir las demandas individuales por ampliación de parcelas en lugar de privilegiar las demandas colectivas como había hecho la Concertación; tal medida puede tener el efecto de desencadenar reclamos infinitos, basados sólo en una legitimidad de necesidad y no en la ocupación ancestral. Establecer el límite físico y temporal del proceso de recuperación de las tierras indígenas y mejorar su procedimiento es necesario para terminar con las compras especulativas y los megaproyectos agresivos de las empresas productivas (especialmente forestales) y para poner en práctica una política que persiga el desarrollo integral de las comunidades, respetando sus planes de vida y opciones culturales (Brodsky, 2010).

Así que, en el presente, sigue la lucha de los pueblos indígenas que reivindican sus territorios ancestrales y cierta autonomía enfrentándose a respuestas desmedidas por parte del estado que parece afecten, mayoritariamente, al pueblo mapuche. Organismos internacionales, como la ONU, en más de una ocasión, han recomendado al estado chileno de adecuarse a los estándares internacionales en materia de derechos humanos, invitándolo a poner término a las situaciones de uso abusivo de la fuerza contra la población indígena por parte de los servicios policiales y a eliminar la utilización de una legislación

especial -como la antiterrorista- para perseguir a los delitos cometidos en el marco de protestas sociales indígenas (Brunet, 2008).

El gobierno ha pretendido enfrentar la solución de las demandas indígenas desde perspectivas meramente sociales y de carácter desarrollistas, animando el posicionamiento de grandes proyectos de inversión en territorio indígena generando aún mayores resistencias, conflictos y dificultades. Estos proyectos (centrales hidroeléctricas, plantación forestal, expansión minera) están amenazando el territorio y los recursos territoriales indígenas como el agua, la tierra misma y los minerales (Aylwin 2005).

La ley indígena prevé el reconocimiento, respeto y protección de las culturas e idiomas indígenas, el establecimiento de un delito destinado a evitar la discriminación de los indígenas por su origen o cultura, la creación de un sistema de educación intercultural bilingüe con el objeto de preparar a los educandos indígenas para desenvolverse en forma adecuada tanto en su sociedad de origen como en la sociedad global y un programa de becas para los estudiantes indígenas⁴³.

No obstante la mencionada política pluralista orientada a valorar la diversidad cultural, en nombre de la cual se ha declarado el día 24 de junio, Día Nacional de los pueblos indígenas, en Chile los indígenas siguen siendo discriminados. Continúan sufriendo un trato abusivo o degradante por parte de los carabineros y están todavía vinculados, en la conciencia de la sociedad nacional, a las ideas de pobreza, ignorancia, pereza, etc. Son ideas antiguas que, teorizadas en el contexto del evolucionismo, persisten con cierta fuerza, dificultando lograr por

⁴³ La brecha de alfabetización entre la población no indígena y la población indígena ha tendido a estrecharse. Sin embargo, la educación media parece constituirse en una barrera para los indígenas. El promedio de indígenas que acceden a la educación superior corresponde a la mitad del porcentaje de población no indígena que sí accede a estudios superiores. De 100 chilenos 16 van a la universidad. De 100 indígenas sólo 7 van a la universidad.

completo la comprensión y aceptación de los pueblos originario. Se trata de una *vexata quaestio* a menudo escondida bajo el silencio y los buenos modales.

Bajo el gobierno de Piñera, los pueblos indígenas han llamado la atención sobre el desentendimiento hacia el Convenio 169, cuyo programa de implementación -activado por la Concertación- parece estar totalmente bloqueado, dejando pendiente, entre otros asuntos, el tema de la representación nacional de los pueblos originarios (Namuncura, 2010.). Ellos opinan que las respuestas estatales siguen un comportamiento errático y no logran encontrar un camino coherente y a largo plazo; se sienten subordinados a las cambiantes coyunturas políticas. La participación activa de los indígenas en la CONADI y en todas las instancias del estado donde se resuelvan los asuntos que les afectan, resulta fundamental para garantizar la realización de sus aspiraciones.

Chile, en materia de política indigenista, se encuentra varios pasos atrás con respecto al contexto latinoamericano. Todavía no se ha creado el Ministerios de Asuntos Indígenas ni el Consejo Nacional de Pueblos Indígenas, además los pueblos indígenas de este país siguen esperando ser reconocidos por la constitución.

En cuanto a los kawésqar, el estado chileno hasta los años 40 del siglo pasado, casi no se había percatado de su existencia. En 1940, cuando de ellos ya quedaba un número muy reducido, el entonces presidente Pedro Aguirre Cerda emitió un decreto para proteger y radicar a los nativos que quedaban, poniendo en marcha un proyecto sistemático de asimilación. Hombres de la FACH (Fuerza Aérea de Chile) instalados en *Yetarkte*, frente a la bahía de Puerto Edén, fueron los encargados de ejecutarlo. Este plan de homogeneización representó el golpe de gracia para la cultura kawésqar.

La CONADI sufre problemas de legitimidad en todo el territorio nacional, en Punta Arenas la relación entre los funcionarios de dicha entidad y los nativos es de desconfianza: los discursos de ambas partes están profundamente marcado por este sentimiento. La CONADI es parte de los conflictos intercomunitarios e intracomunitarios que los kawésqar sufren. El principal reproche de los kawésqar hacia la CONADI es que no cumple con las expectativas que genera en la comunidad.

3. LA CULTURA MATERIAL KAWÉSQAR COMO INDICADOR DE ADAPTACIÓN Y CAMBIO

3.1. TÉCNICAS DE TRANSPORTE: LA CANOA

La canoa (*hallelf*) destaca, en la historia de la economía kawésqar, como pieza básica de subsistencia y eje axial de su patrimonio material. Además de servir como medio de transporte, era también un espacio privilegiado de aprendizaje desde donde los jóvenes miembros del grupo absorbían el necesario y, sin duda, vital conocimiento de las características del territorio que los rodeaba (Tonko, 2004).

Hasta el momento de su caída en desuso, la canoa ha experimentado varios cambios relacionados con las técnicas de fabricación, la naturaleza de los materiales empleados, la forma y las dimensiones resultantes. Tres son las tipologías de las que tenemos constancia: la más antigua ha sido la canoa hecha de corteza de árbol. Es a mediados del siglo XVIII cuando, según los testimonios que tenemos, se introduce la de tablas cosidas. Más tarde, a comienzo del siglo XX, encontramos la monóxila.

Hoy en día, se fabrican, de manera artesanal, canoas en miniatura que se venden como souvenirs a los turistas de paso. En ocasiones, solamente en el marco de proyectos nacionales y locales vinculados con la recuperación de la cultura nativa, se reproducen canoas monóxilas de dimensiones reales.

3.1.1. Evolución de la tipología de embarcación

La necesidad de buscar recursos alimenticios dispersos por un amplio territorio marítimo y costero, obligó durante siglos a los kawésqar a disponer de una gran movilidad para trasladarse navegando de un lugar a otro y a renunciar así a la posibilidad de edificar asentamientos duraderos que reuniesen de manera estable a varias familias en el mismo lugar (Gusinde, 1974). La canoa ha tenido un papel clave en la historia de la cultura kawésqar, ha garantizado la

subsistencia y la adaptación de este pueblo a un entorno marino altamente exigente y ha sido el espacio donde pasaban la mayor parte del tiempo.

Las informaciones que tenemos a disposición sobre los modelos de canoas que se han ido sucediendo para el arco de tiempo que va desde el siglo XVI hasta el siglo XIX (para la canoa como para los demás aspectos), nos las han venido ofreciendo navegantes, cronistas y misioneros. Estas fuentes históricas atestiguan la presencia de dos tipologías de canoas: nos hablan por un lado, de la canoa de corteza, con su distintiva forma de media luna, por otro lado mencionan la canoa de tablas cosidas.

La canoa de corteza

Como es notorio, Fernando de Magallanes y su tripulación, fueron los primeros europeos en surcar las aguas del homónimo estrecho, en 1520; inexplicablemente, en las crónicas de aquel viaje no hay ninguna referencia acerca de eventuales encuentros con algún representante de las poblaciones nativas (cfr. Gusinde, 1974: 21-22).

Es fray García Jofre de Loyasa quien nos brinda la primera mención de un encuentro -en 1526- con gentes locales, además de la primera noticia del avistamiento de una canoa indígena de corteza (cfr. Gusinde, 1974).

La expedición de Ladrillero, en 1557, ofrece una descripción de las canoas avistadas en la isla Campana, diciendo que estaban hechas de lastrones de corteza de árboles cosidos con barba de ballena. Subraya la peculiaridad de la forma, indica que presentaba una silueta puntiaguda semejante a la que muestra la luna en su cuarto día de crecimiento (Coigueta 1879: 484).

Drake (1586-1588) describe una canoa, avistada a la altura de la entrada del Canal Jerónimo, fabricada con bandas de corteza de árbol, unidas con tiras de cuero de lobo marino. Refiere también que presentaba las extremidades arqueadas (cfr. Emperaire, 1963: 162).

Spilbergen encontrándose en Puerto del Hambre, a principio del siglo XVII, destaca la presencia de remos cortos y de una pequeña hoguera en la embarcación indígena, asimismo menciona sus características extremidades arqueadas (cfr. Ibid.:162).

Byron, en 1765, recorría por segunda vez el sur de Chile, en esta ocasión como comodoro, a bordo de la fragata *Delfin*; cuenta que mientras atravesaba el estrecho de Magallanes, se había encontrado con canoas compuestas de tres bandas de corteza cosidas entre ellas. Popa y proa se cerraban en forma puntiaguda para acabar otorgando a la estructura el perfil de una media luna (cfr. Ibid.:162).

La relación del viaje al estrecho de Magallanes de la fragata *Santa María de la Cabeza* nos ofrece una descripción rica de detalles, casi fotográfica de las canoas de cortezas que la tripulación se fue encontrando en la parte occidental del mismo estrecho; no sólo se detiene en el aspecto que presentaban, en los materiales que las constituían y en todo lo que en ellas se transportaba, sino ofrece datos relevantes sobre la técnica de construcción adoptada. Tratándose de una fuente privilegiada, transcribimos todo el párrafo dedicado a esta embarcación indígena.

“Las Canoas son de la corteza del árbol que dá la resina, cuyo mayor espesor no excede de una pulgada: se componen de tres piezas, formando la de en medio la quilla, roda, codaste y plan de ella; y las otras dos los costados. Es admirable la industria con que pelean estos árboles, no teniendo para este efecto mas instrumento que un pedernal algo puntiagudo y trabajando con que hacen unas cortaduras o incisiones circulares en los dos extremos del tronco, y después una de alto á baxo que las une; y á fuerza de paciencia y maña van sacando en una pieza la cascara de todo el tronco del largo que ha de tener la Canoa, que en algunas de un extremo á otro es de 30 á 32 pies, incluyendo la curvidad que tiene la pieza de en medio, que es la que forma la proa y popa: el largo ordinario

de estas frágiles embarcaciones es de 24 á 26 pies, su manga 4, y de 2 á 3 su puntal. Para que esta canoa adquiriera la curvidad y figura competente perdiendo la que tiene, sujetan los extremos á dos montones de piedras colocadas por la parte exterior, dexándole así dos o tres días en que se vá secando y queda apta para la construcción: colocan después quasi perpendicularmente á la pieza de en medio las otras dos que sirven de costado, uniéndolas con unas costuras de junco seco y rellenándolas de paja y lodo á fin de impedir en lo posible la introducción del agua: para dar alguna resistencia á los costados ponen en todo lo largo de la Canoa unos palos en forma de arcos de pipa bien cerrados unos con otros, con lo qual toman la figura de una semielipsoide y forman la regala de los dos costados con dos palos gruesos bien unidos, en cuya regala afirman los arcos que sirven de berengas, uniendo el todo con costuras y amarras de junco seco, y de trecho en trecho también colocan unos palitos transversales que hacen el oficio de vaos. Estando ya en este estado la Canoa revisten lo interior de quasi toda ella con tiras de la misma corteza de un pie de ancho, cuyos extremos se hacen firme en la regala; y para que adquiriera fácilmente la curvidad que necesita, la calientan al fuego, pues entonces están medio secas, y de esta suerte las aplican al parage conveniente. Además de esto forman una especie de emparrado desde la cuarta parte de popa y proa suspendido del fondo como medio pie loe que sirve de cubierta, dexando un espacio vacío en medio para achicar el agua. El emparrado consiste en unas palas puestas á lo largo que descansan en otras transversales. Esto y todo lo demás de la Canoa está cubierto, como se ha dicho, de corteza. Así es la construcción de sus embarcaciones, que á pesar de no estar muy bien trabajadas no dexa de costarles tiempo y fatiga por la falta de instrumentos propios para semejantes obras, que á la verdad es la única en que manifiestan algún talento. No les era desconocida la ventaja de los cuchillos, hachas y clavos, pues desde luego hicieron ver que preferían estos utensilios á qualquier otra cosa: algunos obtuvieron alguna de estas prendas, y aun de pedazos de arcos de pipa

procuraban imitarlas. Muchos de estas Canoas son capaces de contener de 9 á 10 Indios: les dán el movimiento con unos remos á modo de canaletes, que es el ejercicio ordinario de las mugeres. Quando emprenden navegaciones largas, que siempre suele ser con viento favorable ó calma, colocan un palito en la proa de la Canoa y aplican á él una piel de lobo marino, que tiene en su extremo superiores otro atravesado á modo de verga, sujetando con la mano los extremos baxos de la piel, y esta corta vela les ahorra el trabajo de bogar. En medio de la Canoa tienen algunas piedras con muchas cascarras de marisco y arena y sobre este cimienta encienden el fuego procurando mantenerle siempre con palitos y ramas proporcionadas. Es de la dotación de cada Canoa unos jarros como los que se han dicho y que sirven para achicar el agua que comunmente hacen. Ademas tiene cada una varias betas para amarras hechas de junco y esparto de diferentes menas y grueso, que se asemejan mucho á las mas delgadas de las que se fabrican entre nosotros de iguales materiales (...)" (Vargas y Ponce, 1788: 343-346).

Resumiendo, este relato nos indica que las canoas se constituían de tres lastrones de corteza (cada uno de unos dos centímetros de espesor): dos conformaban los costados y uno se empleaba como base o quilla⁴⁴. Describe cómo los indígenas sacaban la corteza de los arboles valiéndose de un simple útil de piedra afilado, con éste practicaban dos incisiones circulares y una vertical para luego desprender la lámina entera de un solo tirón. Allanaban la lámina despegada, extendiéndola en el suelo y depositando piedras encima de sus bordes. Permanecía así durante unos días. Después de recortarla en tres partes, cosían las piezas con junquillo seco y sellaban las costuras con hierbas y barro. La borda superior se hacía con dos varas entre las cuales se colocaban

⁴⁴Es una pieza que va de popa a proa por la parte inferior de una embarcación, y en la que se asienta todo su armazón.

unos palos -con función de travesaños⁴⁵- para asegurar un espacio constante de separación. Para garantizar cierta firmeza y resistencia, se colocaban en el interior de la embarcación, muy cerca las unas de las otras, varas (con función de cuadernas) a las cuales anteriormente se había dado una forma arqueada. Bandas de corteza (de aproximadamente unos 30 centímetros de anchura) eran empleadas también para forrar la parte interior de la canoa, antes moldeadas al calor del fuego para poderlas acomodar con facilidad a la superficie curvilínea. Una vez terminada, podía medir entre seis y siete metros de largo y un metro de profundidad. Tenían una capacidad media suficiente para acoger entre nueve y diez individuos. En la parte central de la canoa, se procuraba mantener encendido un fuego, éste se aislaba del suelo gracias a una base hecha de piedras, conchas y arena. En la embarcación solían haber recipientes (para sacar el agua que se filtraba), juncos y lianas entretrejidas que se usaban como amarras. No usaban remos sino canaletes que las mujeres se ocupaban de manejar.

La mayoría de las fuentes históricas resultan bastante sucintas. Concuerdan en la materia prima empleada para la fabricación de la canoa aunque no especifiquen de qué especie arbórea se saca. Coinciden en que los lastrones de corteza estaban cosidos pero mencionan un conjunto heterogéneo de materiales (barba de ballena, tiras de cuero de foca, junquillo seco) empleados como hilo. Siempre hay que tener en cuenta que entre los diferentes testimonios, a menudo, existen unos cuantos años y kilómetros de distancia. Casi todos anotan el detalle de la silueta puntiaguda, algunos la presencia del fuego.

Hasta ahora como fuentes sólo hemos mencionado las relaciones de los expedicioneros que son las únicas que tenemos para los primeros tres siglos de exploraciones, en este caso como en los siguientes.

⁴⁵ Estos travesaños en el lenguaje náutico se conocen como baos.

En el momento de la llegada de Martín Gusinde a la península Muñoz Gamero, en 1923, la canoa de corteza ya había caído en desuso en esa zona. Tuvo la posibilidad de entrevistarse con personas mayores de la etnia kawésqar que tan sólo unas pocas décadas antes, habían estado viajando en este tipo de embarcación; aquellos le estuvieron informando sobre las técnicas de construcción de la misma.

Joseph Empeaire, a lo largo de su tarea investigadora, entrevistó a aquellos que por su edad podían ofrecer los testimonios más fiables (Empeaire, 1963). Cuenta que tanto ancianos como adultos habían navegado en la canoa de corteza: los indígenas de entre 30 y 40 años la recordaban como una experiencia perteneciente a su niñez, mientras que los mayores la estuvieron utilizando durante gran parte de su vida. Según los cálculos de este investigador la canoa de corteza subsistió hasta alrededor de los años 1925. Además de pedirles descripciones sobre forma y dimensiones de la canoa de corteza les demandó que reprodujeran un ejemplar de la misma.

En las diferentes ocasiones dialógicas que se produjeron durante los meses de convivencia, el investigador pudo contrastar los datos que los informadores les iban ofreciendo bajo la forma del relato oral (Ibid.).

Los datos ofrecidos por las investigaciones de los dos etnógrafos coinciden, en general, con las fuentes históricas y en particular con la única detallada de la que disponemos, el diario de la *Santa María*. Gusinde y Empeaire además de presentar un cuadro descriptivo más amplio y preciso tienen el mérito de aclarar algunos detalles.

En cuanto a la materia prima, la corteza, Gusinde dice lo siguiente “*Se prefiere mayormente el hayas siempreverde o roble (Nothofagus betuloides), asimismo, y especialmente en el norte, el ciprés (Libocedrus tetragona⁴⁶)* (Gusinde, 1974: 237). Hay una confusión en la cita que es posible aclarar remitiéndonos a los nombres científicos y locales de las plantas mencionadas. *Nothofagus betuloides*

⁴⁶El nombre científico oficial de esta planta es *Pilgerodendron uviferum*, uno de sus sinónimos es *Libocedrus tetragona* y es el nombre que emplea Gusinde en su monografía.

es el nombre científico de la primera planta, el coihue, que Gusinde menciona como “*haya siempre verde*”. Cuando el mismo investigador habla de roble, debe de estar refiriéndose al *Nothofagus pumilio*, cuyo nombre común presenta un amplia sinonimia: lenga, roble de tierra del fuego, roble blanco, roble de Magallanes y guindo de Magallanes.

Empeaire solo menciona la corteza del coihue como materia prima para la canoa (Empeaire, 1963). Se descartaban de entrada cortezas más frágiles como la del canelo (*Drimys Winteri*) y del maitén (*Maytenus boaria*) (Gusinde, 1974).

Existía una temporada específica para el desprendimiento de la corteza: tal operación se ejecutaba durante la primavera austral, más concretamente desde principio de septiembre hasta finales de octubre. No era común que los kawésqar proyectaran construir canoas en otras épocas del año; si de repente se veían en una situación de necesidad, teniendo la oportunidad de beneficiarse de una canoa prestada, esperaban hasta la primavera siguiente para fabricar una nueva embarcación familiar (Ibid.).

El primer problema a resolver a la hora de disponerse a trabajar era encontrar un tronco que fuera robusto, delgado, libre de nudos y ramas del cual obtener una corteza sana⁴⁷. Árboles de estas características se encontraban más bien en las islas interiores, al reparo del ímpetu de los vientos provenientes del pacífico. Empleaban algunos días en la búsqueda (Gusinde relata que vivió tal experiencia en primera persona, acompañando a un miembro de la comunidad).

La elección del árbol estaba también vinculada con la cercanía de éste a un canal para facilitar el transporte de la corteza al lugar de fabricación.

Se necesitaban cinco secciones de corteza: tres largas y anchas y dos de menor tamaño y de forma triangular (Ibid.).

Una vez que se había elegido el tronco, se juntaban mínimo tres hombres (pero Gusinde acaba describiendo solo el trabajo de dos) para despegar la corteza. Era

⁴⁷ En algunas áreas del bosque patagónico se encuentra de forma casi exclusiva el *Nothofagus betuloides*. Debía de ser más rápido para los kawésqar que orbitaban en la zona más septentrional donde abunda el ciprés (Gusinde, 1974).

necesario llevar una cuerda de cuero; se lanzaba una extremidad de ésta por encima de una rama, haciendo sí que volviese a recaer por el lado opuesto, para tener a disposición ambas extremidades a la altura del suelo. Mientras un hombre ataba a su cuerpo un cabo de la cuerda y empezaba a subir por el tronco con manos y pies, un segundo hombre sujetaba y tiraba con fuerza el cabo restante. El primero trazaba un corte vertical en la corteza, con un movimiento de arriba hacia abajo, conforme iba descendiendo hasta tocar el suelo; seguidamente volvía a subir para trazar un corte horizontal siguiendo la circularidad del tronco. Para finalizar, hacía un nuevo corte circular, esta vez a la altura de la base del árbol. Se pasaba entonces a desprender la corteza. Para tal operación eran necesarias dos personas, una cuña de hueso (se trataba de un cuchillo largo unos 45 centímetros) y una especie de cortapapel de hueso (de unos 60 centímetros de largo). Ambos útiles estaban hechos con costillas de ballena; era frecuente que se viesen reemplazados por una piedra puntiaguda o un simple trozo de hueso. Se iban separando poco a poco los bordes de la superficie delimitada por la incisión, haciendo palanca con las herramientas disponibles, luego se ampliaba el espacio de separación, presionando con los puños hasta que el sujeto llegase a ganar la amplitud suficiente para incorporarse entre el tronco y la corteza y acabar de empujarla con las manos, mientras hacía fuerza presionando la espalda contra el tronco, hasta desprenderla completamente (Ibid.). Gusinde, a diferencia de Emperaide, menciona la cuerda como elemento protagonista de la fase de incisión pero no hace referencia a qué tipología de herramienta se emplease para practicar el corte (Ibid.). Empeaire no se detiene en describir los pasos de la técnica de incisión y desprendimiento, sólo declara que se necesitaba un hacha o un cuchillo para ejecutar las tres incisiones y que luego con una cuña de hueso o con el extremo aplanado de un palo se levantaba la corteza hasta separarla del tronco obteniendo una única pieza (Empeaire, 1963). El diario de la *Santa María* menciona el uso de un pedernal, es decir de un útil de piedra para

ejecutar ambas acciones (Vargas y Ponce, 1788); es bastante probable que el útil tradicional más comúnmente usado para practicar las incisiones en la corteza fuera una concha cortante (Cárdenas, 1993). Para evitar que el lastrón se deformara o encogiera, lo mantenían húmedo colocándolo sobre una porción de tierra pantanosa, asegurándolo con grandes piedras que lo conservaban bajo la línea del agua. Según Gusinde este era el procedimiento estándar adoptado tanto si iban a montar la canoa en seguida, como si iban a tomarse un tiempo antes de hacerlo (Gusinde, 1974).

Empeaire afirma que era fundamental que la corteza permaneciera húmeda colocándola bajo alguna caída de agua que hubiese en los alrededores pero parece limitar tal necesidad a la eventualidad de que algo impidiera ejecutar en seguida el montaje. Asimismo precisa que a veces la aplanaban bajo el peso de grandes piedras (Empeaire, 1963). El texto de Gusinde en este caso resulta más claro que el de Empeaire. Aunque los dos etnógrafos parecen no concordar totalmente, a diferencia de las fuentes históricas, ambos evidencian la escrupulosidad manifestada por los indígenas para conservar el lastrón en condiciones óptimas.

Se transportaba la corteza al lugar elegido para fabricar la canoa. Normalmente se trataba de un sitio plano, despejado, libre de matorral, con césped y no muy alejado del tronco seleccionado. Gusinde no menciona cómo se transportaba; pero escribe lo siguiente: *“eligen en el bosque un árbol apropiado, que esté cerca de un canal para facilitar el transporte a un lugar, en lo posible abierto, donde deben ensamblarse los trozos de corteza”* (Gusinde, 1974: 237). Evidentemente la cercanía al canal era necesaria para transportar la corteza por el agua si las circunstancias lo permitían y si resultaba conveniente. No dice cómo lo hacían, si cargaban la corteza en la canoa o si la remolcaban haciéndola flotar hasta el lugar de destino. Las fuentes históricas y las etnográficas no dan noticias al respecto. Solo podemos suponer que se trate de la misma empleada

para desplazar la canoa monóxila -en su fase de esbozo- que describe Empeaire y de la que trataremos más adelante.

Con conchas de mejillones afiladas o valiéndose de un raspador de hierro empezaban a pulir ambas caras de la corteza hasta conseguir una superficie lo más posible uniforme, liberando la parte interna del líber⁴⁸ y la parte externa de las secciones más gruesa de corteza (Ibid.). En Empeaire no hay ninguna referencia al pulido de la corteza.

El primer paso, para empezar a dar forma a la futura embarcación, era seccionar la corteza. El etnógrafo francés precisa que se cortaba la pieza reservada para el fondo, no especifica el tipo de herramienta -se trataría seguramente de algún cuchillo- de manera que ambos extremos adquiriesen una forma triangular; las láminas destinadas a constituir los costados también se tallaban para que encajasen, al parecer con los mismos útiles empleado para el pulido (Empeaire, 1963).

Según Gusinde, antes de pasar a unir entre ellas las tres piezas principales, había un paso más: instalar la borda superior. Usaban como borda dos varas rectas de *Maytenus magellanica*⁴⁹ del espesor de unos treinta milímetros y de la misma longitud: para fijarlas, practicaban, en el borde superior de cada uno de los dos lastrones laterales de la canoa, una secuencia de pequeños agujeros por donde hacían pasar tiras de barba de ballena, realizando una costura que iba envolviendo dichas varas para amararlas firmemente; al parecer comenzaba con esta tarea la participación femenina. Instalada la borda superior, se pasaba entonces a ensamblar los tres lastrones de corteza. Se disponían los lastrones dentro del perímetro formado por un andamio oval que se había construido con anterioridad, para poder realizar las operaciones de esta fase del proceso constructivo. El andamio presentaba una estructura sencilla, consistía en unas

⁴⁸ La película entre la corteza y la madera del árbol.

⁴⁹ Es un pequeño árbol perennifolio de unos cinco metros, de la familia de las Celastraceae. Es conocido genéricamente como maitén (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Maytenus_magellanica).

15 varas de un metro y medio de altura clavadas en el suelo las cuales iban formando una especie de cercado. En su interior, los lastrones de corteza se ensamblaban según la ságoma de la canoa lo requería, para que las mujeres pudieran dedicarse a coserlos (Gusinde, 1974). Empeaire no habla de manera específica de un andamio, más bien refiere que *“durante toda la operación, la corteza era mantenida en su lugar y en debida forma por medio de ligaduras, cuñas de madera, cargas de piedras y piquetes clavados en tierra”* (Empeaire, 1963: 165).

Algo que no resalta Empeaire es precisamente la labor femenina en el proceso de montaje. Las mujeres se dedicaban, según apunta Gusinde, a ensamblar las piezas de la embarcación mediante costura, practicando orificios con un punzón (se prescindía de los cuchillos porque abrían agujeros demasiado grandes) -a lo largo de los bordes de los segmentos que se debían de juntar- en los que luego hacían pasar tiras de barba de ballena o fibras de ciprés. Estas últimas se dejaban en remojo antes del uso para proporcionarle una adecuada elasticidad. Las mujeres valiéndose de la uña del dedo partían el haz de la fibra, tomaban un extremo con los dientes, el otro extremo con la mano izquierda mientras hacían discurrir la mano derecha de arriba abajo quitando así las fibras sueltas, hasta darle el grosor requerido (Gusinde, 1974).

Según Empeaire, los tres lastrones que conformarían la embarcación se cosían con un punzón, usando como hilo una liana local llamada *voqui (Landizabalia Ternata)*. Se ejecutaba una costura con aspecto de espiral. No menciona quiénes la ejecutaban (Empeaire, 1963).

Para rellenar el espacio que quedaba abierto entre las juntas e impermeabilizar así la embarcación, usaban una pasta hecha mezclando ceniza húmeda con musgo prensado y junquillo. También se podían utilizar hierbas o filamentos de *Nothofagus betuloides*. Estos últimos resultaban muy apropiados a la hora de obturar fisuras -que a menudo se iban abriendo durante la fabricación- pero antes de usarlos había que humedecerlos bien y después

ablandarlos mediante una operación de prensado que se hacía aplastándolos entre los golpes de dos piedras (Gusinde, 1974).

Empeaire dice que el calafateo solía ser una operación lenta y pasa a mencionar rápidamente los ingredientes para la preparación de la pasta impermeabilizante: una mezcla de tierra espesa y viscosa con pequeñas raíces, trozos de corteza y algunos trapos sobrantes (Empeaire, 1963). Ofrece aquí un nuevo punto de divergencia con respecto a la información de Gusinde.

El paso siguiente, según Gusinde, consistía en dar flexibilidad a las láminas de corteza manteniéndolas mojadas durante unos días⁵⁰. En esta fase la canoa seguía en el andamio a la espera de ser acabada (Gusinde, 1963). Según Empeaire, a cambio, las piezas de corteza se iban ablandando a lo largo de toda la fase de ensamblaje, pasándolas por el fuego para poderles proporcionar la curvatura requerida (Empeaire, 1963).

Entre ocho y diez varas, generalmente de canelo (*Drymis Winteri*), se colocaban transversalmente en el interior de la canoa y se afirmaban practicándoles una muesca en ambas extremidades y atándolas, para consolidar su estructura: se evitaba de esa manera que las paredes laterales se encogiesen.

Quedaba entonces por consolidar el interior: se usaban una trentena de varillas semicirculares las cuales se instalaban juntas una a la otra siguiendo la forma del casco (con la función de cuadernas). Para fijarlas era usual emplear clavos de madera, los cuales se encajaban -a golpes de piedra- en orificios hechos precedentemente con un punzón. Gusinde afirma que las varillas semicirculares eran vástagos de ciprés, pero entre paréntesis pone como nombre científico *Drimys*, y añade “o los de una especie de *Nothofagus*” (Gusinde, 1974: 241). En el primer caso hay que asumir que el nombre científico es el correcto y que se está refiriendo al canelo. En el segundo habla de una especie del género *Nothofagus*: puede ser el *betuloide* o el *pumilio*.

⁵⁰ Gusinde no aclara cómo se mantenía mojada la canoa, nos preguntamos si tal vez el método consistía en llenarla de agua.

Para proteger el piso de la embarcación de posibles fracturas provocadas por las pisadas de sus ocupantes, se revestía disponiendo transversalmente encima de las cuernas entre seis y ocho alfombritas de corteza (de 30 centímetros de ancho y de unos 40 o 50 de largo), la previa humificación las hacía flexibles y les permitía amoldarse a la curvatura del piso de la canoa. Para consentir una todavía más eficaz repartición del peso, se disponían a lo largo del eje de la embarcación entre cuatro y seis palos sueltos, constituyendo una base nivelada sobre la cual sentarse (Gusinde, 1974).

En proximidad del centro de la canoa, se dejaba un espacio entre las alfombras para que se pudiera reducir el agua que iba penetrando durante la navegación (Ibid.). Muy cerca de ese espacio se dejaba otro libre para acoger una pequeña fogata; con el propósito de aislar las llamas del suelo, se hacía una base con un manojo de hierba, encima de la cual se disponía la arena que acogería el fuego (Ibid.); otras fuentes hablan de materiales diferentes como piedras o conchas, además de arena (Vargas y Ponce, 1788; Lausic, 1993).

Byron relata y Gusinde confirma que las canoas de corteza, lógicamente, estaban hechas a medida de las necesidades de la familia que iba a usarla, en base al número de hijos y sobretodo de parientes que se sumaban (Gusinde, 1974: 243); como media tenía capacidad para transportar entre seis y ocho individuos.

El tiempo de duración de una canoa de corteza generalmente eran dos años, pasados los cuales una pareja tenía que invertir entre cuatro y seis semana para construir una nueva embarcación (Ibid.).

En 1946, Empeaire había visto unos niños jugar con una canoa de corteza de pequeñas dimensiones, hecha con una única lastra de corteza de tinea (*Weinmannia trichosperma*) ablandada al calor del fuego para poderla doblar y atar sus dos extremidades, dándole la forma deseada (Empeaire, 1963).

La canoa era propiedad de ambos miembros de la pareja, la mujer tenía el mando y durante los viajes toda la tripulación le obedecía; cuando ésta moría, el viudo dejaba la canoa en la misma playa donde había fallecido su compañera y se marchaba con los hijos (Gusinde, 1974).

La canoa de tablas.

“(...) la necesidad hace al hombre, en todas parte, ingenioso y diestro, pues en las altamente tempestuosas aguas de la parte occidental del estrecho las débiles barcas de los nativos de las regiones orientales no serían de ninguna utilidad” (Vargas y Ponce, 1788: 222).

Esta cita ignora un hecho fundamental: los nativos durante muchísimo tiempo, habían navegado por la zona oriental del estrecho valiéndose solo de canoas de corteza. Mientras la canoa de corteza se menciona en las fuentes históricas desde el principio, la canoa de tablas viene avistada en territorio kawésqar a partir de mitad del siglo XVIII (Gusinde, 1974).

En 1765, durante su viaje exploratorio, Byron, tras haberse encontrado sólo con canoas de corteza a lo largo del estrecho de Magallanes, en el canal Jerónimo registra con sorpresa la presencia de canoas hechas de cinco tablas de madera (Byron, 2006:196; cfr. Gusinde, 1974: 222). Martín Gusinde se refiere a este episodio como el primer avistamiento por parte de un europeo de las canoas de tablas kawésqar (Gusinde, 1974).

El diario de la *Santa María de la Cabeza* encontramos la noticia de la presencia de canoas de tablas cerca del Cabo Pilar, en la zona occidental del estrecho de Magallanes, en el año 1785. Ofrece un juicio de valor, considerándolas técnicamente superiores respecto a las de corteza que había visto en la parte oriental del mismo estrecho. Las tablas estaban atadas entre ellas con un cordón, las fisuras de las costuras impermeabilizadas por una especie de estopa consistente en una mezcla de hojas y una pasta pegajosa. Cada costado

presentaba dos tablas encorvadas. Una tabla maciza -más ancha en el centro y que se iba estrechando en las extremidades- constituía la quilla. Se impulsaba con remos. En la parte interior, la canoa de tablas no presentaba diferencias sustanciales con respecto a la canoa de corteza. Unos travesaños reforzaban la estructura a la vez que ofrecían asientos para los remeros. Tenía, en general, mayor resistencia, solidez y firmeza, pero no era apropiada para una navegación rápida, solía perder en velocidad con respecto a la de corteza. Presentaba remos largos, más ventajosos, mientras que en la zona oriental la tripulación había observado el uso de remos cortos. Un remo venía usado también como timón, principalmente en ocasión de más borrascoso (Vargas y Ponce, 1788).

Con el testimonio de Fitz Roy pasamos al siglo XIX. Recorrió el cono sur en el marco de dos viajes exploratorios que se sucedieron a muy poca distancia temporal uno del otro: el primero entre 1826 y 1830 y el segundo, el más famoso, debido a la presencia de Darwin, entre 1831 y 1836. Un miembro de la expedición, el médico naturalista Benjamin Bynoe, vio canoas de tablas en el Golfo Trinidad, de grandes dimensiones y movidas por remos (cfr. Gusinde, 1974: 222). Se relata en el diario que en los archipiélagos patagónicos las pocas canoas que había avistado a la altura del canal Smith y de la isla Madre de Dios eran de tablas y estaban maniobradas por remos cortos. En el estrecho de Magallanes, encontraban una canoa híbrida maniobrada por remos largos: una tabla conformaba la base, mientras las paredes laterales estaban hechas de corteza (cfr. Emperaire, 1963: 161). Es del único ejemplar de este tipo ofrecido por el registro etnohistórico. Es lógico suponer que no se tratara de una nueva tipología de embarcación ni de un modelo de transición, si no del resultado de la restauración de una canoa en origen enteramente compuesta por tablas, como sugiere la confección de la base y la presencia de remos largos. Sus ocupantes, encontrándose en una situación de apuro, la repararían con los materiales que tenía a disposición, en el área donde navegaban era más fácil encontrar arboles de los cuales sacar corteza que troncos aptos para la

extracción de tablas. Demuestra en todo caso que sus propietarios conocían las dos tipologías de canoa y sus respectivas técnicas de construcción.

El mismo Coppinger avistaba otra canoa en el archipiélago Madre de Dios, a la altura de la Bahía Tom. La información que proporciona en esta ocasión no evidencia discrepancias con respecto a la anterior descripción en cuanto a número de tablas, medidas y forma de la estructura, técnica de cosido. Pero sí añade algunas observaciones relevantes relacionadas con la técnica del calafateo: las juntas de las tablas estaban impermeabilizadas con musgos y tiras de corteza de canelo, mientras las perforaciones cuadrangulares se habían cerrado con una pasta vegetal cuyo componente principal era el musgo. Ofrece más detalles sobre los remos usados para impulsar la embarcación, anotando que el mango estaba hecho de tronco de ciprés y en la parte final se le ataba una larga paleta elíptica de madera; ambos remos iban apoyados a una horquilla con forma de media luna, constituida de una única pieza de madera unida a la borda. Una mujer, sentada en la popa, acomodada sobre un cojín de hierba, manejaba un remo que desempeñaba la función de timón, gobernando de esa manera la embarcación (cfr. Emperaire, 1963: 161).

Coppinger ofrece la descripción de una canoa avistada en el canal Smith, en 1879. Se trataba de una embarcación de cinco tablas, de unos seis metros de largo, por unos 70 centímetros de ancho. Las extremidades de la tabla del fondo se arqueaban hacia arriba, asumiendo la forma de un arco aplanado. Las tablas estaban cosidas entre ellas: a cada una se le había practicado, en sus respectivos márgenes, una línea de perforaciones cuadrangulares, por donde se había hecho pasar el dúctil tallo de una planta trepadora, interpretada como *Campsidium chilense*. Como medio de propulsión, los tripulantes no usaban los canaletes⁵¹ -los cuales había visto en uso entre los fueguinos más meridionales- sino dos verdaderos remos, constituidos por paletas muy largas y anchas. Una

⁵¹ Se trata de un remo corto de pala ancha con que se boga sin ayuda de chumacera o tolete.

mujer se ocupaba de timonear con un remo corto, desde su asiento en popa (cfr. Gusinde, 1974: 224).

Empeaire señala como último testimonio disponible del avistamiento de una canoa de tablas cosidas el que ofrece el comandante quien, media década después de Fitz Roy, en 1878, se encontró con una en el mar Skyring (cfr. Empeaire, 1963: 161). Pero testimonios de avistamientos de canoas de tablas siguen hasta principio del siglo XX.

Cinco años después del avistamiento de Latorre, el pastor Bridges (1883) dejó nota de haber visto, cerca de la isla Stuart, hombres kawéskar viajar en canoas de cinco tablas, una para el fondo, dos para cada lado, cosidas con fibras vegetales. Los costados estaban reforzados con soportes de madera. Añade que estas embarcaciones necesitaban arreglos constantes por los frecuentes quiebres que sufría la madera. Reservaban la canoa de tablas para aquellas misiones que implicaban alcanzar los islotes más alejados y expuestos a las corrientes oceánicas; mientras era corriente el uso de la canoa de corteza para las actividades ordinarias (cfr: Gusinde, 1974: 227).

En el barco de la armada francesa *La Romanche* viajaban Ferdinand Martial como capitán y Paul Hyades como científico, entre 1882 y 1883. En la parte occidental del estrecho de Magallanes se encontraban con canoas de tablas: Hyades dejaba anotado que tenían un aspecto sólido, que estaban equipadas con una vela de piel y un remo a popa, afirma que estaban hechas de tablas sin especificar el número (cfr. Gusinde, 1974: 225); Martial añade que las tablas estaban cosidas con tendones o juncos y que las desmontaban con agilidad cuando tenían que cruzar uno de los numerosos istmos bajos y estrechos, cada miembro de la tripulación se hacía cargo del transporte de una tabla, para volver a montarlas una vez terminada la travesía a pies (Ibid., 1974: 225).

Entre los objetos catalogados en el museo etnográfico de Gotemburgo hay una canoa kawéskar recogida por el botánico sueco Carl Skottsberg, durante una expedición efectuada en los años 1907 y 1908, entre el golfo de Penas y el

estrecho de Magallanes. Se trata de una canoa de tres tablas, de unos cinco metros de longitud. Según Gusinde -quien tuvo la oportunidad de observarla detenidamente- sería una pieza inacabada que preveía la superposición de otra tabla en cada una de las paredes laterales para prolongarlas. El botánico suecos informa que en el año 1907 las canoas de tablas todavía existían (Gusinde, 1974). Erland Nordenskiöld, director del museo etnográfico de Gotemburgo, publicó por primera vez (en 1929) un dibujo de esa canoa, apuntando que llevaba una especie de deslizadores que servían, a su juicio, para arrastrar la canoa por tierra cuando fuera necesario, añade que se trataría de una invención original de los kawéskar (Nordenskiöld, 1929: 301). Gusinde los describe como patines (Gusinde, 1974). No tenemos otras noticias sobre estos deslizadores.

Roberto Dabbene , a principio del siglo XX, compara las canoas Yámana con las Kawéskar refiriendo que estas últimas son más grandes, con una capacidad de entre 15 y 20 personas, están construidas con tablas unidas con juncos o tiras de piel de lobo y calafateadas con barro. Añade que eran sencillas de desmontar a la hora de tener que cruzar un istmo a pie, cada uno cargaba con una tabla para volver a montarlas al terminar la travesía (cfr. Gusinde, 1974: 229).

La mayoría de las fuentes señaladas especifica el número de tablas, cinco, pero no se detienen en detallar el tipo de árbol del que se obtenían. Todas relatan que las tablas estaban cosidas con algún tipo de fibra vegetal, sólo Coppinger concreta la información, haciendo referencia al *Campsidium chilense*⁵². Esta embarcación se distinguía por presentar la forma de un arco aplanado. Tenía, asimismo, mayor resistencia, solidez y firmeza, pero no era apropiada para una navegación rápida; como registra en sus apuntes el autor de la relación de la *Santa María de la Cabeza*, tendía a perder en velocidad con respecto a la de corteza. Para impulsarla era común el uso de remos largos, más ventajosos en la borrascosa área pacífica respecto a los remos cortos. Hay que resaltar que en la

⁵²Conocida como *Campsidium valdivianum*, es una planta trepadora que pertenece a la familia de las *Bignoniaceae* (cfr. <https://es.wikipedia.org/wiki/Campsidium>).

misma área oceánica, Fitz Roy anota la presencia de canoas de tablas maniobradas por remos cortos. Al parecer en la primera mitad del siglo XIX, los remos cortos todavía permanecían vigentes en esta zona, donde convivieron con los remos largos, aunque fuera menos frecuente verlos. Las fuentes en general no especifican el número de remos, Coppinger habla de 2 en el caso de la canoa del canal Smith; variarían en base a la cantidad de tripulantes y al tamaño de la canoa. Los kawéskar no poseían un verdadero timón, un remo o un canaleta desempeñaban tal función, dirigiendo la embarcación desde la popa. La vela es una novedad de origen hispánica, que se convertirá en un elemento habitual de la canoa monóxila.

A la llegada de los etnógrafos Gusinde y Empeaire a la región (en 1923 y 1946 respectivamente), de la canoa de tablas ya no quedaba más el recuerdo.

La canoa de tablas cosidas representa claramente un producto cultural prehispánico (Empeaire); por lo menos al respecto las fuentes no dejan espacio para las dudas. Hay una serie de testimonios tempranos que lo sustentan y que merece la pena mencionar.

Debemos a Gerónimo de Bibar, miembro de la expedición de Francisco de Ulloa, el primer testimonio europeo del avistamiento de este tipo de embarcación. Se producía a la altura del paralelo 45^º⁵³, en correspondencia del archipiélago de los Chonos⁵⁴, mientras corría el año 1553. La tripulación encontró en tierra una canoa de tres tablas cosidas y calafateada con *“un betún que ellos hacen”* que medía unos siete metros (Bibar, 1996:179; Cárdenas, 1993).

⁵³ Gusinde escribe que F. Ulloa avistó las primeras canoas de tablas en el golfo de Reloncaví, en la parte septentrional de la isla de Chiloé. Revisando el texto de Bibar hemos encontrado como referencia espacial para el avistamiento el paralelo 45^º. Gusinde no especifica su fuente.

⁵⁴ El archipiélago de los Chonos está situado en el océano Pacífico, en la Región chilena de Aysén, al sur del archipiélago de las Guaitecas. Se extiende desde la parte sur de las islas Guaitecas hasta la costa norte de la península de Taitao.

La expedición de Juan Ladrillero, en 1557, se encuentra con varias canoas de tres tablas en el golfo de Ancud⁵⁵ y desde la Isla Guafo hasta más o menos la altura del cabo Tres Montes, es decir a lo largo de un área que abarca dos archipiélagos -Guaitecas⁵⁶ y Chonos- y una península, la de Taitao. Más al sur fueron encontrándose tan solo con canoas de corteza (Goicueta, 1879; Medina, 1984).

Existe también un testimonio poético, se trata de *La Araucana* de Alonso de Ercilla quien, en 1558, tomó parte en una expedición por tierra encargada de inspeccionar los términos continentales de Chile. Ercilla acompañaba al gobernador García Hurtado de Mendoza con el encargo de inmortalizar la hazaña. Entrando en el seno Reloncaví, vio algunas embarcaciones que debían de ser canoas de tablas a las cuales se refiere en su poema (Medina, 1984).

El jesuita Diego de Rosales quien tuvo recorrió el área de Chiloé, describe la embarcación local como una estructura de tres tablas cosidas, dirigida con una pala o canaleta y movida por entre ocho y diez remeros (Ibid.).

Llegamos al siglo XVIII con el guardiamarina John Byron; recordamos que en 1741, viajaba a bordo de la fragata *Wager*, cuando ésta naufragó a la altura del archipiélago Guayaneco, ubicado al sur de golfo de Penas, es decir en el área norte de la zona de navegación kawésqar. Fue rescatado, junto a una parte de sus compañeros, por algunos indígenas (probablemente kawéskar), diferentes de aquellos que llevaron en su canoa los naufragos hasta Chiloé y que identifica como *Chono*. La experiencia del naufragio ofreció a Byron tiempo para detenerse en la observación de los locales. Cuenta que los indígenas que les trasladaron poseían canoas hechas con cinco tablas. Obtenían las tablas valiéndose de conchas, herramientas de piedra y fuego. Las ensamblaban con una costura hecha de lianas. Luego sellaban las fisuras que quedaban abiertas

⁵⁵ Aparece en las relaciones de Ladrillero y Goicueta como golfo de Los Coronados, así bautizado por Ulloa en 1553. Más tarde se denominó golfo de Ancud.

⁵⁶ El archipiélago de las Guaitecas, también conocido como islas Guaitecas, se encuentra en la costa pacífica chilena, al sur de la isla Grande de Chiloé. Está conformado por un sinnúmero de islas, de las cuales la más extensa es la isla Gran Guaiteca. Administrativamente pertenece la Región de Aysén.

con una estopa, obtenida a partir de la corteza machacada entre dos piedras (Byron, 2006; Empeaire, 1963).

Siempre en el siglo XVIII, corriendo el año 1791, Pedro Gonzales de Agüeros, en el marco de su labor de historiógrafo de la Compañía de Jesús, describe las embarcaciones de Chiloé, mencionándolas con el calificativo de *piraguas*. Cuenta que para construir una de esas embarcaciones los nativos usaban cinco o siete tablas monóxilas, de las cuales estrechaban las extremidades para plasmar proa y popa para luego carbonizar, con cuidado, la superficie de la madera. Posteriormente se abrían agujeros en los bordes de cada tabla. El calafateo precedía la costura y se realizaba poniendo una especie de estopa (formada por hojas de árbol deshilachadas) entre los márgenes de las tablas que sucesivamente se habrían unido con una costura en forma de espiral hecha recurriendo a una resistente liana. Con la misma estopa se obturaban todas las demás fisuras por donde se habría podido filtrar el agua. Para reforzar el conjunto, se ponían en el interior de la embarcación cuadernas que se aseguraban a las tablas con una especie de clavos de madera (Empeaire, 1963; Cárdenas, 1993).

La descripción ofrecida por Agüeros coincide con la que se encuentra en el diario del piloto español José de Moraleda, a finales del siglo XVIII (Empeaire, 1963).

Esta embarcación de tablas cosidas tomaba el nombre de *dalca*⁵⁷ en el área de Chiloé (Cárdenas, 1993). La utilizaban, desde la época prehispánica, los indígenas que vivían entre el homónimo archipiélago y el cabo Tres Montes. Remitiéndonos a los datos etnohistóricos, a lo largo del siglo XVI, el golfo de Penas constituía la barrera meridional para la difusión de la canoa de tablas. Es a partir de la mitad del siglo XVIII cuando se difunde en el territorio kawésqar

⁵⁷Gusinde cita el “*Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de las lenguas indígenas americanas*” de Rodolfo Lenz que define la voz *dalca* como “*la primitiva embarcación de los chilotes, hecha de 3 tablones de alerce cosidos con sogas*” (cfr. Gusinde, 1974: 221).

hasta alcanzar progresivamente la zona del estrecho de Magallanes, desplazando a la canoa de corteza (Gusinde, 1974).

Es razonable pensar que los kawésqar conocieran la *dalca* desde hace mucho antes de la llegada de los españoles; los indígenas de los territorios al norte del golfo de Penas esporádicamente incursionaban hasta las islas Guayaneco⁵⁸, atravesando a pie el istmo de Ofqui, arrastrando su embarcación o bien desmontándolas y cargando con las tablas (Medina, 1984).

Hay que recordar que la llegada de los españoles y el establecimiento de la encomienda en Chiloé, empujaría sus habitantes autóctonos hacia el sur, es decir hacia el territorio kawesqar, favoreciendo el encuentro y el intercambio de ideas, prácticas y técnicas (Cárdenas, 1993).

Los primeros testimonios históricos hablan de una canoa de 3 tablas (Bibar, 1996; Goicueta, 1879). En el siglo XVIII, otras fuentes testifican los cambios que entretanto se habían producido en la estructura originaria de la *dalca*, tratándose de innovaciones introducidas a lo largo de la época colonial por los españoles, quienes, desde su llegada a Chiloé, la adoptaron como medio para desplazarse por las islas; de facto los indígenas dedicaban una parte importante del servicio personal⁵⁹ para sacar tablas de alerce y construir canoas. Los mismos misioneros jesuitas utilizaban la *dalca* para desempeñar la misión evangelizadora. La primera de tales novedades que se refleja en las fuentes es la agregación de otras tablas, de tres a cinco o, en algunos casos, podían llegar hasta siete (Medina, 1984; Cárdenas, 1993).

⁵⁸ El archipiélago Guayaneco está situado en el océano Pacífico, en la parte sur del golfo de Penas, al comienzo de los canales patagónicos. Administrativamente pertenece a la provincia Capitán Prat de la Región de Aysén.

⁵⁹ En Chile la Encomienda no consistió en una entrega de tributos por parte de los indígenas, se instituyó como una prestación de servicios.

Ejemplos de semejante tipología de embarcación se encontraron solo en otra área del continente durante las primeras empresas exploratorias españolas del siglo XVI. Nos referimos a las islas de Santa Bárbara y a la adyacente costa californiana, donde la canoa en cuestión tomaba el nombre de *tomolo* según la lengua *chumash*. Pertenecía a los homónimos indígenas (Kroeber, 1945; Medina, 1984, Cárdenas, 1993).

Según Empeaire, la canoa de Chiloé habría sido el modelo inspirador de la canoa de tablas de los kawésqar y también de los otros grupos indígenas que vivían entre el sur del archipiélago de Chiloé y la península Taitao. Este mismo autor considera que la canoa de tablas se irradiaría por un espacio geográfico que coincidiría con el hábitat de las coníferas: el alerce⁶⁰ y el ciprés. Eran las únicas maderas localmente disponibles de las cuales se podían sacar fácilmente, y tan sólo con la ayuda de herramientas simples y rudimentarias -como las cuñas- largos tablones, regulares y flexibles (Empeaire, 1963). El antropólogo francés considera que “*nos es imposible que los indios de los archipiélagos al sur del Golfo de Penas hayan ido a construir sus embarcaciones allí donde crecían el ciprés y el alerce*” (Ibid.: 160)

Ahora bien, en Chile se encuentran el ciprés de la Cordillera (*Austrocedrus chilensis*) -que crece desde el río Aconcagua hasta el paralelo 44º- y el ciprés de las Guaitecas (*Pilgerodendron uviferum*), la conífera más austral del mundo, su hábitat se extiende desde Valdivia hasta Tierra del Fuego, es decir desde los 40º hasta los 55º de latitud sur. Ambos pertenecen a la familia de las Cupresáceas. Empeaire no especifica la especie pero podemos deducir que se refiera al ciprés de la Cordillera, al encontrar su última morada meridional en las islas Guaitecas, al norte del golfo de Penas.

⁶⁰*Fitzroya cupressoides* es una conífera endémica de los bosques subantárticos sudamericanos, se desarrolla entre los paralelos 39º50' y 43º30' de latitud sur. Fueron los españoles quienes le dieron el nombre de alerce, asimilándolo al alerce europeo. En araucano se le llama *lahuan* o *lahual* (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Fitzroya_cupressoides).

La madera del alerce posee una fibra especialmente homogénea, cualidad que permite ejecutar cortes longitudinales sin complicaciones y sacar tablones que apenas necesitan ser pulidos; este árbol se desarrollaba aproximadamente entre los paralelos 39º y 43º, a una distancia considerable del territorio kawéskar. Es probable que la *dalca* prehispánica, en su origen, se construyera con este tipo de madera por la sencilla razón de ser la más conveniente (Medina, 1984).

A pesar de que estuviesen familiarizados con ese modelo, hubo que esperar que los Kawéskar entrasen en posesión de nuevas herramientas que les facilitara sacar tablas de madera de los árboles -como el coihue (*Nothofagus Betuloides*)- que no poseían las ventajas estructurales del alerce (Ibid.).

Los indígenas kawésqar que el investigador francés pudo entrevistar tenían constancia de que sus mayores navegaron en ese tipo de embarcación pero ninguno de ellos había tenido una experiencia directa al respecto. Nadie, entre los que quedaban vivos en ese entonces, había tenido la oportunidad de verla. En los años 40, además del recuerdo, algunos pescadores chilotes conservaban un vestigio material de la *dalca*: se trataba de un artefacto con un aspecto parecido a un arpón de cuatro ganchos, formado por un armazón de madera y caracterizado por la presencia de una piedra de lastre, localmente llamado *sacho*. Nos parece relevante subrayar que tanto en Chiloé como en las islas Guaitecas, en aquellos años, se seguía utilizando el mismo método de extracción de la madera para la obtención de listones y tejas que se empleaban en la construcción de las casas (Emperaire, 1963).

La *dalca* no llegó a difundirse al sur del estrecho, los Yámana no llegaron a utilizarla (Gusinde, 1974).

Gusinde pudo estudiar con atención un ejemplar que se conservaba en el Museo Nacional de Chile y validar las informaciones ofrecidas por las principales fuentes históricas (Ibid.).

La canoa monóxila

La canoa de corteza y de tablas se vieron remplazadas por otro tipo de embarcación cuya estructura y dimensiones resultaría más conveniente. Este cambio en la industria de navegación se debe a la introducción de un nuevo elemento que imprimirá modificaciones incisivas y duraderas en la cultura material de los archipiélagos: el metal (Empeaire, 1963).

En los años '80 del siglo XIX, la presencia de los cazadores tanto extranjeros como chilotes se intensificaba. Éstos comenzaban a ofrecer empleo en sus embarcaciones a los indígenas, los aprovechaban para tareas relacionadas con la preparación de las pieles de lobos marinos, como cortar el animal, despellejarlo, limpiar la piel (Ibid.).

Se fueron así formando espacios estables de interacción con los foráneos, donde los kawésqar empezaron a conocer de cerca diferentes instrumentos de metal y sus múltiples usos. No era infrecuente que se adueñaran de hachas y cuchillos, acabando por fugarse con ellos. A finales del siglo XIX, se puede fechar la penetración definitiva del hacha de fabricación industrial en la cultura material kawésqar. La presencia de los cazadores de lobos marinos no solo había multiplicado los contactos de los indígenas con los materiales occidentales, además garantizaba cierta constancia en el suministro de aquellos. Los kawésqar habían tenido, en numerosas ocasiones, la posibilidad de observar a los cazadores chilotes -que, en ese entonces, poseían modernas chalupas- construir, en casos de necesidad, una embarcación de emergencia, ahuecando un tronco de árbol con un hacha. Teniendo un hacha a disposición, empezaron a imitarlos (ibid.).

Roberto Dabbene, a principio del siglo XX, informa que los Kawéskar se valían de canoas hechas a partir del ahuecamiento de un tronco (cfr. Gusinde, 1974: 229). A finales de la década de los 40, aunque ya no navegaran tanto, la fabricación de la canoa era todavía una práctica muy importante para los miembros

sobrevivientes de la comunidad que resultaba dramáticamente reducida (Empeaire, 1963).

La canoa monóxila se fabricaba a partir de un solo tronco, según Empeaire se solía elegir con frecuencia un coihue (*Nothofagus Betuloides*), también era apropiado un roble (*Nothofagus Pumilio*) (Ibid.), Gusinde, por su parte, menciona el uso del coihue y añade además como posibles opciones el ciprés (*Pilgerodendron uviferum*) o el alerce (*Fitzroya cupressoides*) (Gusinde, 1974).

Sigue la descripción de las diferentes fases de la construcción.

Selección y corta del árbol. Era necesario considerar con cuidado varios factores a la hora de elegir la materia prima. El tronco tenía que presentar una circunferencia tal que al abrazarlo un hombre adulto no pudiera alcanzar tocarse las manos, además tenía que ser recto, no tener rama a lo largo de una superficie de por lo menos unos 4 o 5 metros. No se admitían signo alguno de putrefacción. Esos árboles llevaban varios años muertos pero se seguían manteniendo de pie, bien erguidos, conservaban su vigorosa magnitud vertical durante mucho tiempo. Para encontrar troncos que tuvieran los requisitos mencionados, había que adentrarse en los bosques ubicados en valles de cierta altura y al reparo de la fuerza torcedora del viento.

Había que invertir algunas semanas en la fabricación de la canoa. Que se emplearan más días o menos días dependía de las capacidades personales de los constructores y de los eventuales impedimentos que se podían presentar. Se podían presentar diferentes casos. Era posible que el tronco elegido se encontrara en algún lugar cerca del campamento, circunstancia en la cual un solo individuo podía llevar adelante todo el proceso de ejecución y dedicarle sin dificultades varias horas diarias. Pero era frecuente que el sitio de ubicación del tronco quedase lejos del campamento o que fuese difícil de alcanzar. La vegetación tan densa y espesa a menudo impedía el paso, imponiendo un ulterior trabajo de desbroce para abrir el camino. En estos casos se requería la

ayuda de otro hombre adulto. Se trataba de una relación basada en la más absoluta y necesaria reciprocidad.

Evitar gastos extra de energía era el principio fundamental de su filosofía del trabajo. Talaban el tronco a golpes de hacha, manteniendo una distancia aproximada de medio metro del suelo, para no tener que volver a practicar un ulterior corte a la hora de liberar la pieza del espesor sobrante de la base. Se preparaba el lugar hacia donde se iba a dirigir la caída del árbol limpiándolo de todo material que pudiera estorbar; la caída se calculaba y direccionaba cortando el tronco por dos biseles opuestos y desiguales (Empeaire, 1963).

Gusinde refiere que agarraban la copa del árbol valiéndose de una cuerda y tras practicar cortes profundos cerca de las raíces, doblaban el tronco hasta el suelo tirando de la misma. El uso de la cuerda Gusinde ya lo había señalado como elemento protagonista del proceso de desprendimiento de la corteza (Gusinde, 1974), mientras que Empeaire no hace ninguna referencia a ella tampoco en esta ocasión.

Adelgazamiento del tronco. Una vez que el tronco se encontraba en el suelo, se cortaba la parte superior inutilizable por la densa presencia de ramas, para empezar luego a trabajar en el tramo limpio que quedaba (Empeaire, 1963; Gusinde, 1974) y que solía medir por lo menos unos 4 metros de largo (Empeaire, 1963). Se procedía a descortezar la superficie según Gusinde con cuña de costillas de ballena (Gusinde, 1974), Empeaire no especifica la tipología de herramienta.

Durante esta operación se analizaba cuidadosamente cada uno de los posibles desperfectos. Las zonas con nódulos, hundimientos o signos de putrefacción no constituían un impedimento, era por éstas por donde se empezaba a ahuecar el tronco, destinando las zonas en mejor estado a la fabricación del casco (Empeaire, 1963).

Tras haber descortezado, analizado y colocado en una buena posición el tronco, tocaba ahuecarlo. Para no tener que dar la vuelta a la pesada pieza, no se descortezaba la parte que quedaba en contacto con el suelo, y a veces había sorpresas: se encontraban deterioros muy graves que obligaban a abandonar el tronco en un estado ya avanzado del trabajo. Era la razón por la cual en los bosques era bastante común ver canoas abandonadas en diferentes estadios de realización (Ibid.).

Se iba adelgazando la pieza, en correspondencia de la base se daba forma a la proa, a la popa en correspondencia de la otra punta. Ambas extremidades recibían un doble corte oblicuo, sucesivamente se iba ahuecando el espacio interior a golpes de hacha, manteniendo un ritmo incesante. Se trataba de una labor muy dura que requería fuerza, resistencia y varios días de trabajo.

Después de este primer ahuecamiento lo que tenían era tan sólo un esbozo de la canoa, pero el tronco había perdido bastante peso y ya era posible transportarlo. Para el transporte hasta el campamento se juntaban entre seis y diez individuos, de ambos sexos. No era difícil arrastrar el tronco sobre el suelo del bosque formado por una alfombra de musgos húmedos. Cuando aparecían tramos rocosos había que levantarlo en peso, mientras que para superar los pantanos se disponían rodillos para que rodara. Una vez alcanzado el mar, era llevado a remolque hasta el campamento, aquí se seguía con el proceso de construcción con más comodidad (Empeaire, 1964). En Gusinde no hay ninguna referencia al transporte de la canoa *in fieri*.

Formación. El propietario de la futura embarcación procedía a adelgazar el casco para ensancharlo. La azuela era la herramienta que protagonizaba esta fase de la fabricación de la canoa ahuecada. La solían conseguir en el marco de los intercambios comerciales que acontecían en los barcos. Podían además lograrla en los campamentos de los pescadores chilotes canjeando pieles de nutria o mediante rápidas acciones de robo. En caso de necesidad eran capaces

de fabricar fácilmente una azuela, moldeando una hoja de hierro con una piedra hasta darle una forma afilada. Básicamente el modelo que seguían tanto para montarla como para utilizarla era el de la azuela autóctona donde en lugar de una hoja de metal había una concha cortante (se trataba de un simple reemplazo del material cortante) (Empeaire, 1963).

A diferencia de Empeaire que no lo menciona, Gusinde refiere que cercaban el tronco con una decena de estacas clavada en el suelo para mantenerlo firme a la hora de ahuecarlo; se trataría de un andamio similar al que el mismo autor describe para la canoa de corteza (Gusinde, 1974).

La posición de trabajo solía ser forzada e incómoda: el espacio era muy reducido, tanto que el ejecutor tenía que acurrucarse poniendo a prueba la resistencia de sus articulaciones. Golpe tras golpe se daba forma al casco sacando a contrapelo las virutas de la madera.

El resultado final contemplaba dejar un espesor de entre un centímetro y medio y dos centímetros, cuatro centímetros para las dos partes extremas que necesitaban ofrecer más resistencias.

La superficie exterior se pulía alisando las eventuales protuberancias presentes. Para ensanchar el espacio interior del casco utilizaban el siguiente procedimiento del que Empeaire dice que solía durar unas dos horas (Ibid.).

Humedecían la pieza en la que habían estado trabajando hasta ese momento, dejándola bajo la lluvia, si no era suficiente la llenaban de agua y la mantenían así durante varios días de modo que la madera se mojara en profundidad. Luego la arrastraban a la altura de la vivienda donde hacían un gran fuego usando cipreses secos (estaba prohibido hacer fuego cerca del mar) necesario para pasar a la siguiente operación que consistía en calentar la futura canoa. Se elevaba la pieza encima de pilotes de madera. A lo largo de toda la superficie que quedaba debajo de la canoa, se esparcían brasas ardientes, resultantes de la combustión, éstas iban produciendo una temperatura potente que se mantenía gracias a los aportes constantes de nuevas brasas. Se trataba de llegar

a carbonizar levemente y con extremo cuidado la superficie tanto externa como interna -se disponían brasas también en el interior- de la canoa al fin de lograr flexibilidad requerida para acabar el trabajo. Después de haber retirado las brasas, se pasaba a dar la forma definitiva a la embarcación. Un palo de madera, con función de travesaño, se ponía, en un primer momento, en forma oblicua en la parte interior del casco, entre los dos bordes, para luego llevarlo, empujando con mucha fuerza, a asumir una posición perpendicular con respecto al eje de la embarcación. Se seguía disponiendo travesaños más cortos, hacia la proa y hacia la popa, siempre encajándolos oblicuamente para luego forzarlos a asumir una posición paralela con respecto al primero.

Durante unos cuantos días la canoa se quedaba sin uso, mientras con la ayuda de conchas se le iba sacando, por raspado, la capa de carbón que se había formado, en toda su extensión durante la operación de ablandamiento.

Claramente se trataba de un procedimiento invasivo durante el cual se podían provocar fracturas de diferentes clases de importancia, desde pequeñas fisuras reparables por obturación hasta una gran quebradura longitudinal que inhabilitaba la pieza y echaba a perder por completo el trabajo (Ibid.). Gusinde hablando de la técnica de ensanchamiento de la parte interna del casco no hace referencia ni al humedecimiento ni al abrasamiento de la canoa *in fieri*, dice que “*el ensanche se llevaba cabo de la manera más sencilla*”, es decir, manteniendo separados los bordes con la ayuda de estacas que se iban progresivamente sustituyendo por otras más largas hasta alcanzar la separación deseada (Gusinde, 1963: 230).

Calafateo y acabado. La embarcación así obtenida siempre presentaba algún defecto. Hoyos y fisuras eran casi inevitables. La proa solía ser la sección más problemática, como ya hemos dicho, correspondía a la base del tronco elegido, la parte más expuesta a las agresiones de humedad y podredumbre. Todos los agujeros y fisuras de diferentes dimensiones se tapaban con trapos antes de

recubrirlos con hojalatas o pequeñas tablas. Las primeras se empleaban para las zonas abombadas, a las que se amoldaban con facilidad. Las segundas para las zonas planas.

Para reparar las superficies abombadas se empleaban pedazos de lata procedentes de viejos tarros y cajas, los cuales se podían adaptar fácilmente a las exigencias de las líneas curvas. Para las zonas planas servían las tablas sacadas de cajones.

Después del calafateo, para ganar un poco más de espacio, se buscaba un tronco de ciprés de donde se pudieran obtener dos tablas lo bastante resistentes y flexibles para levantar los bordes del casco. Las dos tablas se tallaban de un mismo tronco, practicando un corte al hilo, de manera que la herramienta cortante discurriese de forma paralela a las fibras de la madera. Si la superficie de las tablas presentaba abultamientos se allanaban con la azuela o con el hacha. Se flexibilizaba la zona más rígida de las tablas que pertenecía a la base del tronco, exponiéndola al calor del fuego para luego clavarlas en cada borde del casco. Entre la tabla y el borde del casco quedaban cavidades abiertas las cuales rellenaban con trapos y una pasta de tierra y arcilla.

Una vez levantado el casco, se retiraban los travesaños. La embarcación se podía dar por terminada en cuanto a forma y dimensiones, presentando un amplio interior de unos 50 centímetros de profundidad (Empeaire, 1963).

Accesorio que completaban la canoa monóxila. Una armella de madera se fijaba con clavos en la proa, tras abrir una muesca, para poder atracar la embarcación. Este sistema no garantizaba mucha seguridad, generalmente los clavos usados no eran lo bastante largos o ni lo bastante resistentes. La armella podía ceder fácilmente y la canoa acabar perdida. Se añadían algunas bancas. Se trataba de simple trozos de tablas que se instalaban a la altura del borde de la canoa, en un número de entre dos y cuatro. La embarcación disponía también de chumaceras que estaban hechas con trozos de tablas las cuales se colocaban

en posición vertical sobre el borde superior de casco, en correspondencia de cada banca. Se ponía, además, una en la popa para acoger el remo que funcionaba como timón.

Un estribo en el fondo del casco alojaba el mástil, iba sujetado por el agujero que se había abierto en la banca correspondiente y que le permitía mantenerse vertical. La embarcación así acabada tenía una vida útil de algunos meses, pasado los cuales era necesario sustituirla por otra de nueva fabricación.

Remos o vela eran los medios de propulsión que tenían a disposición. Un remo se obtenía generalmente a partir de un tronco mediano de ciprés que venía adelgazado y moldeado con un hacha, una azuela o un cuchillo. El mango se trabajaba con el propósito de otorgarle cierta ergonomía para que resultara confortable de empuñar, se redondeaba, manteniendo más anchura en el medio con respecto al extremo que se quedaba más delgado. Se le daba forma a la pala y raspaban los bordes con una concha. Un solo hombre podía maniobrar la embarcación tanto sentado, según se había siempre hecho, tanto siguiendo el estilo chilote, es decir estando de pie (Ibid.).

Cerca de la popa se dejaba espacio para una pequeña fogata; con el propósito de aislar las llamas del suelo se hacía una base con un manojo de hierba, encima de la cual se disponían guijarros. Gusinde presencié el experimento de algunos indígenas que decidieron utilizar un trozo de lata como base donde poner el fuego, pero la lata al calentarse quemó rápidamente el suelo de la canoa; este intento de innovación vino lógicamente descartado (Gusinde, 1974).

Gusinde señala un elemento que Emperaire no menciona y del que tenemos muy limitadas noticias: *“la parte exterior del fondo de la embarcación requerirá, además, especial cuidado para formar los dos patines”* (Gusinde, 1974: 230). Los patines Gusinde sólo los señala, no dice nada más. También los mencionaba para la canoa de tablas, citando a Erland Nordenskiöld, el director del museo etnográfico de Gotemburgo, quien apuntaba que servían para arrastrar la embarcación por tierra cuando fuera necesario, añadiendo que se trataría de

una invención original de los kawéskar (cfr. Ibid.: 226). No podemos ampliar esta información ni contrastarla ya que no aparece en ninguna otra fuente de las que hemos revisado hasta el momento.

En los años del trabajo de campo de Empeaire, del antiguo pueblo kawéskar quedaba un número reducido de individuos. A pesar de las innovaciones que se habían dado en la industria de la navegación y que podían garantizarle más seguridad en los viajes, eran pocas las familias que seguían desplazándose. Cuando lo hacían era para buscar leña, mariscos, contactos con los buques de paso y para cazar animales cuyas pieles podían usar como moneda de cambio en los truques. No obstante, la construcción de la canoa seguía siendo una práctica importante, Empeaire relata que cada familia quería tener una en buen estado (Empeaire, 1963).

El kawéskar recientemente fallecido Alberto Achacaz nos ofrece un interesante testimonio relativo a la canoa monóxila en su relato autobiográfico:

“Mis antepasados [...] me hablaban que en los tiempos antiguos usaban una canoa decorteza, pero yo sólo alcancé a ver la de tronco (ahuecado); en esa me crecí hasta los 20 años. Las últimas las vi durante la época del presidente Gabriel González Videla⁶¹, después nunca más, pues empezaron a construirlas de tipo chalupa: con tablones curvados y cuadernas” (Vega, 1995: 16).

Además añade: *“Cuando me casé tuve que hacer mi propio bote. Lo hice detronco, porque hacía años que no se exigía que fuera de corteza. Era el tiempo en que estábamos utilizando el bote. ¡Putá que demoraba! Había que hacerlo a pura hacha, había que cortar y baldear los palos de abajo, después trozarlo y hacerlo de tres o cuatro metros y tanto. Entonces ahí empieza a cavar adentro del tronco, sacar los trozos de adentro y hachearlo. [...] Se corta a cada pedazo y*

⁶¹ Presidente entre 1946-1952.

se va cavando hacia adentro. Apenas llega a la cáscara, que ahí el palo es blanco, se para con cuidado, porque hay que poner la azuela, que no es la verdadera azuela para cavar madera, sino que es otra clase, cualquier fierro o zuncho viejo que después se afila, se le pone el cacho, se amarra y entonces se empieza a cavar adentro. Saca todo lo malo que está adentro, toda la cáscara, la cascarita y ahí queda blandito, listo para cortar la proa, que se corta despacio, tanteando cuánto grueso queda. Es entonces cuando lo bajamos y lo dejamos cerca del campamento, buscando palos, leña, para quemarlo. Se hace un fuego largo, así como el que usan en Chiloé para los curantos, y se pone un listón atravesado adentro para que con el calor se abra la canoa” (Ibid.: 127-128).

Según Gusinde en los años treinta del siglo XX, comenzaron a entrar en poseso del bote moderno de construcción europea (conocido como chalupa chilota), mediante trueques, con los chilotes y los europeos, o reparando alguno que había sido abandonado. Éste bote convivió con la canoa monóxila durante un tiempo debido a que no todas las familias tenían la posibilidad de acceder a tener uno (Gusinde, 1974). Goiri data alrededor de la mitad del siglo XX la llegada de la chalupa entre los kawésqar (Goiri, 1997).

3.1.2. La canoa en la actualidad

En las conversaciones que hemos tenido, a lo largo del trabajo de campo, con algunos de los actuales descendientes, ha emergido que por el año 1975 ya habían dejado de fabricar canoas monóxilas.

En la actualidad, lo único que queda de la embarcación tradicional son los botes en miniatura que se venden como suvenires a los turistas; los hacen con la corteza del mañío o, menos frecuentemente, con piel de lobo marino o nutria.

Según Emperaire, los kawésqar empezaron a construir tales suvenires a partir de un episodio en concreto, acontecido durante la estancia del mismo

investigador en Puerto Edén. Cuenta que, debido a su solicitud y delante de sus propios ojos, un anciano reprodujo una canoa de corteza, más pequeña de la original, “*hizo esta canoa que bastaba con holgura a dos niños*” (Empeaire, 1963: 166). Desde ese momento, los kawésqar empezaron a fabricar canoas de unos 20 o 30 centímetros, para utilizarlas como objeto de trueque, durante los encuentros que ocurrían en los buques de paso por Puerto Edén. Dice que las hacían empleando las finas cortezas del tino que unían entre ellas con hilo de voqui. También añade que los Yámana fabricaban las mismas miniaturas de canoa, con más atención hacia la ejecución de los detalles, para venderlas a los turistas que recorrían el Canal Beagle.

En los últimos años, los miembros de la comunidad han sido invitados a reproducir canoas monóxilas de dimensiones reales, en el contexto de proyectos nacionales y locales direccionado a la recuperación de la cultura nativa. A menudo tales reconstrucciones están vinculadas con las actividades de los colegios de las ciudades de Punta Arenas y Puerto Natales.

La CONADI (Corporación Nacional para el Desarrollo Indígena) ha llevado adelante una serie de proyectos de entrega de lanchas (chalupas con motor fuera borda) a la comunidad de Puerto Edén, para mejorar las posibilidades laborales de sus habitantes. La primera lancha, llamada *María Luisa*, se entregó, en los años '90, como propiedad de toda la comunidad. Se observó que la presencia de una embarcación comunitaria causaba problemas; algunos se dedicaban a alquilarla a los chilotes, intentando sacar de esa manera algún beneficio económico personal.

En el marco de otro proyecto, la CONADI entregó una lancha por cada familia residente en Edén. La mayoría de las familias, al parecer, no se preocupó de garantizar cierta manutención a su embarcación y acabó abandonándola al deterioro.

Actualmente en Puerto Edén los kawésqar disponen de 4 chalupas con motor, y sus propietarios generalmente la prestan a los otros miembros de la comunidad cuando la necesitan.

La chalupa, bien utilizada a remo o con motor fuera de borda, es el medio de transporte empleado en la actualidad por los habitantes de la isla.

Aunque lo más habitual es adquirirla ya construida, uno de los kawésqar más anciano, entre los residentes en Puerto Edén, aprendió a fabricar chalupas, y algunas de las que se ven en la isla están hechas por él. Nos comentaron que las armó usando tablas de madera cortadas por el aserradero local; este mismo anciano ha protagonizado la construcción de canoas manóxilas (en conversación con la hija de un miembro de la comunidad kawésqar de Puerto Edén).

3.1.3. Navegación y funciones derivadas

Como subraya Empeaire *“desde Puerto Montt hasta Cabo de Hornos, las únicas vías de comunicación, las únicas en el sentido estricto de la palabra, son las del mar”* (Empeaire, 1963: 158). La naturaleza fragmentada del territorio, constituido por un sinfín de islas, niega la posibilidad de un camino terrestre, la embarcación representa el requisito fundamental para la adaptación de la vida humana al entorno y la base de la economía. Moverse por el interior de las islas resultaba además complicado, debido a la presencia de bosques densos, suelos pantanosos y abruptos acantilados.

Usaban la canoa para desplazarse hacia los lugares de caza, en las costas o entre las rocas, donde se reunían los lobos marinos. Raramente cazaban estos animales desde la canoa: sólo a veces, cuando un lobo marino emergía en la proximidad de la embarcación, intentaban arponearlo. Para poder asestar con el arpón un golpe efectivo, que resultase mortal, el cazador necesitaba afirmarse

bien sobre un suelo estable y tomar toda la fuerza necesaria para arrojar el arma (Ibid.).

Desde la canoa cazaban las nutrias, proporcionándole un golpe con el arpón o con un remo o bien empujándolas hacia la costa donde las atrapaban los perros. (Gusinde, 1974: 304-307).

Asomándose desde la canoa las mujeres podía atrapar crustáceos, atravesándolos o enganchándolos con las puntas de la horquilla que a diferencia del arpón era un arma muy fácil de manejar (Gusinde, 1974: 266-267).

De acuerdo a lo relatado por Gusinde (1974) y Emperaire (1963), los kawésqar se orientaban perfectamente por el intricado laberinto de los archipiélagos. Durante su larga historia como navegantes, habían ido estructurando un importante patrimonio inmaterial, hecho de conocimientos geográficos que se iban transmitiendo de una generación a otra (Tonko, 2008).

Sabían cuándo y cómo evitar trayectos inconvenientes, llevando su embarcación por algún istmo de tierra, bien arrastrándola, bien desmontándola y cargado con sus partes, para luego volver a ensamblarla:

“Algunos puntos de los archipiélagos son accesibles por mar al precio de un largo desvío, mientras la travesía por istmos estrechos permite alcanzarlos en unas pocas horas, aun usando la canoa a través de los terrenos turbosos. A menudo estos istmos son en el fondo antiguos valles glaciares, por los cuales se comunicaban, en una época en que el nivel de las aguas era más elevado, sistemas marítimos hoy independientes. Estos terrenos están ocupados por turberas y jalonados de lagos. Los indios preferían a menudo estos trayectos, el más conocido de los cuales, en los archipiélagos del Oeste, era el del istmo de Ofqui, entre el Golfo Elefante y el Golfo de Penas, que permitía evitar la temible travesía del golfo (...). Casi todos los otros transportes están localizados en la vecindad del estrecho, donde la fragmentación en islas es poco importante y las masas terrestres están acuchilladas por profundas entradas marinas. Uno de

portazgos, que siempre lleva en nombre de Camino de los Indios, de cinco millas de largo, comunica una de las ramificaciones del Seno Ultima Esperanza, el Seno Obstrucción, con el mar de Skyring. Este pasaje evita una vuelta de varios centenares de millas. Otro portazgo comunicaba el golfo Xaultegua con el Canal Jerónimo, acortando así de modo apreciable el camino ordinario por el Estrecho. Había un camino también en pleno bosque, en una región montañosa, entre el Fiordo Silva Palma y el Estrecho. No era ese, por lo demás, un portazgo, pues los indios debían abandonar su canoa en el punto de partida y construir una nueva a la llegada. Utilizaban aún este paso hace unos sesenta años” (Empeaire, 1963: 177-178).

A lo largo del territorio kawésqar, hay una serie de lugares puntuales por donde es todavía posible identificar el paso terrestre de los indígenas con sus embarcaciones (Martinic, 2004).

Todo viaje estaba planificado: se fijaba un lugar de llegada y puntos intermedios de parada, dependiendo de los objetivos establecidos. Los tramos establecidos solían ser cortos. Se desplazaban sobre todo para conseguir alimentos pero también para buscar materiales necesarios para la fabricación de sus herramientas: ciertas presas o materias primas se encontraban en zonas específicas, en determinadas épocas del año y había que tenerlo en cuenta (Tonko, 2008).

La navegación era normalmente una tarea femenina. Sabemos que para la canoa de corteza utilizaban canaletes los cuales, a diferencia de los remos, se manejaban sin necesidad de estar apoyados en un soporte. Una mujer, sentada en la zona de la popa, aferraba el canaleta en posición vertical con ambas manos, lo hundía en el agua que iba impulsando hacia atrás, efectuando un leve movimiento semicircular, alternativamente primero en un lado de la canoa, y luego en el otro. Se ocupaba a la vez de remar y timonear, para que la canoa permaneciese en la ruta establecida (Gusinde, 1974).

Para las canoas de tablas no se usaban canaletes sino remos; eran dos, eran más largos que los canaletes e iban apoyados en una horquilla. Según el testimonio de Coppinger, el mango del remo estaba hecho de tronco de ciprés y a una de sus extremidades se ataba una larga y ancha paleta de madera de forma elíptica. Una mujer, sentada en la popa, acomodada sobre un cojín de hierba, gobernaba la embarcación, manejando un remo corto que servía de timón (Gusinde, 1974).

En caso de acercamiento de alguna tormenta, todos los adultos de la tripulación se disponían a remar (Gusinde, 1974; Lausic, 1993).

Si se iban a enfrentar a un viaje más largo y tenían un viento favorable, usaban la vela como sistema de propulsión. La navegación con vela no era muy segura en un lugar con tantas corrientes variables como el archipiélago, la usaban con mucho cuidado, sólo en los días de buen tiempo, cuando soplaban el estable viento proveniente del sur. La vela podía convertirse fácilmente en un elemento desestabilizador frente a una ráfaga repentina, capaz de empujar con violencia la canoa hasta hacerla volcar. Numerosos miembros del grupo encontraron la muerte en tales accidentes (Empeaire, 1963). El uso de la vela como solución técnica no se menciona antes de la segunda mitad del XVIII, la referencia aparece por primera vez en el diario de la *Santa María de la Cabeza* que indica que estaba hecha de piel de foca (Vargas y Ponce, 1788); es probable que se trate de una innovación retomada de la familiarización con las embarcaciones europeas (Lausic, 1993).

Para la canoa monóxila, Empeaire nos informa que usaban el remo insertado entre dos toletes, retomando el modelo de la chalupa de los cazadores chilotes. La vela, en esa época, se hacía con la tela de sacos de harina (Empeaire, 1963). Eran capaces de alcanzar distancias considerables en una amplia área de navegación, un mismo grupo de navegantes venía avistado en lugares distintos, muy alejados entre ellos (Lausic, 1993; Empeaire, 1963).

A parte de ser su único medio de transporte, la canoa constituía un espacio privilegiado de enseñanza, hecho que ha quedado registrado en los relatos de viaje kawésqar. Durante la navegación se desarrollaba una significativa labor didáctica. Los adultos se dedicaban a transmitir a los jóvenes miembros del grupo conocimientos relativos a los lugares por los cuales iban pasando. Les proporcionaban informaciones sobre la toponimia, la orografía, la hidrografía, la fauna y la flora aprovechables. También se les ofrecían nociones básicas para identificar los cambios climáticos: aprendían a observar las formas que iban asumiendo las nubes y el alternarse de las diferentes tonalidades de gris del cielo. Saber prever los fenómenos atmosféricos era de vital importancia para un pueblo de nómadas marinos (Tonko, 2008).

3.2. TÉCNICAS DE PROTECCIÓN Y ABRIGO

Podríamos acudir a Marcel Mauss, para definir con sus palabras el conjunto de técnicas destinadas a la fabricación de la vivienda y a la elaboración del vestido como *industria de protección y confort* que él incluye en la macro-categoría *industrias especializadas de usos especiales* (Mauss, 1974).

Se trata de técnicas estrictamente relacionadas con el cuerpo y fuertemente marcadas por la arbitrariedad social, donde, a menudo, el factor estético traza la línea de confine entre las necesidades naturales y las necesidades adquiridas (Ibid.).

En el caso de los kawésqar, sorprende a cualquiera que decida informarse sobre la vivienda y el vestuario, la extrema sencillez y eficacia con la que han solucionado el problema de proteger sus cuerpos, en un entorno extremadamente frío y lluvioso como el de los canales patagónicos, adaptándose a las duras condiciones ambientales que se les presentaban.

3.2.1. El At, la vivienda kawésqar

Los kawésqar utilizaban la palabra “At” para hacer referencia a la vivienda liviana y sencilla (en conversación con O. Aguilera) que perteneció a su patrimonio cultural tradicional y que estuvo constantemente presente a lo largo de la historia material de este pueblo, constituyéndose como la pieza fundamental del campamento.

La búsqueda de recursos alimenticios que se encontraban dispersos por todo su territorio, ha obligado, durante siglos, a los kawésqar a la movilidad, a trasladarse de un lugar a otro y a renunciar a la posibilidad de edificar

asentamientos duraderos que reuniesen de manera permanente a varias familias en el mismo lugar (Gusinde, 1974).

El desplazarse en pequeñas embarcaciones, limitaba la cantidad de equipaje transportable, era posible cargar en la canoa solo aquello que resultaba imprescindible. Tanto la constante movilidad como las dimensiones reducidas de su medio de navegación han sido dos factores ligados con la práctica de edificar viviendas muy simples, de construcción fácil y rápida, (Ibid.); esas viviendas servían sólo por un tiempo limitado, no era por lo tanto necesario procurarse materiales sólidos de construcción para lograr una estructura de larga duración, ni llevarlos consigo, se solían emplear los materiales disponibles en el lugar de llegada (Emperaire, 1974).

Pasaban la mayor parte del tiempo al aire libre, navegando, motivo por el cual, además de ser un medio de transporte, la canoa constituía un espacio doméstico para el núcleo familiar, una forma de habitar, donde se desempeñaban acciones como comer, mantener el fuego encendido, transmitir conocimientos a los hijos, etc. Desde luego la canoa no podía asegurar protección de la lluvia y del viento, ésta era la función del *At*. La construcción del *At* resultaba imprescindible para poder pasar la noche, garantizándoles el necesario reparo del frío y el calor del fuego.

Era muy poco frecuente que los kawésqar buscasen refugio bajo las prominentes rocas que caracterizaban su medio, lo hacían sólo en caso de extrema urgencia, si se veían obligados por el repentino desencadenarse de una tormenta (Gusinde, 1963).

A partir de la segunda mitad del siglo XVI, los relatos de viaje de aquellos navegantes que recorrieron el territorio kawésqar nos ofrecen un testimonio de la existencia del *At*. Aunque las descripciones, a menudo, resulten bastante aproximadas, empezaremos por dichos testigos.

Ladrillero (quien viajaba entre 1557 y 1558) encontrándose en el Canal Fallos observó cómo los indígenas construían las viviendas, tras sacar de sus canoas cortezas de árboles y palos delgados que clavaban en el suelo, se refiere a estas viviendas utilizando el término “rancho”: *“No tienen ni poblaciones ni casas, sino que hoy aquí, mañana en otra parte, i donde quiera que llegan, llevan unas varillas delgadas, las cuales ponen en el suelo; i con corteza de arboles, que en las dichas canoas traen, hacen sus casillas chiquillas, a manera de ranchos, en que se meten i se reparan del agua del cielo y de la nieve”* (Ladrillero, 1880: 465); menciona, además, en la Isla Campana, la presencia de cabañas, algunas con forma cónicas, otras con forma cupular, revestidas de corteza de árboles (cfr. Emperaire, 1963: 114).

Drake (cuyo viaje se fecha entre 1586 y 1588) cuenta que en la costa del Canal Jerónimo vio una vivienda que, al parecer, unos indígenas habían abandonado con prisa al ver aproximarse la embarcación del corsario inglés. Estaba construida con palos y revestida con pieles; en el interior, se encontró un fuego todavía encendido y recipientes de corteza con agua, mariscos y carne de lobo marino (cfr. Emperaire, 1963: 114).

Sarmiento (su viaje se ubica temporalmente entre 1579 y 1580) relata haber encontrado en el estrecho de Magallanes una cabaña vacía, baja y redonda, construidas de palos clavados en el suelo y recubierta de amplias cortezas y pieles de lobo marino: *“hallaron sola una choza baxa y redonda, hecha de varas, cubierta de corteza hanchas de arboles”* (Sarmiento, 1768: 47).

La relación del viaje al estrecho de la fragata *Santa María de la Cabeza* ofrece la única descripción más detallada de la vivienda kawésqar. Define los albergues de estos indígenas como miserables chozas de forma circular, hechas de ramas de árboles, de las cuales los extremos más gruesos venían clavados en el suelo, mientras que los delgados se curvaban hacia el centro y se fijaban mediante cuerdas de caña. Calcula que el perímetro de las viviendas más espaciales

medía entre 7 a 9 metros. Observa la presencia de una única abertura muy baja y de una anchura de aproximadamente tres pies que funcionaba de puerta. Un hoyo en la parte superior del techo permitía la salida del humo, producido por el fuego que ardía en el centro, el cual nunca dejaban que se apagara; alrededor de este fuego, cuenta, se encontraban camas, hechas de paja o hierbas secas, que eran utilizadas también como asientos. Para taparse, utilizaban pieles de lobo marino, que parecían no haber recibido ningún tipo de tratamiento (Vargas y Ponce, 1788: 342-343).

Byron a causa del naufragio de la embarcación en la que viajaba, vivió unos meses en la vivienda de unos indígenas. Pudo observar albergues kawésqar tanto en la región del golfo de Penas, como en la península Tres Montes. Describe las cabañas donde se alojó como circulares, recubiertas con lastras de corteza mal encajadas, que dejaban espacios abiertos por donde se infiltraba el viento. Las construían las mujeres, de diferentes dimensiones dependiendo del número de personas que iban a ocuparlas. La armadura estaba hecha con varas cuyas partes superiores se incurvaban hacia el centro y se amarraban con lianas que las mujeres separaban valiéndose de sus dientes; tal armadura se recubría con ramajes frondosos. Los que ocupaban la vivienda tomaban asiento sobre ramajes alrededor del fuego que se ubicaba en el centro. El humo provocaba molestias y problemas en los ojos de los indígenas. Cuando dejaban el campamento se llevan las cortezas en la canoa, dejando la armadura intacta (cfr. Emperaire, 1963: 115).

Byron después de veinte años vuelve al estrecho y anota: *“encontramos un gran número de cabañas que parecían recientemente abandonadas, pues en algunas el fuego que los salvajes habrían encendido apenas estaba apagado, y se hallaban próximas a los arroyos y fuentes”* (Byron, 2006: 162-163).

García Martí, en la segunda mitad del siglo XVIII, desde la misión de Chiloé viajó hacia las islas ubicadas al sur del Golfo de Penas y en las entradas de los Canales

Fallos y Messier con el objetivo de llevar indígenas a su misión de Chiloé. Relata haberse encontrado con esqueletos de cabañas recubiertas de follajes o de follajes y pieles de lobos marinos “(...) *llegamos a su ramadita, cubierta de rama y pellejos de lobos marinos*” (García, 1889: 27-28).

Todos esos documentos histórico ofrecen informaciones bastante superficiales con respecto al tema de la vivienda, no se detienen en profundizar acerca de los detalles de las técnicas de construcción, ni de la obtención de los materiales; lo que sí se destaca, son las diferencias que presenta el *At*, desde el Golfo de Penas al estrecho de Magallanes, en cuanto a la forma de la estructura portante (cónica o circular), como a los materiales de recubrimiento (pieles, follaje, corteza).

Cuando el proceso de cambio cultural ya había afectado profundamente la vida material de este pueblo, Martín Gusinde y Joseph Empeaire se preocuparon por llevar a cabo un trabajo de campo, a veinte años de distancia uno de otro y en dos sectores diferentes de la geografía kawésqar. Como hemos mencionado anteriormente, el primero llegaba en 1923 a la localidad de Puerto Ramírez, en Muñoz Gamero, en el área meridional del archipiélago patagónico, mientras el segundo desarrollaba sus estudios entre 1946 y 1953, manteniendo su foco de acción en la localidad de Puerto Edén, en la parte septentrional del archipiélago patagónico, al sur del golfo de Penas.

Tales investigaciones se tradujeron en dos monografías etnográficas que recogen un conjunto de informaciones relevantes y aclaran detalles relativos a la construcción y uso del *At*, entre otros muchos aspectos de la cultura kawésqar. Han constituido el punto de partida para todas las contribuciones científicas que siguieron.

Proceso de construcción del At

Elección y acondicionamiento del lugar. El primer paso, a la hora de erigir la vivienda, consistía en la elección del lugar donde acampar, eran los adultos quienes lo decidían de común acuerdo, pero no siempre estaban libres de hacerlo, a menudo tenían que parar rápidamente, a pesar de su voluntad, debido a los repentinos empeoramientos del tiempo, *“cuando un tiempo favorable les permite la libre elección y ninguna necesidad los obliga a desembarcar, se deciden con preferencia por un lugar amplio, arenoso, con bosque próximo”* (Gusinde, 1974: 174). No había muchos sitios habitables y éstos se reducían a playas angostas y pantanosas. Preferían playas de poca inclinación ya que permitían arrastrar más fácilmente la embarcación y descargar con cierta comodidad el equipaje (consistente en alimentos y los utensilios absolutamente necesarios) que se transportaba a la vivienda. Se intentaban reunir las mejores condiciones posibles, siendo la estructura del At muy ligera y flexible. La cercanía de un bosque ofrecía leña a la vez que reparo de los vientos, además, el abundante ramaje de los árboles, por su capacidad de reparar de la lluvia, era otro elemento que se tenía en cuenta en el momento del desembarco; resultaba ideal un lugar ubicado en un canal lateral que garantizaba, en mayor medida, protección y seguridad. El At se solía ubicar a una distancia del agua no superior a 10-12 metro; la humedad del terreno permitía instalar la vivienda a orilla del bosque, nunca muy adentro (Ibid.).

Imprescindible, claramente, era tener a disposición en las cercanías alguna fuente de agua potable (Lausic, 1993).

Puerto Edén, Puerto Bueno, Isla Longa, Puerto Galante eran algunos de los lugares favoritos de desembarco por aunar varias de las características señaladas como deseables y sobre todo por la protección que ofrecían (Gusinde, 1974).

Tras haber decidido el lugar donde instalar la vivienda, se pasaba a despejar el espacio de eventuales tallos delgados, ramas pendientes de los árboles que estorbaban el paso, ramas o troncos caídos. Seguía una operación de nivelación superficial del terreno para la que se empleaba un palo corto destinado a apartar las hojas podridas que traían muchísima humedad (Ibid.). Gusinde no describe cómo se arrancaba la vegetación, si se utilizaban herramientas y de qué tipo, si se utilizaban simplemente las manos, qué posición corporal adoptaban los actores, si se trataba de un trabajo que podía hacer una persona sola o si, a cambio, se desempeñaba en equipo. Se limita a hablar del uso del palo para nivelar el terreno, pero tampoco para esta última operación se detiene en ofrecer más detalles, sólo añade que quien la efectuaba, sujetaba el palo con ambas manos (Ibid.). Las informaciones sobre el trabajo de limpieza del espacio están totalmente ausentes en Empeaire.

Búsqueda de los materiales de construcción. Terminada esa operación, se procedía a buscar los tallos apropiados para la construcción del armazón. Empeaire afirma que empleaban tallos de canelo (*Drimyswinteri*), roble⁶² y sauco⁶³ (Empeaire, 1963). Gusinde menciona que con preferencia se escogían los de canelo (*Drimyswinteri*) y del *Nothofagus*; en este último caso Gusinde nos informa sobre el género del árbol pero no especifica la especie (Ibid.): ya que Empeaire menciona el roble deducimos que se trate en ambos casos del *Nothofagus pumilio*.

No solían tardar mucho en juntar el número necesario de varas, entre 25 y 35, debían ser largas (entre dos o dos metros y medio) y flexible; los tallos se quebraban con las manos o se cortaban con la ayuda de un cuchillo (hecho con zuncho de barril) (Gusinde, 1974).

⁶²Aunque no ponga el nombre científico debe de tratarse del *Nothofagus Pumilio* que se encuentra en abundancia en el territorio kawésqar, a diferencia del otro roble el *Nothofagus antártica* cuya presencia es más bien escasa (cfr. el apartado del presente trabajo dedicado a la vegetación).

⁶³Se trata del *Pseudopanax laetevirens* o *Aralia laeteviren*, perteneciente al género Raukua. Es conocido como sauco del diablo, sauco cimarrón, traumen (cfr. www.florachilena.cl).

Procedimiento de construcción. Una vez que se había acondicionado el espacio y se tenían los materiales de construcción, el hombre empezaba a clavar en el terreno dos varas, las más largas y robustas, de una altura aproximada de 3 metros; los extremos más gruesos se fijaban sólidamente en la tierra, mientras los extremos superiores que habían quedado en el aire, se curvaban y se juntaban, atándolos con lianas, para formar dos arcos de unos 2 metros de altura, aproximadamente. A unos 40 o 50 centímetros de distancia de ese primer arco, se construía un segundo igual. Estos dos arcos representaban la estructura portante de la vivienda y, además, configuraban las dos puertas de acceso a ella. A cada uno de los dos arcos maestros se iban uniendo seis o siete varas más cortas: sus extremos más gruesos se clavaban firmemente en el suelo, mientras se curvaban hacia el arco los extremos más sutiles. Otra serie de varas -entre quince y veinticinco- se disponían paralelamente a ambos arcos principales, se procedía volviendo a clavar en el terreno, a una profundidad suficiente para que la estructura quedara bien afirmada, los extremos más gruesos -como en las operaciones anteriores- a poca distancia uno de otro y dándoles una forma curva. Los extremos más delgados, que se habían quedado libres, se unían entre sí o con las varas anteriormente plantadas, sobre las cuales se apoyaban. Las amarraban con fibras vegetales. El objetivo de estos arquitectos era otorgar cierta estabilidad al albergue. (Gusinde, 1974; Empeaire, 1963).

División del trabajo por género. Según Gusinde, tarea del hombre era ocuparse de la organización y de las operaciones direccionadas a la edificación de la vivienda, junto con sus hijos mayores. Tarea femenina era sacar los enseres de la canoa, atender a los hijos pequeños, arrastrar la canoa a la playa; cuando la mujer terminaba esas labores, se dedicaba a colaborar en el ensamblaje del armazón de la vivienda. Todos tomaban parte en la construcción y cobertura del esqueleto y en la habilitación del espacio interior (Gusinde, 1974). Lo observado por Gusinde contrasta con el testimonio de Byron que atribuye a las mujeres el

proceso de construcción de la vivienda (cfr. Empeaire, 1963); no hay que olvidar que entre los dos testimonios hay muchos años y muchos kilómetros de distancia. Tal vez se podría explicar la información de Byron como una peculiaridad del grupo parental con el que estuvo viviendo. En las conversaciones que hemos tenido, a lo largo del trabajo de campo, con los actuales descendientes del pueblo kawésqar ha emergido que frente a la tarea de construcción de la vivienda, solía darse una práctica colaborativa entre los dos sexos, como describe Gusinde.

La forma del At. Generalmente el resultado era una estructura con forma de cúpula alargada y plana que se elevaba sobre una planta oval (Empeaire, 1963); el aspecto del armazón podía variar si algún obstáculo se interponía, como un tronco grueso, una gran roca o un amontonamiento de ramas, podía entonces tomar la forma de una cúpula casi precisa o de un ovalo irregular. En lugar de emplear tiempo y energía en remover el obstáculo, se modificaba la estructura, ajustándola al espacio a disposición. *“Algunos observadores han mencionado una forma **circular** de las chozas halakwulup, y es posible que, ocasionalmente, esta forma se haya producido a causa de las dificultades del terreno. Por regla general, sin embargo, muestran una forma de cúpula oval (...)”* (Gusinde, 1973: 180).

La forma cupular y la altura reducida eran soluciones técnicas para soportar los empujes del viento, frente a los cuales la vivienda kawésqar resistía a pesar de su aparente fragilidad (Empeaire, 1963; Lausic, 1993).

Existen testimonios que hablan de una tipología de vivienda cónica que podría ser el resultado de una imitación de la vivienda de sus vecinos, los yámana⁶⁴ (Gusinde, 1974).

⁶⁴ Los Yámana tenían dos tipologías de vivienda, una abovedada y otra conoidal. Ambas respondían a las condiciones del entorno. La primera daba más abrigo y protegía mejor de la lluvia y la nieve, se

Construían cabañas de diferentes dimensiones en base al número de personas que se resguardaran en ellas, una cabaña presentaba de media 3 metros de largo, 2 de ancho y una altura de 1,80 metros (Empeaire, 1963).

El número de personas que ocupaban el albergue no era el único motivo que hacía que variasen sus proporciones, también influían los mismos factores por los cuales podía variar la forma del *At* (Gusinde, 1974).

Recubrimiento del armazón. Se usaban grandes pieles de lobo marino -que cada familia llevaba consigo, formando parte del equipaje de la canoa- para tapar el esqueleto de la vivienda, estas pieles estaban bordeadas por agujeros de entre 1 y 2 centímetros, por donde pasaban los hilos de tendones que permitían afirmar cada una de ellas a las varas, para que el viento no consiguiera llevárselas. Encima de las pieles, se colocaban largas hojas de helecho (*Blechnum magellanicum*), en los lugares donde era posible encontrarlas, o algún tipo de matas frondosas y se ataban (Gusinde, 1974).

Si las pieles a disposición eran pocas (como pasaba a los que residían en Puerto Edén en la época de Empeaire), entonces se utilizaban exclusivamente para cubrir la parte superior de la vivienda, para el resto se empleaban “*trapos, ropa vieja, tiras de corteza, planchas de barriles viejos, sacos*” y cualquier otro tipo de objeto (Empeaire, 1963).

Empeaire explica la diferencia de materiales de recubrimiento que aparece en los testimonios históricos, ofrecidos por los navegantes que recorrieron el territorio kawésqar, suponiendo que debían de emplear los materiales que

empleaba en el zona occidental de su territorio donde abundan las precipitaciones; la segunda era propia del sector oriental (Gusinde, 1974).

tenían a su disposición en el lugar de llegada, donde establecían la vivienda (Ibid.).

Puertas de acceso. Eran dos. Una miraba hacia el mar y permitía a sus ocupantes mantener bajo cierto control la canoa, la otra hacia el bosque. La primera era baja, cubierta por una piel colgante; al momento de acceder, se levantaba esa cortina hacia el exterior y se entraba en posición agachada. Una vez adentro, se mantenía el cuerpo inclinado, hasta tomar asiento. Dos varas colocadas en el suelo, a los lados de la entrada, marcaban una especie de pasillo -de la misma anchura que la entrada- que se extendía hasta la mitad de la vivienda, delimitando el camino que cada inquilino tenía que seguir a la hora de dirigirse a su lugar de asiento. De manera infrecuente se daba el caso que dos familias ocupasen el mismo albergue, pero cuando esto pasaba el pasillo se prolongaba hasta la entrada secundaria, repartiendo el espacio interior en dos mitades, cada una reservada a un núcleo parental (Gusinde, 1974).

La segunda entrada se encontraba frente a la primera y era todavía más pequeña, tratándose de una especie de salida de emergencia a la que raramente se recurría. Se presentaba como un agujero de tan reducidas dimensiones que, para atravesarlo, era necesario arrastrarse por el suelo, hasta cruzar el envoltorio exterior de pieles que, en ese punto, se dejaban sin atar. Se utilizaba en ocasiones puntuales, por ejemplo cuando el viento proveniente del mar se hacía muy fuerte, llegando a sacudir con ímpetu la primera entrada la cual, en ese caso, se protegía, agregándole pieles suplementarias. Ambos accesos se cerraban por la noche con cordones hechos de tallos vegetales (no específicos) o tendones (Ibid.).

Cuándo no se disponía de una piel, las entradas se cerraban con un saco viejo (Empeaire, 1963).

A cada lado de las dos entradas, en el interior de la vivienda, se disponían verticalmente unos manojos de ramas con la función de apoyo para los ocupantes y para ofrecer una ulterior resistencia al aire frío (Ibid.).

En el diario de la *Santa María* se describe la presencia de una sola puerta de acceso (Vargas y Ponce, 1788). Es posible que viera sólo la puerta que miraba al bosque y no se diese cuenta de la existencia del acceso principal, él que miraba al mar, por estar éste tapado con ramajes, tal vez a causa del fuerte viento, para evitar, entre otras cosas, que se levantase demasiado humo de la hoguera (Emperaire, 1963).

Acondicionamiento del suelo. Terminada la estructura externa de la vivienda, resultaba indispensable habilitar el suelo; Gusinde pudo observar cómo lo cubrían con ramas secas (preferiblemente las de haya siempre verde) sobre las cuales se ponían algunas pieles, a excepción del centro, donde se dejaba libre una superficie redonda para colocar el fuego. *“Sobre este piso pasa su tiempo cada uno de los miembros de la familia, tanto de día como de noche”* (Gusinde, 1963: 178).

Emperaire dice que recubrían el suelo mojado con frondas verdes, *“de preferencia las ramas terminales de robles de follaje muy denso”* para aislarse de la humedad. Procedían extendiendo una capa regular de ramajes, con el lado barnizado de las hojas hacia arriba, dispuestos de manera entrecruzada, sobre toda la superficie, formando una alfombra y dejando sin tapar sólo el segmento de suelo entre las dos aberturas. Las ramas mojadas, antes de ser colocadas, las secaban pasándolas por encima del fuego (Emperaire, 1963: 117).

El protagonismo del fuego

La mujer se encargaba de traer a la vivienda, desde la canoa, un tizón ardiente que se utilizaba para encender una hoguera, alimentando la llama con leña

seca. El fuego se colocaba en el centro del *At* y ocupaba una superficie circular; resultaba imprescindible para calentar y también para alumbrar. Para permitir la salida del humo, se dejaba una abertura en lo alto del techo (Gusinde, 1974), pero el clima impedía que fuera mantenida totalmente destapada; a causa de la lluvia constante, se hacía indispensable, proteger la hoguera mediante el empleo de un manojito de hierbas o de ramajes que se inflamaban a menudo, quemando la vivienda (Empeaire, 1963). Tanto en la canoa, como en la vivienda se ponía madera mojada cerca de la hoguera para secarla y convertirla así en un más eficiente combustible. A lo largo de la noche era necesario que alguien se encargara de alimentar la llama para que se mantuviese viva (Gusinde, 1974). Se han encontrado indicios que sugieren el uso, en numerosos casos, de hoyos, de medio metro o más, que venían escavados, al momento de construir el *At*, para preparar el fuego. Lausic (1993) propone como hipótesis que la presencia del hoyo estaría relacionada con una estancia más duradera en un determinado campamento.

La cúpula aplanada tenía la ventaja añadida de funcionar como refractor del calor que se irradiaba de la hoguera central, de manera que el aire caliente se difundía uniformemente en el interior una vez que se hubiese recubierto el armazón (Empeaire, 1963).

El interior de la vivienda resultaba un poco oscuro, no tenía, de hecho, otra fuente de iluminación que la fogata central; por este motivo, no era usual que los niños lo eligiesen para sus juegos, prefiriendo los lugares abiertos (Ibid.).

Uso del espacio interior

El hombre se disponía en uno de los dos lados de la entrada, la mujer y los hijos pequeños ocupaban el fondo, los demás niños se colocaban entre los dos padres, quedándose los varones más cerca del padre y las niñas más cerca de la

madre (Gusinde, 1974). Diferente es el dato que proviene de la observación de Empeaire: *“Las mujeres ocupan sus lugares a ambos lados de la entrada y los del centro se reservan a los hombres”* (Empeaire, 1963: 117)

En caso de lluvia persistente y frío intenso, para recibir más calor, podían disponerse junto al fuego, estirando las piernas y acercando los pies a las llamas. Cada uno adquiría la postura que más bienestar corporal le proporcionaba (Gusinde, 1974).

Algunos enseres se guardaban en la vivienda como herramientas, pieles animales y adornos, para que los perros no se los llevaran; los remos se dejaban fuera pero cerca; no había mobiliario de ningún tipo (Ibid.). En los años 40, ollas, cajas y barriles utilizados para cocinar los alimentos, encontraban su ubicación cerca de la hoguera (Empeaire, 1963).

Gusinde relata que para proteger los alimentos de los perros y para conservarlos frescos los dejaban fuera de la vivienda, entre las ramas altas de los árboles, donde se podía ver *“un estomago de lobo con aceite, pájaros muertos, grandes pescados y trozos de carne”* (Gusinde, 1974). Lo observado por Empeaire no coincide con la información de Gusinde, el francés informa que cada uno de los ocupantes de la vivienda tenía al alcance sus provisiones (marisco, restos de carne, recipientes de agua potable) que guardaba debajo del tapiz de ramillas o entre la armadura de la vivienda y las pieles que la cubrían (Empeaire, 1963). Hay que tener en cuenta que en los años 40 ya recibían alimentos del estado y cazaban de forma esporádica.

Alrededor de la vivienda, se iban acumulando los residuos de los alimentos, como las conchas de los moluscos. Estos basurales, conocido como conchales, constituyen los testimonios arqueológicos de la presencia de un campamento kawésqar (Lausic, 1993).

Los perros tenían libre acceso a la vivienda, podían entrar y quedarse. Su presencia y cercanía durante la noche constituía una fuente de calor (Empeaire, 1963).

Los armazones abandonados

Gusinde afirma que era común entre los kawésqar reutilizar los esqueletos de *At* abandonados por alguna familia que había pasado precedentemente por el mismo lugar, era frecuente verlos por los canales, erigidos “*al borde del bosque*”. De hecho, si podían, preferían desembarcar en una playa donde se encontrase un armazón, sobre todo si tenían programado quedarse sólo una o dos noches. De esa manera la familia se veía liberada del trabajo de erigir uno nuevo. Cuando una familia dejaba un *At*, nunca destruía su estructura portante, simplemente se llevaba las pieles. Consolidar un antiguo armazón no requería mucho trabajo, se trataba principalmente de ir sustituyendo las varas que se habían caído o deteriorado. En este caso, las operaciones de la fase de construcción del esqueleto del *At*, se reducirían a encontrar los tallos adecuados y remplazarlo allí donde fuese necesario. Cuando tal estructura se encontraba en un estado de avanzado deterioro, no quedaba más remedio que construir una nueva (Gusinde, 1974).

La facilidad con la que se podían encontrar esqueletos de *At* por el territorio kawésqar tiene una explicación: eran objeto de interdicción, destruirlo era tabú y romper un tabú, en la cosmovisión de los canoeros, significaba arriesgarse a atraer una racha de mal tiempo. Los temporales y las tormentas de viento tenían como consecuencia la parálisis de las actividades económicas y el riesgo de quedarse sin reservas de alimentos. Empeaire refiere la existencia del tabú pero no intenta explicar su sentido (Empeaire, 1963). No hemos podido profundizar este tema con los actuales descendientes. Nos parece que el tabú en cuestión podría estar relacionado con el pragmatismo propio de los

canoeros nómadas: ¿qué sentido tenía deshacer el almacén de un At? Al dejar un campamento, los integrantes de la familia se llevaban las pieles que recubrían la estructura, las podían transportar fácilmente en su embarcación, asimismo conseguir otras pieles no era tan fácil ni predecible como obtener las varas de madera, generalmente costaba más trabajo y tiempo. Sabían que madera para el almacén iban a encontrar en cualquier sitio. Dejarlo de pie no implicaba ningún esfuerzo y además abría las puertas al circuito de la reciprocidad: quienes abandonaban un almacén lo hacían sabiendo que los demás actuaban de la misma manera, y contaban con poder disfrutar del hallazgo de uno en el camino o con poder usar de nuevo el que habían construido, en caso de volver a parar en el mismo lugar. La institución de un tabú podría haber servido simplemente para fijar una norma general de reciprocidad.

Los paravientos como recurso de emergencia

Parece que entre los kawésqar no existía la tradición de hacer verdaderos paravientos como entre los selk'nam⁶⁵. Cuando se iban de caza a las islas rocosas, ubicadas en la zona exterior de la costa patagónica occidental, o cuando eran sorprendidos por el mal tiempo, construían simples refugios provisionales, cubiertos con ramas frondosas. Se trataba de abrigos improvisados, constituidos por armaduras simplificadas, cubiertas por ramas frondosas de roble o coihue (no hay más informaciones al respecto) (Gusinde, 1974; Emperaire 1963).

⁶⁵En la mitad norte de la Isla Grande de Tierra del fuego los Selk'nam, para protegerse contra el frío, utilizaban un simple paraviento, hecho con una cortina de piel de guanaco que tendían sobre dos varas clavadas oblicuamente en el suelo, formando un semicírculo alrededor de un fuego; se trata del tipo más sencillo de vivienda después de la cueva (Mauss, 1974).

El At en los juegos infantiles

Las niñas pequeñas, es sus juegos, se entretenían construyendo miniaturas de At que tapaban con ramas o trozos de telas, emulando la vivienda hecha por los adultos. Sus dimensiones eran tan reducidas que las niñas no podían entrar, se contentaban con introducir en el interior de esa maqueta de la vivienda tradicional un tizón y ahí cocían el marisco. Esto pasaba en los años 40, durante la estancia de Empeaire (Empeaire, 1963).

El At en el siglo XX

Un testimonio muy interesante y que confirma los datos de las etnografías de Gusinde y Empeaire es la historia de vida de un anciano kawésqar, Alberto Achacaz quien murió hace pocos años. Achacaz llama *rucas*⁶⁶ a las viviendas construidas por sus padres; de su relato emerge que cada familia hacía su propia vivienda, cuya estructura era una armadura constituida por varas largas y delgadas, atadas entre ellas con junquillo, que se cubrían con pieles de lobo marino destinadas principalmente a proteger a sus ocupantes de la lluvia. Las pieles se fijaban a las varas empleando el junquillo para que el viento no se las llevara. El fuego se ubicaba en el centro y se mantenía encendido durante toda la noche, utilizando “*diez u once trozos de leña gruesos que cortábamos en los bosques*”. Para permitir la salida del humo, se dejaba una abertura en el techo que venía parcialmente protegida con unas ramas para que no cayera mucha agua sobre el fuego. A la hora de acostarse colocaban ramas en el piso que utilizaban como colchones, cada uno tapaba su colchón de ramaje con una piel de lobo y utilizaba otra para cubrirse (Vega, 1995).

⁶⁶ Según el lingüista Oscar Aguilera es incorrecto utilizar el término *ruca* para hacer referencia a la vivienda kawésqar, ya que se trata de una palabra mapuche que se usa para definir la vivienda de ese pueblo (en conversación con O. Aguilera).

Empeaire, en el curso de su trabajo de campo en Puerto Edén, donde en los años 40 se concentraba el grupo más numeroso de indígenas kawésqar⁶⁷, pudo averiguar que el cambio cultural que se había dado hasta ese entonces y que parecía haber afectado profundamente muchos aspectos de la vida de ese pueblo, había concernido sólo parcialmente el proceso de edificación de la vivienda: las técnicas de construcción y los materiales empleados no se diferenciaban mucho de las descripciones de los viajeros del pasado. La vivienda observada por el investigador francés seguía siendo básicamente el *At* ancestral (Empeaire, 1963).

Los cambios más destacables que se podían relevar tenían que ver sobre todo con la calidad de la estructura, en particular con los elementos de revestimiento del armazón, las modalidades de uso del *At* y especialmente con las condiciones higiénicas (Ibid.).

En esa época, era común que los materiales de recubrimiento tradicionales fuesen remplazados por trapos viejos, sacos, andrajos, latas, planchas y cualquier objeto que tuviese una superficie plana⁶⁸, para poder tapar los huecos por los cuales se colaba el aire frío.

Los aportes extranjeros modernos que aparecían en el interior eran mantas y trapos, para proteger los cuerpos de las bajas temperaturas, cajas de madera y a veces algún viejo colchón roto (Ibid.).

Lo que sí había sufrido un cambio absoluto, había sido la práctica de usar el *At* como un espacio de protección donde pasar un tiempo muy limitado. En los años 40, los kawésqar se quedaban en sus moradas durante varios meses consecutivos, eso hacía que se acumulara una gran cantidad de basura y suciedad en el interior. Tanto los detritos que se iban amontonando en el suelo,

⁶⁷ A los cuales, probablemente, se habían sumado algunos de los antiguos integrantes de la localidad de Muñoz Gamero (Martinic, 2004).

⁶⁸ Empeaire llegó a notar, entre esos objetos, la presencia de un cepillo (Empeaire, 1963).

como las telas constantemente impregnadas de humedad emanaban malos olores. La calidad de vida de la población y su situación sanitaria se veían claramente afectadas. Quedaban pocas familias que de vez en cuando emprendían viajes por los canales, las viviendas de estas últimas presentaban mejores condiciones.

Hay que recordar que a finales de los años 30, del siglo pasado, en la localidad de Yetarkte, frente a la bahía de Puerto Edén, se instaló una radio estación de la FACH (Fuerza Aérea de Chile), con la función de base meteorológica y de apoyo para el servicio aéreo postal de hidroaviones entre Puerto Montt y Punta Arenas; mientras más al norte se establecía el faro de San Pedro, ocupado por el personal de la Marina de Chile. Tanto Yetarkte como San Pedro se convirtieron en dos lugares de referencia para los kawésqar.

En los años 40, la distribución de alimentos prevista por el plan de radicación⁶⁹ de la población kawésqar en Yetarkte, atrajo a los indígenas a permanecer en esta localidad. Las familias kawésqar empezaron a agruparse alrededor de la radio estación de las FACH⁷⁰, a recibir alimentos y vestimenta de los trabajadores de la Fuerza Aérea, a quienes el entonces presidente Pedro Aguirre Cerda había encomendado ayudar a los indígenas. Éstos fueron así adoptando un patrón de asentamiento cada vez más sedentario (Martinic, 2004).

Sus viviendas, concebidas para ser provisionales, se encaminaron a ser permanentes, con todos los problemas higiénicos y sanitarios que eso comportaba. Algunas, con el paso del tiempo, se fueron convirtiendo en ranchos.

Los años 60 constituyen una época de transición importante con respecto al uso de la vivienda tradicional: había kawésqar que seguían viviendo en el *At*

⁶⁹ Formaba parte del decreto del presidente Pedro Aguirre Cerda destinado a proteger los pueblos originarios de los archipiélagos.

⁷⁰ En este edificio se encuentra actualmente la Capitanía de Puerto, dependiente de la Armada de Chile.

ancestral, con las modificaciones ya observadas por Empeaire y otros en ranchos (en conversación con José Tonko).

El rancho es un albergue con orígenes chilotes: se trata de una construcción precaria que se hacía empleando cualquier tipo material a disposición (planchas de fonolita, cartón, nylon). Los chilotes lo usaban principalmente para secar las cholgas y también para pernoctar; el espacio interno no presentaba ningún tipo de división y estaba equipado con un fogón que se ubicaba en el centro, su característica fundamental era la presencia de aberturas entre el techo y las paredes, para permitir la salida del humo; no tenía ventanas, la puerta se tapaba con una especie de cortina, hecha con lo que se tenía a mano (como por ejemplo una viaja frazada). El viento y la lluvia penetraban fácilmente en estas viviendas, colándose en las aberturas que quedaban entre los materiales sobrepuestos desordenadamente (en conversación con José Tonko).

Para el final de los años 60, el escenario en Yetarkte era el siguiente: los kawésqar vivían distribuidos en 8 viviendas -con un aspecto muy parecido a los ranchos chilotes- que se ubicaban a 60 metros de la radio estación y entre 5 a 10 metros de la línea más alta de la marea; se trataba de un único ambiente habitado por más de seis personas. De estas viviendas, sólo una presentaba un techo constituido por entero de zinc, las demás estaban techadas con los materiales que se habían encontrado, como tablas de variadas medidas, trozos de lata, fonolita, restos de fonolita, sacos usados, andrajos. Algunas tenían cocinas o estufas a leña y suelo de madera donde dejaban que se acumularan grandes cantidades de basura. Al lado de las cocinas, estufas a leña o fogones que tuviesen, instalaban lechos de madera para descansar y también tumbarse a lo hora de comer. Otros, sobre todo los más mayores, dormían sobre camas hechas de ramas (Martinic, 2004).

En 1969, en la bahía Edén, a poca distancia de la radio estación de la FACH, se fundaba el poblado de Puerto Edén, en el marco de una política que tenía como

objetivo crear poblados en parajes aislados de la región de Magallanes. Se instituía una posta, un retén de carabineros, una oficina del registro civil y un almacén de la Empresa de Comercio Agrícola. Los kawésqar que residían en Yetarkte, vinieron trasladados a su actual lugar de residencia en Puerto Edén, donde se les entregaron pequeñas viviendas públicas (Ibid.); estaban constituidas por una cocina y un pequeño dormitorio. Algunos edificaron un rancho en la parte externa de la casa para cocinar; otros volvieron a construir el At tradicional, limitándose a utilizar la nueva casa solo para dormir o para guardar sus pertenencias (en conversación con José Tonko).

A finales de la década de los 80, una ONG belga, a través de un proyecto de ayuda, entregaba los kawésqar materiales para la construcción de cinco viviendas de madera y latón que les ofrecían condiciones de vida más aceptables en cuanto a calidad, higiene y espacio (Aylwin, 1993).

En la actualidad que hemos vivido, los kawésqar que residen en Puerto Edén, se distribuyen entre las 5 casas ofrecidas por la agencia belga, 2 casas más antiguas, de las que fueron entregadas a finales de los 60, y una casa que se encuentra en Jetarkte. Las condiciones de estas casas no resultan adecuadas frente a las exigencias climáticas de la zona. El frío se filtra por las ventanas, a través de las fracturas de los cristales. Los postes y las paredes están afectados por la humedad, el moho y en algunos casos la putrefacción. En las casas, pasan gran parte del tiempo, fabricando piezas de artesanía y elaborando los alimentos (aquí dejan secar las cholgas).

En estas viviendas, hasta hace pocos años, faltaba agua potable y se utilizaban pozos negros para la eliminación de excrementos.

La cobertura de agua potable llegó en 1999 y el suministro eléctrico en 2001.

La CONADI por demanda de los kawésqar residentes en Puerto Edén, en 2010, desarrolló un proyecto de rehabilitación de las viviendas, que tenía previsto, básicamente, el arreglo de los postes de sustentación y que debería haberse ejecutado a lo largo del 2011. Este proyecto que se habría financiado a través del Fondo Asistencial, destinado a situaciones de vulnerabilidad y emergencia social (en conversación con un funcionario de la CONADI) no se llegó a llevar a cabo.

Los funcionarios de la CONADI tienden a desconfiar de las demandas de los kawésqar, algunos cuentan que en el pasado, se les ha equipado las casas por completo, pero los inquilinos han acabado vendiendo todo lo recibido (electrodoméstico, muebles, ollas, camas, etc.) para poder invertir el dinero recaudado en la compra de bebidas alcohólicas (en conversación con un funcionario de la CONADI).

En cuanto a los kawésqar urbanos que residen en Punta Arenas, la mayoría viven en viviendas de alquiler en la zona norte de la ciudad⁷¹, en barrios que por la falta de servicios y acondicionamiento se pueden definir como marginales. A aquellos individuos con mayores problemas económicos se les han concedido viviendas de subsidio. Siempre a través del Fondo Asistencial de la CONADI se les pagan las facturas de agua, gas y electricidad a quienes se encuentren en la situación de necesitarlo.

Como ya mencionamos para el caso de la canoa, en los últimos años, algunos miembros la comunidad kawésqar, han participado en proyectos orientados a la recuperación de la cultura indígena, en ese marco han reproducido la vivienda tradicional en sus dimensiones reales, aunque efectivamente sólo un par de ellos, por edad, han tenido la experiencia de conocer en primera persona el antiguo *At*.

⁷¹ Muchos viven reunidos en la villa *Fresia Alessandri*.

El lingüista Oscar Aguilera nos comentó durante una conversación que los pocos ancianos kawésqar bilingües que quedan, hablantes kawésqar y español, utilizan la palabra *At* para traducir a su idioma original el concepto de casa actual. De la vivienda tradicional no queda nada más.

3.2.2. Las formas de abrigarse: tradición y cambio

Desde que se inauguró la larga época de las exploraciones, los navegantes que recorrieron los archipiélagos patagónicos y el estrecho de Magallanes relataron con frecuencia la impactante desnudez de los indígenas, la vista de esos cuerpos expuestos a temperaturas muy bajas y a elevados niveles de humedad les impresionaban tanto que no podían evitar escribir sobre ello empleando palabras que traducían asombro.

En estos relatos hay también referencias a los diferentes usos que los indígenas hacían de las pieles animales para tapar algunas partes de sus cuerpos. Tenemos noticias que testifican la práctica de llevar un trozo de piel en la espalda, otras refieren la existencia de un taparrabo, constan además datos relativos a una especie de calzado. Asimismo algunos cronistas han registrado que los kawésqar untaban su piel con grasa animal, recalando el fuerte olor que, debido a ello, desprendían (Emperaire, 1963; Gusinde, 1974)

García Jofre de Loayza, el primer europeo en relatar el encuentro con nativos kawésqar, informa que vestían capas de cuero atadas al cuello que les llegaban hasta las rodillas (cfr. Gusinde, 1974:23).

Ladrillero, refiriéndose a los indígenas que vio en la Isla Campana, dice que cubrían sus espaldas con pieles de lobo marino, de huemul y de otros animales -

sin especificar cuáles-; esas pieles solían ser larga lo justo para llegar algo más abajo de la cintura, a veces podían alcanzar las rodillas. El cuello era el punto donde las sujetaban, amarrándolas mediante una correíta. Añade asimismo que usaban las pieles en su estado bruto, sin procesarlas y que no tenían una prenda que funcionara como taparrabo (Ladrillero, 1880: 464-465).

Bartolomé Leonardo de Argensola, quien divulgó la expedición comandada por Pedro Sarmiento de Gamboa que recorrió los canales patagónicos, entre muchos otros acontecimientos relata un encuentro con los kawésqar que se presentaban completamente desnudos pero embadurnados de pinturas corporales de color rojo (cfr. Lausic, 1993:22)

Simón de Cordes y Sebald de Weert, en 1599, ofrecen la descripción de la vestimenta de una indígena kawésqar que pudieron observar de cerca debido a que la retuvieron -junto a los dos hijos pequeños que llevaba consigo- en su embarcación; cuentan que llevaba una piel de lobo marino sujeta al cuello con una cuerda hecha de intestinos, la piel alcanzaba a cubrirle la espalda, mientras dejaba descubierto el resto de su cuerpo. Cuando la soltaron, le regalaron una chaqueta, una gorra, cuentas de vidrio y otros objetos (cfr. Gusinde, 1974: 33-34).

Narborough (1669) relata que todos los indígenas que pudo observar en la Isla Isabel vestían pieles de guanaco y ofrecían esos abrigos a los navegantes a cambio de cuchillos y perlas. En el estrecho de Magallanes, en la zona de Agua Fresca, pudo observar abrigos hechos con piel de nutria, de lobo marino y también de ave. Tanto los hombres como las mujeres llevaban la misma vestimenta: una capa cuadrada que medía un metro y medio por lado, formada por recortes de pieles unidos mediante una costura. Anota que por lo general preferían ir completamente desnudos. Vio como algunas mujeres cubrían la zona del pubis con un trozo de piel (no dice cómo lo llevaban). Asimismo observó que tenían los pies envueltos en retales de piel. Cuenta que donó ropa

a algunas mujeres y que los hombres indígenas presentes se las quitaron para ponérsela ellos (cfr: Emperaire, 1963: 134).

Wood, en 1670, vio a los indígenas de la Isla Isabel⁷² llevar un abrigo de piel de guanaco, en su testimonio sugiere que probablemente cazaban ese cuadrúpedo en las cercanas pampas continentales (cfr. Ibid.: 133-134).

García Martí, en 1766, refiriéndose a los indígenas de la Isla Campana⁷³ confirma que ambos sexos vestían de la misma manera: tapaban los hombros hasta la altura de la cintura con pieles de nutrias, lobos marinos o aves, dejando el resto del cuerpo totalmente expuesto (García, 1889: 28).

Byron describe las vestimentas de los aborígenes avistados en el Cabo Quod y en la Isla Isabel, no sin anotar la presencia de algunos hombres que iban totalmente desnudos: especifica que se trataba de una sola pieza que medía unos 120 centímetros por lado; añade que llevaban en los pies algo parecido a un calzado de piel. Bonetes hechos con piel de aves, con plumas incluida, eran un complemento masculino, mientras que las mujeres se distinguían por llevar collares de conchas y su vestido de piel era a veces amarrado a la cintura (cfr. Emperaire, 1963: 134-135; Byron, 2006: 196-197).

Bougainville, en su testimonio, anota que los indígenas iban prácticamente desnudos, sólo los tapaba, en parte, un reducido abrigo hecho con la piel de los lobos marinos, ese mismo abrigo igualmente era usado para cubrir el techo de la vivienda y como vela para su embarcación. Asimismo afirma que disponían de una cantidad muy reducida de pieles de guanaco (Bougainville, 2005: 193).

En el diario de la fragata *Santa María de la Cabeza*, el autor anotó lo siguiente:
“Una piel de lobo marino echada por la espalda, que de ordinario les llega hasta

⁷² Se conoce como isla Isabel, aunque a veces aparece en la literatura con el nombre de Santa Isabel, se encuentra en el estrecho de Magallanes al este de la parte más estrecha de la península Brunswick.

⁷³ Es la isla más extensa del archipiélago Campana que se ubica entre el golfo de Penas y el canal del Castillo.

medio muslo y se la amarran á la cintura con una cuerda de tripa de pescado, es el único abrigo y vestido que traen, agregándose un taparrabo de plumas que les cubre las partes naturales: algunas veces suelen meter los pies en un pedazo del pellejo del mismo animal amarrado al modo de una bolsa á la garganta de la pierna. Las mujeres traen esta piel no solo atada á la cintura, sino que también la pasan por debaxo de los brazos afirmándola en su cuello: y así logran tapar sus pechos” (Vargas y Ponce, 1788: 339). Además agregaba: “(...) comen cruda la carne de estos indigestísimos animales⁷⁴ aunque esté podrida y fétida, y de su grasa hacen un especie de aceyte con que de continuo se untan, lo que da motivo á que desde muy lejos se perciba la venida de estos Indios, cuyo hedor es insoportable” (Ibid.)

Durante la expedición al mando de Parker King, la tripulación avistó en la punta Santa María, en las cercanías de Aguas Frescas, hombres que llevaban una piel de lobo marino en la espalda y mujeres con capas de guanaco: “*The men were very slightly clothed, having only the back protected by a seal’s skin; but the females wore large guanaco (...)*” (Parker King, 1839:23).

Fitz Roy quien viajó durante un largo periodo por el estrecho de Magallanes y por los archipiélagos patagónicos, tuvo numerosos encuentros con los nativos, en diferentes puntos de su geografía; los vio vestido con pieles de guanaco, y también con pieles de lobos marinos y nutria (Fitz Roy, 1839).

Serrano Montaner, en 1886, ofrece un testimonio relativo a los nativos avistados en el Canal Ojeda, de los cuales dice que se limitaban a tapar tan sólo los genitales, utilizando trozos de cuero que dejaban colgar de la cintura (cfr. Emperaire, 1963: 135).

⁷⁴Se refiere a los lobos marinos, a las ballenas y a las toninas conocidas como delfines negros o delfines chilenos cuyo nombre científico es *Cephalorhynchus eutropia*, se trata de una especie de cetáceo odontoceto, perteneciente a la familia *Delphinidae*.

Cunningham, en 1886, en el Canal Bárbara se encontró con indígenas que pedían tabaco y vestidos europeos aunque no se presentasen cubiertos con abrigos foráneos (Ibid.: 135).

Borgatello (1891) dice que vestían con pieles de lobos marinos, nutrias, coipos, o con ropa usada que conseguían a bordo de los barcos a cambio de las cuales estaban dispuestos a ofrecer sus pieles (cfr. Gusinde, 1974: 192).

Skottsberg, en 1910, ya apreciaba la escasez de las vestimentas tradicionales entre los indígenas y relacionaba tal ausencia con el incrementarse de la navegación en la zona. Anota que llevaban sobre los hombros pieles de lobo marino o nutria, de unos tres metros cuadrado de tamaño, atadas con un cordón. No cubrían ni las piernas ni la cabeza (Ibid.: 191)

Cuando Empeaire llegó a Puerto Edén, no había pasado mucho tiempo desde que los kawésqar habían dejado de vestirse con su abrigo tradicional, hecho, como relatan las fuentes, de pieles de lobo marino, de huemul, de nutria, de coipu o, más raramente, de guanaco. El investigador francés pudo averiguar que los kawésqar de edad adulta, alrededor de los 40 años, recordaban haber utilizado el abrigo tradicional hasta hace unos 25 o 30 años antes de su estancia en la isla (Empeaire, 1963).

Remitiéndose a las fuentes etnológicas, es posible reconstruir la existencia de dos tipologías de abrigo tradicional: uno estaba constituido por una sola pieza de piel de lobo marino que cubría los hombros, se trataba de una piel que no había sufrido ningún procesamiento, la usaban en su estado bruto, motivo por el cual resultaba muy tiesa (Empeaire, 1963), la llevaban atada al cuello mediante una correa de cuero; funcionaba como una protección para las espaldas del viento y de la lluvia. Gusinde afirma que era todavía usada por los individuos más edad durante su estancia entre los kawésqar (Gusinde, 1974). Además de la piel de lobo marino para esta capa se valían también de la piel de

huemul, menos habitualmente de la piel de coipú o de nutria, dependiendo del área geográfica que sus dueños frecuentaban (Emperaire, 1963).

El segundo tipo de abrigo era más elaborado, se confeccionaba a partir de varias piezas de pieles que venían cosidas entre ellas, según Emperaire se empleaban pieles de nutrias, lobos marinos jóvenes de piel fina o coipus (Ibid.), según Gusinde generalmente se hacía con pieles de nutria (Gusinde, 1974).

A Emperaire los nativos le refirieron que las cosían utilizando como hilo el tejido fibroso que sacaban de la cola de las ballenas (Emperaire, 1963); Gusinde por su parte, añade que además podían emplear fibras de tendón de coipú, tras haberlas deshilado e mojado. Una espina de pescado o un hueso puntiagudo servían para perforar los bordes de la piel que, luego, se sobreponían para hacer pasar el hilo que terminaba uniendo ambas extremidades (Gusinde, 1974). El resultado era un manto de forma rectangular -más amplio y holgado que el primero- que les cubría los hombros y presentaba el largo suficiente para llegar aproximadamente a la altura de la rodilla, al igual que en el primero, la presencia de una correa permitía a los indígenas amarrarlo al cuello. Tal forma de sujeción admitía un amplio margen de movimiento: dejaba la posibilidad de correr la vestimenta con libertad hacia cualquier lado del cuerpo, las extremidades permanecían desnudas facilitando las actividades diarias. Cuando se encontraban ocupados en actividades como remar, cazar o caminar a través del bosque, el abrigo de piel les resultaba incómodo, de manera que podían decidir arrojárselo encima de los hombros o quedarse en total desnudez (Ibid.).

Había otra manera de sujetar la capa que consistía en envolverla alrededor del cuerpo y sostenerla con una mano o con una correa hecha de tallos de junquillo o de cuero (Ibid.).

Llevaban el abrigo dejando siempre el lado del pelo hacia fuera, medida que permitía que el agua que recibiese, se cayera deslizándose rápidamente sin llegar a empaparlo, eso garantizaba que el cuero tuviera una vida útil más larga,

teniendo en cuenta que cada vez que se secaba se ponía más duro y más expuesto al deterioro. Se efectuaba asimismo una práctica de manutención del abrigo: untaban la parte de interior con una mezcla de grasa animal y ocre para proteger la piel de los efectos de la humedad y mantenerla flexible y blanda (Ibid.).

El abrigo se dimensionaba en base al tamaño de la persona a la que era destinado; evidentemente se empleaban más pieles para los individuos más corpulentos (Ibid.).

El manto de pieles era asimismo utilizado como frazada, los indígenas se lo ponían encima para protegerse de las bajas temperaturas nocturnas cuando se tumbaban en sus camas, a lado del fuego, bajo el techo del *At*.

Existía otra versión de esa misma capa que se hacía con las pieles de los cormoranes o de los pingüinos. Estaba destinada a las mujeres que al parecer demostraban gran aprecio por el color metálico que la caracterizaba. Para confeccionarla se requerían una media de entre 15 y 25 pieles de las aves mencionadas. Se empezaba cortando alas, patas, cabeza y cuello, se dejaban secar las pieles para luego unir las mediante costura con un hilo de tendones. El resultado era un manto tieso, debido a la consistencia dura de las plumas de esos dos animales. Parece que las mujeres llevaban semejante abrigo para determinadas ocasiones, concluidas las cuales lo guardaban, pero no conocemos la naturaleza de esas ocasiones. Sí sabemos que lo llevaban con las plumas hacia fuera. Se veían mujeres abrigadas con la capa de pieles de aves marinas, sobre todo en la región del Estrecho de Magallanes, donde la presencia de pingüinos era abundante, antes de que empezaran a menguar (Gusinde, 1974).

En el Museo Salesiano de Punta Arenas se conserva un abrigo hecho con pieles de cormoranes, datado a final del siglo XIX (Ibid.).

Hay otra pieza digna de mención que servía para envolver a los recién nacidos: se trataba un pequeño paño de piel de nutria a la cual se le habían sacado los pelos más grueso dejando tan solo los más suaves, para que resultase confortable, teniendo en cuenta que la parte del pelo iba en contacto directo con la piel de los pequeños (Ibid.).

En base a los testimonios históricos, se puede afirmar que el abrigo kawésqar se mantuvo prácticamente invariado (desde que los primeros navegantes llegaron al territorio kawésqar) durante 400 años.

Hombres y mujeres usaban la misma capa, la cual en efecto no presentaba diferencia alguna relacionada con el sexo de la persona que la llevara. Lo que sí variaba, como saltó a la vista de más de un cronista, era el tipo de piel con la que se confeccionaba, hecho que tendencialmente se debía a los lugares que cada grupo frecuentaba:

- Capas hechas con pieles de lobo marino o de nutria han sido avistada sobre todo en los archipiélagos del oeste (Emperaire, 1963).
- Las pieles de huemul caracterizaban las capas de los individuos que frecuentaban el estrecho de Magallanes y los senos de Otway y de Skyring y que en estos lugares fueron observados (Ibid.). Una sola piel de huemul era a menudo suficiente para la fabricación de un abrigo, con dos pieles de este animal se podía hacer un abrigo amplio (Gusinde, 1974).
- Las pieles de guanaco se relacionaban con el área que se ubicaba hacia el límite oriental del territorio kawésqar (Emperaire, 1963).
- El coipú se encontraba en abundancia en el sur (Gusinde, 1974).

A los indígenas que venían avistados en la zona más occidental del estrecho de Magallanes se los ha descrito con frecuencia vestidos con pieles de lobo marino, nutria o guanaco (Emperaire, 1963). Según Gusinde, el abrigo tradicional de pieles cosidas de antaño estaba habitualmente hecho con piel de nutria, añade

además que “*en la época antigua se usaba una capa de pieles de zorro yuxtapuestas, al igual que los selk’nam*” (Gusinde, 1974: 192).

El tapa-sexo era otro elemento del vestuario tradicional: una cintura que iba atada alrededor del vientre -hecha de tendón - sujetaba, en la parte anterior, una tira de piel de lobo marino que caía tapando los genitales. Gusinde dice que era de forma triangular y que medía unos dos palmos (Gusinde, 1974). En la actualidad vivida por el antropólogo francés, los hombres mayores llevaban todavía un cordón alrededor de los riñones con una tira de tela que caía encima de los genitales, como vestigio de esa antigua costumbre (Emperaire, 1963). Las mujeres no utilizaban semejante prenda, como tampoco los niños pequeños. Según Gusinde, cuando se hizo más frecuente la presencia de cazadores de Chiloé en el territorio kawésqar, fue cuando también las mujeres empezaron a cubrirse la zona genital con un taparrabo, el autor no dice mucho más, ni tampoco especifica si se trata de un dato fruto de su observación o de la conversación con algún informante. En cualquier caso Gusinde enfoca el taparrabo desde una perspectiva cristiana, en el innecesario intento de demostrar la existencia de un sentimiento de pudor entre los indígenas, generando un innecesario discurso apologético con respecto a la moral kawésqar y a su relación con la desnudez (Gusinde, 1974).

No utilizaban ninguna protección específica para la cabeza, según Gusinde para eso les servía su pelo grueso y largo (Ibid.), las fuentes hablan de un casquete de plumas que, al parecer, tan solo tenía una función ornamental. Tampoco adoptaban ningún tipo de cobertura para las piernas (cfr. Gusinde, 1973: 193).

En cuanto a la existencia de un calzado tradicional, las fuentes etnohistóricas hablan de lo que podemos definir, basándonos en las descripciones que las mismas nos ofrecen, como una especie de babuchas que los kawésqar llevaban de forma ocasional. El redactor del diario de la fragata *Santa María de la Cabeza*

anota “(...) algunas veces suelen meter los pies en un pedazo del pellejo del mismo animal amarrado al modo de una bolsa á la garganta de la pierna” (Vargas y Ponce, 1788: 339), es decir, los indígenas envolvían sus pies, hasta el tobillo, con un retazo de piel de lobo marino, no lo hacían de forma habitual, reservaban tal práctica para ciertas circunstancias, pero el autor no entra en detalle. Narborough, asimismo, refiere que envolvían los pies con retales de piel (cfr. Emperaire, 1963:134); Byron también anota haber visto una especie de calzado de piel en los pies de los indígenas (Ibid.: 134). Emperaire no ahonda en esta cuestión y se limita a describir la relación de los kawésqar con los zapatos occidentales (Emperaire, 1963), Gusinde solo dice que normalmente no protegían sus pies debido a su constante transitar por el agua (Gusinde, 1974). Este último sí refiere con detalle el tipo de calzado que llevaban los yámana, al que llama sandalias. Estaban hechas con piel de lobo o guanaco, la piel se cosía de forma que el zapato mantuviera cubiertos los dedos, el empeine y el talón, mientras el tobillo se quedaba totalmente libre. Para aislar el pie de la humedad y del frío rellenaban el calzado con hierba seca o musgo; aunque el relleno estuviera sujeto a podrirse muy pronto, era fácil y rápido de cambiar cuando se hiciera necesario. En la suela, los pelos se orientaban hacia adelante para tener más adherencia a la superficie que pisaban. Los yámana limitaban el uso de las sandalias a situaciones concretas, las calzaban para enfrentarse a largas travesías sobre el suelo accidentado y húmedo de los bosques (Ibid.).

No sabemos si el zapato de los kawésqar estuviera constituido por una piel cosida o si se trataba simplemente de un recorte de piel atada al pie, como podría deducirse del testimonio que ofrece el redactor del diario de la fragata *Santa María*, al igual que Narborough. Lo que sí se puede deducir, considerando las pocas veces que es mencionada por los cronistas, es que, al igual que los yámana, no lo calzaban de forma cotidiana.

En cuanto al uso de la grasa animal, Ladrillero cuenta que durante la estancia forzada que transcurrió él, junto a su tripulación, en el Canal Picton, presencié una serie de encuentros y desencuentros con los indígenas: pasaba a veces que los kawésqar les robaran algún que otro objeto y salieran corriendo, a los navegantes que los perseguían les resultaba imposible agarrarlos porque su piel impregnada de aceite era absolutamente escurridiza (Emperaire, 1963: 195-196). En el diario de la *Santa María* leemos: *“Antes de llegar al Puerto de el Hambre traxo el Bote 5 de estos Indios que habia encontrado en la playa, cuya desnudez, estupidez é insoportable hedor hacian mirarlos con tanto horror como compasión, pues viven en la mayor miseria (...)”* (Vargas y Ponce, 1788:337).

Anterior a esa información es el testimonio de John Narborough que refiere su sorpresa al ver cómo los nativos del estrecho de Magallanes se untaron la piel con el aceite que les había brindado la tripulación (cfr. Gusinde, 1974: 39).

A pesar de lo impresionante e insensata que les resultaba a los navegantes la desnudez de los kawésqar, éstos estaban resguardados del frío y de la lluvia gracias a la capa protectora que creaban sobre sus cuerpos, untándolos continuamente con aceite de lobo marino o de ballena. Los preservaba de las inclemencias del clima, a la vez los envolvía de un fuerte olor que resultaba insoportable para la sensibilidad olfativa de los foráneos (Emperaire, 1963; Cárdenas, 1993; Martinic, 2004). Resulta realmente extraña la manera en la que Gusinde resuelve sus dudas con respecto a semejante práctica de los nativos, confiesa que no había logrado averiguar por qué se untaban con frecuencia el cuerpo con aceite y sugiere que tal vez lo hacían para mantener la piel suave (Gusinde, 1974).

El proceso de introducción de las vestimentas occidentales.

Cuando empezó la navegación por el estrecho y los archipiélagos, los indígenas comenzaron a entrar en contacto con múltiples objetos occidentales de distinta naturaleza que los navegantes de paso les entregaban, se trataba de todo tipo de quincallas, pequeños espejos, piezas de metal, cigarros y también textiles como recortes de telas y viejas vestimentas.

Parece que el primero en distribuir vestimentas europeas entre los kawésqar fue Sarmiento el cual relata haber visto a los nativos del estrecho de Magallanes cubiertos de pieles. Los navegantes que después de Sarmiento se encontraron con los kawésqar, a lo largo sus viajes, seguirían con la práctica de entregar vestidos occidentales (Emperaire, 1974).

Interesante es el sentimiento de sorpresa expresado por Olivier de Noort, quien, en 1599, vio en el estrecho de Magallanes un nativo vestido con una chaqueta europea, una imagen tan inesperada para aquella fecha -un choque visual- que en un primer momento creyó que se trataba de un individuo occidental (cfr. Gusinde, 1974: 34-35).

La entrega de ropa occidental era, en esa época, hecho esporádico, como esporádicos se mantuvieron los contactos con los navegantes durante varios siglos, a lo largo de los cuales la presencia occidental no tuvo la capilaridad necesaria para generar un cambio sustancial entre los nativos, tanto en la vestimenta como en las otras formas culturales tradicionales, pero fue suficiente, sin embargo, para ir sembrando nuevos deseos que abrirían las puertas, de forma irreversible, a la transformación.

Hasta que la navegación no asumió un carácter continuo y regular, no abandonaron sus capas tradicionales, ni el hábito de la desnudez. Entre finales del siglo XIX y principio del XX, la ropa foránea empezó a circular de forma cada vez más frecuente entre los kawésqar, a causa del incremento de la navegación

y de la presencia de los cazadores de pieles en el territorio. La cantidad de vestimenta que fueron recibiendo y la continuidad de su circulación, les empujaron a dejar progresivamente sus capas de piel, hasta abandonarlas totalmente (Empeaire, 1963).

Las mujeres kawésqar mantuvieron el uso de la vestimenta tradicional durante más tiempo con respecto a los hombres, fenómeno que se debe a que a ellas normalmente se las protegía de los contactos con los cazadores manteniéndolas apartadas. Hay que mencionar el caso de algunas familias kawésqar que, alrededor de 1912, trabajaban en la zona del estrecho de Magallanes para los cazadores de pieles, sus integrantes masculinos y femeninos vestían ropa occidental como sus propios contratantes (Ibid.).

Fue con la llegada del tráfico de pasajeros, en los años 30 cuando también las mujeres empezaron a recibir con cierta regularidad ropa occidental (Ibid.).

En 1940, el decreto del presidente Pedro Aguirre Cerda encargó a la FACH (la Fuerza Aérea de Chile) la protección de los kawésqar, consolidando el ya avanzado proceso de occidentalización de la forma de vestir y del resto de sus prácticas culturales. El flujo de ropa de segunda mano -básicamente indumentaria militar-se hizo constante y considerable en cuanto a cantidad, a ésta se sumaban los heterogéneos donativos que los kawésqar recibían a bordo de los barcos en tránsito, entre los cuales no faltaban uniformes de marinos, gorras, telas, ropa interior, corbatas y bufandas, etc. (Ibid.).

En la época de Empeaire, como se ha mencionado, los nativos habían abandonado completamente la vestimenta tradicional, solo vestían ropa occidental, extraña al ambiente de los archipiélagos (Ibid.).

Los indígenas a menudo reparaban y transformaban las prendas que recibían, recurriendo al uso de hilos y agujas, materiales que asimismo solían conseguir en los barcos. Sacos de tela de harina y azúcar les servían a las mujeres para

elaborar diferentes tipos de prenda, podían confeccionar batas, como reproducir con habilidad los patrones de algunos vestidos que habían caído en sus manos (Ibid).

Los hombres se demostraban menos interesados en las costuras, había quienes aportaban algún tipo de reparación a su ropa, pero la mayoría la utilizaba sin preocuparse en absoluto de su manutención (Ibid).

Entre los que residían en Bahía Edén, las exiguas familias que seguían emprendiendo largos viajes solían llevar andrajos, pero guardaban los vestidos en mejor estado para ponérselos cuando transitaban por Puerto Edén (Ibid.)

Finalmente el deseo de poseer ropa occidental, se había transformado en necesidad.

Según Empeaire, tanto los semi-nómadas como los sedentarios habían *“adoptado el vestido como un emblema de elevación cultural”* (Empeaire, 1974: 138). En esa época, la vestimenta era una preocupación más de los jóvenes, de ambos sexos, que de las personas de más edad y marcaba el establecimiento de un cambio sin vuelta atrás. Tanto los mayores como los más jóvenes utilizaban cualquier tipo de ropa, despreocupándose de forma, dimensiones, estado de deterioro o función original.

En los años 20, los hombres vestían solamente chaquetas y camisas que llevaban con el tapa-sexo tradicional, dejando desnuda las piernas. El pantalón se difundió más adelante, tratándose de una prenda a la que los indígenas tuvieron que acostumbrarse, debido a que les resultaba incómoda para desempeñar las actividades diarias. Todavía más les costó adaptarse al calzado occidental que se sumó con cierto retraso al resto de la indumentaria foránea. Sin embargo, para finales de los años 40, los más jóvenes sentían que era indispensable llevar zapatos, los consideraban un complemento necesario para presentarse en público, a pesar de que les resultaran engorrosos, tanto porque

en el ambiente de los canales se llenaban fácilmente de agua, dificultando el andar, tanto por las medidas, raramente apropiadas, como por estar a menudo rotos cuando los conseguían. Calzaban botas de caucho, desgastada, hasta sin suela. Al llegar a su vivienda lo primero que hacían era liberarse de los zapatos. Parece que, para esa misma fecha, llevar el incomodo calzado era una práctica masculina, las mujeres y los hombres ancianos preferían andar descalzos (Empeaire, 1963).

Empeaire pudo averiguar que los mayores sólo dentro de sus viviendas se sacaban el vestuario para recobrar la total libertad de movimiento a la que estuvieron acostumbrados durante la mayor parte de sus vidas, eso ya no se daba entre los jóvenes, los cuales nunca se mostraban desnudos (Ibid.).

Hasta el comienzo de la pubertad, los niños podían estar desnudos o vestidos con trapos usados o descartados por los adultos, tanto dentro como afuera de la vivienda y bajo cualquier tipo de circunstancia atmosférica (Ibid.).

Las madres transportaban el hijo más pequeño, hasta más o menos los tres años de edad, en una frazada que utilizaban como un saco llevándola apoyada en la espalda y sujetando sus ápices encima de los hombros (Ibid.); tradicionalmente, en lugar de la frazada, habían utilizado una piel de lobo marino o de pingüino. Esto es lo que se lee en el diario de la fragata *Santa María de la Cabeza*:

"(...) pues a los recién nacido solo los envuelven ligeramente en unas pieles chicas de lobo marino, y las madres los llevan por lo común consigo á todas partes, colocándolos en una especie de saco y este metido en la misma piel de la espalda que sirve de vestido á la madre. No es extraño el ver á algunas de estas mujeres con dos niños uno más grande que el otro colocados así, sin que esta duplicada aunque dulce carga les impida cumplir con las funciones á que están destinadas" (Vargas y Ponce, 1788: 340).

La práctica del trueque y la preparación de pieles

Entre 1880 y 1914 florece y prospera la caza de pieles en los archipiélagos⁷⁵ (Empeaire, 1963), los cazadores, de diferentes orígenes, que frecuentaban ese territorio, estaban muy interesados en conseguir pieles, especialmente las de nutria que constaban entre las más valoradas en el mundo occidental. Al principio las obtuvieron fácilmente, los indígenas, sin oponer resistencia alguna, se las entregaban aceptando a cambio víveres, bebidas alcohólicas, como también frazadas y ropa usada colorida, entre otras cosas (Empeaire, 1963; Gusinde, 1974).

Los nativos no valoraban mucho sus vestimentas tradicionales y las cambiaban con buena disposición, quedándose desnudos, sin titubear, cuando tenían alguna oferta de trueque (Empeaire, 1963). La ropa occidental que en un primer momento ejercía una fuerte atracción sobre los kawésqar, era abandonada muy pronto, partida en varios pedazos o empleada de manera diferente con respecto a su función original (Ibid.).

Tras estos primeros truques pacíficos, numerosos episodios de robo, cometidos por ambas partes, marcaron, sucesivamente, la historia de los intercambios entre los navegantes y los indígenas.

Aunque para finales de los años 40 las pieles ya no se usaban para confeccionar las vestimentas, queremos recordar cómo se trabajaron a lo largo de los siglos, además, en ese entonces, eran todavía una materia prima relevante en la vida cotidiana de los indígenas sobre todo para el trueque (Empeaire, 1963).

La piel de lobos marinos adultos era aprovechada por los kawésqar para uso personal, aún en los '40, cuando la tenían a disposición, con ella se confeccionaban mantas para las camas, la cubierta externa de la vivienda y,

⁷⁵“Con seguridad data de esta época la palabra skin con la cual los alacalufes designan sus capas” (Empeaire, 1963: 136).

más raramente, el revestimiento del suelo de la misma, además de algunos objetos destinados a la caza y a la pesca; esta piel se trabajaba siguiendo una técnica que tenía que haber sido la técnica tradicional (Ibid.).

El hombre se ocupaba del trabajo de despellejar la presa (Gusinde, 1974). Practicaba una incisión vertical sobre el cuerpo del animal, lo suficiente profunda como para llegar a la capa de grasa adherente a la piel, luego se hacía otra incisión circular en la base de la cabeza; arrancaba cuidadosamente la piel junto a la grasa del cuerpo del animal, cuando llegaba a las extremidades realizaban una nueva incisión circular que les permitía sacar la piel entera e íntegra. Una pieza de piel de lobo marino adulto, con toda la grasa, podía llegar a pesar entre 30 y 50 kilos. El paso siguiente preveía colocar la piel sobre una roca, con el lado peludo hacia abajo, mientras tanto, con la ayuda de un cuchillo, se iba sacando la grasa, practicando pequeños cortes, cuya profundidad debía alcanzar lo más posible el nivel de piel (Emperaire, 1963). Según Gusinde era una tarea típicamente femenina, la mujer se encargaba de limpiar la piel sacando las fibras musculares y los tejidos adiposos con la ayuda de una concha de mejillón o de un raspador metálico (Gusinde, 1974).

La operación era engorrosa y larga, duraba, de media, unas dos horas, ralentizada por la necesidad de tener que volver a afilar frecuentemente la lama del cuchillo (Emperaire, 1963).

Emperaire refiere que se dedicaban a coser con hilo o lianas los agujeros dejados por la remoción de las extremidades y la abertura causada por la punta del arpón, pero no especifica quién se encargaba de ello (Ibid.).

La piel pasaba de nuevo en manos del hombre (Gusinde, 1974) el cual ejecutaba un procedimiento que permitía expandir la superficie de la piel y favorecer el proceso de secado de la misma: a lo largo de todo el borde externo se practicaban, con la punta del arpón o con un clavo, pequeños agujeros, del tamaño de ojales, a una distancia de 5 cm uno de otro. Dos lados opuestos de la

piel se ataban a dos varas cuyos extremos aguzados se insertaban en los extremos de otras dos varas, bastante más largas de la piel, las cuales tenían una punta en forma de gancho y otra en forma de muesca; la piel venía ligada también a las otras dos varas, sufriendo un estiramiento muy intenso. El resultado de este trabajo era la creación de un marco que generaba una potente tracción sobre la piel. A ese marco se le ponían dos travesaños para reforzarlo evitando que se doblase, debido a la fuerte tensión que soportaba. De esta manera la piel, todavía fresca, al expandirse podía ganar más superficie (Empeaire, 1963; Gusinde, 1974).

Cuando el tiempo lo permitía, una vez colocada en su marco, se dejaba secar la piel al sol. Durante las épocas de lluvia o de intensa humedad se seguía otra técnica de sacado: el marco venía colocado encima de un amplio fuego de brazas, donde la piel se iba secando despacio, gracias al efecto del calor y del humo, a lo largo de dos días. Se empezaba poniendo la superficie peluda hacia arriba y la piel abajo, mirando al fuego, luego, de vez en cuando, se le iba dando la vuelta (Empeaire, 1963).

Según Gusinde otra técnica de secado consistía en la exposición de la piel al viento (Gusinde, 1974).

Cuando la piel estaba casi completamente seca, se ponía muy dura, los indígenas la ablandaban frotándola entre los puños por pequeñas secciones o bien la batían; de todas maneras, la piel lograba total flexibilidad solo tras un prolongado uso por parte de su dueño (Ibid).

Las pieles que venían destinadas al trueque se preparaban según las exigencias occidentales. Las dos pieles que tenía más valor en el mercado eran la de lobo marino recién nacido y la de nutria. Los indígenas las trabajaban siguiendo prácticamente la misma técnica pero con muchísimo más cuidado, vigilaban que no se manchasen de sangre y que no se quedasen restos de grasa. Cosían atentamente los eventuales hoyos que quedaban, los ojales que servía para

poder atar la piel al marco venían practicados tan finamente que resultaban apenas visibles. La piel de foca recién nacida se cortaba a lo largo de la línea vertical del abdomen, se le quitaba meticulosamente la grasa, tras estirla sobre un marco se dejaba secar al aire y se terminaba enrollándola y guardándola con meticulosidad. De la misma manera venía preparada la piel de nutria. La cola de ésta, muy ancha venía extendida y secada aparte (Empeaire, 1963).

Cuando se secaban, venían nuevamente adelgazadas con la ayuda de conchas, mediante la técnica del rascado. Terminaban con guardarlas en un cofre que cada kawésqar llevaba consigo, donde ponía sus pertenencias más preciadas (Ibid).

Trabajaron las pieles hasta los años 70, abandonaron tal actividad cuando dejó de resultarle rentable: por un lado ya no habían compradores interesados en esas pieles, por otro se decretó la prohibición de cazar nutrias (Tonko, 2008).

La pintura corporal

Empeaire considera que en el caso de los indígenas kawésqar la pintura facial y corporal tenía un significado más bien ritual que ornamental, lamentablemente en los años 40, los supervivientes de la etnia habían perdido el recuerdo del sentido que tuvieron los diferentes colores, las formas que con ellos dibujaban y cómo éstas se disponían. Tampoco sabían claramente para qué ocasiones y por qué se pintaban. Tanto los ritos como las fiestas habían desaparecido por completo (Empeaire, 1963).

Los cronistas han anotado a menudo haber visto indígenas mostrarse con caras y cuerpos pintados, en situaciones que, según sus descripciones, parecen cotidianas.

La tripulación de Cortés de Ojea, en el archipiélago Madre de Dios, pudo observar indígenas cuyos cuerpos y rostros estaban pintados de rojo, con algunas manchas de color blanco y negro. En la cabeza llevaban unas especies de coronas hechas con plumas de pájaros. Los nativos les ofrecieron una bolsita hecha de cuero de foca, conteniendo tierra roja (Coigueta, 1879: 505).

Francis Drake, en el estrecho de Magallanes, vio una canoa que transportaba indígenas con la cara pintada de rojo (cfr. Gusinde, 1974: 25).

Sarmiento, encontrándose en Puerto del Hambre, testimonia haber visto nativos cuyos cuerpos desnudos estaban impregnados de tierra roja (cfr. Lausic, 1993:22).

Los informes del viaje de Sebald de Weert y Simón de Cordes refieren el encuentro con una mujer con la cara pintada de rojo (cfr. Gusinde, 1974: 34).

García Martí, en la entrada norte del Canal Fallos, observó hombres que tenían la cara pintada (García, 1889: 28).

John Narborough, en la isla Isabel, avista indígenas cuyos cuerpos, anota, estaban embadurnados con una mezcla de tierra roja y grasa. Los rostros, en la zona debajo de las mejillas, se veían pintados con una arcilla de color blanco, presentaban también líneas negras, al parecer trazadas con grasa (cfr. Gusinde, 1974: 38).

El autor del diario de la *Santa Maria de la Cabeza* anota el avistamiento, en el estrecho de Magallanes, de nativos que tanto en la cara como en el cuerpo presentaban rayas blancas, rojas y negras. Dice literalmente "*Su adorno principal consiste en (...) pintarse la cara, piernas y demás miembros con diferentes rayas blancas, rojas y negras, cuya listas aumentan su fealdad: son muy cuidadosos de esta compostura, y se conocía ponían su estudio particular en ella quando venían á la Fragata*" (Vargas y Ponce, 1788: 339)

Bougainville, encontrándose en Puerto Galant y estando a bordo de su embarcación, avistó un grupo de nativos con el cuerpo pintado con manchas rojas y blancas (Bougainville, 2005: 195).

Fitz Roy se encuentra con indígenas cuyos cuerpos estaban recubiertos de tierra, carbón de leña, ocre rojo, aceite de lobo marino y pigmento blanco. En la isla Englefield, en el seno Otway, pudo observar un hombre completamente pintado de rojo, otro de una tintura azulada y un tercero cubierto por entero de una tintura negra; unos cuantos se presentaban con la mitad inferior del rostro recubierta de un color negro, los individuos de más edad de ambos sexos, mostraban el cuerpo totalmente pintado de negro (cfr. Empeaire, 1963: 143).

Richard Coppinger encontró en el canal Smith hombres y mujeres recubiertos de carbón negro y de una pasta blanca, pero anota que no tuvo la posibilidad de averiguar la función de tales pigmentos. (cfr. Gusinde, 1974: 66)

Parece que a finales de los cuarenta mantenían un recuerdo muy vago y genérico de lo que había significado la pintura corporal, a pesar de ello, hasta esa fecha, los más ancianos seguían guardando, en su vivienda, una bolsa⁷⁶, donde conservaban una pelotita de tierra roja mezclada con grasa de lobo marino para protegerla de la humedad (Empeaire, 1963), lo mismo hacía, años antes, la población yámana (Gusinde, 1974). En los archipiélagos existían una serie de sitios a los cuales los indígenas acudían para sacar arcilla ferrosa, había uno ubicado en el fiordo Eyre, cerca de la Bahía Edén (Empeaire, 1963). Gusinde especifica que los kawésqar que frecuentaban la zona meridional habrían conocido y obtenido el color rojo mediante sus vecinos, los yámana, a través de la práctica del trueque y que lo habrían difundido hacia la zona central y septentrional de los archipiélagos (Gusinde, 1974).

Además del rojo, también empleaban el blanco y el negro.

⁷⁶Hecha con un trozo de cualquier tela o con un segmento de tráquea de lobo marino (Empeaire, 1963), también se habla de en una bolsa de cuero o de intestino seco (Gusinde, 1974).

Empeaire refiere que para hacer la pintura blanca se usaba una especie de barro que se encontraba en muchos lugares de la zona de pampa, estaba compuesto por los sedimentos depositados en el fondo de las antiguas lagunas de origen glacial (Empeaire, 1963). La otra versión es que se obtenía quemando conchas de moluscos que luego pulverizaban (Gusinde, 1974).

El negro era muy fácil de conseguir, se usaba el mismo carbón de la leña, adhería con facilidad a la piel que previamente había sido untada de grasa (Empeaire, 1963; Gusinde, 1974).

El rojo era sin duda el color más apreciado, tal vez fue el color que tuvo una simbología más potente en el pasado ritual de la etnia, era desde luego el más difícil de lograr. Lo que sí es un hecho indudable es que lo seguían conservando en los años 40.

Mezclaban los materiales de color con agua o con aceite, luego la extendían sobre el cuerpo entero y el rostro *“sin seguir ningún diseño o modelo”* (Gusinde, 1974: 206); según Gusinde cualquier individuo podía extenderlo, sobre sí mismo y sobre los demás, no hacía falta ningún tipo de especialización, se utilizaba un dedo o las manos. No tenían el objetivo de lograr un acabado simétrico; se procedía con poco cuidado, los colores se esparcían de forma expedita y descuidada. Gusinde refiere que una vara delgada, de unos pocos centímetros de largo, servía para dibujar rayas finas en las caras de los novios. La tintura podía también ser aplicada en forma de líneas rectas o rayas grandes y pequeñas, más o menos espesas, puntos grandes y pequeños (Ibid). Ese mismo investigador, en los años 20, ya dejaba reflejado que *“el significado simbolico o probablemente mistico de los tres colores mencionados no pudo dármelo ninguno de mis informantes”* (Gusinde, 1974: 208).

Lausic llega a la conclusión que para los kawésqar pintarse formaba parte de la concepción total de la presentación de la persona (Lausic, 1993).

Más allá de su valor ritual para algunos (Empeaire, 1963) y también ornamental para otros (Martinic, 2004), podríamos sostener que la pintura corporal pudo haber tenido además una función pragmática. Considerando el contexto climatológico de los archipiélagos, es innegable que la grasa animal mezclada con los diferentes colores ofreciera una protección térmica para la piel, mejor que cualquier vestimenta. Formaba una película, una especie de segunda piel que además de proteger, dejaba una libertad de movimiento total.

El mismo Fitz Roy anotaba que, en su opinión, era probable que los nativos usaran la pintura para mantenerse calientes, dado que al cerrar los poros de la piel, impedía la evaporación (cfr. Gusinde, 1974: 56).

Los cronistas han informado, con no poca frecuencia, el avistamiento de nativos embadurnado de pintura, es posible que la pintura corporal naciese como una técnica de protección para luego evolucionar hacia un sentido ritual y ornamental. El primer color usado habría sido probablemente el negro, el más cotidiano, obtenido de la madera carbonizada, la cual formaba parte de su vida diaria. Al principio se embadurnarían de ella sin querer, por estar en permanente contacto con la brazas de la hoguera, e irían así comprobando las ventajas que les aportaba.

3.3. TÉCNICAS FÍSICO-QUÍMICAS: EL FUEGO

Junto con la construcción de refugios y el uso de vestimentas, el dominio del fuego ha sido, desde luego, el factor principal que permitió la vida humana en las regiones más frías. Se trata de una técnica que, de manera independiente y separada, ha sido descubierta repetidamente en el curso de la historia de los diferentes grupos humanos. Tradicionalmente ha sido posible obtener fuego aplicando diferentes técnicas como la fricción, la compresión o la percusión.

El ser humano lo ha utilizado para calentarse, alumbrar, secar, para fabricar y moldear sus utensilios, ahuyentar a los animales y también para comunicarse.

En el ambiente de los archipiélagos, caracterizado por frío, lluvias, tormentas de nieve en invierno y la presencia de la niebla en verano, el fuego ha sido un medio indispensable, conservador de la vida, para que los grupos humanos resistieran y se adaptaran. Los primeros individuos que llegaron a ese territorio ya dominaban los conocimientos necesarios para encender una fogata, de otra manera difícilmente habrían podido adaptarse con éxito (Gusinde, 1974).

El fuego constituía el centro de la vivienda kawésqar, a su alrededor se disponían las camas sobre las cuales descansaban los miembros de la familia. Lo conservaban con esmero. Era un instrumento fundamental para proteger los cuerpos, para interactuar con el entorno y desarrollar ciertas actividades económicas.

Formaba parte del aprendizaje curricular de los niños aprender a hacer fuego desde la edad más temprana (Ibid.).

Cuando Gusinde y Emperaire realizaron sus respectivas estancia entre lo Kawésqar, éstos ya habían entrado en contacto con los fósforos químicos. Los pedían a bordo de los buques y los guardaban con extremo cuidado,

envolviéndolos en trapos para mantenerlos secos. Los usaban sólo en caso de necesidad.

Emperaire relata que los kawésqar habían abandonado completamente las tradicionales técnicas de obtención del fuego; dice que cuando se encontraban en viaje, lejos de los campamentos, si no tenían ningún vecino al que pedirle un tizón acudían a su reserva de fósforos (Emperaire, 1963).

Materiales de combustión

Como combustible seguían empleando los materiales tradicionales. Utilizaban la madera de los cipreses secos que habían permanecido de pie, su interior ofrecía esas características de dureza y esponjosidad que lo hacían fácilmente inflamable. En su ausencia, recurrían a virutas que raspaban mediante un objeto cortante -como una concha o un cuchillo- de la superficie de un ciprés muerto, el requisito indispensable era que estuviese seco. Una tercera opción eran los manojos secos de las ericáceas⁷⁷, las cuales destacaban por ser un combustible excelente. Si no llovía, las hojas verdes de roble también eran una posibilidad para encender una primera llama (Emperaire, 1963).

En los archipiélagos patagónicos abunda la madera, los kawésqar procuraban elegir leña que produjera un gran fuego sin causar las molestias derivadas del exceso de humo, les valía la pena ir en busca de troncos de tepú, cuya madera dura y densa respondía perfectamente a sus exigencias. Por la noche preferían quemar los troncos del ciprés que garantizaban una fuente de calor y luz a lo largo de las horas de oscuridad (Ibid.).

⁷⁷ Se trata de una familia de plantas perteneciente al orden de las ericales, incluye árboles, arbustos o matas, leñosas y generalmente fruticasas. Es una familia cosmopolita, más abundante en las zonas templadas y frías (<https://es.wikipedia.org/wiki/Ericaceae>)

Procedimientos tradicionales de obtención del fuego

Son escasas las referencias que los navegantes hacen a la técnica de producción del fuego en el territorio kawésqar.

En el diario de la fragata Santa María de la Cabeza se lee “*quando se les extingue el fuego le encienden sacándole de dos pedernales, sirviéndoles de yesca unas plumas de pájaros.*” (Vargas y Ponce, 1788:342-343)

Sarmiento vio cómo un indígena encendía fuego utilizando fragmentos de sílex para sacar la chispa y plumas como combustible (cfr. Empeaire, 1963:121).

Wallis (1766) pudo observar en la isla Rupert a los nativos obtener fuego por percusión, golpeaban entre ellos un fragmento de piritita y un pedrusco y direccionaban las chispas hacia una mezcla combustible compuesta por musgo, plumas y la que describe como una tierra blanca (podría haberse tratado de leña descompuesta). Una vez obtenida la primera ignición, animaban la llama con hierba seca (cfr. Empeaire, 1963:121).

Según Empeaire, la percusión era el único procedimiento utilizado por los kawésqar para lograr encender una hoguera. Para hacer semejante afirmación, se basó en los testimonios de los miembros más ancianos del grupo, los cuales habían vivido la experiencia de encender un fuego con esta técnica cuando lo habían necesitado. No se conoce el momento exacto en el que se abandonaron las piedras de fuego, Empeaire ofrece un término *ante quem*: el 1919 fue la fecha de hallazgo de una pequeña caja de madera, perteneciente a individuos de la etnia, conteniendo unos fósforos envueltos en un trozo de tela⁷⁸. El cambio evidentemente se daría antes.

Antes de conocer la existencia y el uso de los fósforos se valían de piedras de fuego: una piritita de hierro y una piedra de cuarzo. Los pedazos de piritita de hierro procedían de dos lugares: la Isla Solitario, al sur del Golfo de Penas

⁷⁸Empeaire retoma esa información de Aureliano Oyarzun (cfr. Empeaire, 1963: 120).

(Empeaire, 1963; Gusinde, 1974) y la zona meridional de la Isla Clarence en el seno Mercurio, situado en el Canal Cockburn⁷⁹ (Gusinde, 1974). Las piedras de cuarzo, necesarias para sacar chispas de la pirita, las encontraban en varios lugares del archipiélago, pero era en la isla San Pedro donde había grandes concentraciones de ese mineral (Empeaire, 1963; Gusinde, 1974). En los años cuarenta ninguno de los indígenas presentes en Puerto Edén conservaba tales piedras de fuego, nadie ya salía de viaje con el objetivo de ir en búsqueda de las piritas de hierro (Empeaire, 1963).

Empeaire, además de conseguir detalladas descripciones orales, presencié una serie de demostraciones, llevadas a cabo por diferentes personas, en las que se escenificaba la técnica de obtención del fuego por percusión. El investigador pudo reiterar sus observaciones, contrastarlas y al fin revelar que no aparecían modificaciones dignas de mención en la manera de proceder.

El sujeto que se había prestado para hacer la demostración, comenzaba a ejecutarla sentándose en el suelo, abrigado con una frazada -que desde hace tiempo había sustituido las tradicionales cubiertas de pieles-; preparaba una pelota mezclando el material inflamable y esponjoso obtenido del interior del tronco del ciprés con plumillas y mantenía sujeta tal pelota entre sus rodillas⁸⁰. En esta posición, hacía entrechocar la pirita de hierro con el cuarzo, siempre dirigiendo las chispas hacia la pelota, cuando ésta se encendía, el sujeto soplaba para facilitar la extensión de la llama y con pequeños movimientos de las manos trataba de reducir el volumen de la bola combustible. Una vez que el fuego empezaba a propagarse, dejaba la bola en tierra y la iba alimentando con porciones de mayor tamaño del material combustible sacados del ciprés y con finas astillas del mismo árbol (Ibid.), según Gusinde iban apilando, sobre la

⁷⁹Gusinde retoma lo que afirma Bridges, este lugar no lo menciona Empeaire.

⁸⁰Gusinde refiere que preferían utilizar como combustible el interior del ciprés, pero si no disponían de ello se valían de una mezcla de plumas de aves, musgos o líquenes secos y la sujetaban con los brazos. No dice nada con respecto a la posición que adoptada el sujeto que llevaba a cabo la operación (Gusinde, 1974).

llama, antes ramitas y luego paulatinamente ramas más gruesas y tronquitos (Gusinde, 1974).

La humedad dificultaba el salto de la chispa al combustible y a veces había que invertir bastante tiempo y esfuerzo en la operación, entonces el indígena frotaba las dos piedras con el carbón de la leña y acompañaba el ritmo de la percusión con leves silbidos, disponiéndose a exhortar la llama que tardaba. *“Esta evocación no ha sido olvidada”* (Empereire, 1963: 121).

Asimismo los yámana, en la época que precedió la llegada de los fósforos, empleaban la percusión para hacer fuego.

Gusinde sostiene que en todo el territorio kawésqar era conocida y empleada por los indígenas también una segunda técnica de obtención del fuego: la fricción. Recurrían a ella en caso de emergencia, cuando no tenían a disposición las piedras de fuego, escenario que podía darse tras perder todas sus pertenencias al volcar la canoa. Frotaban una vara aguja de madera dura de ciprés, de unos 50 cm de alto, sobre la hendidura de otra, dispuesta en el suelo; se colocaba la primera en posición vertical, haciéndola girar muy rápidamente con las palmas de las manos, sobre la segunda que el ejecutor mantenía firme en el suelo presionando con el pie. Se trataba de una operación bastante fatigosa por intensidad y tiempo empleado, requería un movimiento constante que podía prologarse durante treinta o cuarenta minutos, precisando la colaboración de dos o tres hombres, los cuales se iban turnando hasta que los finos residuos de polvo, que se generaban alrededor de la punta de la vara vertical, empezaban a encenderse, como consecuencia de la subida de temperatura provocada por el frote (Gusinde, 1974).

Gusinde menciona que para coger las brasas ardientes se valían de una especie de tenaza, se trataba de una vara de *berberis*⁸¹ que se dividía por la mitad a lo largo de su longitud. Una igual usaban sus vecinos, los yámana (Ibid.).

Tener éxito y conseguir una fogata dependía de que los materiales utilizados estuviesen secos.

El fuego una vez encendido se mantenía vivo, cuando abandonaban el campamento para emprender otro viaje, trasportaban las brasas en la canoa. Conservar el fuego ha sido una de las principales preocupaciones de los kawésqar. Hacer uno nuevo implicaba un esfuerzo considerable que los indígenas preferían ahorrarse. Si se les había apagado durante el viaje, cuando desembarcaban pedían un tizón a otra familia (Empeaire, 1963; Gusinde, 1974).

Cómo se procuraban la leña

Doblaban viejos troncos podridos mediante una técnica que preveía el empleo del fuego y de una cuerda. Prendían un fuego muy cerca de la raíz del tronco, lo dejaban arder durante cierto tiempo, luego lanzaban una cuerda a la cima del árbol y tiraban hacia abajo, doblando el tronco hasta quebrarlo.

En un bosque muy húmedo, la leña está mojada y no llega a calentar lo necesario, los kawésqar partían el tronco y disponían los palos a lado del fuego de la vivienda para que se fueran secando. Los apilaban organizando una estructura que permitiese el paso de los flujos de aire que avivaban la llama (Gusinde, 1974).

La leña húmeda tenía una ulterior complicación, producía un humo denso bastante molesto; en ciertas épocas, para alimentar el fuego llegaban a

⁸¹No lo especifica pero debe tratarse del *berberis ilicifolia*, es decir, de la variedad de arbusto conocido como calafate, caracterizado por tener el tronco recto y liso.

incendiar porciones del bosque que se convertían en almacenes de reserva de leña seca. Solo se valían de los troncos que habían permanecido de pie, los que se caían se impregnaban del agua de terreno turboso (Empeaire, 1963).

Los diferentes empleos del fuego

Calentar y secar. Fuente de calor vivificante, protegía los cuerpos del frío y los liberaba de la humedad, si estaban mojados. Cuando las mujeres emergían del agua, después de haber estado buceando en búsqueda de mariscos, iban a secarse a lado del fuego; lo preparaban, antes de tirarse al mar, con las brasas que siempre transportaban en la canoa. Transportar los tizones era una práctica vigente todavía a finales de los cuarenta, aunque había dejado de ser una regla imprescindible. La presencia del fuego les permitía desarrollar tales actividades económicas de una manera más reconfortante (Empeaire, 1963).

Cocer. Cocían sobre el fuego sus alimentos, ahumaban algunas carnes para conservarlas y derretían la grasa de ballena convirtiéndola en aceite (Empeaire 1963; Gusinde, 1974; Martini, 2004; Cárdenas, 1993).

Alumbrar. La iluminación nocturna que ofrecía la hoguera en la vivienda era suficiente para la familia. Gusinde dice que no solían fabricar antorchas -como hacían los selk'nam- ya que permanecían en sus camas del anochecer hasta el amanecer y por ello no las necesitaban. En la vivienda, cuando había que buscar algún objeto, podían encender un palito largo, pero por lo general solían arreglársela con el resplandor de la fogata (Gusinde, 1974). Aunque no tuvieran verdaderas antorchas, sabemos que usaban trozos de corteza inflamados para la caza nocturna de algunas aves, tenemos noticias de algunos navegantes al respecto (Gusinde, 1974; Byron, 2006).

Ablandar y Moldear. Tanto hombres como mujeres utilizaban el fuego para ablandar y moldear materiales. Los hombres ablandaban y doblaban al calor de

la hoguera las grandes láminas de corteza, destinadas a la fabricación de la canoa, dándole la curvatura que se requería. Usaban el calor también para enderezar las varas de arpones, venablos etc. Las mujeres ablandaban los tallos de junquillo para darle flexibilidad, antes de tejerlos, al fuego de la vivienda. La hoguera del *At* era suficiente para realizar aquellos pequeños trabajos que requerían el uso del calor, para trabajos de mayor envergadura como eran las actividades relacionadas con la construcción de la canoa había que encender lógicamente un fuego junto al sitio donde se desarrollaba la faena (Gusinde, 1974).

Comunicarse. Las señales de humo eran un verdadero sistema de comunicación a distancia que servía a los kawésqar para mantenerse en contacto, en el laberinto de islas y canales que dibujaban su territorio. Hacían salir una densa y corta humada vertical que venía interrumpida repentinamente al apagar el fuego, de esa manera se formaba una única nube redonda y densa la cual se deshacía paulatinamente. Para conseguir una nube de humo de ese tipo, arrojaban sobre la llama de la hoguera una abundante cantidad de ramas cortas con hojas verdes. Se trataba de una humada bien distinta a la que salía de una hoguera común encendida en el interior de la vivienda -ésta formaba una columna de humo larga y delgada que se prolongaba en el tiempo- y por ello todos podían leerla como un mensaje (Gusinde, 1974).

Las nubes de humo producidas con el objetivo de comunicar se usaban para transmitir la noticia de una enfermedad de cierta gravedad, de un estado de emergencia por algún suceso imprevisto, como podía ser la pérdida de la canoa. Una sola nube de humo gruesa emitida durante un tiempo prolongado o una columna de humo ascendiente, entrecortada bruscamente tres o cuatro veces, servía para anunciar el caso de una muerte imprevista. El grupo que recibía la señal, respondía de la misma forma.

Cuando un grupo se encontraba en unas circunstancias de urgencia hacía ascender dos columnas densas de humo; quien recibía el mensaje se daba por avisado, respondiendo mediante una o dos columnas de humo, antes de ponerse en marcha para prestar su ayuda.

Una bandada de aves de presa solía señalar la presencia de una ballena varada, las primeras familias en avistarla daban el aviso, a todos cuantos podían recibirlo, mediante numerosas columnas de humo, generadas por los fuegos ubicados de manera irregular. Era una señal clara e inconfundible, quienes las recibían se disponían a desplazarse hacia donde les guiaban. Dos columnas de humo muy densas se ocupaban de indicar con precisión el lugar donde se ubicaba el cetáceo (Ibid.) Empeaire no hace ningún tipo de referencia a las señales de humo. El humo como medio de comunicación era empleado también por los yámana (Gusinde, 1974).

El transporte del fuego: un procedimiento de conservación

Viajeros y expedicioneros relatan que los kawésqar transportaban tizones ardientes en el centro de la canoa, aislándolos del suelo con la ayuda de diferentes materiales como piedras, arena o conchas (Vargas y Ponce, 1788: 345).

En un principio, se argumentaba que la presencia del fuego, en su principal medio de transporte, estaba relacionada con la necesidad de combatir el frío durante los viajes. Es un hecho que cuando empezaron a disponer de fósforos, transportar el fuego dejó de ser imprescindible como lo fue a lo largo de siglos de historia (Empeaire, 1963). Sucesivamente se ha explicado que se trataba más bien de un procedimiento de conservación, considerando que -sobre todo en la época anterior a los fósforos- resultaba muy complicado hacer fuego en un ambiente constantemente invadido por la humedad y conservarlo implicaba

una ventaja evidente. Asimismo hay que añadir que esa pequeña brasa producía un calor de reducido alcance del que se podía beneficiar, para calentarse las manos, tan solo el miembro de la familia que se encargaba de vigilar que los tizones no se apagasen; en general se trata de una tarea confiada a los niños (Empeaire, 1963; Lausic, 1993), Gusinde especifica que era tarea de las muchachas (Gusinde, 1974).

Emplazamiento del fuego

Cuando, al final de un viaje, llegaban al lugar de acampada, la esposa o una de las hijas adultas solían encargarse de transportar un tizón encendido, desde la canoa al sitio que había sido designado como centro de la vivienda. A su alrededor se disponían las camas. Tener una buena hoguera, una vez finalizadas las tareas de instalación en el campamento, era indispensable para secar y reconfortar el cuerpo (Gusinde, 1974).

El fuego en la vivienda estaba encendido de manera permanente para mantenerla caliente y para cocer los alimentos. Durante la noche todos los miembros de la familia vigilaban que no se apagara, moviendo la leña cuando fuera necesario, para que la llama mantuviera su fuerza. Además procuraban conservar lo más posible el calor dentro de la vivienda, tapando con sumo cuidado todas las fisuras por la que podía dispersarse, con ramas frondosas o con planchas de corteza. Por la mañana lo primero que hacían al despertar era reavivar la hoguera. Cada uno, desde su cama, cuando le apetecía, ponía a cocer en las brasas el marisco que guardaba a mano (Ibid.).

Fuera de la vivienda, hacían fuego en el sitio de donde iban a tirarse al agua para bucear y en el lugar de construcción de la canoa para moldear las cortezas. Por la noche no se podía hacer fuego fuera del *At*, al parecer se trataba de una precaución más de un tabú, era para evitar que los espíritus malignos se percatasen de la presencia humana (Empeaire, 1963).

Los tabúes relativos al fuego

Trasgredir un tabú significaba ser punido con mal tiempo (Tonko, 2008). Estaba prohibido tirar al fuego las conchas de algunos mariscos (machas y erizos) que habían sido comidos crudos. A finales de los años cuarenta mantenían la misma prohibición, cuando una concha de erizo, aunque solo fuera un fragmento, caía al fuego, se daban prisa en sacarla, no les importaba si tal acción implicaba quemarse los dedos. Además no se podía hacer fuego debajo de la línea marcada por la marea. Tampoco se podían acercar al fuego las piedras que había estado en contacto con el agua de mar; igualmente estaba prohibido tirar agua de mar encima de la hoguera así como hervirla. Existía una oposición simbólica evidente entre fuego y mar (Empeaire, 1963).

Efectos del fuego sobre la salud

De la constante convivencia con el fuego los kawésqar tenían marcas en sus cuerpos: presentaban cicatrices causadas por quemaduras de diferente importancia (Empeaire, 1963; De Agostini, 1941), las más peligrosas eran aquellas producidas por caídas en la hoguera. Esas caídas solían darse bajo los efectos del alcohol. Además el borde de sus párpados estaba afectado, de forma permanente, por una inflamación muy acentuada, provocada por la exposición al humo (Empeaire, 1963). A las afectaciones oftalmológicas hizo referencia también el capitán Baldomero Pacheco *“en el fondo i al centro de estas embarcaciones, hai perennemente un fuego que esparce más humo que calor, i que debe contribuir en gran parte al desarrollo de las oftalmías que a menudo se observan en estos salvajes”* (cfr. Gusinde, 1974:

3.4. TÉCNICAS DE OBTENCIÓN Y PREPARACIÓN DE LOS ALIMENTOS

Los kawésqar no llegaron a desarrollar una economía de producción. Las condiciones ambientales desde luego no favorecían esa opción; eran desfavorables tanto para la práctica del cultivo como para la cría del ganado.

La relación con su medio ambiente estuvo marcada por lo que Marcel Mauss define las industrias de adquisición simple, es decir la caza, la pesca y la recolección (Mauss, 1974). Todas esas actividades, en el caso de los habitantes de los archipiélagos patagónicos, se caracterizaban por tener un evidente carácter marítimo.

Los kawésqar elaboraron, con los recursos que tenían a disposición, una serie de utensilios altamente efectivos, destinados a cumplir propósitos específicos.

Analizaremos la caza, la recolección y la pesca a partir de las diferentes herramientas empleadas para poner de manifiesto la eficiencia de los trabajos de los ingeniosos artesanos kawésqar y el alto nivel de especialización tecnológica que alcanzaron. Luego pasaremos al análisis de las técnicas empleadas según la tipología de presa. Haremos referencias a la recolección de vegetales y a alguna práctica de conservación de alimentos. Presentaremos los datos relativos a la dieta tradicional y a los cambios que sufrió en un momento clave en la historia kawésqar como fueron los años 40 del siglo pasado. Terminaremos describiendo los que fueron los usos y las costumbres alimenticias tradicionales.

3.4.1. La caza

3.4.1.1 Instrumentos de caza

Los kawésqar tenían a disposición una serie de instrumentos prácticos e ingeniosos destinados para la caza de aquellos animales cuya captura implicaba un aporte calórico sustancial en la dieta diaria: los arpones, los venablos, la red, el garrote, la trampa de lazo y la honda conformaban un arsenal diversificado, idóneo para brindar soluciones efectivas frente a los diferentes escenarios cinegéticos. Los hombres eran quienes los fabricaban y quienes usualmente los empleaban, sin embargo no existía ninguna prohibición por la cual una mujer no pudiese manejarlos si las circunstancias lo requerían (Gusinde, 1974; Martinic, 2004).

Las armas arrojadas

Los kawésqar fabricaron más de una tipología de armas arrojadas, es decir, de largo alcance, pero la mayoría de las fuentes etnohistóricas lo reflejan de forma confusa; de hecho hacen referencia a ellas definiéndolas, indiferentemente, a veces como lanzas o flechas, otras veces como arpones, sin tener en debida cuenta los detalles que sabemos que sí las distinguían y dando lugar a imprecisiones y superposiciones que a menudo resultan difícil de descifrar. Entre los testimonios de los cronistas hay quienes adoptan la voz arpón no para mencionar el objeto entero sino para referirse solo a la punta, de las que también tenían más de una tipología.

Afortunadamente Martín Gusinde (Gusinde, 1974) ofrece una taxonomía bastante esclarecedora que hemos empleado como guía a la hora de analizar la estructura y el uso de estas armas. Gusinde divide las armas arrojadas en dos grupos principales: los arpones y los venablos. Presentaban una estructura similar, ambos se componían de un astil y de una punta.

Los holandeses Sebald de Weert y Simón de Cordes⁸² (1598-1599) hablan de flechas hechas de una madera muy dura que los Kawésqar lanzaban con la mano, imprimiéndoles una trayectoria recta. Precisan que la punta estaba atada al astil usando como cordón trozos de intestinos y que al penetrar en el cuerpo de la víctima permanecía enganchada (cfr. Gusinde, 1974; Empeaire, 1963).

Un testimonio interesante, por tener el mérito de intentar esbozar una clasificación, resaltando las diferencias, es el del británico James Clark Ross quien, en 1842, en la ensenada de San Martín, anota haber observado, entre los locales, tres diferentes tipos de lanzas, de distintos tamaños. Describe primero la de mayor tamaño, constituida por una punta de hueso -larga unos 30 centímetros- que se encajaba en una muesca ubicada en el extremo más grueso de un astil, el cual medía de largo unos 2,70 metros y de ancho unos 10 centímetros. Una cuerda de piel de lobo aseguraba la punta al astil. Dice que la punta al hundirse en el cuerpo del animal se desenganchaba del astil. Describe una segunda, más larga y liviana que la primera, que presentaba una punta dentada y fija. La tercera que menciona medía en total un metro y medio, tenía una punta de hueso con numerosos dientecillos los cuales aumentaban de tamaño conforme iban acercándose a la base de la punta (Empeaire, 1963).

Arpones: gran arpón, arpón pequeño

Los arpones son objetos altamente representativos del que fue el estilo de vida de los kawésqar. Mientras estuvieron en uso fueron armas muy eficaces y conformaron la base de la tecnología empleada para la obtención de proteínas y grasas de excelente calidad. Se componen de un astil y de una punta móvil, precisamente la movilidad de la punta es el elemento que los distingue de los venablos (Gusinde, 1974). Podemos reconocer claramente un arpón en la

⁸² Recordamos que pasaron nueve meses en el estrecho de Magallanes y pudieron observar con detenimiento y de cerca algunos particulares de la vida indígena.

descripción que J. Clark hace del primer objeto que etiqueta como lanza, las otras dos tenía que ser venablos. Sebald de Weert y Simón de Cordes parece que no precisan si la punta de las armas arrojadas que describen era fija o móvil (cfr. Gusinde, 1974; Empeaire, 1963).

En el diario de la fragata *Santa María de la Cabeza* se describe la existencia de puntas de hueso que se ataban a palos convirtiéndose en armas para matar lobos marinos y ensartar ballenas: *“a muchos se vió una especie de puñal de hueso muy puntiagudos, y los hay de otra figura: lo amarran fuertemente á un palo de dos varas, y acaso se sirven de ellos para matar los lobos marinos y arponear las ballenas, pudiéndose comprar á nuestros chuzos, y desde luego no serían menos mortales sus heridas”*(Vargas y Ponce, 1788: 347).

James Weddel, en los años entre 1822 y 1824, tomaba nota de la estructura y las modalidades de uso del arpón. Anota que las aguzadas puntas de hueso podían tener una dentadura o una fila de barbas, tales puntas se afianzaban a un recto astil de madera -largo unos 3 metros-, cuya superficie había sido liberada de todas las irregularidades. Las puntas eran móviles y medían unos 18 centímetros. Weddel vio que para lanzar el arma, el cazador agarraba con la mano derecha el astil, en la mitad de su longitud, lo levantaba a la altura de su ojo, apuntaba bien e imprimía la fuerza necesaria para arrojarlo (Weddel, 2006).

La mayoría de los kawésqar que Empeaire llegó a conocer en Puerto Edén no salían de caza, pero cada uno de ellos todavía guardaba en su cofre personal una serie de puntas de arpones para cazar lobos marinos. Su continuidad y persistencia a finales de los años cuarenta, revela que se trataba de una de las armas tradicionales más importantes dentro de las variadas formas que asumió la cultura material indígena. Para aquel tiempo, seguían manteniendo viva la costumbre de recoger huesos de ballena en la playa para confeccionar arpones aunque muy probablemente nunca los habrían llegado a usar (Empeaire, 1963).

Es interesante citar el testimonio de Alberto Achacaz quien guardaba el recuerdo del uso de los arpones en las cacerías de los lobos marinos y nutrias.

“Uno lo pincha con la vara y tira para arriba. Cuando lo pincha con el arpón con lazo (fichek), para que no se arranque, ahí es cuando lo tira para tierra y le pega en la cabeza para matarlo. El gran arpón tenía lazo y servía para cazar lobos. El arpón pequeño para cazar nutrias o animales más chicos (...). Los arpones salieron de los huesos de las ballenas que encontrábamos muertas. ¡Ahí empezaron a hacer arpones! Se les ocurrió cazar porque así lo hacían los antiguos y de ahí fue siguiendo, siguiendo y no se terminó nunca. Dicen que primero los hicieron con palos de madera más dura, que se llama tepú; ahí nacieron los arpones, porque en ese tiempo no había hueso. Cuando encontraron el hueso los hicieron de eso, porque es un poco más duro que la madera. La mejor madera es de tepú. Hay muchas por los canales. Es una madera dura. De esa madera gruesa se hizo el arpón. Es bonita. Se saca la parte del medio de la madera; cuando va secando se hace madera cruz y después se va haciendo el arpón. Se seca cerca del calor y entonces se queda como hueso” (Vega, 1995: 35-35).

Achacaz emplea el término arpón tanto para mencionar el arma en su conjunto como para aludir solo a las puntas. No tenemos referencias sólidas para poder articular una discusión sobre la existencia de las puntas de madera que según este testimonio precedieron las de hueso. La distinción entre “el gran arpón con lazo” y el pequeño es la misma que adopta Gusinde en su monografía.

Actualmente los kawésqar reproducen puntas de arpones, que venden como artesanías utilizando huesos de ballena o, en su falta, otros materiales que tengan a disposición; generalmente los autores de tales artefactos son los varones de la comunidad rural de Puerto Edén.

El gran arpón (arpón con cuerda). Definido así tanto por Martín Gusinde (Gusinde, 1974) como por Alberto Achacaz (Vega, 1995) sin que las dimensiones del arma lo justifiquen, lo empleaban sobre todo para cazar los pinnípedos de gran tamaño y para remolcar las ballenas, quizás mereció tal apodo debido al tamaño de las presas para las cuales se destinaba. Estaba constituido por un astil de madera y una punta de hueso. El elemento que realmente lo caracterizaba y distinguía era la presencia de una larga cuerda de cuero.

El astil se fabricaba con la madera del coihue (*Nothofagus betuloides*), cuyo tronco tiene frecuentemente el inconveniente de presentar diversas anomalías, o con el tronco del ciprés de las Guaitecas (*Pilgerodendron uviferum*⁸³) más recto y regular (Gusinde, 1974). Emperaire, por su parte, refiere que se hacía con madera de canelo (Emperaire, 1963). Para asegurar una mayor precisión de tiro sólo se podían emplear troncos derechos, sin desviaciones ni deformidades. En la base del extremo inferior del astil practicaban un hueco de forma elíptica para la inserción de la punta (Ibid.). El raspado y el pulido de la madera se efectuaban con los materiales que había a disposición. Se podían ejecutar con un pequeño disco de hierro, con un cuchillo o más simplemente con conchas de mejillones, en este último caso ambas operaciones tomaban más tiempo. Gusinde afirma que los kámana acababan con más cuidado y precisión la superficie de los astiles, mientras que los kawésqar se contentaban con tener una vara recta que adelgazaban, de forma progresiva, conforme se iban acercando al extremo inferior.

En cuanto a la medida del ástil, se requerían por lo menos unos dos metros y cincuenta (Gusinde, 1974).

⁸³ *Pilgerodendron uviferum* es su nombre científico oficial pero la fuente (Gusinde, 1974) lo menciona usando uno de sus sinónimos: *Libocedrus tetragona*. Además la misma fuente emplea como nombre vulgar el de “ciprés fueguino”, actualmente es recogido en la bibliografía científica como “ciprés de las Guaitecas” (Cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Pilgerodendron_uviferum).

La elaboración de la punta de hueso requería considerable trabajo (Ibid.). Empeaire describe con detalle el proceso de fabricación de las puntas de hueso en Puerto Edén. Dice que se confeccionaban empleando como materia prima los fragmentos de costillas de ballena encontrados en las playas. Primero separaban con el hacha las partes porosas no idóneas. Luego, con el pie, afirmaban el hueso sobre un yunque de madera mientras lo iban moldeando con la lama metálica del hacha que había sido previamente separada del mango. Con el borde cortante de una concha acababan la punta del arpón puliéndola, afilándola, dando forma a los dientes y aplanando el segmento que se insertaría en el astil (Empeaire, 1963). Gusinde no menciona el uso del hacha para el anterior procedimiento, sólo precisa que se afilaba el hueso valiéndose de conchas de mejillones y de una piedra pómez que venía recogida en las orillas de los canales (Gusinde, 1974). En casos excepcionales, dice Empeaire, para confeccionar la cabeza del arpón podían llegar a usar un cuerno de huemul (Empeaire, 1963).

La parte inferior de la punta, constituida por una paleta, se colocaba en una cavidad, de unos 3 o 4 centímetros de profundidad, practicada en el extremo más grueso del astil, la punta quedaba así fijada. Para asegurarla ulteriormente enrollaban alrededor del mismo extremo del astil una correa de cuero (Gusinde, 1974). Empeaire especifica que se trata de una cuerda de piel de lobo marino (Empeaire, 1963).

El antropólogo francés afirma que los arpones que vio entre los kawésqar residentes en Puerto Edén no estaban tan bien trabajados como aquellos que se encontraban en las excavaciones. Los segundos solían resultar más regulares y mejor entallados en todas sus partes -filo, puntas y dientes- en base a eso concluye que también debían de ser más efectivos (Ibid.). Evidentemente tal diferencia de calidad estaba relacionada con el hecho que a finales de los años 40 los indígenas sabían que tal vez nunca

habrían empleado el arma para cazar, motivo por el cual no se preocupaban por acabarla con cuidado, para ese entonces sus necesidades alimenticias estaban cubiertas por el estado chileno.

Una larga cuerda de cuero venía a completar el gran arpón. Dicha cuerda medía entre 20 y 30 metros (Ibid.) y se ataba en dos puntos: con un primer nudo a la sección más sutil de la punta, justo después de los garfios y con un segundo nudo, distante unos ocho centímetros del anterior, a una muesca practicada en el astil. La parte de la cuerda que quedaba libre medía unos 20 o 25 metros. Para evitar que se enredase, se mantenía enrollada en forma circular (Gusinde, 1974).

Las puntas eran móviles, de diferentes tipologías y tamaños. Se cambiaban rápidamente según las necesidades, es decir, en base al tipo de pinnípedo que había que cazar, teniendo siempre en consideración el espesor de la capa adiposa del animal; la punta debía romper la masa grasa y alcanzar los músculos para poder provocar una herida de gravedad y fijarse firmemente en el cuerpo de la presa. Se usaba principalmente una punta corta, con un solo diente (es decir, un garfio) o también una menos corta con dos dientes (Ibid.).

Se empleaba este tipo de arpón para remolcar las ballenas tirando de la larga cuerda y para cazar los pinnípedos, generalmente los de mayor tamaño como el elefante marino (*Mirounga leonina*) y el leopardo marino (*Hydrurga leptonyx*) (Ibid.)

Con la mano derecha el cazador sostenía el astil y en la izquierda llevaba la cuerda enrollada, si su presa era de talla mediana, si era de talla grande ataba la extremidad de la cuerda a una roca. Cuando estaba suficientemente cerca del animal, a no más de dos metros, clavaba con fuerza la punta del arpón debajo de las costillas, para que el arma penetrara en los pulmones (Emperaire, 1963). Tras el fuerte impacto, el astil se desenganchaba de la punta, dificultando cualquier movimiento de

la presa mientras la cuerda se iba desenrollando. El extremo libre de la cuerda acababa con un nudo para que el cazador pudiera agarrarla sin que se le escurriese de las manos (Gusinde, 1974).

El arpón pequeño (arpón sin cuerda). Utilizado más a menudo que el anterior, servía para cazar cualquier especie de pinnípedo pequeño; Alberto Achacaz habla de “nutrias⁸⁴ y animales más chicos” (Vega, 1995: 35). Se componía de un astil largo y rectilíneo y de una punta de hueso pero no estaba dotado de la larga cuerda de cuero que caracterizaba el denominado arpón grande⁸⁵. Los materiales y la técnica de fabricación eran los mismos. Los mencionamos brevemente. Como en el caso del arpón grande, la madera para el astil la obtenían del coihue o del ciprés. Para trabajarla utilizaban un disco de hierro afilado, un cuchillo o una concha de mejillón, finalizada esta operación, realizaban la labor de pulido con una piedra pómez. Mientras la anchura de la mitad inferior del astil había sido reducida gradualmente, en el extremo más grueso se abrían una muesca destinada a acoger la punta de hueso, de uno o dos dientes, la cual quedaba fijada por una pequeña cuerda de cuero que apretaba la sección de madera alrededor. Otra cuerda de cuero, de entre 15 y 20 cm de largo, se ataba por un lado al astil, en un punto que correspondía más o menos con la mitad de su longitud, por el otro lado se anudaba en el segmento más estrecho de la punta de hueso. Este arpón podía medir desde unos 2,75 metros hasta 3,25 metros, incluyendo también la punta de hueso. El cazador podía acercarse a sus presas mientras descansaban en la costa o cuando emergían en las vecindades de la canoa, durante los viajes. Si la proximidad era suficiente, tiraba con fuerza el arpón hiriendo al animal,

⁸⁴ Con estos animales, en general había, que evitar el uso del arpón para no dañar su preciada piel (Gusinde, 1974).

⁸⁵ Empeaire no recoge el detalle de la cuerda como elemento diferenciador (Empeaire, 1963).

el cual agitándose en su intento de liberarse del arma, hacía que la punta de hueso se desenganchase del astil; una vez que quedaba suelto, el astil obstaculizaba el intento de fuga del animal herido. Al no tener cuerda este arpón no se quedaba asegurado en las manos del cazador, por lo tanto si la presa conseguía huir el arma acababa perdida (Gusinde, 1974).

Encontramos arpones tanto entre la población más austral de América, los vecinos yámana, así como en el otro extremo del continente, entre los Inuit que tradicionalmente lo usaron para practicar la caza de las focas sobre el hielo (Bennet y Rowley, 2004). Como los kawésqar, los yámana poseían dos tipos de arpones caracterizados por una punta móvil, distinguidos entre sí por la presencia o no de la larga cuerda. Los empleaban de la misma manera y para los mismos objetivos. La punta estaba trabajada sobre huesos de ballena, el hueso más cotizado era el de la mandíbula inferior porque permitía fabricar puntas muy resistentes y regulares que garantizaban mayores posibilidades de éxito en el lanzamiento (Gusinde, 1974).

Venablos

Como los arpones, también los venablos eran armas arrojadas que se podían lanzar a cierta distancia, pero se distinguían por tener la punta firmemente atada al astil.

Había un primer tipo de venablo que, en determinadas circunstancias, se empleaba para cazar los pinnípedos. Estaba constituido por un astil recto, de unos 3 metros que se hacía empleando la madera, pulida, del ciprés de las Guaitecas o la del maitén. Se procedía a la fabricación sacando la corteza y quitando las irregularidades del tronco elegido; en el extremo grueso superior de la pieza se abría una cavidad destinada a acoger la paleta de la punta de hueso, la punta se afirmaba al astil envolviéndola firmemente con una cuerda

de cuero. La punta de hueso podía tener uno o dos dientes, uno frente al otro, medía un total de 25 centímetros, de los cuales 8 estaban constituidos por la paleta que iba insertada en la muesca del astil (Gusinde, 1974).

Se podía emplear para cazar un gran pinnípedo en la playa o en las rocas. El cazador lanzaba el arma con el brazo derecho imprimiéndole una gran fuerza, los dientes de la punta de hueso tenían el objetivo de hacer que el arma penetrase en profundidad y se quedase enganchada en el cuerpo del animal que en el intento de escapar agravaba su herida por acarrear consigo el pesado astil. Cuando la presa estaba agotada, el cazador la acababa con otra arma (el garrote). Este venablo era un arma muy eficiente que habitualmente no dejaba esperanza de fuga al animal herido, sobre todo si el cazador se encontraba en condiciones de terreno convenientes, es decir, en un suelo suficientemente estable para asestar bien el golpe (Ibid.)

Desde la canoa era más complicado causar al animal una herida que resultase mortal, para que el golpe fuese efectivo, el cazador necesitaba la estabilidad suficiente para afirmarse sobre los pies y tomar toda la fuerza necesaria para arrojar el arma (Ibid.).

Existía otro tipo de venablo para cazar mamíferos de dimensiones menores. Fabricaban el astil a partir de un tronco de canelo (*Drymiswinteri*) joven; como para las otras armas arrojadas, practicaban una incisión en el extremo superior de unos 8 centímetros de profundidad, donde acomodaban una punta de madera y la aseguraban enrollándola con fibras de tendón. Para elaborar la punta, en lugar del hueso, se valían de la madera del calafate que se caracteriza por ser muy sólida y resistente. La parte superior de la punta se trabajaba hasta otorgarle una forma muy delgada para que pudiese traspasar fácilmente la capa adiposa de la presa; en la parte inferior entallaban una serie de dientes cortos con la punta hacia abajo cuyo objetivo era siempre el mismo, garantizar la eficacia del golpe, impidiendo que la punta, una vez entrada, saliese del cuerpo

del animal herido, el cual, en su intento de escape, acababa agotado y rendido a la voluntad letal del cazador (Ibid.).

Tenían a disposición también una lanza para aves que se caracterizaba por ser más liviana que los venablos, de la que se servían más a menudo. Se distinguía por tener un astil sutil y ligero, era largo de entre 3 y 3 metros y medio; la punta era de hueso y muy fina, con muchos dientes cortos entallados en un solo lado o sin dientes pero con una punta muy larga que podían llegar a medir hasta 40 centímetros. La punta de la lanza para aves se definía por no estar encajada en una muesca del astil; el fabricante simplemente yuxtaponía el extremo inferior de la punta a la parte superior del astil y la aseguraba sólidamente con hilos de tendón (Ibid.). Su peso liviano les permitía manejarlo cómodamente y con la rapidez necesaria para cazar un ave.

Puntas de hueso para las armas arrojadas

Merece la pena detenerse un momento sobre la variedad de puntas que los Kawésqar poseían y hacer algunas aclaraciones. Cada hombre sabía fabricar diferentes tipologías de puntas de hueso, empleando un único segmento de costilla de ballena, a falta de esta materia prima podían utilizar costillas de elefante marino (*Mirounga leonina*) macho (Gusinde, 1974) o hasta cuernos de huemul (Emperaire, 1963). Era necesario trabajar las puntas de manera que el resultado fuese un objeto lo más recto y regular posible, mientras más grande era la costilla, menor era su inclinación (Gusinde, 1974).

Para arpones, venablos y lanzas tenían a disposición tres tipos de puntas -en cuanto a morfología se refiera- cuyas dimensiones eran variables (Ibid.):

- 1) Puntas de dos dientes. Esta tipología de puntas constaba de tres secciones: la larga punta en forma de triángulo cuya base se caracterizaba por la presencia de dos dientes, uno en cada lado, con

el pico hacia abajo; desde el espacio entre los dos dientes emergía un segmento más delgado que podía medir, normalmente, entre 3 y 5 centímetros de largo y que a su vez acababa convirtiéndose en una sección más ancha, con un aspecto casi cuadrangular (es decir la paleta que se insertaba en la muesca del astil). Estas puntas, considerando todas sus partes, podían presentar diferentes medidas: de 10 a 22 centímetros de largo y entre 15 y 25 centímetros de ancho.

- 2) Puntas de un diente. Se trataba de puntas que presentaban igualmente una estructura triangular pero eran mono-dentadas, tenían un único diente, y además, en su conjunto, eran de menores dimensiones, medían de 11 a 15 centímetros de largo.
- 3) Puntas con una fila de dientes. Este tercer tipo de puntas presentaba un diseño más delgado, tenía una fila de dientes entallados solo en un lado y terminaba estrechándose progresivamente sin dar lugar a una paleta, como en los casos anteriores. Había una versión sin dientes - en el caso de la lanza para aves- que podía medir hasta 40 centímetros.

Se optaba por elaborar una de las tipologías de puntas nombradas, teniendo en cuenta tanto los huesos disponibles, como las necesidades contingentes del cazador. Las acciones que se ejecutaban para confeccionar una punta de hueso eran las siguientes. Primero se elaboraba la parte superior, es decir la punta propiamente dicha: el fabricante sujetaba con la mano izquierda el segmento de hueso seleccionado, manteniendo una parte de éste envuelta en un paño de cuero, mientras con la derecha lo entallaba, mediante operaciones de raspado y pulido que se llevaban a cabo con conchas de moluscos y piedra pómez. Luego se pasaba a dar forma a los dientes que se forjaban mediante movimientos de sierra cortos y rápidos. Durante tal operación se sustituía la concha o, en el caso de estar usando un trozo de hojalata, se hacía preciso afilarlo con asiduidad. De la misma manera, se ejecutaba la sección inferior, para finalizar así el trabajo.

Los cazadores solían llevar consigo varias puntas de hueso para cambiarlas en base a las necesidades, con el objetivo de tener siempre a su disposición armas que resultasen altamente eficaces (Ibid.).

La red

Son varios los testimonios que relatan el uso de la red entre los nativos. Bridges habla de la hechura de las redes kawésqar, paragonando sus nudos con los de las redes de cáñamo que se utilizaban en Europa; ese mismo testigo añade además que los indígenas las hacían con tendones, sin especificar su procedencia (cfr. Gusinde, 1974).

Dabbene de manera muy genérica señala que para la pesca, entre otras herramientas, utilizaban también redes hechas con tendones de lobos marinos (cfr. Gusinde, 1974).

Krickeberg se limita brevemente a afirmar que los kawésqar como los chonos utilizaban redes para cazar lobos marinos (Cfr. Gusinde, 1974).

Coppinger corriendo el año 1880, en la Bahía Tilly, pudo observar de cerca una red que los indígenas habrían empleado para cazar pinnípedos y que estaba hecha con cuero de lobo marino. Según el testimonio, dicha red formaba casi un cuadrado cuyos lados medían unos 180 centímetros y presentaba una apariencia fuerte y resistente (Cfr. Gusinde, 1974).

Según el más reciente testimonio de Alberto Achacaz (Vega, 1995: 35) *“también se usaba la red para cazar lobos y nutrias (fichekkal). Se usaba así: había un barranco (afsal), adonde se alojan los lobos, que siempre tienen su alojamiento en forma de cuevas, y se les pone la red encima y cuando el lobo se tira al agua cae dentro de la red y queda cazado”*.

La res era un aparato bastante sencillo de utilizar que requería poco esfuerzo por parte del cazador (Gusinde, 1974). Si se daban ciertas circunstancias podían

emplear la red también para cazar lobos marinos de talla pequeña (Emperaire, 1963), sin embargo no venía siendo utilizada entre el vecino pueblo yámana (Gusinde, 1974).

Se componía de tres partes: la malla, el marco, el mango.

La malla se fabricaba enlazando tiras de cuero de lobo marino joven con las cuales se formaban recuadros de unos 25 o 30 centímetros. Una vez terminada, el resultado era una trama con una forma cercana al rectángulo, que podía medir entre 150 y 160 centímetros (Gusinde, 1974). Según Emperaire era un cuadrado que medía un metro y medio por lado (Emperaire, 1963). El marco estaba constituido por cuatro varas y se hacía de la siguiente manera: se cogían dos varas largas de unos tres metros y medio, los extremos más delgados se juntaban y se ataban a un palo que servía de mango; luego los extremos superiores de las varas se doblaban hasta formar un arco. Para consolidar la estructura, se fijaba una cuarta vara insertándola de forma perpendicular con respecto al mango, justo encima del extremo superior de éste y se ataba con una cuerda por ambos lados. El paso final era colocar la red: se cogía una larga cuerda de cuero -de unos 40 o 50 metros de longitud- que se hacía pasar por cada una de las mallas del perímetro externo, luego con sutiles fibras de tendón de nutria se ataba la red al marco (Gusinde, 1963).

Era una herramienta de uso masculino pero al parecer de fabricación femenina, eran las mujeres quienes se ocupaban de tejerla (Martinic, 2004).

Para finales de los años cuarenta, solo las pocas familias kawésqar que todavía seguían saliendo a cazar poseían redes para atrapar lobos marinos de talla pequeña (Emperaire, 1963). No era muy frecuente, pero el animal podía conseguir escaparse de la trampa; en este caso, el cazador tenía que volver a acomodar la red al marco, se podía reutilizar la misma malla en numerosas ocasiones, al contrario la estructura del marco estaba sujeta a deteriorarse fácilmente y había que cambiarla a menudo (Gusinde, 1974).

El garrote

Un garrote solía medir un metro de largo y tenía un diámetro de unos 8 o 10 centímetros en su extremo más ancho. Lo confeccionaban con un tronco de ciprés⁸⁶ que resultaba idóneo por crecer recto y regular; lo trabajaban adelgazando la parte superior con la ayuda de conchas de mejillones para que resultara más cómodo de empuñar (Gusinde, 1974).

Solían matar con esta arma a los pinnípedos de cualquier medida cuando los sorprendían durmiendo en las playas o sobre las rocas (Ibid.), además la empleaban para acabar estos mismos animales tras haberlos herido con el arpón o atrapado con la red (Emperaire, 1963).

El cazador atacaba desde adelante, no podía acercarse a un pinnípedo desde su costado porque le habría dejado la posibilidad de defenderse apoyándose en una de sus aletas (Gusinde, 1974).

“Más adentro hay un paraje de lobos donde se puede cazar con red, en Lálojen! El finado Pejáu se fue remando con ambas manos en su canoa recién botada, ¡vaya! En ella se embarcaron todos los finados para que pudiera remar con menos esfuerzo [IRONÍA] y Carlos estaba en el campamento, también salió con su red”. (Tonko, 2008: 20)

La trampa de lazo

No se menciona con frecuencia en los testimonios de los antiguos navegantes ya que su empleo no estaba muy extendido ni era muy habitual. La fabricaban aquellas familias que recorrían el estrecho de Magallanes, donde se encontraban frecuentemente cormoranes y gansos salvajes que constituían para los indígenas una contribución sustancial en términos alimenticios, a diferencia de los territorios interiores de los canales de la Patagonia occidental, en los cuales la posibilidad de encontrar aves era ocasional y cuando esto

⁸⁶Skottsberg refiere el uso de la madera de raíz de tepú (*Tepuialia stipularis*) (Cfr. Gusinde, 1974).

ocurría, una lanza o un venablo era suficiente para cazarlos. La trampa de lazo estaba constituida por una vara fina, larga, de unos dos metros y medio, cuya superficie tras ser descortezada venía pulida de las irregularidades. Una tira de barba de ballena⁸⁷ (de unos 40 centímetros de largo y unos 5 milímetros de ancho) se fijaba al extremo de la vara que había sido anteriormente adelgazado, atándola estrechamente con un cordón de fibra de tendón. En la parte final de la tira se hacía un nudo que daba lugar a un pequeño aro en cuyo interior se introducía la cinta para formar con ella una circunferencia. La trampa se usaba de la siguiente manera: el cazador se acercaba silenciosamente a un pájaro, rodeaba su cabeza con la abertura circular de la cinta y la tiraba, torciendo el cuello del animal atrapado (Gusinde, 1974).

La honda

Se trataba de otra arma de ataque a distancia, cuando Empeaire desarrollaba su investigación entre los kawésqar, la honda había dejado de ser empleada por los adultos como instrumento de caza, permanecía sólo como juguete para los niños, habiendo ya perdido su función y, en parte, su aspecto tradicional (Empeaire, 1963).

Martín Gusinde (Gusinde, 1974) remite el lector a la descripción hecha por el mismo autor de la honda yámana, afirmando que la honda fabricada por los kawésqar era idéntica a la que tenían los aborígenes del archipiélago del cabo de Hornos. El cuerpo central, destinado a acoger las piedras, estaba constituido por un paño peludo de piel de nutria o de lobo marino el cual presentaba con una forma elíptica; en cada una de las extremidades de dicho paño se cosía una cuerda que se había previamente elaborado trenzando tres fascículos de tendones. El vértice de la cuerda que iba cosido al paño terminaba en un pequeño nudo, mientras que el vértice que quedaba libre terminaba en un nudo

⁸⁷Según Empeaire se usaba "*unaliana deshilada*"(Empeaire, 1963: 186).

que venía envuelto por una especie de bola de piel de nutria. Las dos cuerdas trenzadas eran prácticamente iguales, con la única diferencia que una solía ser unos 5 centímetros más larga que la otra (Gusinde, 1974b).

Para el caso yámana, Gusinde refiere la existencia de una honda corta que se usaba desde la canoa y de otra más larga, empleada solo cuando se pisaba un suelo firme (Gusinde, 1974b). No añade nada más al respecto, ni reafirma la diferencia entre estos dos tipos de hondas en relación a los kawésqar.

La honda vista por Emperaire presentaba la misma estructura -un cuerpo central y dos largas cuerdas- pero se había simplificado su proceso de fabricación: ahora se elaboraba de forma muy sencilla trenzando unos tallos de juncos. Niños y adolescentes la usaban, en ese entonces, para lanzar piedras a los pájaros o a algún objeto que veían flotar en el mar, demostrando, en cualquier caso, una gran habilidad en el tiro. Cuando los tordos se reunían en grupo, los niños eran capaces de matar una buena cantidad de esos volátiles, consiguiendo un surplus de proteínas, mediante una actividad que tenía un carácter básicamente lúdico (Emperaire, 1963).

Son escasas las noticias que se encuentran sobre este instrumento en los relatos de los antiguos navegantes (Gusinde, 1974; Emperaire, 1963; Cárdenas, 1993).

Weddel dice que la honda era el arma de tiro más utilizada. El cuerpo central era de cuero de lobo marino o de nutria y su largo medía unos noventa centímetros. Las cuerdas estaban hechas de tiras trenzadas que terminaban con nudos (Weddel, 2006).

El comandante Parker King, como el mismo Fitz Roy, ofrecen testimonios de la sorprendente habilidad demostrada por los indígenas en el tiro con la honda que, en su opinión, podía llegar a convertirse en una eficaz arma de ataque. Siguen las palabras con las cuales Parker King describe la extraordinaria destreza con la cual un nativo les enseña el funcionamiento de la honda:

“Their dexterity with the sling is extraordinary. (...) Upon asking the same man to show us its use, he picked up a pebble, about the size of a pigeon’s egg, and placed it in the sling; the intimating that he was going to strike a canoe, he turned his back to the mark, and threw the stone in an opposite direction, against the trunk of a tree, whence it rebounded over his head, and fell close to the canoe” (Parker King, 1839: 55)

En el diario de la fragata *Santa María de la Cabeza* se lee que la honda tenía dos usos entre los kawésqar, servía para lanzar piedras y para sujetar, a modo de cinturón, la capa de piel que llevaban de abrigo. La cuerda estaba hecha de intestinos de pescado mientras que el elemento destinado a acoger la piedra era de cuero (Vargas y Ponce, 1788: 346-347).

La habían empleado tradicionalmente en la caza de aves marinas; debían asegurarse tener un suelo firme bajo los pies, para beneficiarse de cierta libertad de movimiento y poder imprimir la fuerza necesaria. La usaban de la siguiente manera: con la mano derecha sujetaban los nudos finales de las dos cuerdas trenzadas -sostenía el nudo de la más larga entre el anular y el meñique, apretaba entre la falange y el índice el nudo de la otra- con la mano izquierda sostenía la piedra colocada en el paño, luego con la mano derecha empezaba a efectuar unos movimientos rotatorios hasta soltar la cuerda más corta dejando así volar la piedra en línea recta hacia la presa; el pájaro que recibía el tiro caía muerto. Las víctimas solían ser cormoranes o gansos salvajes mientras descansaban en grupo (Gusinde, 1974).

Cuando no estaban utilizando la honda para cazar, la llevaban alrededor del busto, liada a la manera de un cinturón, como refiere el diario de la *Santa Mariade la Cabeza* (Vargas y Ponce, 1788). Según Gusinde no tenía la función de sujetar⁸⁸, se trataba más bien de una cómoda solución para mantener las manos

⁸⁸J. Emperaire (Emperaire 1963: 189), al contrario de Gusinde, afirma que los indígenas cuando no necesitaban la honda como arma la aprovechaban para sujetar su vestimenta.

libres. Ésta parece la hipótesis más acertada. De hecho sus vecinos, los yámanas, la solución que habían encontrado para que la honda no les limitase en los movimientos, si no la estaban usando, era llevarla puesta alrededor del cuello (Gusinde, 1974).

Gusinde se apoya en tal manera de llevar la honda atada a las caderas para explicar por qué tan pocas veces aparece mencionada en las relaciones antiguas: los viajeros simplemente no se percataban de que aquello que podía parecer un cinturón en realidad era un arma (Gusinde, 1974).

Arco y flecha

Aunque existan numerosas referencias que atestiguan la presencia de arcos y flechas entre los kawésqar, hay cuestiones relevantes relativas a su procedencia, uso y difusión que no ha sido posible aclarar.

Wood, en 1669, afirmaba que los indígenas de la Isla Santa Isabel y de Agua Fresca, poseían arcos y flechas (cfr. Emperaire, 1963).

Byron, encontrándose al oeste del canal Jerónimo, evidenció la disponibilidad de los indígenas a intercambiar estas armas con cualquier quincalla. Ofrece detalles relativos a las medidas de los arcos -que presentaban unos noventa centímetros de largo- y de las flechas -cuyo astil medía unos sesenta centímetros- y a los materiales de fabricación.

El comodoro anotó textualmente:

“estaban armados de arcos y flechas que me ofrecieron por algunas cuentas de collar y otras bagatelas; las flechas, de dos pies de largo, eran de caña, y armadas de una piedra verdosa; los arcos tenían tres pies de largo” (Byron, 2006: 185).

“Sus armas consisten en arcos y flechas que se elaboran con la madera del agracejo –un arbusto muy común en el estrecho–, mientras que la cuerda es de

tripa. Las flechas son armadas con puntas de piedra y están talladas con bastante habilidad” (Boungainville, 2005: 193). Con esas palabras Boungainville describe arcos y flechas que observó en el estrecho de Magallanes, donde adquirió un ejemplar que se conserva en el Musée de l’Homme de París (Gusiende, 1974). Dice que la materia prima de esa arma era el agracejo, se trata de un arbusto parecido al calafate, perteneciente a la familia de las berberidáceas, localmente conocido como michai (Boungainville, 2005: 193). Añade que la cuerda estaba hecha con intestinos sin especificar de qué animal provenían, las puntas de flecha eran piedras finamente talladas.

En el diario de la *Santa María* se lee lo siguiente: *“Sus armas se reducen al arco y flecha, éste toscamente trabajado de palo con una cuerda de tripa de pescado por cuyo medio le hacen tomar la curvatura competente. La flecha también es de un palito liso del largo de dos á tres pies; en un extremo está colocado un pedacito de un pedernal bien cortado y en forma de corazon, y en él otras dos pequeñas porciones de pluma unidas con una delgadísima correa. No deben ser muy perjudiciales los efectos de esta arma; pero no dexan de despedirla con una destreza admirable; y se hizo la experiencia que se clavaba en cualquier arbol separándose la piedra de la varita”* (Vargas y Ponce, 1788: 346). En esta relación se resalta que la madera del arco estaba trabajada de forma muy basta. El autor especifica que los intestinos, que formaban la cuerda, eran de pescado. Las flechas, elaboradas con ramas de árboles lijadas, medían entre sesenta y noventa centímetros de largo; la punta estaba constituida por una pequeña piedra con forma de corazón, mientras al lado opuesto se encontraban trozos de plumas atadas con un cordón sutil.

Weddell observó a los nativos armados con arcos y flechas en la zona del canal Bárbara; dice que las cuerdas estaban hechas con piel de lobo marino o con intestinos trenzados, las puntas de las flechas con una piedra de sílex que se

fijaba en una muesca practicada en una extremidad de la varilla (Weddell, 2006).

En los relatos más recientes, se mencionan puntas de flecha elaboradas a partir de fragmentos de vidrio. Coppinger certifica ese cambio de material. Tras su experiencia en el estrecho de Magallanes, en 1880, publica unas series de noticias relativas a los indígenas con los cuales se había encontrado en esta zona. Atestigua la transición de las puntas de flecha hechas con materiales tradicionales -el hueso y la piedra- a las de vidrio. Anota que debido al aumento del tráfico de barcos que dejaban botellas vacías en las proximidades de los fondeaderos, los locales habían empezado a sustituir las piedras tradicionalmente empleadas -como la obsidiana, el pedernal o el cuarzo- por fragmentos de vidrio. Elegían un pedazo de cristal de botella que se acercase lo más posible a la forma de una punta de flecha, lo sujetaban con la mano izquierda mientras lo trabajaban con un clavo de hierro fijado a un corto mango de madera que sostenían con la derecha; presionando, sin golpear, la punta del clavo contra uno de los bordes del trozo de cristal le sacaban escamas sutiles, afinándolo y aguzándolo para proceder luego con el otro lado para que adquiriera la forma de una punta. A falta de un instrumento de hierro se podía emplear una piedra cuadrangular o un trozo de hueso. El mismo Coppinger tras ver como un indígena fabricaba una punta de flecha a partir de un frasco roto, se dispuso a reproducir un ejemplar (cfr. Gusinde, 1974: 275-276).

Cooper se ha ocupado de revisar minuciosamente todas fuentes escritas disponibles sobre este tema. Ha podido averiguar que, desde la época más antigua de la navegación en el estrecho de Magallanes, hay testimonios de cronistas que describieron la relación de tales indígenas con arcos y flechas.

En los canales patagónicos esta tipología de arma era conocida pero apenas usada, las primeras crónicas no reflejan en absoluto su presencia en esa zona y, en las siguientes, hay tan sólo referencias esporádicas. Tanto en el estrecho

como en los canales no viene mencionada en ocasión de encuentros poco amistosos: los navegantes informan sobre ataques de los locales perpetrados con lanzas, cuchillos, garrotes, hondas y piedras pero no con arco y flecha. Cooper concluye diciendo que *“el arco y la flecha son el arma de caza y pesca característica y casi exclusiva de los Onas. Los Yaganes la usaban comparativamente poco, los Chonos y los Alacalufes de los canales aún menos, y en las épocas tempranas probablemente ni siquiera las utilizaban. Es de uso común entre los Alacalufes del estrecho de Magallanes (...)”* (Cfr. Gusinde, 1974: 271-272).

Emperaire supone que los kawésqar debían de limitar el uso de tal arma a las zonas cercanas al ambiente de los guanacos, donde los nómadas marinos se encontraban con las abiertas extensiones de la pampa (Emperaire, 1963).

Las excavaciones llevadas a cabo por el mismo Emperaire a lo largo de las costas del Seno de Otway y de Skyring y en los Senos de Última esperanza y Almirantazgo, centradas en los lugares de campamento más reciente, le permitieron encontrar puntas de flecha (Ibid.).

Las escasas noticias relativas a la presencia de arcos y flechas entre los indígenas avistados a lo largo del archipiélago patagónico no se han podido integrar con datos arqueológicos. La invasión de los matorrales ha dificultado -y dificulta- las investigaciones arqueológicas en esos parajes, también en los campamentos de fechas más recientes, con lo cual resulta bastante complejo tratar de reconstruir la geografía de difusión del arco.

La tripulación del barco al mando de Cortés de Ojea permaneció durante varios meses estancada en el canal Picton, al sur del golfo de Penas, cerca del estrecho Trinidad. Tuvo tiempo de sobra para observar la población local que iba a visitarlo, la sola vista de arco y flecha habría suscitado tales emociones de inseguridad que habrían acabado por tomar forma escrita, pero en la relación del viaje ni siquiera se menciona el arma.

Arco y flecha desde luego no tuvieron un papel protagonista en los archipiélagos occidentales, los kawésqar disponían de armas más apropiadas para capturar las presas que el hábitat marino les ofrecía.

Emperaire considera que la espesura de los bosques habría podido representar una limitación para un uso eficaz del arma en cuestión, pero añade que *“sería curiosos, sin embargo, que poblaciones tan nómades no hubieran usado esta arma sino en un sector delimitado de su dominio”* (Emperaire, 1963: 190).

En cuanto a la procedencia y difusión de arcos y flechas, Gusinde barajas dos hipótesis. Según la primera, los antepasados de los kawésqar trajeron consigo las técnicas de construcción del arco, siendo ya parte de su acervo cultural, desde el norte, pero una vez llegados a la Patagonia insular occidental no lo emplearon con frecuencia, no era un arma eficaz para cazar los animales que ese hábitat les ofrecía.

En base a la segunda hipótesis, los kawésqar habrían obtenido arcos y flechas mediante las operaciones de trueque que desempeñaban con la población selk'nam, a lo largo de la costa occidental de la Isla Grande de Tierra del Fuego. Los selk'nam, los cazadores nómadas de la Isla Grande, eran los verdaderos expertos en la fabricación del arco y de la flecha; practicaban la caza terrestre y necesitaban ese tipo de arma para capturar su principal presa, el guanaco.

kawésqar y selk'nam realizaban los trueques en el aérea de la Bahía Inútil, donde se encontraban con cierta frecuencia. Desde allí, estas armas se habrían difundido a lo largo del camino recorrido por los canoeros nómadas, hasta alcanzar el norte de la Patagonia occidental. Varios ejemplares de arcos y flechas, pertenecientes a gente kawésqar, descritos o adquiridos por europeos han resultado ser iguales a las correspondientes armas de los selk'nam. Los testimonios de algunos cronistas resaltan que arcos y flechas elaborados por los selk'nam destacaban por su acabado impecable, mientras que menos cuidados aparecían los mismos objetos de manufactura kawésqar.

Gusinde dice no haber observado, entre los kawésqar con los que trató durante su estancia, arcos o flechas de fabricación propia y remarca que los pocos que vio les parecieron claramente de origen selk'nam.

De los kawésqar que residían en Puerto Edén, a finales de los años cuarenta, los más ancianos demostraron haber conocido arco y flechas durante su niñez o adolescencia, ubicable en los años diez del siglo XX. Cuando Empeaire se los pidió pudieron reconstruir modelos del arma, con madera de canelo (*Drymis winteri*). Según el antropólogo francés, los detalles de sus elaborados revelaban un conocimiento real y preciso de estos objetos. Demostraron saber que las puntas de flecha se podían hacer tanto con trozos de cristales de botellas como con secciones afiladas de hueso de ballena y que en la base de la flecha se aplicaban plumas de cola de pájaro divididas en dos.

Sus testigos le declararon que el arco había sido usado tan solo como juguete; un juguete, como hemos visto con el caso de la honda, podría ser lo que subsiste de un objeto que perdió su función económica inicial (Empeaire, 1963).

Albero Achacaz al respecto dijo: "*arco y flecha para cazar también es bueno, pero casi nunca lo vi*" (Vega, 1995: 35).

Realmente se desconoce si fueron armas tradicionales fabricadas por los componentes de la etnia kawésqar o si las obtenían de sus vecinos mediante la práctica del trueque. Además de los selk'nam también los yámana, sus vecinos del sur, y los tehuelches, sus vecinos del oeste, las poseían y en algún momento habrían pasársela en algún contexto de intercambio.

La suspensión del juicio se hace necesaria por la falta de información.

Tampoco queda resuelto para qué animal lo habrían usado, De Agostini dice que "*la empleaban únicamente para la caza del huemul*" (De Agostini, 1941:68).

3.4.2. Técnicas de caza

3.4.2.1. Pinnípedos

Ya hemos mencionado que los kawésqar, a lo largo de su historia, fueron desarrollando diferentes técnicas cinegéticas dependiendo del tipo de presa y de las circunstancias que se les presentaban a la hora de cazarla. En el caso de los pinnípedos se ponían en acto diferentes estrategias que veían actuar al cazador en solitario o en grupo.

En la costa meridional se encontraba un gran número de pinnípedos de diferentes especies que fue menguando debido al exterminio que perpetraron los cazadores de pieles. En los años veinte del siglo XX, especies de grandes dimensiones como los elefantes marinos (*Mirounga leonina*) y los leopardos marinos (*Hydrurga leptonyx*), que un tiempo proporcionaron una abundante cantidad de grasa a los kawésqar, ya no se veían en la costa occidental de la Patagonia ni en el Estrecho de Magallanes.

Para esa época los pinnípedos que quedaban eran la *Otaria flavescens*⁸⁹ y la *Arctophocaaustralis*⁹⁰, siendo las dos especies más pequeñas del género *Otaria*. Localmente, la primera era conocida como lobo marino de un pelo, mientras que a la segunda se le llamaba lobo de dos pelos. Ambas especies tienen el hábito de hacer su vida tanto en solitario como en pequeños grupos. Durante la temporada de parto, entre noviembre y enero, se reúnen en manadas en las islas rocosas del Pacífico hasta el mes de mayo o junio, cuando los nuevos

⁸⁹Empereire no menciona los nombres científicos de los pinnípedos y los suele denominar focas. Gusinde (1974) en el caso de la *Otaria flavescens* se refiere a ella con la antigua clasificación de *Otaria Byroniana*; en la pág. 13 hay una confusión, aquí Gusinde se refiere a la *Otaria flavescens* como *Otaria jubada*, siendo este último el nombre que en el resto de su obra usa para referirse al lobo marino de dos pelos.

⁹⁰ Gusinde lo menciona como *Otaria jubada* o, más frecuentemente, como lobo marino de dos pelos. Empereire como foca.

nacidos⁹¹ se tiran por primera vez al agua, entonces el grupo puede volver a dispersarse (Emperaire, 1963; Gusinde, 1974).

La caza de estos animales, en los años 20, era todavía una actividad casi cotidiana. Normalmente el cazador actuaba en solitario, con su canoa se adentraba en los canales próximos al lugar donde antes había establecido el campamento familiar. Miraba atentamente el espacio acuático a su alrededor, esperando que un lobo marino emergiese a la superficie, emitía en aquel momento un ligero silbido, para atraer al animal cerca de la canoa. Con movimientos suaves y teniendo en mano el arpón pequeño, se preparaba para hundir con fuerza el arma en el cuerpo de la presa. Una vez herido, el animal se daba a la fuga. Frente al cazador solían presentarse dos escenarios hidrográficos: un canal estrecho o bien un canal con mayor amplitud. En un canal estrecho el cazador se veía obligado a remar persiguiendo a la presa hasta que exhausta por la carrera -complicada por el astil del arpón que se mantenía transversal con respecto a la trayectoria de fuga- y condenada por la hemorragia, conseguía alcanzarla y matarla a golpes de remo o garrote. En el caso que el espacio de la acción fuera un canal amplio, el animal en el intento de huir solía acabar irreparablemente enmarañado entre las algas flotantes, perdiendo la movilidad y facilitando la tarea del cazador de alcanzarle para asestar el golpe mortal. En seguida, subía el cadáver a la canoa. Para la caza en solitario con arpón existía otro método que Gusinde menciona pero no se detiene en describir: consistía en aprovechar la ayuda de los perros. Al parecer los perros entraban en juego cuando el pinnípedo parecía conseguir escaparse tal vez porque la herida provocada no había sido lo suficientemente profunda (Gusinde, 1974).

Cada cazador poseía dos o tres arpones de reserva, dado que perderlos no era inusual. El arpón podía caer al agua, en un intento fallido de alcanzar el cuerpo

⁹¹ Alcanzan la edad adulta después de los dos años de vida.

de la presa, o bien la presa, no obstante hubiese sido atravesada por el arpón, podía conseguir escaparse con el arma clavada en el cuerpo (Ibid.).

Al comienzo del verano austral, que correspondía con el periodo de nacimiento de las crías de los pinnípedos, se solían encontrar numerosas manadas de lobos poblando las playas y las rocas de las islas del Pacífico. Sucedió que aprovechando esa época, algunas familias planificaban emprender una caza colectiva. Lo primero era elegir un lugar apropiado cercano a la que sería la zona de caza, ahí habrían permanecido durante algunas semanas. Eran suficientes unas pocas horas para organizar el campamento: se instalaban viviendas unifamiliares donde se resguardaban las pertenencias. Entre cinco y diez hombres salían para cazar (Ibid.). Los *popitos*⁹², es decir los recién nacidos, eran las víctimas favoritas de los kawésqar, su carne que les resultaba especialmente sabrosa (Empeaire, 1963). Empezaban seleccionando los pinnípedos que se encontraban en el margen de la manada; llevaban a cabo la matanza con rapidez, se ponían delante del animal y le golpeaban la cabeza con un garrote. Si no podía acercarse al animal para pegarle con el garrote, entonces le clavaba con fuerza un arma arrojadiza. Los cazadores aspiraban a llevarse unos dos o tres animales por cabeza, por esto tras matar al primero se lanzaban sobre algunos más. La cacería se repetía cada dos o tres días (Gusinde, 1974).

La caza colectiva era una práctica antigua que se vio interrumpida por la llegada al territorio kawésqar de los cazadores chilotes: estos cazadores de pieles empleaban a los indígenas en sus embarcaciones durante toda la temporada de verano para que los guiaran hacia las loberías y los ayudaran en las actividades cinegéticas (Ibid.).

Otra estrategia para cazar lobos marinos implicaba el uso de la red. La red se empleaba cuando las condiciones del terreno permitían al cazador aproximarse fácilmente a las rocas donde descansaban los lobos marinos. Si el animal se

⁹²Nombre chilote de las crías de lobos marinos.

encontraba en un lugar de fácil acceso, el cazador se acercaba con la red en las manos, la colocaba cerca del animal, a la distancia de un salto, tratando que quedase, dentro de lo posible, oculta por el agua, mientras un segundo cazador iba detrás sujetando el cabo de la larga cuerda de cuero. El primer hombre avanzaba más y despertaba a la presa con un grito o lanzado una piedra, para que ésta, asustada, al saltar cayese en la red, rompiendo con su peso las delgadas fibras de tendón de nutria que mantenían unida la malla al marco. Cuanto más se agitaba para escaparse, más se enredaba y los cazadores tirando de la larga cuerda de cuero conseguían traer el animal ensacado hasta la orilla, donde solían matarlo a golpes de garrote (Ibid.). Empeaire describe otro tipo de acción cinegética; dice que el cazador se aproximaba al animal por detrás de manera muy prudente y silenciosa, evitando gestos bruscos. Una vez cerca, dejaba caer la red encima de la presa que en su intento de escaparse se enredaba y se quedaba aprisionada (Empeaire, 1963).

En los años 40, tan solo un par de familias seguían saliendo de viaje (hacia las islas del Pacífico) con el objetivo de ir a cazar lobos marinos. Por lo demás, matar algún pinnípedo era un acontecimiento fortuito que podía producirse durante una expedición organizada para buscar leña al encontrarse un animal descansando en la playa (Ibid.).

El testimonio tardío de Alberto Achacaz (Vega, 1995: 34) relata lo siguiente:

“Los lobos no los cazábamos en el agua, sino que esperábamos que estuvieran en tierra. (...) Si un lobo salía a la tierra entonces los cazadores íbamos para “aguaitarlo” en el lugar donde estaba; los lobos están amontonados (atoja) abajo y uno tiene que buscar donde está la parte del viento, yendo en contra del viento; si va a favor del viento entonces el lobo lo olfatea, arranca y uno no lo alcanza a pescar. Si el viento viene para arriba entonces no siente el olor y ahí está bien y ahí lo caza”.

3.4.2.2. Aves

Las aves y sus huevos constituían un complemento calórico importante para la dieta de los indígenas. Gansos, cormoranes y pingüinos eran las especies que tenían más relevancia en su economía.

La *Chloëfaga picta*, localmente conocida como caiquén, era una de las cinco especies de ganso salvaje más abundantemente presente en el cono sur. Era una presa muy apreciada por los kawésqar, pero muy temerosa frente al ser humano. Para cazar el ganso salvaje, Gusinde relata que construían una especie de cabaña, de un metro de alto por un metro de largo, con las hojas del pangue⁹³; tras recubrir sus cuerpos con el negro polvo del carbón, usaban el armazón para mimetizarse. Vigilaban al animal con una trampa de lazo en la mano, esperando el momento propicio para dejar caer el lazo sobre su cabeza y tirar con fuerza arrastrándolo hasta el armazón, donde ponían fin a su vida, rompiéndole el cuello con un mordisco. Esta tipología de caza acontecía en la oscuridad de la noche, un cazador podía volver a su vivienda con entre cuatro y ocho gansos (Gusinde, 1974).

Emperaire habla de otra técnica⁹⁴ para cazar los caiquenes, sin mencionar la que describe Gusinde. Dice que estas aves, al ser sorprendidas por cualquier ruido, se tiraban al agua, entonces los cazadores las acorralaban con las canoas y les tiraban pequeñas piedrecillas para redirigir el grupo hacia la playa, donde las aprisionaban sin dificultad. Se supone que con las manos, no especifica si la golpeaban con el garrote o si las remataban de un mordisco (Emperaire, 1963).

⁹³ Se trata del nombre vulgar de la *Gunnera tinctoria* que en su sinonimia científica es conocida también como *Gunnera chilensis*. “Nalca” es otro de los nombres vulgares de esta planta. Es una planta herbácea con tallos gruesos y carnosos, perteneciente a la familia de las *Gunneraceae*https://es.wikipedia.org/wiki/Gunnera_tinctoria.

⁹⁴ Mientras era misionario en Chiloé, el padre García Martí pudo observar este mismo método de caza, en la laguna San Rafael, al otro lado del istmo Ofqui (Cfr. Emperaire, 1963).

Solían cazar con especial interés los cormoranes -nombre vulgar del género *Phalacrocorax*- siendo cuatro las especies que frecuentaban la costa occidental de la Patagonia; abundaban especialmente en el Estrecho de Magallanes. Poseían diferentes herramientas para ese objetivo: podían arrojarles piedras con la honda, cuando las aves caminaban sobre la arena o nadaban en el agua, menos frecuente era el uso del venablo que servía para cazar las aves cuando nadaban cerca de la canoa. La práctica más habitual era la caza nocturna, los indígenas actuaban en los lugares donde las aves solían ir a descansar, se trataba de espacios planos y de fácil acceso; llevaban consigo una antorcha de corteza y la mantenían escondida hasta estar lo bastante cerca del grupo de aves, entonces agitaban la antorcha para espantarlas y deslumbrarlas, seguidamente mataban las que podían a golpes de garrote. El botín generalmente estaba constituido por unas seis u ocho piezas. Mejores resultados daba la caza nocturna durante una tempestad. Ayudados por la complicidad de los ruidos atmosféricos, algunos cazadores llegaban al lugar de descanso de las aves y empezaban la matanza pasando totalmente desapercibidos; en este caso usaban la técnica del mordisco en el cuello para darle la muerte. Así una tras otra caían las aves, sin ni siquiera tener tiempo para darse cuenta de lo que estaba pasando y alarmar al resto de la bandada. Las dejaban en el suelo para ir a recogerlas a la mañana siguiente.

Había también quienes se reunían en grupitos, de seis a ocho individuos, para cazar los cormoranes que dormían en los abruptos acantilados. Uno o dos llevaban antorchas para iluminar el espacio donde los restantes miembros de la expedición mataban las presas con el garrote. Era un tipo de cacería que daba buenos resultados. Dejaban caer las presas en el suelo para recogerlas al emprender el camino de regreso al campamento.

También cazaban los cormoranes que pasaban la noche en las ramas de los árboles; el cazador trepaba al árbol y mataba sus presas con un fuerte mordisco provocándole la rotura del cuello (Gusinde, 1974).

La cacería de cormoranes había sido completamente abandonada no mucho tiempo antes de la llegada de Empeaire a Puerto Edén, como demostraban algunos jóvenes adultos kawésqar, entrevistados por el antropólogo, que recordaban haber salido a cazar esas aves. Empeaire con respecto a los cormoranes, en su trabajo, menciona únicamente el método de la caza nocturna con antorcha y bastón (Empeaire, 1963).

Los pingüinos estaban presentes en muchos lugares. Se los podía encontrar reunidos en pequeños grupos en el interior de los archipiélagos, mientras que las grandes bandadas vivían en las islas cerca del Pacífico. Era muy fácil atraparlos en los terrenos rocosos debido a que les resultaba imposible moverse con agilidad. Con cerrarles el paso era suficiente, seguidamente el cazador los golpeaba con un garrote hasta la muerte. La estación primaveral era el momento ideal para atrapar sin dificultad a los pingüinos mientras empollaban los huevos en hoyos excavados en la tierra (Gusinde, 1974).

A finales de los años 40, los kawésqar ya no iban en búsqueda de los pingüinos que se congregaban en las islitas juntas al océano. Empeaire, sin detenerse mucho en los detalles, refiere una antigua técnica de caza que consistía en retrasar los tiempos de fuga de la presa, entorpeciéndole el camino mediante la construcción de murallas de piedra o escavando fosos para finalmente capturarla (Empeaire, 1963).

En el territorio archipelágico, el pato quetro⁹⁵ -conocido como *pato a vapor*- tenía la costumbre de reunirse en pequeños grupitos, en lugares apartados de la presencia humana. En el mes de octubre, estas aves construían sus nidos

⁹⁵El pato vapor austral (*Tachyeres pteneres*), también conocido como pato vapor no volador magallánico.

escondidos entre los matorrales, los cazadores las sorprendían, les bloqueaban la salida hacia el mar, las agarraban con las manos desnudas y les torcían el cuello (Ibid.). Existía otro método para cazarlas que se empleaba con bastante más frecuencia que el anterior, sobre todo en los días primaverales. En las bahías donde se adunaban numerosos ejemplares de quetro, el cazador edificaba una cabaña de ramas de reducidas dimensiones, se ponía detrás de su escondite, quedándose totalmente quieto y extendía la vara de la trampa de lazo sobre el agua, mientras simulaba la llamada del quetro macho, esperaba que se acercase el grupo, entonces deslizaba el lazo sobre el cuello de una de las aves, para arrastrarla hacia la cabaña y estrangularla. Un solo cazador a lo largo de un día podía llegar a capturar más de diez patos, lo cual significaba una cantidad de carne consistente, considerando que cada pato tenía un peso medio de siete kilos. Refiere Empeaire que al parecer los indígenas, un siglo antes de su trabajo de campo, según la información aportada por W. Webster en 1829, empleaban la misma técnica de la cabaña pero en lugar de la trampa de lazo se habrían valido del arco (Ibid.: 186); no hemos podido contrastar este dato por no tener más información al respecto.

Gusinde también refiere que para capturar los patos empleaban la trampa de lazo pero no menciona la presencia de la cabaña en este tipo de labor cinegética. Expone que cuando los indígenas descubrían un grupito de patos, se mantenían escondidos detrás de unas ramas frondosas, producían un leve silbido para atraer los animales y atrapar, uno a uno, los que podían (Gusinde, 1974).

Históricamente en la estación primaveral los kawésqar se entregaban a la búsqueda de los huevos, era la época de los fructíferos viajes hacia las costas rocosas del Pacífico, donde se podían encontrar huevos en los numerosísimos nidos de gaviotas, pingüinos, quetros, caiquenes y otras aves. A finales de los cuarenta, Empeaire nos informa que las únicas dos familias de Puerto Edén que

seguían viajando y cazando, eran también las únicas que todavía se desplazaban hacia el océano para recolectar huevos. Los demás hacían algunas breves salidas hacia los acantilados donde se encontraban los nidos de los cormoranes a los cuales a menudo resultaba complicado acceder. Para recoger los huevos de cormoranes los indígenas debían valerse de la ayuda de largas varas. Había nidos que sólo se podían alcanzar escalando los acantilados, eso implicaba un conjunto de acciones peligrosas que algunos kawésqar emprendían teniendo una sola mano libre, mientras en la otra llevaban la vara. Una operación menos peligrosa era la recolección de los huevos del pato quetro: los indígenas buscaban con la mirada al macho, a lo largo de las costas boscosas, una vez avistado, le seguían con mucha cautela ya que les habría conducido al nido del cual, como padre, nunca se alejaba mucho. Además de despojar el nido de los huevos (solían hallar entre 6 y 8) se llevaban a la hembra (Empeaire, 1963).

De golondrina de mar se encontraban muchísimos huevos, mientras que la recolección de huevos de las otras especies de aves marinas resultaba siempre menos rentable (Ibid.).

3.4.2.3. Nutria, huemul, coipo

El número de nutrias marinas (*Lutra felina*) había disminuido de forma considerable a principio del siglo XX, debido al estrago hecho por los cazadores de pieles. Quedaban pequeños grupos que frecuentaban los canales más retirados. Los nativos, en los años veinte, todavía las cazaban con la ayuda de sus perros. Había que evitar atacarlas con el arpón o con el venablo porque se habría echado a perder la preciada piel de este animal del cual los nativos no solían aprovechar la carne, tras despellejarlo, generalmente tiraban el cuerpo al mar. Mientras la mujer remaba, el hombre se centraba en buscar huellas de nutria, cuando las avistaba ordenaba a los perros bajarse de la canoa, éstos nadando llegaban a la orilla y empezaban a inspeccionar la playa. Rápidamente

encontraban las madrigueras de las nutrias, las mataban mordiéndola en el hocico y la llevaban a la canoa (Gusinde, 1974).

Tanto los perros como muchos indígenas presentaban cicatrices causadas por las mordeduras de las nutrias.

En la época de Empeaire, los kawésqar habían conseguido fusiles de los cazadores chilotes mediante operaciones de intercambio; los empleaban para cazar las nutrias siempre cuando tuviesen las municiones que adquirirían de los chilotes a cambio de pieles. También disponía de comunes trampas de resorte que se encontraban habitualmente en comercio y que obtenían de los cazadores de pieles. Utilizaban la trampa como los cazadores chilotes, colocándolas, con algún tipo de cebo -que podía ser un pescado o un marisco- o sin nada, en un punto lateral del estrecho camino marcado por la presa, atada a un árbol mediante un alambre o una cadena. La trampa se instalaba lateralmente con respecto al camino seguido por el animal para que se quedase atrapado con las patas anteriores, evitando así daños más grandes en la piel (Empeaire, 1963).

El coipo (*Myocastor coypus*) como la nutria era cazado básicamente por su piel, no lo comían (Gusinde, 1974). Los cazadores en compañía de sus perros rodeaban los grupos de coipos, en la orilla del mar y los mataban a garrotazos (Empeaire, 1963).

Empeaire afirma que tanto la nutria como el coipo podían llegar a servir de alimento tras la cocción; en el caso particular de la nutria, una vez cocida su carne perdía, en parte, el mal olor que la caracterizaba (Ibid.).

Coipo y nutria se cazaban en la orilla, con el huemul cambia el escenario de la cacería, sin embargo, como en los dos casos anteriores, los perros protagonizaban la acción cinegética (Ibid.).

Del huemul, el gran ciervo local, les interesaba la piel y la carne (Gusinde, 1974). Su hábitat son las zonas abiertas de la montaña, más arriba del bosque, cerca de las nieves eternas. Los indígenas solían cazarlo valiéndose de la ayuda de sus perros (Emperaire, 1963). Para cazarlo tenían que enfrentarse a largas caminatas (Tonko, 2008). Cuando localizaban una huella fresca, soltaban los perros para que encontrasen al animal; una vez hallada la presa, los cazadores entraban en acción asestándole un golpe mortal en la cabeza con un garrote o con una simple piedra. En invierno el animal bajaba hacia las costas, cerca de las salidas de los ríos en busca de alimento; al ser sorprendido por los perros, se lanzaba al agua en el intento de escapar nadando en dirección a otra isla cercana. Los cazadores seguían la presa en canoa y la hostigaban con el arpón (Emperaire, 1963), según José Tonko lo ahogaban (Tonko, 2008).

Gusinde refiere que según el diario de la fragata Santa María -y cita entre comilla las líneas relativas de esa fuente-, los nativos cazaban los cérvidos valiéndose de garrotes, piedras, arcos y flechas pero remitiéndonos directamente al texto original se puede comprobar que se trata de una confusión que podría haberse originado por una traducción equivocada. La fuente original dice textualmente lo siguiente:

“(...) y entonces auxiliados de los perros los acaban de matar á palos y pedradas, pues su flechas y demás armas no son á propósito para este género de caza.”(Vargas y Ponce, 1788: 340)

Las carnes del huemul, como la del guanaco, eran consideradas auténticas exquisiteces (Gusinde, 1974).

Durante el invierno, los indígenas que en los años 40 residían en Puerto Edén iban detrás de las huellas de los huemules que frecuentaban las cumbres de la isla Wellington (Emperaire, 1963).

3.4.2.4. Ballenas

En cuanto a las ballenas, hay que precisar que no eran objeto de una caza en sí, si no de una acción de remolque que implicaba instrumentos de caza.

Antes que la presencia europea se hiciera más estable en los mares del sur, un número relevante de ballenas solía frecuentar el área entre la península Brecknock y el cabo Tres Montes. Ya en las primeras décadas del siglo XX se había convertido en un acontecimiento poco probable que una ballena se internase en las costas occidentales de la Patagonia; pero seguía ocurriendo ocasionalmente que algunas enfermas o próxima a la conclusión de su ciclo vital se abandonasen a la voluntad de las olas, convirtiéndose en una magnífica presa para los locales (Gusinde, 1974). A veces sucedía que las ballenas encontrasen la muerte sorprendidas por la baja marea en la bahía de algún canal (Empereire, 1963).

Una bandada de aves de presa solía señalar la presencia de una ballena debilitada o muerta la cual se quedaba en la superficie del agua sin manifestar movimientos perceptibles. Las aves de presa que sobrevolaban el animal lo seguían y aumentaban conforme éste iba acercándose a tierra, transportado por la corriente. Podía suceder en un canal resguardado -donde el remolque se hacía menos dificultoso- o en un espacio marino más abierto. Los indígenas se mantenían atentos, en todo momento, hasta que consideraban que había llegado la hora de actuar. El proceso de observación y espera podía durar algunos días; a los primeros en avistar la ballena les daba tiempo avisar a los vecinos, y a éstos llegar al lugar. Los informaban con dos grandes y densas nubes de humo que se perpetuaban durante un par de horas, cuyo significado era indudable (Gusinde, 1974).

En menos de una semana podían acudir alrededor de veinte embarcaciones, cada una transportaba entre tres y seis hombres. Venían con las familias y acampaban en las cercanías. Los unía un claro objetivo común, transportar el

gigantesco animal hacia tierra firme para luego banquetear. Juntos salían en busca del cetáceo llevando consigo los grandes arpones los cuales hundían en el cuerpo del moribundo, manteniendo cada individuo sujeta la cuerda de su arma o las cuerdas si le había clavado más de un arpón. Todos tomaban la misma dirección de vuelta hacia la orilla, aprovechando el flujo de las corrientes marinas. Podían emplear todo el día esperando el momento oportuno cuando la llegada de la marea alta les facilitaba la faena de subir el gigante a la playa. Siempre se trataba de conducir el remolque hacia una playa amplia y de pendiente suave. Con el comienzo de la marea baja, el animal devenía accesible a todos los miembros de las familias que se habían quedado en la playa. Empezaban entonces a cortar trozos del animal que les habría proporcionado un sustancioso alimento durante varias semanas, tras las cuales volvían a su alimentación ordinaria. Además de grasa y carne obtenían del cuerpo del mamífero valiosas materias primas cuales fibras de tendón, hilos de barba y huesos de costillas para la fabricación de utensilios (Ibid.).

A veces los indígenas se encontraban con el trabajo hecho, cuando hallaban una ballena ya depositada en la costa por las corrientes, pero en este caso el animal podía encontrarse en estado de descomposición (Ibid.).

Todavía a finales de los 40, si llegaba a Edén noticia del varamiento de una ballena, algunas familias salían a buscar al cetáceo, establecían el campamento lo más cerca posible del animal y se dedicaban a comer su carne durante varios días. Cuando volvían, su aspecto había cambiado, habían almacenado bajo la piel una relevante cantidad de grasa. Emperaire pudo comprobar cómo el festín de carne y grasa tenía efectos duraderos, en términos de aumento de peso, sobre los cuerpos de los indígenas que se mantenían rellenos y voluminosos durante un tiempo (Emperaire, 1963).

El hallazgo de una ballena varada fue motivo de reuniones y fiestas en la época antigua, mientras mantuvieron su estilo de vida tradicional, aprovechaban la ocasión para las celebraciones de fiestas y rituales (Ibid.).

3.4.3. Preparación de alimentos de caza

Preparación de la carne de pinnípedos. De vuelta al campamento, desollaban los animales, luego separaban la grasa de la piel -precisa Empeaire (Empeaire, 1963)- que ponían a secar; con la colaboración de mujeres y niños les sacaban hígado, pulmones y corazón y los arrojaban al agua, lo mismo hacían también con la gran mayoría de los intestinos. Colgaban la presa a un árbol o sobre el techo de la vivienda para que no fuera accesible a los perros. Cada uno iba cortando trozos de carne a su antojo con una concha afilada, los cocía por ambos lados sobre las brasas o los asaba dejándolo pender de una vara sobre el fuego. Se dedicaban al banquete de carne de lobo durante unas cuatro o seis semanas antes de regresar a los canales por donde se movían habitualmente (Gusinde, 1974). Solo aprovechaban la carne y la grasa (Empeaire, 1963). Empeaire especifica que empezaban a comer la carne cuando ésta se ponía ligeramente verdosa a la vez que se empezaba a caer el pelo de la cabeza de la presa; manifestaban cierta predilección por los sesos y la lengua. La grasa la consumían fresca, cortada en tiras, cada uno pasaba la suya por el fuego para que empezara a derretirse convirtiéndose en aceite que chupaban con gusto; repetían la misma operación varias veces hasta que dejase de soltar aceite, entonces lo que quedaba de la tira lo troceaban para seguidamente tragarlo (Empeaire, 1963).

Preparación de la carne de ave. Desechaban la cabeza y el pescuezo tras cortarlos, practicaban un corte longitudinal para sacar los intestinos. Quitaban solo las plumas grandes y ponía el animal sobre las brasas dejándolo el tiempo necesario para que se quemase la piel, entonces lo desollaban. Volvían a

ponerlo sobre las brasas unos minutos hasta que estuviese listo para comer. Lo corriente era que un solo individuo comiese el pájaro entero, tirando los huesos (Gusinde, 1974).

Según Emperaire lo asaban superficialmente y se lo comían casi crudo, el hígado y las mollejas las cocían a parte (Emperaire, 1963). Los huevos que se recolectaban en primavera no se consumían crudo, se solían también cocer en forma de huevos duros, en las cenizas o en las brasas tras perforar la cascara (Gusinde, 1974).

Apreciaban las carnes de aves jóvenes y grasosas. No comían aves de rapiña ni gaviota, las consideraban pájaros sucios (Ibid.).

Preparaban un embutido rellenando el esófago de un cormorán con las vísceras de la misma ave, cerraban luego los extremos con fibras de tendón o con un trocito de madera. Se cocía sobre el fuego durante unos veinte minutos y se consumía el mismo día o el siguiente (Ibid).

Preparación de la carne de ballena. Cuando asaban la carne de ballena recogían la grasa que goteaba con una concha de mejillón para beberla. Tenían la costumbre de hacer una salchicha rellenando un segmento de intestino con recortes de grasa, la ponían cerca del fuego, esperaban que se derritiera el contenido para tomarlo como si fuera una bebida (Gusinde, 1974). Byron nos ofrece el testimonio del avistamiento de unos nativos cortando trozos de una ballena cuyo hedor revelaba que su carne estaba putrefacta (Ibid.)

3.4.4. Pesca y marisqueo: instrumentos y técnicas

Instrumentos y técnicas de pesca

Para finales de los años cuarenta ya no sobrevivían las actividades vinculadas a la pesca tradicional, aunque sí permanecían trazas de ellas, en algunos rincones del territorio y en la memoria de los más ancianos de aquella época (Empeaire, 1963).

Corrales y otros instrumentos

Restos materiales de las que un tiempo habían funcionado como pesquerías se encontraban en ciertas bahías estratégicamente ubicadas en las desembocaduras de los ríos. Se trataba de pequeños recintos de piedras, altos unos 30 cm.; durante la marea alta, los peces entraban en estas especies de diques y se quedaban atrapados cuando el agua retrocedía. Con este sistema atrapaban robalos y pejerreyes (Empeaire, 1963). Estratos arqueológico, enteramente constituidos de desechos de peces, han sido hallados en algunos de los antiguos campamentos kawésqar, testimoniando la importancia que, un tiempo, tuvo el pescado en su alimentación (Ibid.). Los mayores de la comunidad de Puerto Edén, entrevistados por José Tonko, lo corroboran (en relación a su antepasados): *“El pescado siempre ha sido comida desde tiempos remotos, desde los primeros tiempos era comida de los difuntos kawésqar, yo lo sé. Y entran y se comen aquíabajo y al otro lado, es comida, tanto el grande como el chico”* (Tonko, 2008: 21).

Testimonios de principios del siglo XVIII, relatan la existencia de pesquerías hechas con palos de madera en Chiloé; aquí los pescadores les daban el nombre de “corrales” y durante la marea baja podían llegar a capturar una enorme cantidad de robalos (hasta 500). En el territorio kawésqar obviamente no se han conservado restos de pesquerías de madera (Empeaire, 1963), sin embargo en

el diario de la *Santa María de la Cabeza* encontramos la siguiente anotación relativa a los kawésqar: “(...) *suelen en baxa mar clavar unos palos puntiagudos en algunos parages de la playa formando una especie de pesquera; pero no se puede afirmar que cojan de esta suerte el pescado*” (Vargas y Ponce, 1788: 341). Aunque la tripulación no vio para que usasen los indígenas esa tipología de diques, es evidente que tenía que tratarse de pesquerías, como el mismo autor del relato sugiere. José Tonko, por su parte, refiere que los kawésqar edificaban tales recintos utilizando ramas que iban entretejiendo, sin mencionar el uso de piedras (Tonko, 2008).

Los mayores entrevistados por Empeaire no manifestaron guardar recuerdos de las pesquerías, ni tampoco del uso de redes o anzuelos, a cambio recordaban haber empleado arpones para pescar (Empeaire, 1963). Byron mencionaba el empleo de arpones para ensartar peces y añadía que los kawésqar además apresaban los peces con la ayuda de perros; al parecer, los perros los empujaban hacia la costa y ahí los indígenas los aprisionaban con las manos (Byron, 2006). Gusinde describe, como ya hemos visto, una horquilla multifuncional que usaban para ensartar los mariscos y los peces róbalos (Gusinde, 1974), podría ser este el arpón al que se refería Byron. Es asimismo posible que estas fuentes (nos referimos a Byron y a los descendientes entrevistados por Empeaire) llamen arpón uno de los venablos que los Kawésqar usaban para cazar y que en algunas ocasiones les podían servir también para capturar los peces.

Las técnicas de pesca que implicaban diques, arpones y perros se vinculaban con el ámbito de las ocupaciones masculinas (Empeaire, 1963: 182).

Gusinde refiere que eran mujeres quienes capturaban peces con la mencionada horquilla (Gusinde, 1974). Hay que recordar que el reparto de las tareas no estaba sometido a una ley rígida.

Gusinde habla muy poco de la pesca y no menciona la técnica del corral.

Según el testimonio que nos ofrece el diario de la fragata *Santa María*, los kawésqar parecían no tener redes ni anzuelos. El narrador dice que los habían observado salir en sus canoas llevando unas varas aguzadas que les servían para matar a los peces: los ensartaban tras haberlos atraído con un cebo que pendía de una cuerda atada a una de esas mismas varas. Anota que habían tratado de entrevistar a los indígenas para que explicasen su método de pesca, pero sin resultado (Vargas y Ponce, 1788).

Unos cuantos años más tarde, en 1829, Webster, quien viajaba en la *Chanticleer* como cirujano, apuntaba algunos detalles sobre una técnica de pesca efectuada por las mujeres que había tenido la oportunidad de observar en más de una ocasión: ataban a una de las dos extremidades de una cuerda una concha, con su molusco adentro, mientras el pez comía el cebo, la pescadora, con extremo cuidado y paciencia, sacaba el pez del agua, con una mano seguía sujetando la cuerda mientras en la otra apretaba a la presa hasta lanzarla dentro de la canoa (cfr. Empeaire, 1963). Habría podido tratarse de una variación de mismo método descrito por el diario de la fragata *Santa María*.

Como hemos visto, a diferencia de lo que se registró en el diario de la nombrada fragata, redes sí que tenían los kawésqar. Dabbene, de manera muy genérica, señala que para la pesca, entre otras herramientas, utilizaban también redes hechas con tendones de lobos marinos (Cfr. Gusinde, 1974). Sin embargo los kawésqar interrogados por Empeaire parecían no mantener recuerdo alguno con respecto al uso de la red para las actividades de pesca (Empeaire, 1963).

En los años 20 del siglo XX apenas comían pescado (Gusinde, 1974). Empeaire atestigua que los residentes en Puerto Edén ya no pescaban, el pescado se reducía, en esa época, a un complemento mínimo y ocasional en su alimentación. Se limitaban a aprovechar las sardinas que varaban en la playa. Los niños de Puerto Edén se divertían atrapando pequeños peces usando un hilo y un mejillón como cebo, es decir, empleaban, más de un siglo después, la

misma técnica que Webster había observado. Al igual que hacían con todos los pequeños animales que capturaban, lo niños los cocían en seguida y los comían (lo mismo pasaba con las ratas y los pajarillos) (Emperaire, 1963).

Instrumentos de marisqueo

Existían una serie de instrumentos que se distinguían por ser ligeros, con éstos las mujeres iban a buscar y a recoger diferentes tipos de alimentos. Eran usualmente los hombres quienes los confeccionaban, a veces con la ayuda de sus compañeras (Gusinde, 1974).

Horquilla centollera

Era una herramienta específica para la caza de centollas hacia las cuales tenía una especial predilección.

La horquilla presentaba una estructura compuesta por dos elementos: un palo y una especie de tridente de cuatro puntas. El palo solía ser largo unos tres metros o más, se hacía a partir de un tronco ligero y regular -de *Nothofagus betuloides*, *Maytenus* o *Drimys winteri*- el cual, en primer lugar, se sometía a un proceso de descortezamiento, para luego lijarlo con una piedra pómez. Al extremo más grueso de este palo posteriormente se habría atado, con una cuerda de cuero, cuatro dientes afilados. Para elaborar tal “cuadridente” se cogía una vara de calafate de tronco liso (*Berberisilicifolia*)⁹⁶ larga alrededor de 80 centímetros y con un diámetro de unos 20 centímetros, se le practicaban dos cortes transversales, en la mitad más ancha, dando lugar a cuatro varillas a las cuales se les sacaba la punta, convirtiéndolas en dientes afilados; dos cortas

⁹⁶ Se trata de una especie que pertenece a la familia de las berberidáceas. Esta planta crece como un arbusto, puede llegar a tener una altura de cuatro metros. Su hábitat es el sotobosque (es decir, aquella área de un bosque que crece más cerca del suelo), crece en las regiones meridionales de Chile y Argentina (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Berberis_ilicifolia).

estacas interpuestas, aseguradas con una cuerda de junquillo, servían para mantener los dientes separados entre ellos. Las centollas se desplazan a lo largo del fondo del mar, a menudo a profundidades difíciles de alcanzar, por esto se hacía necesario un instrumento largo y apuntito como la horquilla para poder capturarlas (Gusinde, 1974).

Horquilla multifuncional

Se trataba de un instrumento menos resistente que la horquilla empleada para extraer centollas, era además multifuncional que se empleaba indistintamente para sacar del mar mejillones, caracoles y erizos marinos y para ensartar los róbalo. Se confeccionaba a partir de una vara delgada de entre dos y dos metros y medio de longitud, cualquier tipo de madera podía servir -no era necesario una madera específica-, se le sacaba primero la corteza, luego se pulía la superficie de las eventuales imperfecciones. Se cogían tres o cuatro varitas sutiles de calafate de tronco liso (*Berberisilicifolia*)-conocida por ser una madera dura y filamentosa-, de unos 30 centímetros de larga, se pasaban por las llamas para curvarlas ligeramente hacia fuera; luego se les sacaba una punta bien afilada y se las disponía alrededor del extremo superior de la estaca, donde se amarraban con hilos de tendón. Era un arma ligera, fácil de manejar, asomándose desde la canoa la mujer podía atrapar peces o crustáceos, atravesándolos o enganchándolos con las puntas para subirlos a bordo.

A diferencia de los yámana, no tenían una horquilla específica para la recolección de los moluscos de la familia de las *Mytilidae* dado que no constituían un alimento tan absolutamente predominante en la dieta de los kawésqar (Gusinde, 1974).

Partidor de valvas

Se fabricaba con una vara recta (de un metro de largo), generalmente se escogía un tallo de calafate de tronco liso (*Berberis ilicifolia*) -cuya madera, como ya se ha referido, era apreciada por ser muy dura- que se trabajaba aplanándolo gradualmente hacia el extremo inferior hasta otorgarle la forma de una paleta. Este instrumento resultaba necesario cuando las mujeres, durante la marea baja, se dedicaban a extraer del fondo marino moluscos, los cuales se encontraban pegados al suelo y dispuestos de tal manera que formaban una colonia muy compacta e impenetrable; para romper esa unidad y poder finalmente sacar los moluscos a superficie, necesitaban valerse del partidor de valvas. Generalmente toda mujer llevaba consigo este tipo de instrumento, si se le rompía o perdía, recurría a la alternativa de remplazarlo por cualquier palo largo que estuviese a su alcance (Gusinde, 1974).

Canastos

A lo largo de todo el extenso territorio de la Patagonia, en los pantanos de reducida profundidad, durante todas las estaciones del año se encontraban tallos de junquillo (*Marsippospermum grandiflorum*⁹⁷) que se empleaban para la elaboración de canastos. Estos útiles solían tener la forma de un cilindro. Con el paso del tiempo y la constante exposición a la humedad, perdían su forma original, se arqueaban en la parte inferior y adquirían un aspecto irregular y

⁹⁷Conocido localmente con el nombre común de junco, junco de la Patagonia, junco de Magallanes, junco de Tierra del Fuego, *Marsippospermum grandiflorum* es su nombre científico. Es una planta perene que pertenece a la familia de las *Juncaceae*. Alcanza una altura de entre 30 y 50 centímetros. Su hábitat son los sectores húmedos como las turberas. En Chile, crece entre el archipiélago de las Guaitecas y la Región de Magallanes (cfr. http://www.chilebosque.cl/herb/marsippospermum_grandiflorum.html)

achatado. La abertura habitualmente medía unos 16 cm de diámetro y tenía una profundidad, en media, de unos 18 cm; los había también de tamaños más grandes (Gusinde, 1974).

Cooperhabla para la cestería fueguina de “*semi-trenzado espiral*” (cfr. Gusinde, 1974: 279). Se trata de un anudado sencillo, hecho con un solo filamento de junquillo, trenzado en forma de anillo. Podían tener un asa que estaba constituida por tres tallos de junquillo liados uno entorno al otro.

Cada tallo de junquillo antes de ser trenzado venía aplanado entre dos piedras, se solía utilizar el mismo día, unas horas después de ser cortado, no se podía esperar mucho tiempo puesto que se ponía duro muy rápidamente, sus fibras perdían elasticidad y devenían inutilizable. Para trenzar las mujeres se valían de una especie de punzón hecho con cuerno de huemul (Gusinde, 1974).

Según lo observado por Empeaire, si los tallos no se usaban en seguida, para mantenerlos fresco, los ponían debajo del follaje de la cama. Dice que antes de trenzarlos, las mujeres flexibilizaban los tallos pasándolos varias veces por las brasas. Luego sujetando un manojo de tallos con ambas manos, recorrían toda su longitud mascándola. El canasto para la pesca presentaba una forma circular y requería un trenzado en espiral de mallas sueltas. A cambio, para guardar sus objetos personales, las mujeres confeccionaban unos canastos rígidos, mediante un trenzado fino y apretado, que podían llegar a tener dimensiones bastante grandes, aunque normalmente medían unos 20 centímetros de diámetro. Incluían una tapa de forma circular. Se conocían con el nombre de *tayo*. En los años ´40 usaban los *tayo* sobre todo para realizar trueque en las naves de paso (Empeaire, 1963).

Técnicas de marisqueo

En la franja que va desde el estrecho de Magallanes hasta el Golfo de Penas dos especies de moluscos pertenecientes a la familia de las *Mytilidae* son cuantitativamente protagonistas con respecto a los demás. Localmente la primera especie se conoce con el simple nombre de mejillón o choro⁹⁸ mientras que a la segunda se le llama cholga. Ambos eran alimento cotidiano en la dieta de los kawésqar que, a poder elegir, preferían las cholgas a los mejillones. Había otros moluscos más pequeños que las mujeres recolectaban en algunas ocasiones, por ejemplo cuando no encontraban una cantidad suficiente de las dos mencionadas especies de *Mytilus*, éstos eran: *Lapa*⁹⁹, *Machas*¹⁰⁰, *Patella*, *Chiton*, *Pecten*, *Venus*, *Photinella*, *Solen*, *Voluta*, *Trochus* (Gusinde, 1974; Empereire, 1963).

La recolección de mariscos era una práctica diaria. Una mujer sola -o en compañía de otras mujeres -que en general eran sus hijas- por la mañana salía a recolectar mariscos, si había bajamar lo hacía andando. Llevaba consigo un canasto y una paleta (el partidador de valvas) para despegar los moluscos del sitio al que estaban adheridos. De éste se valía bien para alcanzar los moluscos que yacían debajo del agua y despegarlos de las rocas, bien para romper las compactas colonias que llegaban a formar. Cada indígena poseía uno. En caso de no tener cerca una franja de playa, ellas se veían obligadas a vadear el agua para recolectar los moluscos.

En las riberas del estrecho de Magallanes y en las islas australes, el ambiente se presentaba más favorable que en los archipiélagos patagónicos para recolectar

⁹⁸ Su nombre científico es *Mytilus chilensis*. De forma coloquial se la define también chorito o quilmahue. Se trata de un molusco bivalvo que pertenece a la familia *Mytilidae* (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Mytilus_chilensis)

⁹⁹ Lapa es el nombre vulgar de un molusco conocido científicamente como *Fissurella*.

¹⁰⁰ La macha, *Mesodesmadonacium*, es un moluscobivalvo de la familia *Mesodesmatidae* (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Mesodesma_donacium).

los mejillones, que se encontraban al alcance de la mano, durante un paseo a pie; los amplios tramos de playa que quedaban al descubierto con la marea baja lo permitían y la indígena rellenaba su canasto con rapidez.

La situación más habitual era que las mujeres tuviesen que salir con la marea alta, entonces tenían que coger la canoa. Se mantenían junto a la orilla, iban recolectando los moluscos fácilmente alcanzables con sus manos y los depositaban en el piso de la embarcación. Se valían de las horquillas para atrapar los mariscos más grandes que se encontraban a más profundidad.

Una indígena asomándose desde la embarcación hundía en el mar la horquilla centollera cuyos dientes clavaba, con un fuerte golpe, en el caparazón de los grandes cangrejos -las enormes centollas¹⁰¹ y los centollones patagónicos¹⁰²- para depositarlos dentro de la canoa. Capturaba además erizos marinos¹⁰³ y locos¹⁰⁴. No podía hacerlo si el mar estaba agitado al no tener visión del fondo.

Otra opción era sumergirse directamente en el agua, llevando entre los dientes el canasto en el que iba depositando lo que encontraba (Gusinde, 1974).

A finales de los cuarenta, las mujeres seguían recolectando mariscos con sus herramientas tradicionales: desprendían moluscos cuales las machas de las rocas con el partidador de valva, salían con sus canoa armadas de la horquilla para sacar del mar los crustáceos y todavía practicaban el buceo, alcanzando

¹⁰¹Su nombre científico oficial es *Lythodes santolla*, Gusinde y Emperaire la mencionan como *Lythodes antártica*. Entre sus nombres vulgares encontramos: centolla magallánica, centolla austral, centolla chilena. Este crustáceo aparece en el fondo marino entre noviembre y finales de enero (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Lithodes_santolla; <http://www.inidep.edu.ar/ayuda/centolla-lithodes-santolla/>).

¹⁰²Es un crustáceo cuyo nombre científico es *Paralomis granulosa*, vulgarmente se conoce también como centollón magallánico, centollón austral y falsa centolla (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Paralomis_granulosa; <http://www.inidep.edu.ar/ayuda/centollon-paralomis-granulosa/>).

¹⁰³Se trata del *Loxechinus albus* (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Loxechinus_albus).

¹⁰⁴ El loco, científicamente conocido como *Concholepas concholepas*, es un molusco gastrópodo bentónico (cfr. https://es.wikipedia.org/wiki/Concholepas_concholepas).

profundidades de hasta ocho metros para poder acceder a los mariscos más apetecibles de mayor tamaño. Con las brasas que transportaban en la canoa, encendían un fuego en el lugar del cual se iban a tirar al agua -normalmente eran rocas-; se desvestían y acto seguido una se sumergía, cuando estaba cansada iba a calentarse a lado del fuego, mientras otra le daba el releve. Llevaban el canasto entre los dientes para depositar los erizos, los racimos de cholgas, a cambio, los trasportaban en mano hasta la superficie. Si el tiempo las acompañaba, el paseo por las islas podía alargarse. Sucedió que además de marisquear, fueran a recolectar juncos para hacer canastos y hierbas o ramas para acondicionar y renovar las camas. Choros y erizos se habían convertido para ese entonces en un artículo que usaban para hacer trueques en los barcos (Empeaire, 1963).

3.4.5. Preparación de mariscos y peces

Preparaban moluscos y crustáceos de la misma manera. Los dejaban cocer algunos minutos sobre la brasa hasta que se abriesen las valvas. Un individuo se quedaba saciado tras comer entre veinticinco y treinta piezas de mejillones. Los erizos los comían crudos después de haberlos sacado con el dedo de su concha calcárea. La carne de los crustáceos les resultaba especialmente apetecible y ofrecía una agradable variación en el menú principal (Gusinde, 1974).

En la época de la investigación de Gusinde, los kawésqar no comían pescado a menudo, cuando preparaban los peces les quitaban las escamas valiéndose de las conchas de los mejillones y los asaban enteros en las cenizas calientes sin quitarles las entrañas (Ibid.).

Las machas se consideraban una verdadera golosina. Todos los mariscos se comían cocido menos las machas y los erizos que se comían crudo pero sólo en

el mismo día de ser recolectados, después de un día se hacía necesario cocerlos debido a una interdicción (Empeaire, 1963).

Durante su día en la vivienda, en los años 40, los kawésqar pasaban el tiempo cociendo en la ceniza mejillones, cholgas y otros mariscos, de los cuales siempre guardaban una porción bajo las ramas que formaban su lecho. Era suficiente valerse tan solo de la uña del dedo o de una concha para despegar el molusco de la valva y seguidamente llevarlo a la boca (Ibid.).

3. 4.6. Recolección de vegetales

La cantidad y variedad de vegetales que tenían a disposición eran exiguas y ocasionales: bayas, tallos y algunas setas. Durante el verano austral, especialmente en el mes de enero, las mujeres cosechaban las bayas a lo largo de las playas y por los pantanos. Las únicas de sabor dulce que les brindaba su entorno las producía el calafate espinoso (*Berberis buxifolia*) y el calafate de tronco liso (*Berberis ilicifolia*), dos arbustos que crecía en las playas bajas y menos expuestas a los vientos. Muy apreciadas eran las bayas producidas por una mirtácea rampante, la *myrteola nummularia*¹⁰⁵. Consumían con cuidado y moderación el fruto de la chaura (*pernetya mucronata*)¹⁰⁶ pero solo después de pasarlas rápidamente por el fuego para reducir sus propiedades laxantes.

¹⁰⁵ Se trata de la especie del género *Myrteola* perteneciente a la familia *Myrtaceae*. Sus nombres vulgares son: *daudapo*, *mirteola*, *murta*, *té de malvinas*, *comohuarapo* y *ñaurapo* (<https://es.wikipedia.org/wiki/Myrteola>).

¹⁰⁶ Es uno de los sinónimos científicos de la *Gaultheria mucronata*, un arbusto frondoso de la familia de las ericáceas, su fruto es una baya con forma de ciruela. Es ligeramente amarga pero agradable al paladar. Nombres comunes: *chauraypernetia* (https://es.wikipedia.org/wiki/Gaultheria_mucronata)

Emperaire menciona que aprovechaban para comer también las flores de la coicopihue (*philesiabuxifolia*)¹⁰⁷ (Emperaire, 1963).

Además encontraban la parrilla (*ribesmagellanicum*¹⁰⁸), las murtillas (*ugni molinae*¹⁰⁹), las murtillas de Magallanes (*empetrumrubrum*¹¹⁰) y los tallos del pangue¹¹¹ y del apio silvestre; hay que subrayar que se trataba de hallazgos casuales (Gusinde, 1974).

En el diario de la *Santa María* se lee que los indígenas comían las raíces del apio silvestre tras haberlas cocidas al fuego (Vargas y Ponce, 1788), Emperaire plantea el hipótesis de que podía haberse tratado de algún tipo de raíz con rizomas, pero que en la época del antropólogo ya no las consumían (Emperaire, 1963).

Disponían de tres especies de callampas comestibles: el políporo (*fistulina antarctica*) que crecía en los troncos del coihue, la *cyttaria darwinide* color naranja y la *tremella mesenterica* de color negro, las últimas dos crecían se daba en el roble (ibid.).

Los indígenas además solían aprovechar la savia que hallaban debajo de la corteza de los árboles; asimismo recolectaban ciertos gusanos blancos que

¹⁰⁷ *Philesiabuxifolia* es el sinónimo del nombre científico oficial de la *Philesiamagellanica*, sus nombres comunes son: coicopihue, copihuelo, coicopiu, colcopihue, copihue chico, copihue chilote, pichi-copihue, colcopín, copihue de la cordillera. Es una liana (<https://es.wikipedia.org/wiki/Philesia>).

¹⁰⁸ Comúnmente se denomina *uvilla*, *parrilla*, , es un arbusto perteneciente a la familia de las Saxifragaceae (cfr. https://en.wikipedia.org/wiki/Ribes_magellanicum)

¹⁰⁹ Su nombre científico es *Ugnimolinae*, se trata de un arbusto perteneciente a la familia de las mirtáceas, productor de frutos rojo. Es conocida también como "murta", "uñi", "mortillo" (https://es.wikipedia.org/wiki/Ugni_molinae).

¹¹⁰ Conocido también como murtilla de Magallanes, brecillo o uvilla, es un arbusto de la familia de las *Ericaceae* (https://es.wikipedia.org/wiki/Empetrum_rubrum).

¹¹¹ *Gunneratinctoriaes* el nombre científico de esta planta. *Nalca* y *pangue* son sus nombres vulgares, ambos provienen del mapudungun. En otras lenguas es conocida como "ruibarbo de Chile" debido a su semejanza con el verdadero ruibarbo (*Rheumrhabarbarum*). Las hojas son empleada para separar los ingredientes en la preparación de un plato tradicional de Chiloé cual es el curanto (https://es.wikipedia.org/wiki/Gunnera_tinctoria).

también encontraban debajo de la corteza de los árboles secos, su sabor ligeramente dulce los hacía agradable al paladar, dentro de su dieta constituían una ingesta esporádica (Ibid.).

En cuanto a los vegetales del mar, Gusinde afirma que las algas, ordinariamente consumida por los chilotos, no eran aprovechadas por los kawésqar: el cochayuyo (*durvillea utilissima*), el luce (*uva latissima*), las algas pardas y un alga verde. Lo justifica añadiendo sumariamente que no se podían consumir crudas y no disponía de ollas para cocerlas (Gusinde, 1974). Emperaire relata que cuando conoció a los Kawésqar ellos ya no comían algas pero, a diferencia de Gusinde, remarca que las consumieron crudas a lo largo de su historia, hasta la época cercana a la estancia del investigador francés en Edén (Emperaire, 1963).

3.4.7. Conservación de alimentos

El alto grado de humedad del ambiente de los archipiélagos complicaba la práctica de conservación de víveres para su almacenamiento; podían conservar durante tres o cuatro meses grasa de ballena y trozos de grasosa carne de pinnípedos depositándolos en un hoyo que cavaban en un terreno pantanoso y tapaban con una capa de hierba y raíces¹¹² (Gusinde, 1974).

Tenían la costumbre de conservar en una bolsa de cuero o en un intestino de lobo marino la grasa derretida de este mismo animal, enterraban esa especie de embutido en un pantano durante unas dos semanas a lo largo de las cuales sufría un proceso de fermentación; lo llevaban durante los viajes en canoa,

¹¹² Los yámana empleaban el mismo método (Gusinde, 1974).

cuando estaban en tierra firme lo colgaban en la rama de un árbol¹¹³ (Empeaire, 1963).

A finales de los 40 seguían prefiriendo la carne fresca, a veces, de forma esporádica, recurrían a la técnica de conservación propia de los cazadores chilotes que consistía en disecar la carne: cortaban la carne en tiras, enfilaban las tiras en varas y las ahumaban alrededor del fuego (Ibid.).

Conservaban también algunos hongos: los atravesaban con un tallo de junquillo y los ponían a secar sobre el fuego para que se conservaran durante algunas semanas. Los hongos frescos de esta misma especie los comían crudos, mientras los que se habían puesto rancios y duros los ablandaban con aceite de pescado antes de comerlo (Gusinde, 1974).

3.4.8. Dieta

En torno al pasado

A la costa y al mar estaba ligada la obtención de los alimentos que necesitaban y que conformaban una dieta basada casi exclusivamente en el consumo de las proteínas animales: pinnípedos, ballenas, aves, mariscos, peces y algún cérvido (Empeaire, 1963; Gusinde, 1974; Martinic, 2004; Goiri, 1997)).

Como se ha podido apreciar carecían de vegetales: no disponían de frutas, verduras, cereales o legumbres. Tenían la posibilidad de beneficiarse de ciertos tipos de baya -que debido a la falta de sol no alcanzaban un desarrollo completo-, algún tallo y unas pocas setas (Empeaire, 1963; Gusinde, 1974).

Al carecer de las materias primas idóneas para la fermentación, desconocieron las bebidas alcohólicas hasta la llegada de los europeos (Gusinde, 1974).

El agua de los canales y de los arroyos había sido su única bebida, las mujeres la llevaban siempre en los viajes, almacenada en bolsas de cuero o en un

¹¹³ Al parecer emanaba un olor muy fuerte, J. Empeaire vio sólo a niños y ancianos comer tal alimento que era rechazado por los jóvenes (Empeaire, 1963).

achicador de corteza. A veces se veían en la necesidad de excavar un hoyo en la turbera para aprovechar el agua turbia que asomaba. Debido a los niveles de sal naturalmente presente en su alimentación, tomaban agua en abundancia, más de dos litros diarios, bebiéndola directamente del hueco de la mano (Gusinde, 1974) o de tarros reciclados cuando empezaron a disponer de ellos (Empeaire, 1963).

Cambios en la dieta

Tanto los lobos marinos como el marisco habían formado parte de la ingesta cotidiana de los Kawésqar, estando presente en el menú en proporciones variables, dependiendo de su disponibilidad diaria, hasta que se establecieron en Puerto Edén bajo el decreto presidencial de protección de los indígenas. El estado empezó a aplicar tal decreto, a partir del 1940, haciéndose cargo de la distribución de víveres entre los indígenas que residían en la isla; a cambio se les pedía que permanecieran en Puerto Edén y que prestasen algún tipo de servicio como recoger y cortar leña o recolectar marisco. Eran los requisitos que tenían que cumplir para poder recibir su ración diaria de alimentos que consistían en legumbres secas, arroz, pasta, azúcar, *porridge*, y en menor medida harina y leche en tarros para los niños. En la segunda mitad de los años 40, se había drásticamente reducido el número de familias que de forma periódica se escapaban de la isla para volver a practicar, durante un tiempo, su estilo de vida tradicional.

En Puerto Edén se les entregaban también ollas de hierro que cuando se rompían los indígenas solían remplazar por latas de conserva. Cocinaban la comida que recibían del estado hirviéndola en un cazo, condimentaban todo con azúcar sin distinción entre alimentos dulces y salados, una vez cocido el alimento se distribuía, en viejas latas, entre los individuos presentes en la vivienda, como cubiertos usaban conchas de mejillón. Este tipo de cocción lo

aplicaban solo a la comida foránea, mientras que todo aquello que cazaban o recolectaban lo seguían tomando de la forma que dictaba la tradición. Cuando disponía de harina hacían galletas al estilo chilota, amasaban la harina con agua templada en una artesa, obtenida de los mismos chilotas, y la dejaban cocer debajo de las cenizas.

El paso de un buque representaba para los kawésqar la posibilidad de lograr un extra de alimentos como pan o fruta, entre las frutas que los occidentales les habían hecho conocer, apreciaban especialmente la manzana. Los barcos chilenos que transportaban pasajeros les ofrecían los restos de la comida del día, mientras los buques de cargas extranjeros distribuían víveres con más liberalidad, además de cigarrillos, jabones y otros artículos (Empeaire, 1963).

Relación con las bebidas alcohólicas

Fueron los cazadores de pieles los agentes que introdujeron los kawésqar a la afición por el alcohol¹¹⁴ para beneficiarse personalmente del estado de embriaguez de los nativos y de la consecuente dependencia en la que cayeron. Usaban la bebida como moneda de cambio para obtener las pieles que los kawésqar empleaban para taparse o para lograr que pusieran su valiosa experiencia al servicio de las goletas, ayudándoles en las cacerías y en la preparación del cuero y además para beneficiarse de las mujeres de la etnia. Es relevante subrayar que los indígenas etiquetaban como buenos o malos a los patrones de las embarcaciones loberas según la liberalidad que demostraban a la hora de repartir botellas. Los kawésqar entrevistado por Empeaire

¹¹⁴Esto pasaría según Gusinde en los últimos decenios antes de su estancia (Gusinde 1974), según Empeaire entre 1910 y 1920 (Empeaire, 1963).

recordaban con excitación que, en los años veinte del siglo XX, una embarcación perdió en la costa un cargamento de barricas de alcohol, entonces los indígenas se dedicaron a emborracharse hasta acabarlas. Con el menguar del comercio de las pieles, empezó a ser más difícil conseguir la valorada bebida que se había convertido en un poderoso objeto de deseo. En los años 40 algunos miembros de la comunidad de Puerto Edén intercambiaban de forma clandestina pieles por alcohol con algunos tripulantes de barcos. Se había consolidado tal práctica de trueque (Empeaire, 1963).

Usos y costumbres alimenticias

Durante el tiempo que mantuvieron su estilo de vida tradicional, tenían el hábito de tomar la primera comida antes de salir de viaje, entre las siete y las nueve de la mañana. Estaba compuesta por los trozos de carne y por los mejillones que habían sobrado del día anterior (Gusinde, 1974). Prepararse para enfrentar un viaje en canoa implicaba ante todo cargar un acopio de víveres suficiente según la disponibilidad, usualmente consistía en mejillones -entre treinta y cuarenta- y en algunas -entre tres y cinco- aves (cormoranes o pingüinos). Durante el trayecto no comían, esperaban a desembarcar e instalarse en el campamento para disfrutar de la que sería la comida principal del día (Ibid.).

Durante un tiempo algunos cronistas contribuyeron a difundir en la literatura relacionada con la cultura kawésqar la idea que éstos tenían la costumbre de comer la carne cruda o apenas pasada por el fuego. Byron en 1769 fue uno de los primeros en desmentirlo (cfr. Gusinde, 1974). En realidad los kawésqar rechazaban la carne cruda, según Gusinde cuando al comer un trozo de carne se daban cuenta que goteaba sangre por no haberse cocido por dentro lo dejaban para devolverlo a la brasa (Ibid.). Los navegantes, especialmente los más

antiguos, debieron de quedarse asombrados al observar la forma de comer de los indígenas, caracterizada por enérgicos mordiscos y sonoras succiones, indudablemente alejada de las convenciones sociales europeas. Los nativos no manifestaban tener ningún tipo de preocupación estética al respecto. Describirlos como comedores de carne cruda fue por un lado una manera de tacharlos de “salvajes”, además de aludir más o menos sutilmente a la existencia, entre ellos, de la práctica de canibalismo (cfr. Orquera y Piana, 1995) y por otro fue tal vez una manera exagerada de desahogar el choque cultural que les habría provocado observar un estilo de tomar alimentos tan alejado de lo que establecía su propia etiqueta y que les impedía percatarse objetivamente de ciertos detalles.

Los bebés hasta los 3 años tomaban la leche materna, pero desde muy temprano empezaban a acostumbrarlo a los alimentos que habrían constituido su dieta. Desde muy pequeños, les humedecían los labios con la grasa de los lobos marinos, más tarde los iban acostumbrando a chupar pequeños trozos de tocino (Empeaire, 1963).

Ambos miembros de la pareja contribuían al acopio de alimentos, a veces la situación requería que trabajaran conjuntamente, la participación de uno u otra en ciertas actividades dependía más de las necesidades prácticas que se presentaban que de reglas fijas. En línea general la mujer se ocupaba de conducir la canoa, confeccionar capas de piel y de la recolección; al hombre le tocaba la caza, la fabricación de los útiles que la mujer emplea en su tarea recolectora (Gusinde, 1974), además del acopio de leña (Tonko, 2008)

En los años 40, la carne de lobo marino y de huemul -cuando la había- se cocía y se compartía con todos los que se encontraban en la vivienda, tanto si eran familiares como visitantes. Un hombre solía seccionar la carne de foca, de cortar la de huemul se encargaba una mujer. Sea cual fuera el tipo de presa a la mujer, generalmente, le tocaba asar la carne; clavaba en el suelo, alrededor del fuego,

una serie de ramas verdes, formando una especie de parrilla sobre la cual ponía a cocer la carne (Empeaire, 1963).

Tabúes alimenticios

En la cosmovisión kawésqar, cualquier tipo de infracción de un tabú acababa trayendo mal tiempo, temporales y fuertes vientos que impedían llevar a cabo las actividades cotidianas. Ese era el precio a pagar. Mal tiempo para los nómadas marinos significaba tener que quedarse en el lugar donde les había sorprendido la tormenta, sin poder salir, es decir, significaba correr el riesgo de pasar hambre (Tonko, 2008).

Según la tradición, estaba prohibido ingerir cualquier tipo de alimento tanto en las costas, como en las playas de aquel espacio geográfico que los indígenas definían *màlte*¹¹⁵ (ibid.).

Varios de los alimentos que se sacaban del mar estaban sometidos a algún tipo de interdicción. Había solo dos tipos de mariscos que se podían comer crudo, las machas y los erizos, pero exclusivamente el mismo día que habían sido recogidos, al día siguiente ya había que cocerlos para poderlos ingerir. Tras haberlos engullido, estaba prohibido tirar sus conchas al fuego y al mar; las conchas de machas y erizos se guardaban para luego transportarlas en un canasto hasta algún lugar alejado de la vivienda, y que estuviese encima de la marca de las mareas altas, donde venían abandonadas. Se han encontrado sitios arqueológicos caracterizados por la presencia de cúmulos de tales conchas (Empeaire, 1963). Byron, en 1741, vivió en primera persona el enfado de los indígenas provocado por el mismo guardiamarina por arrojar al mar las conchas de las machas que había comido (Cfr. Ibid, 1963: 238).

¹¹⁵ Los Kawésqarq definen así el sector de su territorio más cercano al océano pacífico.

Empeiraire dice: “parece que hay una oposicion precisa entre el fuego y el mar, pero ignoramos su verdadero sentido” (Empeiraire, 1963: 238).

Es evidente que el mar es un lugar “sensible” para una cultura de canoeros nómadas y por extensión también lo sería lo que del mar proviene, es decir, lo que al mar pertenece. A pesar de que los Kawésqar supieran leer ciertas señales del cielo para poder prever los cambios del tiempo, siempre existía un importante grado de imprevisibilidad. La ansiedad generada por lo imprevisible que, en este caso en concreto, podía llegar a ser mortal, como una fuerte tempestad durante un viaje, estaría relacionada con la definición una serie de tabúes correspondiente al ámbito marino.

En cualquier caso no es nuestra intención ofrecer una explicación.

Los mariscos recién sacados del agua no se podían cocer inmediatamente, había que esperar una especie tiempo de transición del mundo acuático al mundo terrestre; solo las cholgas quedaban excluidas de semejante restricción (Tonko, 2008).

Otra prohibición tenía que ver con las entrañas del lobo marino, no las podían comer, había que tirar el corazón, los pulmones, el hígado etc., pero podían aprovechar los intestinos para rellenarlos de grasa (Empeiraire, 1963).

DISCUSSIONE E CONCLUSIONI (en italiano)

I kawésqar hanno abitato in un ambiente fisico potenzialmente limitante per l'adattamento della vita umana, fatto di riviere strette e pantanose, sulle quali si apre una fascia di bosco impenetrabile che presto lascia il passo alla presenza della roccia nuda, popolata di licheni e muschio, fino al raggiungimento delle vette, dove si estende il dominio delle nevi e del ghiaccio. A tutto questo si somma il clima freddo e umido, l'impetuosità dei venti e la mancanza di luce solare, causata da una spessa e costante massa nubi che si ritirano solo durante alcuni giorni dell'anno. Le condizioni ambientali terrestri erano ostili. Non favorirono l'opportunità di sviluppare un'economia di produzione, erano sconvenienti sia per lo sviluppo delle coltivazioni, sia per l'allevamento del bestiame. L'ambiente terrestre offriva ai suoi antichi abitanti una gamma ridottissima di alimenti.

I kawésqar vincolarono la loro sussistenza alle risorse del litorale, le quali erano molto più abbondanti di quelle terrestri, però si trovavano disperse lungo un territorio arcipelagico ampio e frammentato.

Riuscirono a fabbricare un complesso di oggetti semplici ed efficaci -per praticare la caccia, la pesca e la raccolta- grazie ai quali poterono adattarsi e sopravvivere nell'habitat costiero e acquatico, soddisfacendo le loro proprie necessità.

I primi naviganti occidentali che giunsero alle acque patagoniche espressero, nei diari di viaggio, i sentimenti di sconcerto e smarrimento che provarono di fronte all'ambiente maestoso e complesso degli arcipelaghi.

I nativi sfruttarono ciò che la natura offriva con maggiore generosità, raggiungendo un alto livello di adattamento biologico e culturale.

Attraverso le testimonianze dei cronisti sappiamo che i kawésqar utilizzarono principalmente il legno e l'osso. Impiegarono con frequenza le conchiglie dei molluschi, i tendini di alcuni animali, le liane, le spine di pesce, i filamenti delle barbe delle balene, le piume degli uccelli marini e, a volte, le corna del cervo locale (*huemul*). Si servirono poco della pietra (Gusinde, 1974). Non svilupparono tecniche di lavorazione della ceramica; come confermò la spedizione comandata da Ladrillero, mancava la terra adeguata. Nella corrispondente relazione, redattata dallo scrivano Miguel de Goicueta, si legge: “no se hallaba barro para hacerlas¹¹⁶ que todos nos pusimos a buscarlo é no hallamos ni tierra” (Goicueta, 1879: 507). Non fiorirono neanche tecniche metallurgiche. Conobbero il metallo con l'arrivo degli occidentali (Empeaire, 1963, Goiri, 1997). In base alle materie prime impiegate, Gusinde propone classificare la cultura kawésqar come “cultura dell'osso” o “cultura a-litica” (Gusinde, 1974), anche se si potrebbe risaltare il ruolo fondamentale svolto dal legno, materia con la quale i nativi fabbricarono le loro indispensabili e vitali canoe.

Il clima freddo-temperato degli arcipelaghi favoriva lo sviluppo di una vegetazione abbondante, però nettamente uniforme: il *Nothofagus betuloides* - localmente conosciuto come *coihue*- era l'albero che dominava questo habitat. Il cipresso (*Pilgerodendron uviferum*) prosperava soprattutto nella zona nord della regione, dove sviluppava un tronco robusto, di considerevoli dimensioni. Era questa l'unica conifera che attraversava lo stretto di Magellano, di là del quale cresceva con minor vigore (Empeaire, 1963; Gusinde, 1974).

Nuovi materiali, di origine straniera, si sommarono alle materie prime locali nel corso del tempo -mediante pratiche come il baratto, la mendicITÀ, le donazioni, il saccheggio- fino al punto di provocare l'estinzione delle tecniche locali (Empeaire, 1963).

¹¹⁶ Si riferisce alle pentole. Imembri della spedizione avevano bisogno di utensili per cucinare, però non trovarono nessun tipo di terra adatta per fabbricarli.

A produrre cambiamenti sostanziali fu l'introduzione del ferro (Emperaire, 1963; Goiri, 1997). Gli abitanti dei canali iniziarono a tenerlo a disposizione durante la così detta epoca storica, sotto forma di chiodi, coltelli e materiali di scarto, in un primo momento, a causa di naufragi e saccheggi delle navi occidentali. All'inizio, non era facile da trovare, però già dal XVIII secolo, il ferro si era convertito, per i nativi, in una materia prima conosciuta e apprezzata; quando ne disponevano, lo impiegavano per elaborare i loro manufatti. Con il passo del tempo avevano scoperto le sue applicazioni. Sarebbe diventando un materiale molto desiderato (e poi una necessità) fino al punto che, se non potevano ottenerlo per mezzo del baratto, cercavano di estorcerlo con azioni violente. Se si presentava l'occasione di fare uno scambio, dimostravano un interesse evidente per i frammenti di ferro e per i chiodi.

È degno di nota l'episodio che John Narborough racconta aver vissuto nell'isola di Isabel, correndo l'anno 1699: mentre scambiava oggetti con un gruppo d'indigeni, alcuni di questi cercarono di rimuovere a pietrate gli elementi di ferro della sua scialuppa (Emperaire, 1963). L'aneddoto è una chiara testimonianza del desiderio che gli indigeni avevano sviluppato verso tale materiale, desiderio che sarebbe aumentato nei secoli seguenti. Il ferro iniziò a sostituirsi ad alcune delle materie prime tradizionali. La sua maggiore disponibilità, dalla seconda metà del XVIII secolo, provocò cambi rilevanti nell'industria della navigazione.

Il litorale garantiva l'approvvigionamento di alimenti, però bisognava andare a cercarli. L'ambiente naturale dell'arcipelago patagonico presenta un disegno frammentatissimo: fiordi, stretti, canali intricati e innumerevoli isole. Le risorse si trovavano disperse nel raggio di centinaia di chilometri. Se di per sé la natura frammentata del territorio negava la possibilità di un cammino terrestre, la

presenza di boschi, pantani e scoscese scogliere, rendeva complicato muoversi all'interno delle isole.

I kawésqar adottarono, come strategia di adattamento, il nomadismo canoero. Si spostavano, in piccoli gruppi, da un punto all'altro del territorio, utilizzando la canoa. La canoa fu il mezzo tecnologico basilare della storia della loro cultura materiale, consentì la sussistenza e l'adattamento di questo popolo all'ambiente marino e marcò la sua identità.

Con una semplice canoa di corteccia, percorrevano il labirinto delle acque australi. I naviganti occidentali si sorprendevo all'osservare un'imbarcazione di così fragile aspetto affrontare con successo le acque inquiete dell'arcipelago patagonico e dello stretto di Magellano. In effetti, in caso di una tempesta improvvisa, la canoa si esponeva al pericolo di capovolgersi, condannando a morte i suoi occupanti. Questo era uno dei suoi svantaggi, non garantiva una navigazione sicura. Era veloce solcando le acque e relativamente facile da fabbricare con le materie prime e gli strumenti che avevano a disposizione: con fili di barba di balena, fibre di cipresso o con le fibre di una liana locale - denominata *voqui* (*Landizabalia ternata*)- cucivano i lastroni di corteccia che in precedenza avevano estratto dagli alberi che crescevano nel loro ambiente, quali il *coihue* (*Nothofagus betuloides*), la quercia (*Nothofagus pumilio*) e il cipresso (*Pilgerodendron uviferum*). Per costruirla utilizzavano strumenti tradizionali molto semplici, quali cunei d'osso, pietre appuntite, conchiglie taglienti, bastoni di legno e, quando iniziarono ad averli a disposizione, impiegarono anche arnesi stranieri come asce, coltelli o raschiatoi di ferro. L'introduzione di questi nuovi utensili fu, sostanzialmente, l'unico cambiamento che subì la canoa di corteccia fino alla sua caduta in disuso che, secondo Emperaire, si può datare attorno all'anno 1925 (Ibid.).

Fino alla metà del XVIII secolo, la canoa di corteccia fu l'unica imbarcazione dei kawésqar. Da questo momento, i naviganti occidentali iniziano a registrare la

presenza di una seconda tipologia di canoa: la canoa di tavole cucite, conosciuta localmente come *dalca*. Presentava un aspetto un po' più stabile e resistente, però era meno veloce. Byron, a quanto pare, fu il primo europeo ad osservare un'esemplare di questa tipologia, nel territorio kawésqar. L'avvistamento avveniva nell'anno 1765, nel canale Geronimo (Byron, 2006: 196; cfr. Gusinde, 1974: 222).

Come abbiamo visto nel capitolo dedicato alla canoa, la *dalca* è un prodotto culturale preispanico (Emperaire, 1963), largamente conosciuto dai nativi che vivevano tra l'arcipelago di Chiloé e la penisola di Tres Montes (Medina, 1984). I kawésqar dovevano già conoscere la *dalca* dapprima dell'arrivo degli spagnoli: non era un fatto insolito che gli autoctoni dei territori al nord del golfo di Penas si avventurassero verso il sud, spingendosi fino alle isole di Guayaneco (Ibid.). I kawésqar avrebbero potuto beneficiarsi di tale prestito culturale molto prima del XVIII secolo.

La domanda da farsi a questo punto é: perché nel XVI secolo l'uso della *dalca* non si era ancora esteso al sud della penisola di Taitao? E, perché é solo dalla metà del XVIII secolo quando, improvvisamente, la *dalca* si diffonde nel territorio kawésqar, fino a raggiungere la zona dello stretto di Magellano?

D'accordo con Medina, consideriamo che la *dalca* preispanica si doveva fabbricare con il legno del larice patagonico (*Fitzroya cupressoides*) che possiede una fibra molto omogenea, la quale permette eseguire tagli longitudinali con arnesi rudimentali ed estrarre grandi tavole con facilità. Il larice si sviluppava a una considerevole distanza rispetto al tradizionale territorio dei kawésqar, trovandosi fuori dalla loro nicchia ecologica. Cresceva tra il 39° e il 43° parallelo, nell'aria corrispondente all'arcipelago di Chiloé, e un po' più al nord di questo (Medina, 1984).

Nel diario di viaggio della *Santa María de la Cabeza*, en 1786, viene descritta la costruzione di asce artigianali -e di altri strumenti- che gli indigeni confezionavano unendo un frammento di metallo a un'impugnatura di legno,

imitando le asce occidentali che avevano visto usare dai naviganti: “*Entre los Indios que se vieron en Puerto Galante se hallaron algunas piecitas de fierro aplicadas á mangos de madera imitando aunque groseramente nuestra hachas, escoplos y barrenas, las que seguramente pasaron en su poder desde la venida de los últimos Viageros Ingleses y Frances mas ha de 20 años, de cuyos utensilios aun hacían un caso infinito por lo que les facilitaban sus maniobras*” (Vargas y Ponce, 1788: 347).

Non sorprende che la seconda metà del XVIII secolo sia anche l'epoca dell'introduzione della *dalca*. La disponibilità del ferro permise fabbricare un arnese ibrido -l'ascia- che a sua volta rese possibile l'estrazione di tavole di legno dagli alberi che crescevano nel territorio kawésqar -come il *coihue* (*Nothofagus betuloides*)- e che non presentavano l'eccellente struttura fibrosa del larice patagonico (Medina, 1984). Non sarebbe stato possibile estrarle con i tradizionali cunei d'osso. Probabilmente, durante molto tempo, i kawésqar avevano osservato e desiderato la *dalca*, essendo un'imbarcazione che, rispetto alla canoa di corteccia, gli avrebbe consentito una navigazione più sicura. Fino a quando non entrarono in possesso del metallo, non poterono fabbricarla con le materie prime che avevano a disposizione.

Nel diario della *Santa María de la Cabeza* appare anche il primo riferimento all'uso di un altro prestito culturale, la vela; questa fonte precisa che i nativi la facevano con pelle di lupo marino (Vargas y Ponce, 1788). Si tratta di un'innovazione derivata dalla familiarizzazione con le imbarcazioni europee (Lausic, 1993): di nuovo, un oggetto straniero che i kawésqar reinventarono mediante l'impiego di materiali locali.

Riassumendo. Nella seconda metà del XVIII secolo, troviamo tre elementi nuovi nel patrimonio materiale kawésqar: la canoa di tavole cucite, l'ascia artigianale e la vela. Il primo è ripreso dagli indigeni che vivevano al nord del golfo di Pena, gli altri due dai naviganti europei. Costituiscono tre espressioni di un medesimo fenomeno di reinterpretazione culturale. Ebbero come conseguenza,

l'introduzione di evidenti agevolazioni nello stile di vita dei nativi, in un'epoca nella quale continuavano a praticare la loro cultura, mentre erano tuttavia solo sfiorati dalla presenza occidentale.

La canoa di tavole cucite si mantenne in uso, tra i kawésqar, fino ai primi anni del XX secolo. La sua uscita di scena coincide con l'arrivo di un nuovo tipo d'imbarcazione: la canoa monossila¹¹⁷. Si otteneva scavando un unico tronco d'albero. Presentava il vantaggio di essere più solida, stabile e capiente. Negli ultimi venti anni del XIX secolo, si erano formati spazi d'interazione, quasi stabili, tra i kawésqar e uno dei principali agenti di cambio della loro cultura: i cacciatori di pelli *chilotes*. Impiegavano i nativi nella caccia dei lupi marini e nella lavorazione delle pelli. Tale circostanza moltiplicò i contatti degli indigeni con i materiali occidentali, oltre a garantire una certa costanza nella loro somministrazione. Alla fine del XIX secolo, sia mediante la pratica dell'intercambio, sia attraverso atti furtivi, i kawésqar erano entrati in possesso di vere e proprie asce di fabbricazione industriale (Empeaire, 1963). In quegli stessi anni, i cacciatori *chilotes* usavano moderne scialuppe europee (Ibid.), che avevano rimpiazzato la *dalca*, nell'area di Chiloé (Medina, 1984); inoltre, in caso di necessità, avevano imparato a fabbricare la canoa monossila, scavando un tronco d'albero con un'ascia¹¹⁸(Empeaire, 1963). I kawésqar avevano potuto osservare la tecnica di costruzione e sperimentare, in prima persona - accompagnando i *chilotes*- che tale canoa era migliore delle loro, per affrontare la navigazione. Iniziarono a desiderarla e, avendo l'ascia industriale, cominciarono a riprodurla, imitando la tecnica dei *chilotes*. Testimonianze dell'inizio del XX secolo ci informano dell'uso della canoa monossila tra i nativi dell'arcipelago (cfr. Gusinde, 1974: 229).

¹¹⁷La canoa di corteccia convisse con la monossila durante due decenni, fino alla sua caduta in disuso.

¹¹⁸Non abbiamo potuto verificare chi e in che momento insegnò ai *chilotes* a fabbricare la canoa monossila. Supponiamo che si potrebbe trattare di un'introduzione dei coloni che a loro volta avrebbero imparato a costruirla in altri luoghi del continente americano, dove era ampiamente diffusa.

L'introduzione dell'ascia industriale rese possibile tale innovazione. Si può dire che il ferro fu il fattore propulsore dei cambiamenti più rilevanti nell'industria nautica kawésqar.

La vela si convertì in una soluzione tecnica abitualmente presente nella canoa monossila. I kawésqar avevano smesso di farla con le pelli dei lupi marini, riservate per gli scambi con i cacciatori *chilotes*. In quegli anni usavano la tela di vecchi sacchi di farina. Ispirandosi nel modello della scialuppa, i nativi introdussero, nella canoa monossila, l'uso di scalmiere (Emperaire, 1963).

La canoa monossila aveva significato un'innovazione importante. Rendeva più comodi e sicuri gli spostamenti. Era più spaziosa e, soprattutto, più stabile solcando le acque. I kawésqar si beneficiarono dei suoi effetti positivi soltanto durante pochi decenni, mentre s'incamminavano verso la fase crepuscolare della loro cultura.

Alla fine degli anni '40, la fabbricazione della canoa era ancora una pratica importante per i membri superstiti della comunità. Per quell'epoca, i kawésqar si erano stabiliti a Puerto Edén. Erano stati drammaticamente ridotti, a causa delle malattie e delle emigrazioni. Pochissimi di loro riprendevano periodicamente la rotta dei canali, ritornando, durante alcuni mesi, a praticare lo stile di vita tradizionale. Il resto usava la canoa per andare a cercare legna, frutti di mare o per raggiungere le imbarcazioni in transito e, a volte, per cacciare (Emperaire, 1963).

Parlando con un informatore nato a Puerto Edén, abbiamo verificato che la canoa monossila continuò a essere costruita fino agli anni '70 del secolo scorso, anche se, nel frattempo, alcuni kawésqar avevano iniziato a entrare in possesso della scialuppa europea, che è l'imbarcazione usata attualmente nell'isola.

La mobilità implicò rinunciare a edificare insediamenti fissi che riunissero, in modo permanente, varie famiglie nello stesso posto (Gusinde, 1974). La

capanna kawésqar offriva una soluzione soddisfacente di fronte alle esigenze del nomadismo: era molto semplice, di rapida e facile costruzione. L'At si componeva di rami, pelli e foglie. I kawésqar non avevano bisogno di architetture durevoli, erette con solidi materiali e neppure di costruzioni di grandi dimensioni. Era sufficiente un luogo dove il gruppo familiare potesse passare una o più notti, protetto dal vento e dalla pioggia e dove si potesse concentrare e propagare il vivificante calore del fuoco. L'At compiva la sua funzione, proteggere, e si adattava al clima, all'ambiente e allo stile di vita dei kawésqar.

Empeaire durante il suo soggiorno a Puerto Edén, alla fine degli anni '40, rilevò che il cambio culturale che aveva investito altri aspetti della vita materiale nativa, aveva appena riguardato il processo di costruzione della casa. L'At di quegli anni manteneva la stessa struttura tradizionale descritta nei diari dei naviganti. Erano cambiati i materiali di rivestimento dell'armatura e soprattutto il modo d'usare lo spazio interno (Empeaire, 1963). Le pelli di lupo marino, impiegate per coprire lo scheletro, erano state sostituite da vecchi stracci, da tele di sacchi di farina e da lamine metalliche, seguendo quel processo che Latouche definisce come riciclaggio degli scarti della modernità (Latouche, 1997).

L'At era nato all'interno di una società con un modello insediativo nomade. Quando i kawésqar si stabilirono a Puerto Edén, continuarono a usare un alloggio che non era stato concepito come uno spazio abitativo permanente; neppure era stato modificato per assumere tale funzione. Si presentarono problemi che non si erano proposti nel passato: i detriti si accumulavano nel suolo e i materiali di rivestimento marcivano a causa dell'umidità, provocando problemi igienici e sanitari (Empeaire, 1963).

L'At viene mantenuto fino agli anni '60, quando inizia ad essere gradualmente sostituito dal *rancho chilote*, che i kawésqar costruivano imitando i fabbricati dei

chilotes, residenti a Puerto Eden. Si tratta, come abbiamo visto nel capitolo corrispondente, di una struttura precaria. Alla fine degli anni '60, i kawésqar ricevono le prime case donate dallo stato. Tuttavia alcuni costruiranno un *At* a lato della nuova casa, utilizzando questa solo per dormire o conservare i loro averi (secondo alcuni informatori).

I kawésqar iniziarono a conoscere l'esistenza e l'uso dei vestiti occidentali dalla seconda metà del XVI secolo, però fino alla decade degli anni '30 del secolo scorso, non abbandonarono la pratica di vivere in uno stato di semi-nudità o di nudità che sconcertò l'animo dei naviganti. Quegli impressionabili osservatori non erano capaci di superare le apparenze e liberarsi dei loro pregiudizi etnocentrici, per cercare di analizzare, con oggettività, la tecnica adottata dagli indigeni per proteggersi. Se l'avessero fatto, sarebbero arrivati a comprendere che era efficace e coerente rispetto all'ambiente circostante. I manti di pelle, semplici ed essenziali, e l'olio di lupo marino o di balena, con cui si ungevano i corpi, rispondevano opportunamente alle sfide di un ambiente umido, freddo e piovoso, come hanno messo in evidenza alcuni studiosi (Empeaire, 1963; Cardenas, 1993; Martinic, 2004). L'arrivo dei vestiti occidentali lo confermò. I vestiti europei iniziarono a circolare con certa frequenza, tra la fine del XIX secolo e l'inizio del XX, a causa dell'incremento della navigazione e della presenza dei cacciatori di pelli. Gli anni '20 rappresentarono una fase di transizione, che precedette la totale accettazione dell'abbigliamento straniero, durante la quale si verificò un certo sincretismo nella forma di vestire: gli uomini kawésqar usavano giacche e camice occidentali con il perizoma tradizionale, mentre lasciavano le gambe scoperte. La diffusione e l'accettazione del pantalone avvennero più tardi, trattandosi di un capo che gli era d'intralcio nelle attività quotidiane. Alla fine degli anni '40, i vestiti occidentali si erano convertiti in una necessità. Le scarpe, per i kawésqar più giovani, erano diventate un accessorio indispensabile, senza il quale non si presentavano nello spazio

pubblico; nonostante gli risultassero terribilmente scomode, si sentivano autorizzati a toglierselo solo nell'intimità domestica.

I vestiti di cotone e lana, che gli stranieri gli donavano, non erano utili, né adeguati alla vita negli arcipelaghi. Al bagnarsi, trattenevano l'umidità, trasformandosi in un catalizzatore di malattie polmonari che contribuirono a decimare l'etnia (Emperaire, 1963; Gusinde, 1974). I kawésqar avevano conservato la loro salute durante secoli. Quando si bagnavano o si raffreddavano andavano a riscaldarsi a lato del fuoco, che era mantenuto costantemente acceso.

Un fattore chiave, che consentì ai kawésqar adattarsi con successo all'ambiente circostante, fu la dieta. La dieta tradizionale si componeva quasi esclusivamente di proteine animali: pinnipedi, balene, uccelli marini, frutti di mare, pesci e qualche cervo locale. Il consumo di vegetali era scarsissimo (Emperaire, 1963; Gusinde, 1974; Martinic, 2004; Goiri, 1997). I grassi animali gli permettevano accumulare uno spesso strato adiposo sottocutaneo e un'elevata capacità termogenetica, rendendoli fisicamente molto resistenti alle basse temperature.

“De cuantas cosas que les presentamos bordo solo el sebo y la grasa eran de su verdadero gusto, despreciando la galleta y no queriendo jamás probar el vino” (Vargas y Ponce, 1788: 342). Questa testimonianza illustra che nella seconda metà del XVIII, i kawésqar ancora preferivano i sapori tradizionali, tuttavia non desideravano né biscotti, né alcol. Un secolo più tardi li avrebbero reclamati con insistenza ai naviganti.

La relazione di Parker King svela che, mezzo secolo dopo, qualcosa stava cambiando. Racconta che i nativi, da lui incontrati, mangiarono e bevvero tutto ciò che gli offrì (pudding, zuppa di piselli, tè, caffè, brandy), però manifestarono speciale predilezione per una porzione di grasso (Parker King, 1839: 76). Inoltre aggiunge *“how they have learned the use of tobacco is curious, but they are fond of it to excess”* (Ibid.: 226).

Alla fine del XIX, si erano abituati ai sapori stranieri, anche se la loro dieta quotidiana non aveva ancora subito cambi importanti. In tale periodo, i naviganti europei dichiarano ripetutamente che i nativi, durante gli incontri, gli chiedevano biscotti, tabacco e alcol. Era l'epoca nella quale avevano iniziato a lavorare per i *chilotes*, a cambio della manodopera i kawésqar ricevevano alcuni alimenti: biscotti, patate, cipolle, caffè di fichi e alcol. In questo stesso periodo iniziarono a scoprire il gusto per l'alcol.

Nel 1940, lo stato cileno si fa carico della distribuzione di alimenti, modificando completamente la dieta dei nativi. Irrompono nella loro alimentazione legumi, riso, pasta, zucchero, farina e latte. Tutti questi prodotti componevano la razione di cibo che ricevevano giornalmente. A cambio, gli era richiesto di rimanere a Puerto Edén e di collaborare in alcune attività.

Gli arpioni, le lance, la rete, il randello, la fionda erano armi di caccia efficaci e semplici da fabbricare. Avevano offerto soluzioni valide di fronte ai diversi scenari cinegetici che si potevano aprire. Non subirono cambi importanti, semplicemente cominciarono ad essere usate sempre meno, fino ad essere abbandonate. Alla fine degli anni '40, il loro impiego era assai limitato; alcune erano scomparse.

Gli arpioni erano stati essenziali nella caccia dei pinnipedi, un animale fondamentale per grassi che apportava alla dieta. Alla fine degli anni '40, la maggior parte dei kawésqar conservava punte di arpioni, anche se erano solo un paio le famiglie che le usavano per cacciare. Emperaire confrontò le punte di arpioni di quegli anni, con punte più antiche, provenienti dagli scavi archeologici; verificò che le seconde erano rifinite con maggiore perizia. In ogni caso, la continuità della presenza degli arpioni conferma la loro importanza: i kawésqar continuavano a raccogliere ossi di balena che trovavano in riva al mare, per confezionare arpioni che forse non avrebbero mai usato (Emperaire,

1963). Si trattava, probabilmente, di una pratica inconscia di resistenza, in una situazione di avanzata deculturazione.

Le famiglie che, in quell'epoca, continuavano a cacciare, erano le uniche che ancora fabbricavano reti. La fionda si era trasformata in un giocattolo per i bambini; gli adulti non usavano più (Ibid.).

La presenza dei cacciatori *chilotes*, nell'arcipelago patagonico, fu la causa dell'interruzione di un'antica pratica tradizionale: la caccia collettiva dei cuccioli dei pinnipedi. Era un fenomeno di carattere stagionale che aveva luogo all'inizio dell'estate australe. Alcune famiglie si riunivano per intraprendere insieme la caccia. Le circostanze lo permettevano: era prevedibile che ci sarebbero stati alimenti sufficienti per tutti. Quando i cacciatori di pelli iniziarono a impiegare i *kawésqar* nelle loro imbarcazioni, durante la stagione estiva, affinché li aiutassero nelle attività cinegetiche, i nativi, in conseguenza, abbandonarono tale consuetudine.

Come abbiamo detto, alla fine degli anni '40, erano un paio le famiglie che continuavano a intraprendere viaggi verso le isole del Pacifico: in estate, con l'obiettivo di cacciare lupi marini e in primavera, per andare alla ricerca delle uova degli uccelli. Per il resto dei *kawésqar*, la caccia dei pinnipedi era un evento sporadico; in quanto alla raccolta primaverile delle uova, si limitavano a fare qualche breve escursione sulle scogliere, dove si trovavano i nidi dei cormorani. La caccia dei cormorani e dei pinguini era stata completamente abbandonata poco tempo prima dell'arrivo di Emperaire a Puerto Edén. Le trappole a scatto e i fucili erano la novità del momento per i *kawésqar*. Ottenevano tali articoli mediante operazioni d'intercambio con i cacciatori *chilotes* e li usavano nella caccia della lontra. Le pregiate pelli di lontra erano un oggetto apprezzatissimo negli scambi. Ogni tanto, con l'aiuto dei cani, i *kawésqar* andavano a caccia del cervo locale, sulle vette dell'isola di Wellington.

In quell'epoca, lo spiaggiamento di una balena tuttavia spingeva i kawésqar a muoversi alla ricerca del cetaceo. Emperaire comprovò che l'ingestione di carne e grasso di balena produceva effetti visibili e durevoli sui corpi degli indigeni, in termini di aumento di peso. Il pesce era solo un complemento, si limitavano a beneficiarsi delle sardine che trovavano sulla spiaggia. Le donne si mantenevano più attive rispetto agli uomini, continuavano a praticare immersioni subacquee e a estrarre frutti di mare, inoltre elaboravano cesti di giunco, sia per uso personale, sia per offrirli negli scambi con i passeggeri delle imbarcazioni di passo (Emperaire, 1963).

Non conosciamo i dettagli degli eventuali cambi creativi che avvennero durante la preistoria dei canoeri nomadi. Confrontando i dati offerti dalle complicatissime ricerche archeologiche (cfr. Legoupil y Fontugne, 1997; Mena, 1997; Martinic, 2004) con le testimonianze storiche che -a partire dal XVI secolo- ci offrono i cronisti, è possibile affermare l'esistenza di una continuità evidente -durante 6.000 anni- nel sistema economico dei canoeri, basato su una cultura materiale semplice, la quale gli permise interagire positivamente con un ambiente fisico particolarmente complesso.

Le loro tecniche e i loro strumenti gli garantirono accedere a tutto quello che necessitavano per sopravvivere. La pratica del nomadismo canoero e l'organizzazione in piccoli gruppi -formati dalla famiglia nucleare, alla quale a volte si sommava qualche altro membro-, furono chiave per potersi beneficiare delle risorse che si trovavano disperse, evitare il rischio di esaurirle e vivere in uno stato di equilibrio con l'ambiente. Si erano adattati con successo alle condizioni rigorose dell'estremo sud del continente americano.

Durante vari secoli, la presenza occidentale nel territorio kawésqar non ebbe la capillarità necessaria per generare un cambio sostanziale nelle differenti forme culturali tradizionali. Con l'arrivo degli europei alle acque australi, gli indigeni

iniziarono a entrare in contatto con molteplici oggetti che i naviganti di passo gli donavano. Si trattava di frammenti di metallo, tabacco, vestiti e qualche alimento. All'inizio non ebbero nessuna trascendenza, però cominciarono a preparare l'immaginario dei nativi per essere colonizzato da nuovi desideri e ad aprire le porte all'acculturazione. I contatti si mantennero sporadici fino alla seconda metà del XIX secolo.

Verso la fine del XIX secolo, intorno al 1880, inizia la prima fase di modificazione profonda (però tuttavia non sistematica) della cultura kawésqar. Il contatto con gli stranieri s'incrementa (Empeiraire, 1963).

Da una parte, bisogna prendere in considerazione la presenza dei cacciatori di pelli, specialmente i *chilotes*, nel territorio. Al principio s'inserirono come una presenza semipermanente che durava il tempo delle spedizioni di caccia, fra tre e sei mesi. Accampavano negli stessi luoghi frequentati dai nativi e li impiegavano come manodopera, appartandoli dalle loro attività quotidiane tradizionali. Li pagavano con alimenti. Si appropriavano delle loro pelli, dandogli a cambio vecchi capi di lana e di cotone. In questi nuovi spazi sociali, i kawésqar acquisirono, a volte mediante donazione, a volte mediante furti, nuovi strumenti, come asce industriali, coltelli, fucili e trappole. Impararono a costruire la canoa monossila e iniziarono a sviluppare un certo gusto per l'alcol. E soprattutto, cominciarono ad abbandonare le loro antiche pratiche comunitarie. Questi nuovi spazi sociali erano anche spazi di malattie e violenza, di sequestri e stupri e, in alcuni casi, di rappresaglie mortali per punire furti falliti. Alcune giovani donne e alcuni ragazzi -che erano sequestrati, le prime per motivi sessuali e i secondi per essere impiegati come marinai- finivano a vivere nelle città di Punta Arenas o Puerto Montt. Qualunque atto criminale restava impunito nel labirinto di anomia dei canali.

Dall'altra, bisogna considerare la presenza dei naviganti e dei coloni. Negli stessi anni, le navi che viaggiavano tra l'Atlantico e il Pacifico iniziarono a

intraprendere la rotta dei canali patagonici, essendo acque più tranquille rispetto a quelle dell'oceano. Allo stesso tempo, la Marina Cilena cominciò a inviare numerose missioni idrografiche per localizzare i passaggi più sicuri per la navigazione. In conseguenza, la presenza delle imbarcazioni che ormeggiavano nelle stesse insenature frequentate dai nativi si fece sempre più abituale. Membri dell'equipaggio e passeggeri donavano ai nativi vestiti, alimenti e, a volte, alcuni arnesi. Intorno al 1880, s'inaugurò l'epoca del grande sviluppo economico della provincia di Magallanes. La penetrazione di coloni europei si massificò con la creazione e il progresso dei primi due centri urbani del Cile australe: Puerto Natales y soprattutto Punta Arenas. Alcune famiglie kawésqar si stabilirono in prossimità di queste città, dove il loro stile di vita si assimilò a quello dei pescatori, dei cacciatori di pelle e dei legnaioli urbani.

Nel 1890, è fondato un centro salesiano sull'isola Dowson che rimane aperto fino al 1911. Gli obiettivi del centro erano educare gli indigeni e offrirgli assistenza sanitaria. I kawésqar mantennero un contatto molto scarso con i missionari, e quei nativi che furono captati dal centro, lasciarono lì le loro vite, a causa delle malattie infettive. La chiesa, nel caso della società kawésqar, non può essere considerata un vero e proprio agente di cambio, giacché esercitò un'influenza limitata nel tempo e circoscritta nello spazio.

La seconda fase del processo di cambio profondo ha inizio nel 1930.

Emperaire, mediante l'analisi dell'opposizione tra le vecchie e le nuove generazioni, mette in evidenza il processo di cambio che concerne i canoeri nomadi ed offre una fotografia della società kawésqar, tra la seconda metà degli anni '40 e l'inizio degli anni '50.

Intorno al 1930, scompaiono completamente gli "antichi", gli ultimi che conobbero, praticarono e conservarono le tradizioni che avevano caratterizzato l'identità del gruppo, durante il corso della sua storia. Quegli "antichi" sapevano

utilizzare la pittura corporale, conoscevano i rituali e dominavano tutti i segreti della vita nei canali.

I loro discendenti immediati erano i più anziani del gruppo che l'antropologo francese conobbe: erano una decina d'individui, tra 1946 e 1948, dei quali, nel 1953, solo ne rimanevano vivi due o tre. Il loro stile di vita era molto diverso rispetto a quello dei loro progenitori, sebbene nel passato avessero avuto accesso al mondo della tradizione. Ricordavano i loro avi con grande ammirazione, come se appartenessero a un tempo eroico. Ricordavano gli strumenti e le tecniche che avevano conformato il patrimonio culturale, per mezzo del quale si erano potuti adattare con successo all'ambiente costiero, e che durante secoli di storia appena aveva subito cambi. Questi anziani avevano smesso di trasmettere *"las tradiciones que se habían disipado en un tiempo anormalmente breve"* (Empeaire, 1963: 205).

Negli anni tra il 1930 e il 1948, in uno spazio di tempo relativamente breve, si produce una rottura culturale irreparabile. Si smette di praticare e di trasmettere la cultura kawésqar. Che avvenne in quegli anni?

Gli individui che, tra il 1949 e il 1953, appartenevano alla generazione tra i 20 e i 40 anni di età, manifestavano una separazione profonda rispetto ai loro predecessori; dice Empeaire che sebbene *participaran de una vida material más o menos ligadas a las tradiciones, pero interiormente están liberados de ellas*" (Ibid.). Non mostravano nessun interesse verso le tradizioni. Il loro meta-obiettivo era svincolarsi dalla viscosità del gruppo, per intraprendere una nuova vita: desideravano vivere come i loro vicini pescatori, cacciatori e legnaioli *chilotes*. Non si riconoscevano più nel grupo.

"Sobre todo, y es esto lo que los diferencia de los más viejos, tienen la noción precisa de que llegarán a salir de esa vida, de la cual están moralmente separados. Esta esperanza no habría podido siquiera rozar a la generación de sus padres" (Ibid.: 206). E aggiunge: *"Esta actitud de desprendimiento crea, sin*

embargo, en numerosos planos un empobrecimiento muy neto de los jóvenes frente a los viejos. Lo poco de español que han podido aprender entra muy difícilmente en las categorías de su espíritu y se superpone mal a la expresión de su pensamiento acostumbrado, cuyo soporte sigue siendo el alacalufe. (...) Como los jóvenes repudian voluntariamente todo lo que ante el extranjero los pudiera presentar demasiado incorporados al grupo, sus posibilidades de expresión se han limitado, sin haberse enriquecido, sin embargo, con ningún aporte nuevo. Algunos llegan al extremo de hablar de los otros, tratándolos de "indios. Ahora somos civilizados y vestidos como los demás". Se puede oír a veces frases de este tipo en la boca de jóvenes de unos 20 años que, bajo la chaqueta que los llena de orgullo, viven en la promiscuidad de la choza y se alimentan de mariscos. Toda la vida de los jóvenes está vuelta hacia el exterior. Hacen proyectos, discuten acerca de las ocasiones favorables que podrían presentarse, de tal o cual lobero que podría contrastarlos, de tal o cual maderero con el cual podrían trabajar. Se dejan deslumbrar por los atractivos de una nueva vida y, después de muchas vacilaciones, negativas, ocasiones frustradas seguidas de arrepentimiento, algún día uno de ellos realiza el gran deseo y desaparece sin posibilidad de retorno. Las mujeres jóvenes esperan también la evasión, pero bajo una forma bien definida: estarán listas para dejarse raptar en la primera ocasión favorable" (Ibid. 206-207).

Nel 1953, molti degli adulti avevano compiuto il loro sogno, vivevano come i cacciatori di pelle *chilotes* e, spesso, con loro. Alcuni avevano intrapreso il camino dell'emigrazione alle città (Punta Arenas, Puerto Natales y Puerto Montt). Le emigrazioni continuarono negli anni successivi. La maggior parte dei *kawésqar* aveva smesso di identificarsi con una cultura che non comprendeva più, poiché i membri del gruppo avevano smesso di trasmetterla.

Esiste una data precisa che segna il colpo di grazia per la cultura *kawésqar*: il 1940.

Negli anni '30, nella località di Yetarkte, di fronte alla baia di Puerto Edén, si era stabilita una radio stazione della FACH, con la funzione di base metereologica; più al nord, sull'isola di San Pedro, era stato installato un faro, vigilato dal personale della Marina cilena. Yetarkte e San Pedro si erano convertiti per i kawésqar in due luoghi di riferimento, attorno ai quali cominciarono a orbitare.

Nel 1940, il presidente della repubblica Pedro Aguirre Cerda, dopo aver visitato Puerto Edén, incarica alla FACH, per mezzo di un decreto paternalista, la "protezione" dei nativi dell'arcipelago. Consisteva basicamente nella distribuzione gratuita di alimenti ai nativi, con l'obiettivo di radicarli e "civilizzarli". Per ricevere la loro razione diaria, non dovevano muoversi da questa località e gli si richiedeva di svolgere alcune attività (tagliare la legna, raccogliere frutti di mare). I kawésqar, attratti dalla distribuzione di alimenti, si erano stabiliti a lato della stazione metereologica. Al gruppo, ormai molto ridotto, a causa delle malattie e delle migrazioni, non restava più nessun motivo per navigare. I kawésqar avevano perso la vitalità che gli dava l'attività quotidiana e il sapere cosa facevano e perché, riconoscendosi nelle azioni degli altri membri del gruppo.

Si era accelerata la storia. Si era attivato un processo sistematico e rapido di profondo cambio culturale. In un breve arco temporale, lo stato compie il suo obiettivo assimilatore. Il decreto presidenziale ha un effetto paralizzante e dissolvente sull'identità kawésqar.

All'inizio degli anni '50, viveva nella località di Puerto Edén un numero molto ridotto di kawésqar, appena 61 (Ibid.). Avevano sofferto un processo di deculturazione e si stavano assimilando sempre più allo stile di vita dei coloni: si vestivano con capi occidentali, la tradizionale dieta carnivora era stata sostituita da un'alimentazione basata sul consumo di idrati di carbonio, erano diventati sedentari e le loro capanne, concepite per funzionare come rifugi temporanei, si erano trasformate in spazi abitativi permanenti, senza star preparate per

esserlo. Iniziarono a usare lo spagnolo, abbandonando la loro lingua e si familiarizzarono con l'uso del denaro che sostituì la pratica dell'intercambio. Vivevano essenzialmente di ciò che lo stato e i passeggeri delle imbarcazioni di passo gli donavano.

Nel 1969, si fonda ufficialmente il villaggio di Puerto Edén, di fronte all'insenatura di Yetarkte, nella baia Edén, dove sono trasferiti i kawésqar, e dove gli sono assegnate case statali. Accanto si stabiliscono gruppi di *chilotes*.

Durante gli anni '70 e gli anni '80, tutti coloro che risiedevano nella località di Puerto Edén si dedicavano, in forma intensiva, all'estrazione e all'elaborazione di un crostaceo, la *cholga*. Si trattava di un'attività che era arrivata all'isola con i *chilotes*: raccoglievano *cholgas*, le seccavano, le affumicavano e le vendevano, per mezzo delle imbarcazioni in transito, ai negozianti delle città. Tale attività diminuì molto, negli anni '90, a causa dell'arrivo della marea rossa.

Oggigiorno, i kawésqar di Puerto Edén si dedicano solo sporadicamente a lavorare la *cholga*, che, in generale, è destinata all'autoconsumo più che alla vendita. Solo due kawésqar lavorano nelle barche dei pescatori professionali. Gli altri si dedicano alla pesca e alla raccolta di frutti di mare, i quali sono destinati principalmente all'autoconsumo e a volte anche alla vendita. In quanto ai lupi marini, che in Chile sono una specie protetta, i kawésar hanno diritto a una quota fissa di caccia, corrispondente a sessanta cuccioli di lupo marino all'anno. Le persone con le quali abbiamo dialogato considerano che prepararsi per andare a caccia di lupi marini implica un'inversione economica che non si possono permettere: devono avere a disposizione una scialuppa in buono stato, benzina e alimenti per tutti i partecipanti. Il costo elevato dell'azione sarebbe il motivo per il quale, in generale, si limitano ad andare a caccia di lupi marini quando gli sono proporzionate le risorse necessarie per farlo; per esempio, nel contesto di progetti finanziati o durante la ripresa di un documentario. I più anziani si beneficiano di una pensione statale. Alcuni, per ottenere un piccolo

ingresso extra, rivendono pacchetti di sigarette che comprano in città. A tutto questo si aggiunge la vendita di manufatti artigianali.

Anche coloro che sono emigrati a Punta Arenas, o a Puerto Natales, si dedicano ad attività vincolate alla pesca, all'estrazione di frutti di mare e all'artigianato. Quasi tutti soffrono problemi economici. Molti vivono in case di sussidio e ricorrono al *Fondo Asistencial* della CONADI per pagare le bollette di acqua, gas ed elettricità.

L'alcolismo, la scarsa formazione e la discriminazione sono problemi generalizzati che riguardano tanto i kawésqar urbani come i kawésqar rurali. La discriminazione è palpabile nella città di Punta Arenas, dove la società nazionale risalta, con certo narcisismo, la propria genealogia europea e dove gli indigeni sono tuttavia associati a tutta una serie di stereotipi negativi.

Artigianato e tradizione

Negli anni '50, nella località di Puerto Edén, s'iniziarono a fabbricare e a vendere prodotti artigianali. Tale pratica si mantiene viva e si è estesa alla città di Punta Arenas, mediante i kawésqar che emigrarono. Esordì come un'attività femminile, alla quale, poi, si aggiunse la partecipazione maschile.

Elaborano, sotto forma di souvenir, alcuni elementi del loro antico patrimonio materiale: canoe in miniatura, fatte di corteccia o di pelle, punte di arpione, elaborate con ossi di balena o con altri materiali a disposizione e cesti di giunco, confezionati seguendo la tradizionale tecnica d'intreccio. Questo è ciò che resta, oggi, della cultura materiale tradizionale. Impiegando la tecnica tradizionale d'intreccio del giunco, hanno introdotto alcune innovazioni: confezionano oggetti estranei al repertorio tradizionale, come poggia bicchieri e tovaglie individuali.

Nella località di Puerto Edén, vendono i loro manufatti ai passeggeri che arrivano per mezzo di due navi di linea (Scorpion e Navimag) che, una volta a settimana, fanno uno scalo, di un'ora, sull'isola. A Punta Arenas, vanno a venderli direttamente nell'area del porto, quando attracca una nave da crociera. Sono pochi i kawésqar che vendono i loro manufatti ai negozi turistici della città, poiché i commercianti non sono disposti a pagare i prezzi che gli artigiani considerano giusti.

Nel 2002 si fondò, a Punta Arenas, la *Asociación de Artesano del Pueblo Kawésqar*, ne fanno parte artigiani di Punta Arenas, Puerto Natales e Puerto Edén. L'associazione è nata con l'obiettivo di patentare i lavori artigianali e di fomentare la trasmissione della cultura nativa.

L'artigianato rappresenta per i kawésqar una strategia per ottenere una piccola entrata economica. Sembra che, al tempo stesso, costituisca uno spazio di resistenza e un tentativo di ricostruzione dell'identità. Nel discorso attuale dei kawésqar, l'artigianato ricorre con frequenza come tema protagonista. Si tratta di un argomento che impiegano per presentarsi in pubblico, in qualità di artigiani kawésqar, e per parlare dei problemi della comunità.

Negli anni '70, nella località di Puerto Edén, si massificò la vendita dei prodotti artigianali. I *chilotes* che si erano stabiliti sull'isola, cominciarono a fabbricare gli stessi souvenir e a venderli ai turisti. Tale concorrenza ebbe un effetto negativo sulle già limitate entrate dei nativi. Le intrusioni proseguono nel presente.

I kawésqar si sentono infastiditi quando persone che non sono kawésqar si beneficiano della riproduzione e della vendita di manufatti che rappresentano la loro storia e le loro tradizioni. La concorrenza sleale affligge soprattutto i kawésqar di Puerto Edén. Durante il nostro soggiorno, un'anziana che si dedicava da sempre all'elaborazione di canoe e cesti, in caso di pioggia, aveva smesso di uscire a vendere ai turisti. Ci ripeteva "*se vende poco, no merece la pena*".

Esiste una patente kawésqr però non è rispettata. Nel 1999, nel contesto di un progetto sviluppato dalla CONADI e diretto alla comunità, si crearono delle etichette per identificare i manufatti kawésqar originali. La comunità di Puerto Edén avrebbe ricevuto un timbro per autenticare le proprie creazioni, però, a quanto pare, alcuni lo usarono come moneta negli intercambi con i vicini *chilotes*. Non abbiamo potuto ricavare ulteriori informazioni per chiarire la situazione. Al rispetto, possiamo solo dire che, durante il periodo del nostro soggiorno, i kawésqar non avevano nessun tipo di etichetta d'identificazione.

Alcune donne kawésqar, residenti in città, ci manifestarono, separatamente, il desiderio di presentare un progetto alla CONADI per creare un laboratorio, dove elaborare e vendere i propri manufatti artigianali. Condividevano una sensazione di amarezza e un discorso recriminatorio verso la CONADI. Consideravano che tale istituzione non gli offrisse l'appoggio di cui avevano bisogno per mettere in pratica le loro idee. É necessario far notare che, in generale, si tratta di progetti individuali che non prevedono l'unione di forze, mediante la collaborazione di più persone.

Progetti e conflitti

La comunità urbana di Punta Arenas e la comunità rurale di Puerto Edén soffrono uno stato di frammentazione. Tensioni e conflitti, sia intracomunitari sia intercomunitari, sottraggono energie ai loro membri, oltre a rendere molto complicato -nel nostro caso- il lavoro di ricerca. Manca un progetto collettivo integratore, approvato e riconosciuto positivamente da tutti. É uno dei problemi che indeboliscono l'efficacia delle loro eventuali richieste. Un mosaico di aspirazioni individuali contribuisce a generare distanza, invidie, diffidenze tra i membri della comunità. Alla radice di una parte dei conflitti, si trova la relazione con la CONADI, dalla quale, la gran maggioranza dei kawésqar non si sente né

rappresentata, né appoggiata. Si tratta di una relazione problematica, tesa, segnata dal discredito.

Ascoltando diverse voci, abbiamo compreso che nell'ambito dei progetti comunitari -finanziati dalla CONADI, dal governo regionale, dallo stato o da altre entità- affiorano problemi. I kawésqar si lamentano del fatto che alcuni di loro sono chiamati a partecipare regolarmente, ricevendo più attenzioni e benefici, mentre altri no. Questi ultimi non si sentono considerati, né riconosciuti come vorrebbero; recriminano, soprattutto, che i primi si beneficiano maggiormente dei finanziamenti disponibili.

Nel 2009, i kawésqar di Puerto Edén sono stati dichiarati Tesori Umani Viventi, in base a una categoria dell'Unesco, e hanno ricevuto un premio di carattere monetario. Abbiamo chiesto a una anziana kawésqar perché le avevano dato tale riconoscimento, la sua risposta è stata: *“porque sé hablar y he andado mucho por los canales y los conozco, no como los otros (riferendosi ai kawésqar di Punta Arenas) por eso todos me vienen a buscar a mí, estuve navegando mucho por los canales tanto de pequeña como de mayor”*.

Questi tipi di riconoscimento hanno l'effetto perverso di riaccendere le invidie e la disgregazione tra la comunità rurale e la comunità urbana. Circostanza che si riproduce anche quando le televisioni nazionali o internazionali arrivano a Puerto Edén per girare documentari o reportage, che implicano un guadagno per coloro che partecipano.

Alcuni kawésqar si sentono messi in secondo piano, mentre la CONADI non riesce a svolgere un ruolo di mediatore, né a canalizzare il malessere.

I kawésqar possono beneficiarsi dei fondi che la CONADI destina a finanziare progetti di recupero della cultura nativa o di sviluppo, comunitari e individuali. I funzionari della CONADI affermano che i kawésqar non sanno rispettare le

scadenze fissate per la presentazione dei progetti e che, spesso, non portano a termine quelli che gli sono approvati e sovvenzionati.

I kawésqar, da parte loro, recriminano alla CONADI di non rispondere adeguatamente alle aspettative della comunità, di non offrirgli l'assistenza necessaria negli aspetti burocratici e di beneficiare ad alcuni più di altri, aggiudicando i finanziamenti.

Sono molti coloro che desiderano presentare progetti individuali, al rispetto possiamo dire che abbiamo rilevato una sensazione generale di disorientamento. Vedono nei progetti un'opportunità per migliorare la loro situazione economica, però non gli è ben chiaro quale sia il processo da seguire. Molti dei kawésqar con i quali abbiamo parlato, ci hanno dichiarato il desiderio di voler strutturare un progetto per raccogliere la memoria dei loro parenti anziani, mediante un libro o mediante un audiovisuale. Abbiamo percepito che, in tal modo, non solo manifestavano la volontà di farsi responsabili di raccontare la vita dei loro familiari e di appoderarsi della loro stessa storia, allo stesso tempo, lanciavano un messaggio, tra le righe, a chi, come noi, si occupava di svolgere una ricerca sulla loro cultura. Vedono negli anziani una potenziale fonte di opportunità e temono le intromissioni. Le figure degli anziani, che nel passato si erano indebolite agli occhi delle nuove generazioni, sedotte dallo stile di vita della società nazionale, hanno riacquisito spessore e significato.

Oltre ai fondi della CONADI, riservati ai nativi, esistono fondi statali, nazionali e regionali, destinati a finanziare progetti che aspirano a recuperare le culture autoctone, ai quali può accedere qualunque cittadino cileno. Nello scenario di Punta Arenas, un certo numero di persone, che non appartengono a nessuna comunità indigena, presentano, ogni anno, progetti di questo tipo, basati sulla cultura kawésqar, ottenendo i finanziamenti corrispondenti. In genere, molti di loro sanno muoversi meglio dei kawésqar nel dedalo della burocrazia.

I kawésqar percepiscono tale situazione come una forma di concorrenza scorretta. Ne derivano nuovi conflitti, inerenti all'inclusione di alcuni e all'esclusione di altri. Abbiamo conosciuto il caso di una persona, non indigena, che aveva stretto certa amicizia con un'anziana kawésqar, residente a Punta Arenas. La contrattava regolarmente nei progetti che realizzava, valendosi delle sue abilità come artigiana. A causa della sua relazione con l'anziana artigiana, che implicava una serie di benefici economici, si era guadagnato l'aperta ostilità del resto dei kawésqar urbani. Temendo le interferenze di terze persone, cercava di mantenere con lei un rapporto esclusivo, che a volte sembrava assumere, sottilmente, la forma di un esercizio di controllo, di natura simile a quello che alcune famiglie kawésqar esercitano sui loro membri anziani.

Gli anziani riconosciuti da tutti come autentici kawésqar sono, in qualche modo, "vigilati" da certi membri della loro famiglia, per il potenziale economico che rappresentano. Accedere a loro è difficile e normalmente implica accettare il pagamento di una tariffa arbitraria.

I kawésqar manifestano costantemente l'ambizione di migliorare la loro situazione economica. I loro discorsi sono profondamente segnati dal legittimo desiderio di uscire dalla precarietà, per godere di una maggiore qualità di vita. Ricordando una riflessione di Marc Augé, possiamo riassumere in poche parole che i kawésqar, nell'attualità, semplicemente aspirano a poter *"consumir como los demás (...) y existir de un modo visible"* (Augé, 2007: 47-48)

Una breve riflessione sul fenomeno della *neoindianidad*

Gli indigeni in Cile sono stati subordinati, durante molti anni, a un progetto politico omogeneizzante. Si sono uniformati a livello materiale, culturale e simbolico alla società nazionale, accettando e interiorizzando il modello dominante. Hanno subito profonde trasformazioni, accompagnate da crisi d'identità.

Nel 1993, lo stato cileno, mediante la legge indigena 19.253, riconosce giuridicamente l'esistenza di otto etnie, formate dai discendenti delle popolazioni native che avevano occupato il territorio nazionale molto tempo prima dell'arrivo degli spagnoli.

Con il ritorno della democrazia, s'inaugura un cambio nella politica dello stato verso gli indigeni, si stabiliscono programmi a loro favore, che si traducono in benefici concreti (Bello, 2002). Tutto ciò ha determinato un cambio nell'atteggiamento di molti indigeni rispetto al loro popolo e all'autoidentificazione, permettendo il risorgimento di indigeni trasformati in attori che rivendicano la loro identità.

Oggigiorno, da una parte, sembra persistere, in alcuni, un sentimento di vergogna verso l'origine etnica che è stato accompagnato, soprattutto in passato, da pratiche di mascheramento dell'identità etnica, di occultamento dei progenitori indigeni e del meticciaggio. Il cambio di cognomi e la dissimulazione o la negazione dell'identità sono operazioni che rivelano situazioni dolorose e contesti traumatici di discriminazione, spesso associati con l'emigrazione alle città (Grebe, 1998).

Dall'altra parte, si è acceso un sentimento di orgoglio di appartenenza. Molti indigeni hanno sentito la necessità di rivitalizzare la propria cultura. Secondo alcuni rappresentanti delle comunità, l'essere indigeno è rimasto nascosto, in silenzio, per molto tempo e adesso è necessario riscattare le radici e ritornare a

praticare la cultura. Si sommano a tale processo di rivitalizzazione culturale molti giovani e giovani adulti che, nella maggior parte dei casi, non conobbero la forma di vita tradizionale del loro popolo, la lingua o le abitudini. Si presentano come legittimi eredi di qualcosa che probabilmente non conoscono. Le pratiche culturali si ricostruiscono in questi casi, in base alla bibliografia disponibile e, con frequenza, mediante improvvisazioni arbitrarie.

Nel caso dei kawésqar si sono organizzati incontri e attività di tipo differente con lo scopo di *“aprender a ser indigenas”*. Dentro delle comunità esistono grandi disuguaglianze rispetto al conocimiento che ogni membro possiede della cultura tradizionale. Negli ultimi anni, alcuni membri della comunità kawésqar hanno partecipato in progetti orientati al recupero della cultura nativa, in tale contesto si sono portate avanti attività come riproduzioni della capanna tradizionale, della canoa monossila, degli arpioni, nelle loro dimensioni reali. Le attività sono state guidate dagli anziani. Si sono organizzati corsi per imparare a tessere il giunco e corsi di lingua kawésqar; sono pochissimi i kawésqar bilingue che possono parlare e comprendere la loro lingua. Oltre alla lingua, la cultura materiale, ha rappresentato il punto di partenza per ri-conoscere la tradizione. C'è da dire che diversi giovani e giovani adulti hanno scoperto il mondo dei loro progenitori leggendo la monografia etnografia di J.Emperaire.

La creazione della CONADI ha fatto sì che emergessero persone kawésqar che vivevano disperse nella città di Punta Arenas (e in alcune altre città del Cile australe), trattandosi di discendenti che si erano urbanizzati. Hanno rivendicato l'identità kawésqar anche altri individui che non lo erano, con la speranza e il proposito di ottenere benefici statali. Non ha creato nessun dubbio l'identità dei kawésqar che erano rimasti a Puerto Edén. Questi si riferiscono ai kawésqar urbani come *“los otros”* e spesso diffidano della realtà della loro filiazione.

Nel contesto della *neoindianidad*, l'esser kawésqar, a livello verbale, del discorso, si collega, molto spesso, all'esperienza della navigazione; sono pochissimi quelli

che possono rivendicare l'identità kawésqar, in base alla conoscenza della lingua. Aver navigato per i canali e conoscerli è uno degli elementi che sembra distinguere un autentico kawésqar de "*los otros*".

Consideriamo che quando i kawésqar di Puerto Edén parlano de "*los otros*" si riferiscono ai discendenti urbanizzati, cresciuti in città (che non hanno vissuto l'esperienza della navigazione) e anche a quelle persone che si dichiarano kawésqar senza esserlo, con la speranza di accedere a certi benefici, creando, come effetti collaterali, confusione e diffidenza. Negli scenari nebulosi della *neoindianidad*, bisogna considerare "*los otros*" come una categoria polisemica che include casi differenti.

Abbiamo percepito che, a differenza dei kawésqar che vivono nella località di Puerto Edén, alcuni kawésqar urbani manifestano l'ansiosa necessità di autolegittimarsi come autentici rappresentanti della loro etnia. Temono essere screditati rispetto alle conoscenze che presumono possedere della loro cultura tradizionale e adottano una serie di pratiche difensive. Non potendo appellare a una lingua che non conoscono, la carta d'identità che presentano e difendono è affermare che hanno navigato per i canali, o che desiderano farlo di nuovo, e che sono artigiani kawésqar. Le loro dichiarazioni risultano, a volte, *sobreactuadas*.

Il caso di una discendente adulta di Punta Arenas ci è sembrato degno di nota. Dopo aver fissato un appuntamento, andammo a visitarla a casa. Ci ricevette nel soggiorno dove, appena ci sedemmo, ci presentò i soggetti dei numerosi quadri che decoravano le pareti. Raccontò che erano ritratti di kawésqar defunti, che lei stessa si era dedicata a dipingere "*para conservar la memoria*". Costituivano chiaramente l'elemento più rilevante di quello che Goffman definisce il *setting* (Goffman, 2006), dove la donna si sforzava per apparire come una autentica kawésqar e mantenere il discorso che ci si sarebbe aspettato da una autentica kawésqar, trattando di "*controlar la impresión*" che ricevevamo (Ibid.). Erano

costanti i riferimenti al desiderio che sentiva di navigare. Ripeteva con enfasi: *“en cualquier momento agarro y me voy a navegar por los canales”*.

Come abbiamo accennato, esistono non poche persone che pur non essendo kawésqar, si sono dichiarate tali. Abbiamo conosciuto il caso concreto di un individuo, residente a Punta Arenas, che affermava essere figlio di una conosciuta anziana kawésqar di Puerto Edén. Un giorno, si presentò sull'isola, alla ricerca della sua presunta madre, affinché gli firmasse un documento che gli avrebbe permesso accedere ai fondi riservati ai nativi. La donna naturalmente non lo riconobbe come figlio suo e non firmò.

Tale aneddoto suggerisce un'idea degli scenari che può aprire l'esistenza di benefici destinati a riscattare le culture native. Lascia spazio ad atti picareschi che arrivano ad assumere toni caricaturali, e che seminano sentimenti di diffidenza tra i membri della comunità kawésqar.

BIBLIOGRAFÍA

ACUÑA, Angel (2015). *Cuerpo y memoria en la construcción cultural kawésqar*. Editorial Universidad de Granada

AGUILERA, Oscar (2001). *Gramática de la lengua Kawésqar*. Santiago de Chile: Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI).

AGUILERA, Oscar (2007). *Lenguas y culturas de Chile*.
<http://www.kawesqar.uchile.cl/cultura/index.html>

AGUILERA, Oscar (1997). "La expresión del espacio en kawésqar". En *Ethno*, 1. Santiago de Chile.

AUGÉ, Marc (2007). *Por una antropología de la movilidad*. Barcelona: Gedisa.

AYLWIN, José (1995). *Comunidades indígenas de los canales australes: antecedentes históricos y situación actual*. Santiago de Chile: CONADI

AYLWIN, José (2002). *El derecho de los pueblos indígenas a la tierra y al territorio en América Latina: antecedentes históricos y tendencias actuales*.
<http://www.derechosindigenas.cl/Documentos/Nacionales/tierrasyterritorios.doc>

AYLWIN, José (2005). *Pueblos indígenas de Chile: antecedentes históricos y situación actual*.
http://www.archivochile.com/Pueblos_originarios/hist_doc_gen/POdocgen0004.pdf

BÁEZ, Christian y MASON, Meter (2006). *Zoológicos humanos. Fotografías de fueguinos y mapuche en el Jardín d'Acclimatation en París, siglo XIX*. Santiago de Chile: Pehuén Editores.

BALCELLS, Jacqueline y GÜIRALDES, Ana María (1995). *Un día en la vida de Tonko, El Alacalufe*. Santiago de Chile: Editora Zig-Zag.

BELLO, A. (2002). *Políticas públicas y pueblos indígenas en Chile: balance crítico de una historia de contrastes*.

http://www.iidh.ed.cr/comunidades/diversidades/docs/div_enlinea/balance%20critico,%20mapuches.htm

BENGOA, José (2004). "Los pueblos canoeros del sur". En *La memoria olvidada. Historia de los pueblos indígenas de Chile*. Santiago de Chile: Cuadernos Bicentenario.

BENNETT, John y ROWLEY, Susan (2004). *Uqalurait . An Oral History of Nunavut*. McGill Queen's University Press.

BIRD, Junio (1993). *Viajes y arqueología en Chile austral*. Punta Arenas: Universidad de Magallanes.

BOCCARA, G. y SEGUÉL-BOCCARA, I. (2005). *Políticas indígenas en Chile (siglos XIX y XX) de la asimilación al pluralismo. El caso Mapuche*.

<http://nuevomundo.revues.org/594>.

BORGATELLO, Maggiorino (1924). *Nella Terra del Fuoco. Memorie di un missionario salesiano*. Torino: Società Editrice Internazionale.

BORGATELLO, Maggiorino (1928). *Notizie grammaticali e glosario della lingua degli indi Alakaluf*. Torino: Società Editrice Internazionale.

BOUGAINVILLE, Louis Antoine (2005). *Viaje alrededor del mundo a bordo de la fragata real la Boudese y la urca Étoile, en 1767, 1768, 1769*. Buenos Aires: Eudeba.

BRODSKY, R. (2010). *La política indígena de Sebastián Piñera*.
<http://prensa.politicaspUBLICAS.net/index.php/indigenaschile/2010/06/19/la-politica-indigena-de-sebastian-pinera>

BRUNET, M. (2008). *Ley antiterrorista y "conflicto mapuche"*.
<http://www.mapuche.info/news/merc080225.html>

BYRON, John (2006). *Viaje alrededor del mundo precedido de un naufragio*. La Coruña: Ediciones del Viento.

CÁRDENAS, Renato (1993). *Los Chonos y los Veliches de Chiloé*. Santiago de Chile: Ediciones Olinpho.

COIAZZI, Antonio (1914). "Los indios Alacalufes". En *Los Indios del Archipiélago Fueguino*, 103-113. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.

COIAZZI, Antonio (1914b). "Los indios del archipiélago fueguino". En VV.AA. *Aborígenes Fueguinos*. Santiago de Chile: Editorial Andujar.

COMAS, Dolores (1998). *Antropología económica*. Barcelona: Editorial Ariel.

DARWIN, Charles (1997). *Darwin en Patagonia y Tierra del Fuego. (De la obra "Viaje de un naturalista alrededor del mundo")*. Punta Arenas: Editorial Atelí.

DE AGOSTINI, Alberto (1941). *Andes patagónicos. Viajes de exploración a la cordillera patagónica austral*. Buenos Aires.

DE ROJAS, José Luis (2008). *La etnohistoria de América*. Buenos Aires: Editorial SB.

EMPERAIRE, Joseph (1963). *Los nómades del mar*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile.

FITZ ROY, Robert (1839). *Narrative of the surveying voyages of H. M. S. Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836*. London.

GARCÍA MARTÍ, José (1889) “Diario del viaje i navegación hechos por el Padre José García de la Compañía del Jesús”. En *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo XIV. Santiago de Chile.

GEERTZ, Clifford (1988). *Antropología interpretativa*. Bologna: Il Mulino.

GOICUETA, Miguel de (1879). “Viaje del Capitán Juan Ladrillero al descubrimiento del estrecho de Magallanes”. En *Anuario hidrográfico de la marina de Chile*, tomo V: 482-520. Santiago de Chile.

GOIRI, Ricardo (1997). *La historia de los Kawashkar*. Punta Arenas

GOFFMAN, Erving (2006). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Madrid: Amorrortu Editores.

GREBE, María Ester (1998). *Culturas indígenas de Chile: un estudio preliminar*. Santiago de Chile: Pehuén Editores

GREBE, María Ester (2006). *Culturas indígenas de Chile*. Santiago del Chile.

GUSINDE, Martin (2003 [1968]). *Expedición a la Tierra del Fuego*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

GUSINDE, Martin (1991 [1974]). *Los indios de Tierra del Fuego. Tomo III (1 y 2) (Los Halakwulup)*. Buenos Aires: CAEA.

HAMMERLY, Daniel (1953). “Los pueblos canoeros de Fuegopatagonia y los límites del habitat Alakaluf”. En *Runa*, 5, 1-2: 134-170. Buenos Aires.

- HAMMERSLEY, Martyn y ATKINSON, Paul (1994). *Etnografía*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- HARDESTY, Donald (1977). *Antropología ecológica*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- HARRIS, Marvin (1982). *El materialismo cultural*. Madrid: Alianza Editorial.
- HAWLEY, Amos (1996). *Teoría de la ecología humana*. Madrid: Editorial Tecnos.
- INE (Instituto Nacional de Estadística) (2003). *Censo 2002. Síntesis de resultados*. <http://www.ine.cl/cd2002/sintesisiscensal.pdf>
- JIMENEZ-BARTLETT, Lelia (2009). "Diversidad cultural y pueblos indígenas". En *Cuadernos Deusto de Derechos Humanos*, 54. Bilbao: Universidad de Deusto.
- KOTTAK, Conrad (1996). *Antropología*. Madrid.
- LADRILLERO, Juan (1880). "Expedición de Juan Ladrillero". En *Anuario hidrográfico de la marina de Chile*, tomo VI: 453-525. Santiago de Chile.
- LAUSIC, Sergio J. (1993). *Gentes de la Patagonia. Bandas aborígenes patagónicas y fueguinas: chonos, kaweskar, aonikenk, selk'nam, haus, yámanas*. Punta Arenas: Atelí.
- LATOUCHE, Serge (1997). *L'altra Africa. Tra merdado e dono*. Torino: Bollati Boringhieri.
- LEGOUPIL, Dominique (1986). "Los Indios de los archipiélagos de la Patagonia. Un caso de adaptación a un ambiente adverso". En *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 16: 35-52. Punta Arenas.

LEGOUPIL, Dominique y FONTUGNE, M. (1997). "El poblamiento marítimo en los archipiélagos de Patagonia: núcleos antiguos y dispersión reciente". En *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 25: 75-87. Punta Arenas.

LEGOUPIL, Dominique (2000). "El sistema socioeconómico de los nómades del mar de skyring (archipiélago de Patagonia)". En *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 28: 81-119. Punta Arenas.

MANOUVRIER, Leonce (1881). "Sur les fuégiens du Jardind'Acclimatation". En *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, tomo IV: 760-774. París.

MAESTRE, Juan (1976). *La investigación en Antropología Social*. Madrid.

MARTINIC, Mateo (1989). "Los canoeros de la Patagonia meridional". En *Journal de la Société des Américnistes*, tomo LXXV: 35-61. París.

MARTINIC, Mateo (2004). *Archipiélago patagónico. La última frontera*. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes.

MASSONE, Mauricio (1987). "Las culturas aborígenes de Chile austral en el tiempo". En VV. AA. *Hombres del sur: aonikenk, selknam, yámana, kawéshka*. Santiago de Chile: Museo de Arte Precolombino.

MAUSS, Marcel (1974) *Introducción a la etnografía*. Madrid. Ediciones Istmo.

MAYORGA MARTÍNEZ, Pedro (1972). *Costumbre y extinción de los Indios del Extremo Austral*. Santiago de Chile: Autoedición.

MEDINA, Alberto (1984). "Embarcaciones chilenas precolombinas. La Dalca de Chiloé". En *Revista Chilena de Antropología*, 4:121-138. Santiago de Chile.

MENA , Francisco (1997) “Culturas del extremo sur: donde la cordillera se hunde en el mar” En VV. AA. *Chile antes de Chile*. Santiago de Chile: Museo de Arte Precolombino.

MORAN, Emilio (1993). *La ecología humana de los pueblos de la Amazonia*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

NORDENSKIÖLD, Erland (1929) “The American Indian as an Inventor”. En *The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland* , vol. 59: pp. 273-309.

NAMUNCURA, D. (2010). *Chile: un gobierno sin política indígena*.
<http://www.servindi.org/actualidad/29594>

ODONE, Carolina y MASON, PETER (2002). *Culturas tradicionales. Patagonia. 12 Miradas sobre Selknam, Yaganes y Kawesqar*. Santiago de Chile: Taller Experimental Cuerpos Pintados.

ORQUERA, Luis y PIANA, Ernesto (1995). “La imagen de los canoeros magallánico-fueguinos: conceptos y tendencias”. En *Runa*, XXII: 187-245. Buenos Aires.

OSBORNE, Michael (2000). “Acclimatizing the world: a history of the paradigmatic colonial science”. En *Nature and Empire: Science and the Colonial Enterprise*, vol. 15: 135-151. Chicago: Osiris

OYARZÚN, Aureliano (1922). “Los Indios Alacalufes”. En *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile*, II, 2 pp. 165-170. Santiago de Chile.

PAESA, Pascual (1976). “Los indios de la Patagonia y la acción misionera”. En *Suplemento Boletín Salesiano*, 2: 4-35. Buenos Aires.

PARKER KING, Phillip (1839) *Narrative of the surveying voyages of H. M. S. Aventure and Beagle between the years 1826 and 1836*. London.

PIANA, Ernesto Luis y ORQUERA, Luis Abel (2000?). “Los canoeros del extremo sur: arqueología de los archipiélagos magallánicos-fueguinos”. En VV.AA. *Mundos Fueguinos*. Santiago de Chile: Ediciones Cuerpos Pintados.

QUEZADA, Abraham (2011). *Diccionario de historia y geografía de Chile*. Santiago de Chile: RIL editores.

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro (1768). *Viage al Estrecho de Magallanes*. Madrid. Imprenta Real de la Gazeta.

TEWARD, Julian (1992): “El concepto y el método de la ecología cultural”, en VV. AA. *Antropología. Lecturas*, pp. 334-344 (extraído de *Theory of Cultural Change*, ed. original 1955). Madrid.

SUBERCASEAUX, Benjamín (1973). *Chile o una loca geografía*. Santiago: Editorial Universitario.

TONKO, José (2008). “Relatos de viaje Kawésqar”. En *Onomázein*, vol. 2, 18: 11-47. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.

TRANSCORP LTDA. (1999). *Informe técnico sobre Regularización del Derecho de Aguas*. Temuco: Manuscrito.

TRANSCORP LTDA. (1999). *Plan de cobertura total y modelo de gestión operativo dirigido a etnias de los canales australes*. Temuco: Manuscrito

Valenzuela, R. (2003). *Inequidad, ciudadanía y pueblos indígenas en Chile*.
<http://www.eclac.cl/cgibin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/6/13896/P13896.xml&xsl=/dds/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xslt>

VARGAS Y PONCE, José de (1788). *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la fragata de S. M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786*. Madrid.

VEGA, Carlos (1995). *Cuando el cielo se oscurece (Samán arkachoé)*. Historia de vida, testimonio alakalufe de Alberto Achacaz Walakial. Punta Arenas: Editorial Atéli.

VEGA, Carlos (1995b). *Sombras de fuego de la Patagonia*. Santiago de Chile: Editorial Atéli.

VIEGAS BARROS, José Pedro (2005). *Voces en el viento. Raíces lingüísticas de la Patagonia*. Buenos Aires: Mondragón Ediciones.

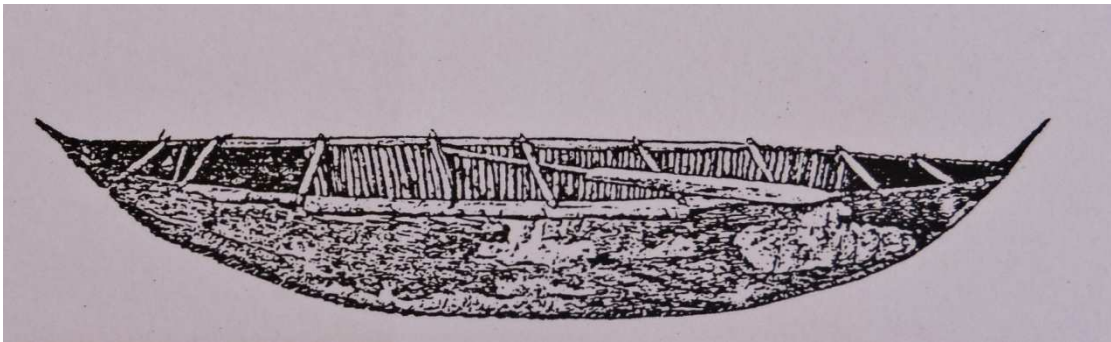
VV.AA. (2006). *Finis Terrae. Viaggiatori, esploratori e missionari italiani nella Terra del Fuco*. Roma: Ministero per i Beni e le Attività Culturali.

VV.AA. (2006). *Origen y actualidad de los pueblos indígenas de Chile*. Santiago de Chile: CONADI/Unidad Académica de Humanismo Cristiano.

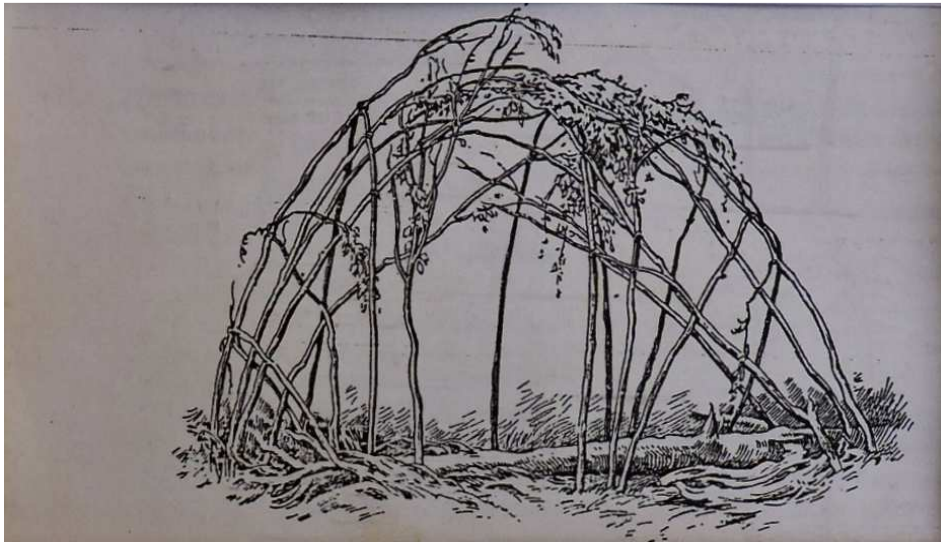
WEDDELL, James (2006). *Un viaje hacia el Polo Sur: realizado en los años 1822-1824*. Buenos Aires: Eudeba.

ZAMORA, Enrique y SANTANA, Ariel (1979). "Características climáticas de la costa occidental de la Patagonia entre las latitudes 46°40' y 56°30' S". En *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 10: 109-144. Punta Arenas.

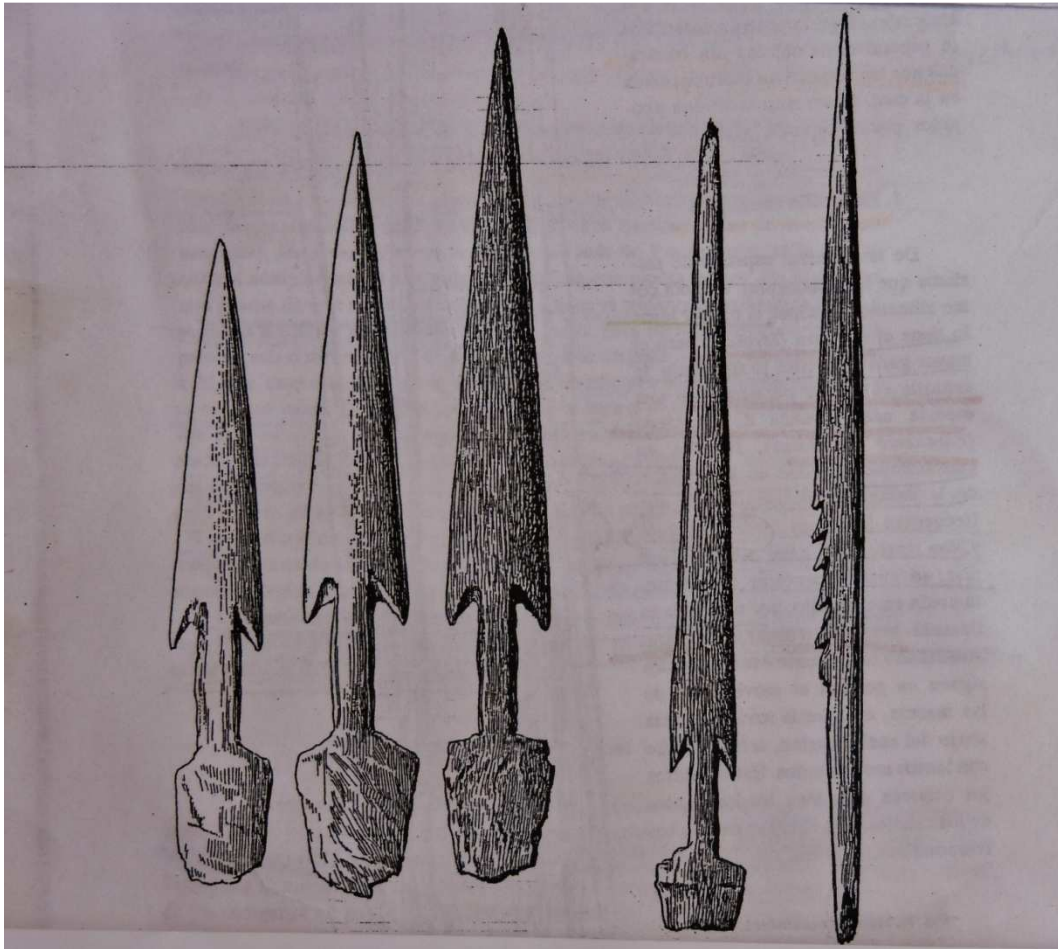
APÉNDICE



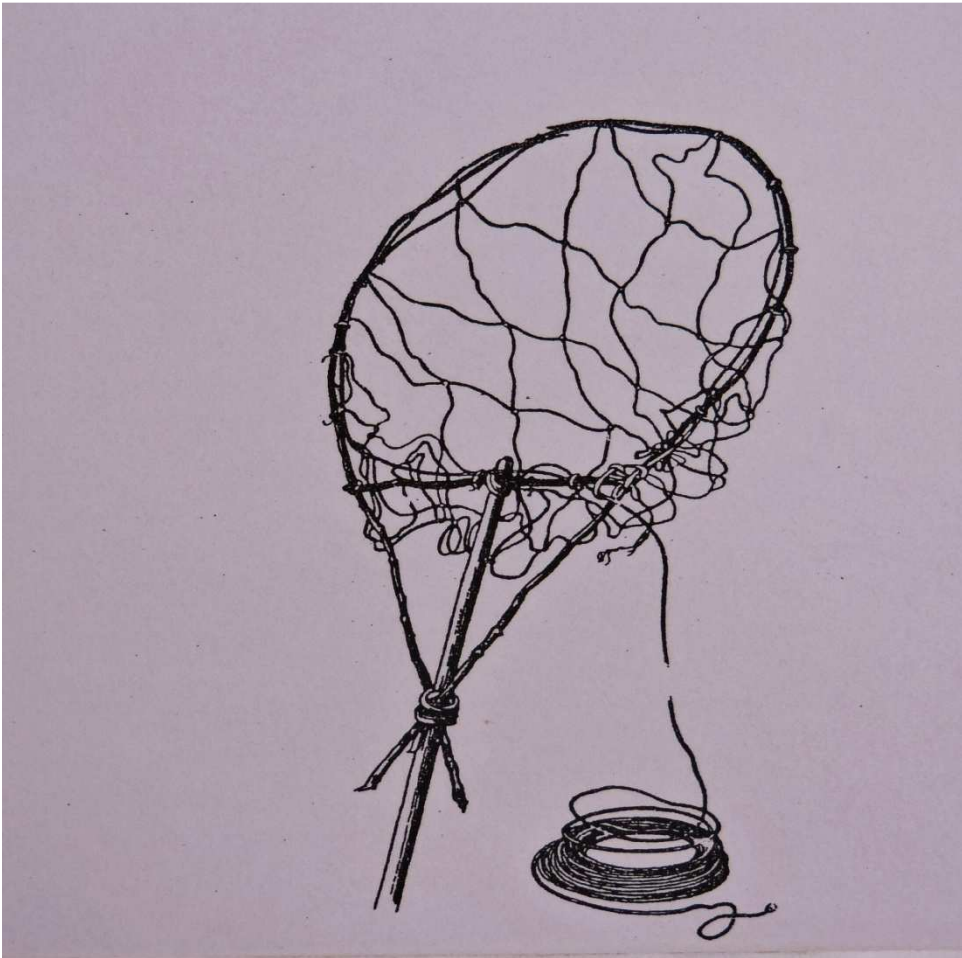
ANTIGUA CANOA DE CORTEZA. Dibujo de Martín Gusinde (1974).



ARMAZÓN DEL AT. Dibujo de Martín Gusinde (1974).



PUNTAS PARA ARPONES Y VENABLOS. Dibujo de Martín Gusinde (1974).



LA RED. Dibujo de Matín Gusinde (1974).



CANASTO ARTESANAL DE FABRICACIÓN ACTUAL (Foto propia).



KAWÉSQR EN EL JARDIND'ACCLIMATATION (BÁEZ y MASON 2006).